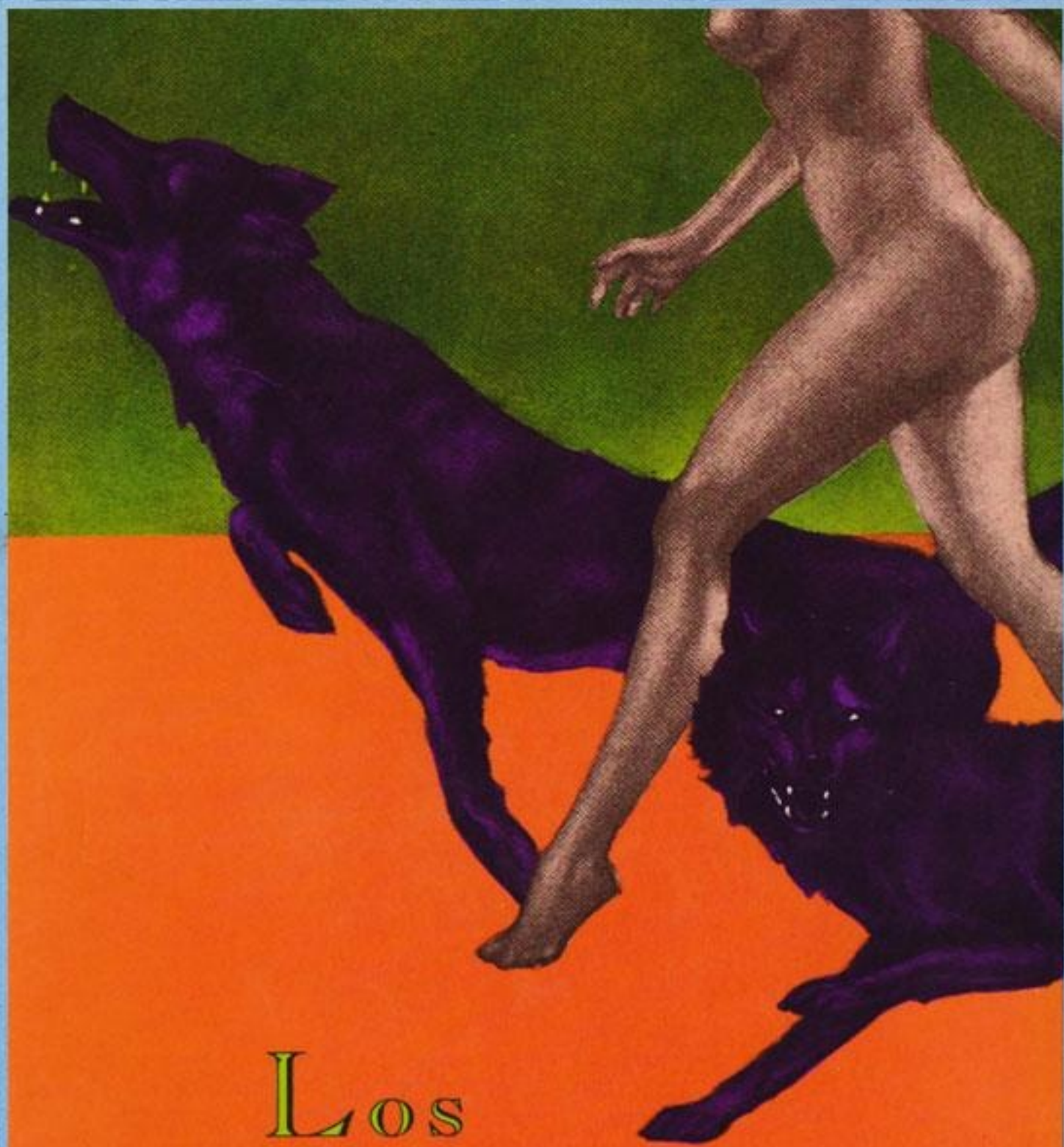




Los Hombres-lobo

Lectulandia

Las leyendas y relatos que existen sobre los hombres-lobo se remontan hasta la Antigüedad clásica y cuentan en Europa con una larga tradición, que recoge historias tanto de hombres que siendo mordidos por lobos se transforman en éstos, como de niños que criados por lobos apartados de cualquier relación humana se comportan como tales, o casos de hombres cuyo profundo contacto con la naturaleza los ha llevado a una manifestación de su ser más primitivo o animal. Será el gusto romántico por este tipo de leyendas el que lleve a muchos autores a recoger esta tradición y a reelaborarla, acentuando en la mayoría de los casos los aspectos sobrenaturales y conectándola más directamente con el mundo de lo oculto y lo monstruoso. Esta antología abarca desde los primeros relatos góticos que se conservan —los ya clásicos *The White Wolf of the Hartz Mountains* de F. Marryat, y *Hughes, the Wer-Wolf* de S. Menzies, nunca publicado en lengua castellana— hasta notables y novedosas versiones más recientes, igualmente inéditas entre nosotros, como *The Camp of the Dog* de A. Blackwood, *The Kill* de P. Fleming, *Taboo* de G. Household o *Le gâloup* de C. Seignolle.

«Decir que ha despertado la bestia en un hombre no es siempre una metáfora».

«... Por fin, esta noche, en este bosque, siento revivir el humus. A través de sus poros, las raíces exhalan un exceso de savia nueva. Este olor negro que va ligado al frío: el uno me raspa el vientre por dentro, el otro me lo ara por fuera como una reja de múltiples uñas.

»Pero ni la negrura ni el frío me sacian. Para avivar el odio y el dolor necesito ir a pastos mejores; porque la noche, mi terreno de vida, está también hambrienta de otros odios y otros dolores».

«Imagina su horror cuando descubrió (desprevenido como estaba para una visión así), al avanzar hacia la sepultura, no un lobo, sino a su mujer, en camisón y a cuatro patas, inclinada sobre el cuerpo de mi hermana, y arrancando grandes jirones de carne y devorándolos con la avidez de un lobo».

Lectulandia

AA. VV.

Los hombres-lobo

El ojo sin párpado - 48

ePub r1.0

GONZALEZ 30.04.15

AA. VV., 1837

Traducción: Francisco Torres Oliver

Selección e introducciones: Juan Antonio Molina Foix

Diseño de cubierta: Margaret Brundage

Editor digital: GONZALEZ

Digitalización: orhi

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

LA FIERA EMERGENTE

Werewolf in selvage I saw
In day's dawn changing his shape,

Amid leaves he lay
and in his face, sleeping, such pain
I fled agape.

EZRA POUND

EL botánico inglés Wilfred Glendon es atacado y mordido por una extraña criatura peluda mientras busca la *Marifasa Lupina*, una flor exótica que sólo florece a medianoche en las heladas estepas del Tíbet. A su regreso a Londres, descubre con estupor que las noches de luna llena se convierte en una fiera ávida de sangre. Un enigmático oriental llamado Yogami, que se presenta inopinadamente en su laboratorio, le explica su caso: su agresor era un hombre-lobo y la víctima de tales seres, si sobrevive a su ataque, se convierte a su vez en hombre-lobo. Asimismo le informa de que la *Marifasa* es el único antídoto contra dicho mal. El científico trata entonces por todos los medios de reproducir la extraña flor en su invernadero, pero se da cuenta de que alguien más está interesado en ella. Se trata de otro licántropo, precisamente su informador, que le disputará la posesión de tan preciado tesoro. Ése es en esencia el argumento de *El lobo humano* (1935), la primera incursión de Hollywood en la mitología de ese ser patético aunque agresivo, emparentado con el vampiro por sus hábitos nocturnos y sangrientos. Al igual que hiciera con el chupador de sangre, el cine se encargaba así de popularizar en pleno siglo xx una leyenda cuyo origen se remonta a la antigüedad más remota.

La creencia en las transformaciones de hombres y mujeres en animales se pierde, en efecto, en la noche de los tiempos. El Antiguo Testamento^[1] menciona la extraña metamorfosis que experimentó el rey de Babilonia Nabucodonosor como consecuencia de una maldición divina: expulsado de entre los hombres, los cabellos le crecieron como plumas de águila y las uñas como garras de ave, le brotó pelo de animal y sólo comía hierba como los bueyes (véase la célebre representación que hizo de él William Blake andando a cuatro patas). Y en la Grecia clásica eran muy corrientes las metamorfosis (no sólo de hombres sino también de dioses) en animales de todas las especies: aves sobre todo, pero también reptiles o anfibios (serpiente o rana) e insectos (abeja u hormiga), aparte de mamíferos domésticos (cerdo, vaca, caballo, oveja, perro) o salvajes (jabalí, lince, toro, oso). Bien conocido es el caso de los amigos de Ulises que Circe convierte en cerdos y otros animales diversos, según la tendencia profunda del carácter y la naturaleza de cada uno^[2], o la transformación de Lucio en asno por error (se equivoca de ungüento cuando lo que pretendía era

volar) que cuenta Apuleyo en *El asno de oro*.

Herodoto^[3] menciona las transformaciones en lobos de los neuros, habitantes de una región de Escocia, una vez al año y sólo durante unos días. Plinio el Viejo^[4] recoge una cita de Scopas, biógrafo de los atletas olímpicos, acerca de los sacrificios humanos celebrados en Arcadia en honor de Zeus Licio: los asistentes «comulgaban» devorando las entrañas de las víctimas y se transformaban en lobo, conservando esa forma durante ocho años si en todo ese tiempo no comían carne humana. En relación con esta misma práctica, la mitología griega refiere que el propio padre de los dioses convirtió en lobo a Licaón, el héroe arcadio hijo de Pelasgo, por sacrificar a un niño y servírselo en un banquete para poner a prueba su divinidad^[5]. De este mismo Licaón, cuya «vestidura en pelos se convierte, y los brazos en piernas» según Ovidio^[6], procede la palabra *licantropía*. Pero no fue el único caso del que ha quedado constancia. Virgilio menciona asimismo al hechicero Meris, que se convertía en lobo mediante las «hierbas y venenos cogidos en el Ponto»^[7].

Por su parte los romanos utilizaron el término *versipellis* (piel vuelta: se suponía que el pelo les crecía hacia dentro), conservándose algunas descripciones de ellos, como la que Petronio incluye en su *Satiricón*^[8], relatada en el célebre banquete de Trimalción por un viejo amigo del anfitrión, el liberto Niceros. En ella aparecen por vez primera algunas de las características que posteriormente definirán al hombre-lobo: despojamiento completo de la ropa antes de la transformación, plenilunio, ferocidad y ataques al ganado, y magia simpática (si el supuesto animal recibe una herida, ésta persiste cuando recupera su forma humana, como comprueba el atemorizado esclavo, confirmando así que su joven amigo soldado, a quien había visto convertirse en lobo la noche anterior, se trataba de la misma fiera que irrumpió en el corral de su amante y fue herida en la frente).

De lo extendido de estas creencias dan fe los numerosos nombres técnicos acuñados para designar las diferentes transformaciones: *boantropía* (en buey o toro), *lepanthropía* (en liebre), *cinantropía* (en perro), *aelurontropía* (en gato), etc. Las tres últimas fueron bastante comunes dentro de la brujería, y durante la temible caza de brujas prácticamente nadie puso en duda la veracidad de estas metamorfosis, en las que creyeron a pies juntillas desde san Agustín, Avicena o Tomás de Aquino hasta Cornelio Agripa, Sprenger o Jean Bodin, entre otros. Un ejemplo curioso de sincretismo lo constituye el *galipote* o *ganipote*, mítico animal nocturno que, según el folklore de ciertas regiones francesas como la Gironda o el Poitou, aterrorizaba a los viajeros extraviados, adoptando diferentes formas según la ocasión: cabra, gato, perro, cuervo, gallo, etc. Es el antecedente más cercano de nuestro hombre-lobo.

¿Por qué acabó el lobo imponiéndose como el paradigma de estas mutaciones fantásticas? Hay que deslindar la enorme carga simbólica del lobo entre numerosos pueblos antiguos, de su elección en gran parte de Europa como vehículo ideal de estas transformaciones, que tal vez fueran una respuesta emocional y mágica a la oleada de crímenes y salvajes violaciones que asoló el continente sobre todo en el

siglo XVI. La simbología del lobo es dual. Por un lado, símbolo solar, héroe guerrero y antepasado mítico: el lobo azul celeste creador de las dinastías china y mongol, la loba capitalina que amamantó a Rómulo y Remo, el lobo totémico de los ilergetes, el lobo-insignia de los cántabros, etc. Por el otro, símbolo tanatológico y divinidad infernal: el dios-lobo psicopompo Apuat de los egipcios; el Apolo Licógenes de los griegos; los lobos nórdicos Eskol, Fénrir y Hati; la loba Gweil-gi de los celtas; etc.

En este segundo grupo habría que incluir al lobo devorador de la iconografía cristiana representado en tantos capiteles románicos y góticos, pues en él está el origen de la lupomanía que se extendió por Europa occidental y meridional dando lugar al mito del hombre-lobo. No es casual que se trate de este animal, ya que es el más abundante predador de ganado en toda la cuenca mediterránea, calificado ya en el Antiguo Testamento de «criatura abominable y sanguinaria», como correspondía al enemigo natural de una comunidad eminentemente pastoril. En otros países y continentes la mítica bestia *carnassier* estuvo representada por otros animales que, como el lobo en Europa, no sólo eran bastante comunes, sino que sus habitantes los temían porque atacaban a sus animales domésticos e incluso a ellos mismos. Así por ejemplo, en los países escandinavos, Rusia o Canadá era el oso^[9]; en América del Norte, el coyote o el búfalo; en Centro y Sudamérica, el jaguar o el puma; en la India y Asia en general, el tigre; en Japón, el zorro; en partes de África, la pantera negra o leopardo; en Sudán, la hiena; etc.

En cualquier caso, se trataba de una forma de bestialismo en la que el hombre conectaba con su fiera interior y daba rienda suelta a sus instintos más primarios. Los médicos renacentistas, siguiendo a los griegos y anticipándose a la moderna psiquiatría, interpretaron el fenómeno como un periódico estado patológico de alienación transitoria en el que ciertas tendencias lobunas se adueñaban de la mente, desquiciándola. Era la llamada por Jean de Wier *melancholic* o *folie louvière*, que Cervantes describe en *Los trabajos de Persiles y Segismunda* por boca del astrólogo Mauricio: «hay una enfermedad, a quien llaman los médicos manía lupina, que es de calidad que, al que la padece, le parece que se ha convertido en lobo, y aúlla como lobo, y se junta con otros heridos del mismo mal, y andan en manadas por los campos y los montes, ladrando ya como perros, o ya aullando como lobos; despedazan los árboles, matan a quien encuentran, y comen carne cruda de los muertos»^[10]. Todavía en el siglo XVIII el naturalista y botánico sueco Linneo incluyó en su célebre *Sistema de la naturaleza* (1735) al denominado *homo ferus*, del que aseguraba que se ponía a cuatro patas, le crecía el pelo como a los animales y aullaba como un lobo. Parece, no obstante, que este hombre-fiera más que al hombre-lobo hay que vincularlo a los llamados niños bravios o selváticos, que abandonados a temprana edad en la selva eran recogidos y adoptados por algún animal a quien acababan por parecerse tanto en formas de vida y costumbres como en aspecto físico^[11].

Lo cierto es que hasta bien entrado el siglo XVIII el hombre-lobo fue casi tan perseguido como las brujas, y casi siempre en relación con procesos de hechicería. El

siglo XVI, en especial en Europa, fue la edad de oro de las transformaciones lobunas y los numerosos procesos que tuvieron lugar, todos ellos culminados con condenas explícitas y categóricas, prueban la generalización de tal creencia. La búsqueda y captura de estos seres legendarios daba lugar con frecuencia a grandes batidas en las que participaban todos los habitantes de los alrededores del campo de operaciones en que solía actuar el licántropo. Los procesos fueron igual de espectaculares que los de brujería y levantaron una verdadera disputa científica que trató de justificar las desorbitadas e infundadas sentencias.

Célebres fueron los casos del francés Gilles Garnier y el alemán Peter Stumpe. El primero, sin duda el más famoso de todos los licántropos históricos, a pesar de ciertas heterodoxias reveladas en el proceso, como la utilización del estrangulamiento para acabar con sus víctimas, o sus actuaciones «poco antes del mediodía» en flagrante contradicción con la naturaleza lobuna del personaje que él mismo reconoció, fue ejecutado en la hoguera en Dole (Francia), a comienzos de 1573, y sus cenizas aventadas.

Más espectacular si cabe fue el proceso de Stumpe, que durante veinticuatro años asoló la pequeña población de Bedburg, próxima a Colonia, sin despertar las sospechas de sus vecinos, que lo tomaban por un probo conciudadano. Convicto de tener un pacto con el demonio mediante el cual se convertía en lobo («forma que armonizaba con su fantasía y su naturaleza, inclinada a la sangre y a la crueldad»^[12]) para perpetrar sus fechorías, fue condenado a la rueda, siendo después decapitado y descuartizado, y más tarde reducidos sus restos a cenizas. Después de la ejecución (en octubre de 1589), su cadáver fue expuesto públicamente, atado a un poste del que colgaba la cabeza en lo más alto, ordenando las autoridades que se erigiera en el mismo sitio un monumento en memoria de las víctimas que sirviera de escarmiento y advertencia contra la licantrópía. El Museo Británico conserva un curioso documento de la época, acompañado de impagables grabados sobre los pormenores de los crímenes y las diferentes fases del suplicio, que constituye un «verdadero discurso declarando la vida condenable y la muerte de un tal Peter Stumpe, un terrible y malvado hechicero, que bajo la forma de lobo cometió numerosos asesinatos, continuando esta doble práctica durante veinticinco años, matando y devorando hombres, mujeres y niños»^[13].

A partir de este caso y hasta por lo menos veinte años después la epidemia de licantrópía alcanzó el apogeo de su virulencia. Si en Alemania parece que cedió algo, en Francia se multiplicaron los casos y los procesos lograron cada vez mayor difusión. Uno de los más sonados tuvo lugar en París en 1598. El reo era un sastre de la ciudad de Châlons sur Mame, que, al ser descubiertos en el sótano de su tienda restos humanos, fue acusado de la desaparición de varios niños, a los que supuestamente atraía con golosinas y luego descuartizaba después de abusar de ellos. Sometido a tortura, no sólo admitió su crimen sino que declaró que por las noches se paseaba por los bosques en forma de lobo y atacaba a los aldeanos. Los detalles

debieron de ser tan tremendos que el tribunal ordenó que todo el legajo del proceso fuese quemado junto con el reo.

Otros casos también muy difundidos, pese a que por diferentes motivos no terminaron en ejecución, fueron los de Jacques Roulet y Jean Grenier. El primero era un vagabundo que recorría los pueblos en compañía de un hermano y un primo. Su repulsivo y desaliñado aspecto, con larga melena y barba muy poblada y cubierto de harapos, unido a las manchas de sangre en sus manos y a los restos de carne en las uñas, despertaron las sospechas de las autoridades de Caude, población cercana a Angers, donde acababan de encontrar el cadáver de un muchacho desgarrado y mutilado. El 5 de agosto de 1598 confesó que sus padres le habían dedicado al Diablo y que por medio de ungüentos y brebajes podía adoptar la forma de lobo con apetitos bestiales. Aunque fue condenado a muerte, se le conmutó la pena y en su lugar fue internado en el hospital de Saint Germain, ya que, además de retrasado mental que apenas sabía hablar, era epiléptico. Debido en parte a su corta edad (catorce años) y sobre todo a que el tribunal que le juzgó (en 1603) consideró que sus metamorfosis en lobo eran meras alucinaciones, también se salvó de la hoguera Jean Grenier, pese a jactarse de haber matado y comido a varios niños, además de perros y ovejas. Fue condenado a cadena perpetua e internado en un convento de Burdeos, donde le visitó De Lancre poco antes de morir a los veinte años.

La tremenda especulación a que dieron lugar estos procesos hizo que se multiplicaran los tratados que debatían la existencia de tales seres y estudiaban sus motivaciones. Aparte de las referencias más o menos extensas en los principales textos de los demonólogos, como el mencionado Jean de Wier [Johann Weyer], Jean Bodin (*De la démonomanie des sorciers*, París 1580), Nicholas Remigius [Rémy] (*Damonolatria Libri tres*, Lyon 1595), Martín del Río (*Disquisitionum magicarum*, Lovaina 1599) o Pierre de Lancre (*Tableau de l'inconstance des mauvais anges et démons*, París 1612), a lo largo de los siglos XVI y XVII se publicaron bastantes estudios centrados exclusivamente en la licantrópía, que seguían los pasos de otros más antiguos, como la *Topographica Hibernica*, crónica sobre la licantrópía en Irlanda escrita en el siglo XII por Giraldus Cambrensis. Entre ellos cabe mencionar: *Die Emeis*, de Geilervon Kaysersberg (Estrasburgo 1517), *De lycanthropia* de Niphanius (París 1578), *Dialogue de la lycanthropie ou transformation des hommes en loups garoux et si telle se peut faire...*, de Claude Prieur de Laval (Lovaina 1596), *Discours de la lycanthropie ou de la transmutation des hommes en loups*, de Sieur de Beauvoys de Chauvincourt (París 1599), *De la lycanthropie, transformation et extase des sorciers, ou les astuces du diable sont mises en evidence...*, de Jean de Nynauld (París 1615), *Des satyres, brutes, monstres et démons*, de E Hedelin (París 1627), y *De transformatione hominum in bruta*, de Jacob Thomasius (Leipzig 1644).

Se han dado las más diversas interpretaciones para justificar estas transformaciones. Unas son aparentemente involuntarias, como los incubos-súcubos y las posesiones diabólicas, e implican la presencia activa del diablo, que creaba la

autosugestión necesaria, y una predisposición especial en la víctima, debida a su estado mental o a alguna enfermedad. Otras son totalmente voluntarias y constituyen el modo ideal de procreación de estos seres. El bestialismo es una de ellas: en la tradición de ciertos magos refinados a la búsqueda de sensaciones nuevas (que, como cuenta De Lancre, transformaban en yeguas a las mujeres que no podían gozar de otra forma), los licántropos experimentaban, al parecer, un placer más intenso en su coito con lobas que con sus compañeras del bello sexo, y ésa era la razón determinante de la transformación. Sin embargo el motivo más habitual, que entra de lleno en los terrenos de la brujería, era el pacto satánico y los consiguientes rituales mágicos en determinadas fechas —noche de Walpurgis o víspera de Todos los Santos— con ingestión de pócimas y ungüentos especiales y la recitación de los adecuados conjuros. Nynauld explica la composición de estos ungüentos, que provocaban ilusiones a la vez objetivas y subjetivas al que se frotaba el cuerpo con ellos después de quitarse la ropa, hasta hacerle imaginar una metamorfosis animal: «ciertas cosas tomadas de un sapo, una serpiente, un erizo, un lobo, un zorro y sangre humana [...] mezcladas con hierbas, raíces y cosas parecidas que tienen la virtud de trastornar y engañar a la imaginación»^[14]. Otras formas incluían también acónito, belladona, cicuta, hojas de álamo, hollín, datura, cincoenrama, opio, mandrágora, beleño, perejil, etc. De las confesiones de los inculpadados se desprende que era el mismo diablo en persona quien les facilitaba el ungüento o los brebajes, o incluso algún instrumento mágico que hacía las veces. Como el cinturón de piel de lobo que Stumpe admitía haberle entregado el demonio (aunque nunca se halló), y que le convertía en lobo al ceñírselo a la cintura, muñecas y tobillos, recuperando la forma humana en cuanto se lo quitaba; o la piel de lobo con idéntica función que Grenier recibió de un caballero vestido de negro, montado en un caballo de igual color, y que al ponérsela le facilitaba la transformación.

En otras ocasiones la causa de la transformación era simplemente el azar. La fatalidad o alguna maldición (de los propios padres o de alguien que los quería mal) solían ser los motivos preferidos por el folklore, y de ahí pasaron a la literatura y sobre todo al cine, que curiosamente se centró casi exclusivamente en uno que desconocía la tradición y más bien parece un préstamo de la mitología del vampirismo: el contagio por mordedura de uno de ellos. Entre estas causas se pueden citar: el beber agua de una charca donde ha bebido un lobo, el haber nacido la noche de Navidad (o de San Juan en algunos sitios, como Extremadura), el tener el pelo rojo (aplicado también, a veces, a los vampiros) o el ser el séptimo varón consecutivo de una familia sin hijas. También se consideraba que existían épocas propicias. En Polonia, por ejemplo, se suponía que la transformación sólo se producía en pleno verano. Sin embargo, según Avicena, y con él coincidía mucha gente en todas las partes del mundo, el tiempo idóneo sería el mes de febrero.

Esta variedad de circunstancias y rasgos específicos según los distintos folklores locales explica las diferentes denominaciones con que se les conoce, que a veces

varían incluso dentro de un mismo país. El primitivo término latino *versipellis* pronto cedió paso al bajo latino *gerulfus*, del que proceden el normando *garwall*, que a su vez dio lugar al *werewolf* anglosajón, el *währ-wölfe* alemán, el *garou*^[15] galo (convertido luego, redundantemente, en el *loup-garou* francés), el *waerulf* danés y el *warulf* sueco. En otros lugares las distintas etimologías dieron lugar a apelativos bien diferentes: el *lupo manaro* italiano, el *lobishome* portugués, el *lukokantzari* griego, el *vkodlak* o *vircolac* eslavo, el *priccolitch*, *procolici* o *tricolici* rumano (más bien valaco, y emparentado con el vampiro como el anterior), el armenio *mardagail*, etc.

Aunque en España apenas hay constancia de procesos contra licántropos, la creencia alcanzó bastante difusión en el norte y occidente peninsular, sobre todo en Galicia (*lobishome*), Extremadura (*lobisome* o *mbisome*), Asturias (*llobusome*) y la provincia de Huelva (*lobisóri*), es decir, las zonas que lindan con Portugal. En el Archivo Regional del Reino de Galicia, de La Coruña, se conserva el legajo con los documentos judiciales del más célebre caso de licantropía ocurrido en la península, el llamado «Proceso del hombre-lobo», que terminó con la condena a garrote vil de Manuel Blanco Romasanta, luego indultado por Isabel II, aunque falleció poco después en una prisión. Apodado el «lobo de Roberdechao», porque vivió en esa localidad orensana de la comarca del Bollo a mediados del siglo XIX, Blanco confesó haber dado muerte a varios niños, imbuido por una extraña fuerza que anulaba su personalidad y le hacía creerse lobo. El juicio causó sensación en toda Galicia y en el resto de España, llegando hasta nuestros días gracias al cine, aunque la versión cinematográfica (*El bosque del lobo*, 1971) se ciñe en demasía a la novela de Martínez Barbeitio *El bosque de Ancines*, que trata de interpretar el caso en clave realista y desmitificadora.

El *guizotso* del País Vasco habita en parajes selváticos y a veces aparece cargado de cadenas, y aunque —como refiere Julio Caro Baraja— etimológicamente es un licántropo (*guizón* = hombre; *otso* = lobo), está también emparentado con el *basajaun*, «señor salvaje» o «señor de la selva» que habita en lo más recóndito de los bosques y presenta forma humana aunque cubierto de pelo («su larga cabellera le cae por delante hasta las rodillas, cubriendo el rostro, el pecho y el vientre»^[16]), atemorizando unas veces a los pastores, llevándose su ganado y probando su cuajada y sus quesos, y actuando otras como genio protector del rebaño contra el ataque de los lobos. En esta función recuerda a otro personaje próximo al hombre-lobo y de mucha más raigambre en toda la península ibérica: el *lobero* o *ensalmador*, persona especialmente dotada para hacerse obedecer por los lobos (facultad supuestamente vinculada a algún pacto satánico), que recorría los campos ofreciendo protección contra ellos a los pastores a cambio de comida y alojamiento. Es el equivalente del *peeiro dos lobos*, que todavía perdura en el folklore gallego, o el *menear de loups* francés que Dumas eligió como protagonista de su novela campestre de igual título (1857) y George Sand evocó en sus *Légendes rustiques* (1858), admirablemente ilustradas por su hijo Maurice.

A partir del siglo XIX estas creencias sobrevivieron y cobraron nueva forma en la literatura, que no obstante ya había dado en pleno medievo algunas muestras aisladas de interesarse vivamente por la licantropía (considerada entonces como un fenómeno natural), como el *Lai de Bisclavaret* (siglo XII) de María de Francia, o el anónimo *Guillaume et le loup-garou* (siglo XIII), *Bisclavaret* o *Bisclaveret* (de *beiz-garv* = lobo malvado) es como llaman los bretones al hombre-lobo, que, según las leyendas, ataca a los caballos de los cazadores para atemorizarlos. Y, en efecto, en el *lais* del mismo nombre^[17] el protagonista es uno de ellos, aunque al estar inserto en el marco de una literatura eminentemente «cortés» pierde su carácter dañino y se convierte en un caballero que vive en la corte sin hacer mal a nadie, excepto a sus enemigos, en este caso su esposa infiel y su pérfido amante, los cuales tratan a toda costa de desembarazarse de él, y esconden sus ropas para impedir que recobre su forma humana. Un día el rey hiere a un lobo en el bosque pero éste le lame un pie, por lo que se lo lleva a su castillo, sin saber que se trata del mismo caballero, cuya desaparición hacía suponer que había muerto, permitiendo a su esposa casarse con el amante. Descubierto finalmente el complot, el propio rey destierra a su esposa y a su cómplice y devuelve al caballero su título y posesiones.

Mucho más rocambolesca es la trama del otro relato medieval, *Guillaume et le loup-garou* (siglo XIII), cuya traducción al inglés como *William of Palerme* gozó de bastante popularidad en las Islas Británicas en el siglo XV. El niño William, heredero al trono de Sicilia, es raptado por su tío y rescatado por un hombre-lobo, que lo cuida y educa. En su forma humana este licántropo altruista es en realidad el príncipe Alfonso, hijo del rey de España, que fue transformado en lobo por su madrastra para asegurar la sucesión al trono de su propio hijo. Después de múltiples peripecias, Alfonso ayuda a William a recuperar su trono, no sin antes facilitar su fuga con su amante Melior, hija del emperador de Roma y prometida del hermanastro de Alfonso, Braundinis, que gracias a las intrigas de su madre le había usurpado el trono. Finalmente, William combate con Braundinis y le vence, obligándole a deshacer el hechizo. Alfonso recupera su naturaleza original y es restituido en su reino, mientras que William acaba siendo coronado emperador.

Ya vimos que Cervantes también se interesó por la licantropía en su obra póstuma *Los trabajos de Persiles y Segismunda*. Aparte del pasaje anteriormente mencionado, el genio alcalaíno relata un episodio en donde vuelve a aparecer uno de estos seres. El maestro de danza Rutilio es encarcelado por seducir a una joven a quien daba clases y fugarse con ella. En el calabozo le visita una mujer que «decían presa por *fatucherie*» (hechicerías), la cual le ofrece sacarlo de allí a cambio de casarse con ella. Rutilio acepta y sale de prisión gracias a sus magias, volando a un país desconocido; pero cuando ella intenta abrazarle, descubre que se trata de una loba, a la que apuñala en el pecho, «la cual, cayendo en el suelo, perdió aquella fea figura, y hallé muerta y corriendo sangre a la desventurada encantadora»^[18]. Sin embargo, al igual que en los

autores de los textos medievales antes mencionados, no existe en Cervantes esa problematización del encuentro de lo real con lo irreal, ese conflicto entre la credulidad y el escepticismo, que constituye en esencia la verdadera literatura fantástica, la cual, como dijo Louis Vax, es hija de la incredulidad y no nacería hasta finales del siglo XVIII, cuando la creencia deja paso a la especulación y la incertidumbre, y lo fantástico, como una respuesta irracional al culto a la razón, deviene más bien materia de elaboración artística.

La presente antología recoge sólo seis cuentos, de entre la treintena, por lo menos, que he tenido ocasión de manejar, añadiendo al recuerdo de viejas lecturas que en su día me impresionaron el gozo del descubrimiento, que espero nunca se agote, de otras nuevas y desconocidas para mí. Las únicas limitaciones con que me he enfrentado han sido la excesiva extensión de los textos, y en algún caso su amplia difusión, el haber sido ya publicado en esta misma colección, y/o su enfoque colateral del tema. En este sentido, y en ocasiones por más de uno de estos motivos a la vez, he tenido que prescindir de ejemplos clásicos tan significativos como «Lokis» de Merimée, «Olalla» de Stevenson o «Gabriel-Ernest» de Saki, u otros más actuales como «El cuento del licántropo» de Tommaso Landolfi, «En compañía de lobos» de Angela Cárter, o «Rex, el hombre-lobo» de Clive Barker. Finalmente, he procurado también evitar las repeticiones argumentales o de situaciones, y en esos casos he optado, siempre bajo una rigurosa exigencia de calidad, por las versiones inéditas de nuestro ámbito editorial. Aparte del clásico de Marryat, a cuya inclusión no me he podido resistir, todos los restantes son rigurosamente inéditos en nuestra lengua y creo que abarcan todas las posibles vertientes y los aspectos más representativos de la licantropía literaria.

JUAN ANTONIO MOLINA FOIX

BIBLIOGRAFÍA

- AYLESWORTH, Thomas G.: *Werewolves and Other Monsters*, Addison-Wesley, Londres 1972.
- BARING-GOULD, Sabine: *The Book of Werewolves*, Librarles Press, Freeport 1969.
- BERTHET, Elie: *Le loup-garou*, Bruselas 1843.
- BOURQUELOT, Félix: *Recherches sur la Lycanthropie*, París 1848.
- CARO BAROJA, Julio: «De “Licantropia” y de “Licantrofilia”: Ana María García, la “Lobera”», en *Vidas mágicas e Inquisición*, Istmo, Madrid 1957.
- DEL PERRI DE BAYAC, Jacques: *Du sang dans la montagne*, Fayard, Paris 1970.
- DOMÍNGUEZ MORENO, José M.^a: «La licantropia en Extremadura», en *Revista de Folklore*, x, 1.º, Caja de Ahorros Provincial de Valladolid, 1990.
- DURAND-TULLOU, A.: *Du chien au loup-garou*, Besson et Chantemerle, París 1961.
- ERICH, Oswald A. y BEITL, Richard: «Werwolf», en *Wörterbuch der Deutschen Volkskunde*, Stuttgart 1955.
- EISLER, Robert: *Man into Wolf. An Anthropological Interpretation of Sadism, Massochism and Lycanthropy*, Greenwood Press, Nueva York 1969.
- FARSON, Daniel: *Hombres lobo, vampiros y aparecidos*, trad. de Marta Pessarrodona, Noguer, Barcelona 1976.
- FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA, F. de P.: «Sobre el lobo y su presencia en Galicia», en *Cuadernos de Estudios Gallegos*, 18, 1963.
- GARDEN, Nancy: *Werewolves*, Lippincott, Nueva York 1973.
- GRANDE DEL BRÍO, Ramón: *El lobo ibérico. Biología y mitología*, Hermann Blume, Madrid 1984.
- HAMEL, Frank: *Human Animals. Werewolves and Other Transformations*, University Books, Nueva York 1969.
- HERTZ, Wilhelm: *Der Werwolf*, Stuttgart 1862.
- HILL, Douglas: *Vampires and Werewolves*, McDonald, Londres 1970.
- JIJENA SÁNCHEZ, Rafael: *El perro negro en el folklore. El lobisón, el familiar y otras supersticiones*, Buenos Aires 1952.
- KIRISS, Marika: *Werewolves, Shapeshifters and Skinwalkers*, Sherbourne Press, Los Ángeles 1972.
- LEUBUSCHER, R.: *Über die Werwölfe und die Tierverwandlungen im Mittelalter*, Berlín 1850.

- O'DONNELL, Elliot: *Werewolves*, Longvue Press, Nueva York 1965.
- PABAN, Madame Gabrielle de: *Démoniana, ou Nouveaux choix d'anecdotes surprenants, de nouvelles prodigieuses, d'aventures bizarres, sur les revenans, les spectres, les fantômes, les démons, les loups garous, les visions, etc.*, París 1820.
- PÉREZ HERVADA, E.: *El hombre lobo*, Alvarellos, Lugo 1983.
- POURRAT, Henri: *L'homme à la peau de loup*, Paris 1950.
- PRAT I CAROS, Joan: «Los grandes mitos: El hombre lobo», en *Triunfo* n.º 589, 12 de enero de 1974.
- RISCO, Vicente: «Creencias populares gallegas: El lobishome», en *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, I, CSIC, Madrid 1944.
- ROBBINS, Rossell Hope: «Licantropía», en *Enciclopedia de la Brujería y Demonología*, trad, de Flora Casas, Debate/Círculo, Madrid 1988.
- SMITH, Kirby Flower: «Werewolf in Literature», en *PMLA*, vol. IX, 1894.
- SOUZA TAVARES DE LIMA, María do Rosario: *Lobosomen: assombragao e realidade*, Pesquisa, São Paulo 1983.
- SUMMERS, Montague: *The Werewolf*, University Books, Nueva York 1970.
- VILLENEUVE, Roland: *Loups-garous et vampires*, J'ai Lu, Paris 1970.
- VITALINI, Renzo: *Brujas, hombres lobo y vampiros*, Ramos Majos, Barcelona 1982.
- WHITE, T. H.: *A Book of Beasts, being a translation of a Latin Bestiary of the Twelfth Century*, Putnam's, Nueva York 1954.
- WILSON, Colin: *Hombres lobo, vampiros y aparecidos*, trad, de José Luis Álvarez, Noguer, Barcelona 1976.

Los hombres-lobo

Frederick Marryat

EL LOBO BLANCO
DE LAS MONTAÑAS HARTZ
(1837)

Pese a su prominencia en la leyenda y el folklore, la licantropía no recibió especial atención en la literatura gótica hasta una época tardía. Los primeros relatos de que se tienen noticias no aparecieron hasta la primera mitad del siglo pasado. El más antiguo es de procedencia alemana, aunque sólo se conoce su posterior traducción inglesa. Se trata de un cuento escrito por Johann Apel en la primera década del siglo, que hacia 1840 alcanzó gran éxito en Inglaterra bajo el título de «The Boar Wolf». En 1833 la revista *The Story-Teller* había publicado otro sin firma, «The Wehr-Wolf», manifiestamente escrito años después que el anterior. Sin embargo, el primer gran clásico del género, que sería imperdonable no incluir en una antología como ésta con la excusa de no ser inédito, es «The White Wolf of the Hartz Mountains».

Su autor, el londinense Frederick Marryat (1792-1848), más conocido entre sus numerosos lectores como capitán Marryat, fue un contumaz viajero. A los catorce años se enroló en la Marina británica, distinguiéndose por su valor en la guerra americana. Más tarde, ya como capitán, pasó muchos años navegando por las Indias Orientales. A los 32 años fue nombrado gobernador de Santa Elena. Cansado de aventuras, hacia 1830 se retiró, convirtiéndose bien pronto en un escritor de gran éxito con varias novelas de tema eminentemente marítimo, como *Peter Simple* (1834), *Jacob Faithful* (1834), *Mr. Midshipman Easy* (1836) o *Japhet in Search of a Father* (1836).

Entusiasta del género gótico, probó también a introducir algunos elementos fantásticos en sus novelas, como en *Snarleywow, or The DogFiend* (1837) y sobre todo en *The Phantom Ship* (publicada por entregas durante 1837 en la *New Monthly Magazine*), que es una especie de remodelación de la leyenda del Holandés Volador. El relato que nos ocupa forma parte precisamente de esta novela, aunque se trata de un episodio autónomo, ambientado en las agrestes montañas boscosas del norte de Alemania, y con frecuencia ha sido publicado por separado, convirtiéndose en el primer referente ineludible sobre el mito del hombre-lobo, que en este caso es una mujer.

EL LOBO BLANCO DE LAS MONTAÑAS HARTZ

I

ANTES de mediodía, Philip y Krantz habían embarcado y zarpado en el *peroqua*.

No les era difícil llevar rumbo: las islas de día, y las lucientes estrellas de noche, eran su aguja. Es cierto que no hacían la ruta más directa, pero seguían la más segura, subiendo por aguas tranquilas y ganando más norte que oeste. Muchas veces eran perseguidos por alguna de las *praos* malayas que infestaban las islas; pero la velocidad del pequeño *peroqua* era su salvación; y en realidad, los piratas abandonaban generalmente su persecución en cuanto se daban cuenta de la pequeñez de la nave, ya que poco o ningún botín esperaban obtener de ella.

Una mañana, navegando entre las islas con menos viento del habitual, Philip exclamó:

—Krantz, dijiste que había sucesos en tu vida, o relacionados con ella, que confirman la misteriosa historia que te revelé. ¿Podrías explicarme a qué te referías?

—Por supuesto —replicó Krantz—; muchas veces he pensado hacerlo, pero, por unas cosas o por otras, no he podido hasta ahora; sin embargo, ésta es buena ocasión. Así que disponte a escuchar una historia extraña; tan extraña, quizá, como la tuya —y añadió—: Doy por supuesto que has oído hablar de las Montañas Hartz.

—Que yo recuerde, no he oído hablar a nadie de esas montañas —contestó Philip—; pero sí he leído algo sobre ellas en algún libro, y sobre las cosas extrañas que han ocurrido allí.

—Efectivamente, es una región salvaje —replicó Krantz—, y se cuentan extrañas historias de allí; pero, por extrañas que sean, tengo buenas razones para creer que son ciertas.

—Mi padre no nació, ni vivió al principio, en las Montañas Hartz: era siervo de un noble húngaro que tenía grandes posesiones en Transilvania; pero, aunque siervo, no era pobre ni analfabeto. De hecho, era rico, y su inteligencia y respetabilidad eran tales que su señor le había ascendido a la mayordomía. Pero el que ha nacido siervo, siervo ha de seguir, aun cuando llegue a rico: y ésa era la condición de mi padre. Llevaba casado cinco años y tenía tres hijos de su matrimonio: mi hermano mayor,

Caesar, yo (Hermann), y una hermana llamada Marcella. Tú sabes, Philip, que en ese país se habla todavía en latín; lo cual explica nuestros nombres altisonantes. Mi madre era una mujer bellísima; por desgracia, más bella que virtuosa: era visitada y admirada por el señor de la región; mi padre fue enviado a alguna misión, y durante su ausencia, mi madre, halagada por las atenciones y ganada por la asiduidad de este noble, cedió a sus deseos. Y sucedió que mi padre regresó inesperadamente, y descubrió la intriga. La evidencia de la deshonor de mi madre era incontestable: ¡la sorprendió con su seductor! Llevado de la impetuosidad de sus sentimientos, esperó la ocasión de un encuentro entre ellos, y mató a su esposa y a su amante. Sabiendo que, como siervo, ni siquiera la provocación recibida se admitiría como justificación de su conducta, reunió apresuradamente todo el dinero del que pudo echar mano y, dado que estábamos en lo más crudo del invierno, enganchó los caballos al trineo, cogió a sus hijos consigo y se puso en camino en mitad de la noche, y antes de que se conocieran los trágicos hechos se encontraba ya lejos. Consciente de que le perseguirían, y de que no tenía posibilidad de escapar si se quedaba en cualquier lugar de su país natal (donde podían detenerle las autoridades), siguió huyendo sin descanso hasta ocultarse en lo más intrincado y recóndito de las Montañas Hartz. Naturalmente, todo esto que te cuento ahora lo supe después. Mis recuerdos más antiguos están ligados a una cabaña rústica aunque confortable, en la que vivía con mi padre, mi hermano y mi hermana. Estaba en los confines de uno de esos bosques inmensos que cubren el norte de Alemania y tenía alrededor unos acres de tierra que mi padre cultivaba durante los meses de verano y que, aunque poco segura, daban suficiente cosecha para nuestro sustento. En invierno pasábamos mucho tiempo dentro de casa; porque, como mi padre salía a cazar, nos quedábamos solos, y los lobos en esa época del año andaban merodeando constantemente alrededor. Mi padre había comprado la casa y la tierra lindante a unos rústicos habitantes del bosque que se ganaban la vida en parte cazando y en parte quemando carbón para fundir la mena de las minas vecinas; estaba a unas dos millas de todo lugar habitado. Aún puedo recordar el paisaje: los altos pinos que escalaban la montaña por encima de nosotros, y abajo, la amplia extensión de bosque cuyas ramas y copas dominábamos desde nuestra cabaña, dado que la montaña descendía pronunciadamente hasta un valle distante. En verano la vista era hermosa; pero durante el invierno riguroso no cabe imaginar panorama más desolado.

»Ya he dicho que en invierno mi padre se dedicaba a la caza: todos los días nos dejaba solos y a menudo cerraba la puerta con llave para que no pudiésemos salir. No tenía a nadie que le echase una mano o que cuidase de nosotros: desde luego, no era fácil encontrar una criada que quisiera vivir en semejante aislamiento; aunque, de haber encontrado una, mi padre no la habría aceptado, porque le había cogido aversión al otro sexo, como evidenciaba el diferente trato que nos daba a nosotros, sus dos hijos, y a mi pobre hermanita Marcella. Como puedes imaginar, estábamos muy desatendidos; lo cierto es que sufríamos mucho, porque mi padre, temiendo que

nos ocurriera algún percance, no nos dejaba el fuego encendido cuando se iba, y nos veíamos obligados a meternos debajo de los montones de pieles de oso, y mantenernos allí lo más calientes que podíamos hasta que él regresaba por la noche, momento en que un fuego animado hacía nuestras delicias. Quizá parezca extraño que mi padre escogiera esta vida desasosegada, pero el hecho es que no podía estarse quieto: ya fuera a causa de los remordimientos por el homicidio cometido, o de la miseria consiguiente a su cambio de posición, o de la combinación de ambas cosas, no era feliz más que cuando estaba haciendo algo. Pero los niños, cuando se les abandona a sí mismos, adquieren una seriedad que no es normal a su edad. Y eso nos ocurrió a nosotros; y durante los cortos días de invierno permanecíamos sentados en silencio, deseando que llegara el tiempo dichoso en que se derretía la nieve y brotaban las hojas y los pájaros empezaban con sus cantos, y en que se nos dejaba otra vez en libertad.

»Ésa fue nuestra vida salvaje y singular, hasta que mi hermano Caesar tuvo nueve años, yo siete y mi hermana cinco, momento en que ocurrieron las cosas que dan pie a la extraordinaria historia que te voy a contar.

»Una noche regresó mi padre a casa más tarde que de costumbre; había tenido una jornada infructuosa, y como el tiempo era muy crudo y la nieve del suelo muy espesa, llegó no sólo helado, sino de muy mal humor. Había entrado leña, y estábamos nosotros tres ayudándonos alegremente unos a otros soplando las ascuas para hacer llama, cuando cogió a la pobre Marcella por el brazo y la arrojó a un lado; la niña cayó, se dio en la boca y se hizo sangre. Mi hermano corrió a levantarla. Acostumbrada a estas brusquedades, y temerosa de mi padre, no se atrevió a llorar, sino que le miró a la cara con expresión lastimera. Mi padre acercó su taburete a la chimenea, murmuró algo injurioso sobre las mujeres y se ocupó del fuego que mi hermano y yo habíamos dejado desatendido ante su trato tan agrio a nuestra hermana. No tardaron en saltar animadas llamas gracias a nuestros esfuerzos; pero no nos acercamos al fuego como solíamos hacer. Marcella, sangrando todavía, se retiró a un rincón y mi hermano y yo nos sentamos a su lado, mientras mi padre permanecía concentrado en el fuego, sombrío y solo. Así llevábamos como una media hora cuando oímos el aullido de un lobo junto a la ventana de la casa. Mi padre se levantó de un salto y cogió el rifle; se repitió el aullido; comprobó el cebo de su arma, y salió precipitadamente, cerrando la puerta tras de sí. Esperamos (escuchando atentos), porque pensábamos que si lograba cazar al lobo volvería de mejor humor; y, aunque era severo con los tres, y en especial con nuestra hermanita, de todos modos amábamos a nuestro padre y queríamos verle feliz y contento; porque, ¿a quién íbamos a amar si no? Y aquí puedo decir que quizá no ha habido nunca tres niños que se hayan tenido más cariño unos a otros; no nos peleábamos ni discutíamos como suelen hacer los demás niños; y si, por casualidad, surgía algún desacuerdo entre mi hermano y yo, la pequeña Marcella acudía corriendo y, dándonos un beso a uno y otro, sellaba con súplicas la paz entre los dos. Marcella era una criatura amable y

encantadora; aún puedo recordar ahora su hermoso rostro. ¡Ah!, pobre pequeña Marcella.

—¿Ha muerto, entonces? —preguntó Philip.

—Ha muerto, sí; ha muerto. ¡Y cómo murió! Aunque no debo adelantarme, Philip; deja que te siga contando la historia.

»Esperamos un rato, pero no llegaba el estampido del rifle; entonces dijo mi hermano: “Nuestro padre ha seguido al lobo, y tardará en volver. Marcella, deja que te limpiemos la sangre de la boca; luego saldremos de este rincón y nos acercaremos al fuego a calentarnos”.

»Así lo hicimos, y estuvimos allí hasta cerca de medianoche, preguntándonos a cada minuto, según pasaba el tiempo, porqué no volvía nuestro padre. No se nos ocurrió que pudiera correr ningún peligro, sino pensábamos que debía de haber cazado al lobo hacía ya mucho rato. “Saldré a ver si viene”, dijo mi hermano Caesar dirigiéndose a la puerta. “Ten cuidado —dijo Marcella—, seguramente andan los lobos por ahí, ahora, y nosotros no los podemos matar”. Mi hermano abrió la puerta con mucha cautela, y sólo unas pulgadas. Se asomó. “No veo nada”, dijo al cabo de un rato; y regresó a sentarse con nosotros junto al fuego. “No hemos cenado”, dije yo; porque, por lo general, la comida la preparaba mi padre cuando volvía, y durante su ausencia no comíamos más que sobras del día anterior.

»—En cuanto padre vuelva, después de la caza —dijo Marcella—, le encantará encontrar la cena puesta; vamos a preparar algo nosotros.

»Se encaramó Caesar a un taburete, descolgó una pieza de carne, no recuerdo si de venado o de oso, cortamos la cantidad habitual, y nos dispusimos a aderezarla como solíamos hacer bajo la supervisión de nuestro padre. Estábamos ocupados distribuyéndola en los platos junto al fuego, para esperar a que él llegase, cuando oímos el toque de un cuerno. Prestamos atención: sonó un ruido fuera, y un minuto después entró mi padre, seguido de una joven y un hombre alto vestido de cazador.

»Quizá sea mejor que cuente ahora lo que supe años después: al salir mi padre de la cabaña, descubrió un gran lobo blanco a unas treinta yardas de él; el animal, en cuanto vio a mi padre, se retiró despacio, gruñendo y enseñando los dientes. Mi padre lo siguió; el animal no corría, sino que mantenía siempre cierta distancia; y a mi padre no le gustaba disparar hasta estar seguro de dar en el blanco. Así siguieron durante un rato: el lobo dejaba atrás a mi padre, se detenía luego, gruñendo desafiante, y a continuación echaba a correr otra vez.

»Ansioso por cazar al animal (porque el lobo blanco es muy raro), mi padre continuó persiguiéndolo durante varias horas, montaña arriba, sin parar.

»Sin duda sabes, Philip, que hay lugares extraños en esas montañas que se suponen (fundadamente, como prueba mi historia) habitados por poderes malignos: son bien conocidos de los cazadores, que los evitan sistemáticamente. Pues bien, uno de esos lugares, un claro del bosque de pinos más arriba de donde vivíamos nosotros, le habían dicho a mi padre que era peligroso por ese motivo. Pero no sé si es que no

creía en esas historias extravagantes, o que, ansioso en su persecución de la caza, no hizo caso de ellas; lo cierto es que la loba blanca le fue atrayendo a ese claro, y una vez allí, el animal pareció aminorar su carrera. Mi padre se acercó, se echó el rifle al hombro, y ya iba a disparar cuando el animal desapareció de repente. Mi padre pensó que le había deslumbrado la nieve del suelo; bajó el arma para buscar al animal con la mirada... pero no estaba. No entendía cómo había escapado del claro sin que él la viera. Mortificado por el fracaso de esta persecución, estaba a punto de volver sobre sus pasos, cuando oyó el sonido lejano de un cuerno. El asombro que le produjo esta llamada —a semejante hora—, en una región tan remota, hizo que se olvidara por un momento de su decepción y se quedara clavado donde estaba. Un minuto después sonó el cuerno por segunda vez, y a no mucha distancia; mi padre seguía sin moverse, atento; sonó una tercera. No recuerdo el término que se emplea para designarlo, pero era un toque que, como sabía mi padre, significaba que el grupo se había perdido en el bosque. Unos minutos después vio entrar en el claro a un hombre a caballo, con una mujer a la grupa, que cabalgó hacia él. Al principio, a mi padre le vinieron a la memoria todas las historias extrañas que había oído sobre seres sobrenaturales que se decía que frecuentaban las montañas; pero la inmediata proximidad de estas personas le convenció de que eran mortales como él. Al llegar a donde él estaba, el hombre que llevaba el caballo le abordó:

»—Amigo cazador, tarde anda usted fuera de casa, por suerte para nosotros; llevamos mucho cabalgando y tememos por nuestras vidas, ansiosamente perseguidas. Estas montañas nos han permitido burlar a nuestros perseguidores; pero si no encontramos pronto refugio y alimento, de poco nos va a servir, ya que nos matarán el hambre y el rigor de la noche. Mi hija, aquí detrás, va ya más muerta que viva... Así que dígame, ¿puede ayudarnos en este trance?

»—Mi casa está a unas millas de aquí —contestó mi padre—. Poco les puedo ofrecer, aparte de cobijo; pero dentro de lo poco que tengo, serán bien recibidos. ¿Puedo preguntar de dónde vienen?

»—Sí, amigo; no es ningún secreto ahora: hemos huido de Transilvania, donde el honor de mi hija y mi vida corrían igual peligro.

»Esta información bastó para despertar el interés en el corazón de mi padre. Recordó su propia huida: la pérdida del honor de su esposa y la tragedia en que acabó. Al punto, y con calor, ofreció toda la ayuda que pudiera.

»—No perdamos tiempo, entonces, buen señor —dijo el jinete—; mi hija está yerta de frío, y no podrá resistir mucho más el rigor de este tiempo.

»—Síganme —contestó mi padre, abriendo la marcha hacia casa.

»—Me he alejado persiguiendo una gran loba blanca —comentó mi padre—. Se ha acercado a la misma ventana de mi casa; de no ser por eso, no habría salido a estas horas.

»—Ese animal ha pasado junto a nosotros cuando salíamos del bosque —dijo la mujer, con voz argentina.

»—He estado a punto de dispararle —comentó el cazador—. Pero, dado que nos ha prestado tan buen servicio, me alegro de haberla dejado escapar.

»En cosa de hora y media, durante cuyo tiempo mi padre anduvo con paso rápido, el grupo llegó a la cabaña y, como he dicho antes, entró.

»—Llegamos a tiempo, al parecer —dijo el cazador, al captar el olor a carne asada, a la vez que se dirigía al fuego y nos miraba a mis hermanos y a mí—. Tiene usted unos cocineros jovencitos aquí, *Meinheer*.

»—Me alegro de no tener que esperar —replicó mi padre—. Venga, señorita; siéntese junto al fuego. Necesita calor después de su fría cabalgada.

»—¿Dónde puedo alojar el caballo, *Meinheer*? —dijo el cazador.

»—Yo me ocuparé de él —replicó mi padre saliendo por la puerta de la casa.

»Pero debo describir a la mujer en particular. Era joven, y aparentaba unos veinte años. Iba vestida con ropa de viaje toda ribeteada de pelo blanco, con un gorro de armiño blanco en la cabeza. Su rostro era muy hermoso, al menos me lo pareció a mí, y así lo ha proclamado siempre mi padre. Tenía el cabello rubio, liso y luminoso como un espejo; y su boca, aunque algo grande cuando la abría, mostraba los dientes más blancos que he visto. Pero había algo en sus ojos que, aunque brillantes, nos inspiró temor a los niños: tan inquietos eran, tan furtivos. En aquel momento, no sabía por qué, noté crueldad en su mirada; y cuando nos hizo seña de que nos acercásemos a ella, lo hicimos temblando, con temor. No obstante, era hermosa, muy hermosa. Nos habló con dulzura a mi hermano y a mí, nos dio palmaditas en la cabeza y nos acarició; pero Marcella no quiso acercarse; al contrario, se escabulló, se escondió en la cama, y no quiso quedarse a la cena, a pesar de las ganas con que la había estado esperando desde hacía media hora.

»Mi padre volvió enseguida de encerrar el caballo en el establo y puso la mesa. Al terminar, mi padre pidió a la joven dama que tomase posesión de su cama, que él se quedaría junto al fuego y velaría con su padre. Tras cierta vacilación, la joven aceptó este arreglo, y yo y mi hermano nos acostamos en la otra cama con Marcella, ya que siempre dormíamos juntos.

»Pero no pudimos dormir: había algo tan fuera de lo corriente, no sólo en el hecho de ver personas extrañas, sino en tenerlos durmiendo en casa, que nos sentíamos desorientados. En cuanto a la pobre Marcella, no decía nada, pero estuvo temblando toda la noche, según noté yo; y a veces me parecía que reprimía un sollozo. Mi padre había sacado algún licor que rara vez usaba, y él y el cazador desconocido se quedaron bebiendo y charlando ante el fuego. Nosotros estábamos con el oído atento al menor susurro: tanto nos había picado la curiosidad.

»—¿Y dice que vienen de Transilvania? —preguntó mi padre.

»—Así es, *Meinheer* —replicó el cazador—. Yo era siervo de la noble casa de...; mi señor se empeñó en que cediera mi hermosa hija a sus deseos; al final le di unas pulgadas de mi cuchillo de caza.

»—Somos compatriotas, y hermanos en desgracia —replicó mi padre, cogiéndole

la mano al cazador y estrechándosela con calor.

»—¿De verdad? ¿Es usted, entonces, de ese país?

»—Sí; y también he huido para salvar la vida. Pero la mía es una historia triste.

»—¿Cómo se llama? —preguntó el cazador.

»—Krantz.

»—¡Cómo! ¿Krantz de...? He oído su historia; no hace falta que renueve su dolor repitiéndola ahora. Mucho gusto, mucho gusto, *Meinheer*, y, puedo decir, estimado pariente. Soy Wilfred de Barnsdorf, primo segundo suyo —exclamó el cazador, levantándose y abrazando a mi padre.

»Llenaron sus vasos de cuerno hasta el borde, y brindaron a su mutua salud, a la manera alemana. A continuación se pusieron a hablar en voz baja; todo lo que logramos entender fue que nuestro pariente y su hija se quedarían a vivir en nuestra casa, al menos de momento. Una hora más tarde se recostaron en sus sillas y se quedaron dormidos, al parecer.

»—Marcella, cariño, ¿has oído? —dijo mi hermano en voz baja.

»—Sí —replicó Marcella en un susurro—. Lo he oído todo. ¡Ay, hermano, no soporto mirar a esa mujer; me da miedo!

»Mi hermano no contestó; y poco después estábamos los tres profundamente dormidos.

»Al despertarme por la mañana, descubrí que la hija del cazador se había levantado antes que nosotros. Me pareció más bella que antes. Se acercó a la pequeña Marcella y le hizo una caricia; la niña rompió a llorar, sollozando como si fuera a partirsele el corazón.

»Pero para no entretenerme con una historia demasiado larga: el cazador y su hija se instalaron en la cabaña. Mi padre y él salían todos los días a cazar, dejando a Christina con nosotros. Ella se encargaba de los quehaceres de la casa. Era muy buena con nosotros los niños; y poco a poco, incluso se le fue desvaneciendo el recelo a la pequeña Marcella. Pero un gran cambio se había operado en mi padre: parecía haber superado su aversión al sexo, y se mostraba de lo más atento con Christina. A menudo, después de acostarse su padre y nosotros, se quedaba charlando con ella, en voz baja, junto al fuego. Debía haber dicho que mi padre y el cazador Wilfred dormían en otra parte de la cabaña, y que su cama, que estaba en la misma habitación que la nuestra, la ocupaba ahora Christina. Y llevaban viviendo estos visitantes unas tres semanas en nuestra casa cuando, una noche, después de mandarnos a los niños a la cama, se celebró una consulta. Mi padre había pedido a Christina en matrimonio, y había obtenido el consentimiento de ella y de Wilfred; tras lo cual tuvo lugar una conversación que, según recuerdo, discurrió como sigue:

»—Reciba a mi hija, *Meinheer* Krantz, y mi bendición con ella. En cuanto a mí, les dejaré y buscaré algún otro lugar donde vivir... Poco importa dónde.

»—¿Por qué no se queda aquí, Wilfred?

»—No; se me requiere en otra parte; baste eso, no me pregunte más. Tiene a mi

hija.

»—Le doy las gracias y la honraré como se merece; pero hay una dificultad.

»—Sé lo que me va a decir: no hay sacerdotes aquí, en esta remota región. Es cierto. Ni ley, tampoco, que pueda unirles. No obstante, deben cumplir alguna clase de ceremonia que deje satisfecho a un padre. ¿Accede a casarse con ella como yo determine? Sí es así, yo personalmente les casaré.

»—Accedo —contestó mi padre.

»—Entonces cójale la mano. Ahora, *Meinheer*, jure.

»—Juro —repitió mi padre.

»—Por todos los espíritus de las Montañas del Hartz...

»—Espere, ¿por qué no por el Cielo? —interrumpió mi padre.

»—Porque no me place —replicó Wilfred—. Supongo que no tendrá ninguna objeción si prefiero ese juramento, menos vinculante quizá, que otro.

»—Así sea, entonces; como quiera. Pero me hace jurar por algo en lo que no creo.

»—En cambio, hay muchos que sí creen, aunque por fuera parecen cristianos —replicó Wilfred—. Bueno, ¿se va a casar, o me llevo a mi hija conmigo?

»—Prosiga —replicó mi padre con impaciencia.

»—Juro por todos los espíritus de las Montañas Hartz, por su poder en el bien y en el mal, que tomo a Christina por mi legítima esposa; que la protegeré, cuidaré y amaré siempre; que jamás levantaré mi mano contra ella.

»Mi padre repitió las palabras después de Wilfred.

»—Y si falto a este juramento, caiga toda la venganza de los espíritus sobre mí y mis hijos: que perezcan por el buitre, el lobo u otra bestia de los bosques; que les arranquen la carne de los miembros y sus huesos se blanqueen en algún lugar desierto: todo esto juro.

»Mi padre vaciló en repetir las últimas palabras; la pequeña Marcella no pudo dominarse y, al pronunciar mi padre la última frase, rompió a llorar. Esta súbita interrupción pareció turbar a los reunidos, sobre todo a mi padre, que reprendió con aspereza a la criatura, y la niña sofocó sus sollozos escondiendo la cara bajo el embozo.

»Ése fue el segundo matrimonio de mi padre. A la mañana siguiente el cazador Wilfred montó en su caballo y se fue.

»Mi padre recobró su cama, que estaba en la misma habitación que la nuestra, y las cosas siguieron casi igual que antes de casarse, salvo que nuestra madrastra dejó de ser amable con nosotros. En efecto, durante la ausencia de mi padre nos pegaba a menudo, sobre todo a Marcella, y sus ojos despedían chispas cuando miraba con irritación a la preciosa criatura.

»Una noche, Marcella nos despertó a mi hermano y a mí.

»—¿Qué pasa? —dijo Caesar.

»—Ha salido —susurró Marcella.

»—¿Ha salido?

»—Sí; por la puerta. En ropa de dormir —replicó la niña—. La he visto bajar de la cama, mirar a padre para ver si dormía, y luego ha salido por la puerta.

»Nos resultaba incomprensible qué podía haberla inducido a abandonar la cama, y salir desvestida con un tiempo tan intensamente invernal y el suelo cubierto de espesa nieve. Permanecimos despiertos. Y al cabo de una hora más o menos, oímos un gruñido de lobo debajo de la ventana.

»—Hay un lobo —dijo Caesar—. La va a despedazar.

»—¡Oh, no! —dijo Marcella.

»Unos minutos después apareció nuestra madrastra; iba en camisón, como Marcella había dicho. Giró el picaporte de la puerta de forma que no hiciera ruido, fue a un cubo de agua, se lavó la cara y las manos, y luego se metió en la cama junto a mi padre.

»Los tres estábamos temblando, no sabíamos por qué. Pero decidimos vigilar a la noche siguiente. Así lo hicimos; y no sólo a la noche siguiente, sino muchas más; y siempre, alrededor de la misma hora, nuestra madrastra se levantaba de la cama y abandonaba la casa. Y después de que se había ido, oíamos invariablemente gruñidos de lobo debajo de nuestra ventana; y veíamos que siempre, a su regreso, se lavaba antes de meterse a la cama. También observamos que rara vez se sentaba a comer; y que cuando lo hacía, parecía comer con desgana; aunque cuando bajábamos la carne para asarla, a la hora de cenar, se echaba furtivamente a la boca algún trozo crudo.

»Mi hermano Caesar, que era un chico valiente, no quería hablar con mi padre hasta saber más. Decidió seguirla y averiguar qué hacía. Marcella y yo intentamos disuadirle de su plan; pero no quería que se le controlase, y esa misma noche se acostó vestido. Y en cuanto nuestra madrastra salió de la cabaña, saltó de la cama, descolgó el rifle de mi padre, y la siguió.

»Puedes imaginar en qué estado de incertidumbre permanecimos Marcella y yo durante su ausencia. Unos minutos más tarde oímos el estampido de un arma. No despertó a mi padre; nosotros temblábamos de ansiedad. Poco después vimos entrar en la cabaña a nuestra madrastra... con la ropa ensangrentada. Tapé la boca a Marcella con la mano para evitar que gritase, aunque yo mismo estaba enormemente alarmado. Nuestra madrastra se acercó a la cama de mi padre, y comprobó que dormía; a continuación fue a la chimenea y avivó las brasas hasta que brotaron llamas.

»—¿Quién anda ahí? —dijo mi padre, despertando.

»—Tranquilízate, cariño —contestó mi madrastra—; soy yo. He encendido el fuego para calentar agua; no me siento muy bien.

»Mi padre se dio la vuelta y no tardó en dormirse; pero nosotros no quitábamos ojo a nuestra madrastra. Se cambió de camisón y arrojó al fuego la ropa que había llevado; luego se dio cuenta de que le sangraba profusamente la pierna derecha, como por una herida de bala. Se la vendó y, después de vestirse, se quedó ante el fuego hasta que empezó a clarear.

»¡Pobre pequeña Marcella! Me tenía estrechado contra ella, y notaba con qué violencia le latía el corazón... igual que a mí. ¿Dónde estaba nuestro hermano Caesar? ¿Qué había infligido a nuestra madrastra aquella herida sino su rifle? Por último se levantó nuestro padre, y entonces hablé por primera vez:

»—Padre, ¿dónde está mi hermano Caesar?

»—¿Tu hermano? —exclamó—. No sé; ¿dónde puede estar?

»—¡Válgame Dios! Esta noche, mientras dormía inquieta —comentó nuestra madrastra—, me pareció oír que alguien abría el cerrojo picaporte de la puerta; y... ¡Ay, Señor! ¿Qué ha sido de tu rifle, esposo mío?

»Mi padre miró hacia la chimenea, y vio que no estaba el rifle. Se quedó desconcertado un momento; luego, echando mano a una gran hacha, salió de la cabaña sin decir palabra.

»No estuvo fuera mucho rato: unos minutos después regresó con el cuerpo destrozado de mi infortunado hermano en brazos; lo depositó en el suelo, y le cubrió la cara.

»Mi madrastra se levantó, y miró el cuerpo mientras Marcella y yo nos arrojábamos a su lado, gimiendo y llorando desconsoladamente.

»—Volved a la cama, niños —dijo ella con aspereza—. Esposo —prosiguió—: tu hijo ha debido de coger el rifle para disparar a un lobo, y el animal ha resultado ser demasiado fuerte para él. ¡Pobre muchacho! Ha pagado cara su temeridad.

»Mi padre no contestó. Yo quería hablar, contarlo todo, pero Marcella, que se dio cuenta de mi intención, me sujetó por el brazo y me miró tan suplicante que desistí.

»Así que mi padre siguió en su error; pero Marcella y yo, aunque no lo comprendíamos, sabíamos que nuestra madrastra tenía que ver de alguna manera con la muerte de nuestro hermano.

»Ese día mi padre salió a cavar una sepultura; y tras cubrir el cuerpo, amontonó piedras encima para que los lobos no lo pudiesen desenterrar. El golpe de esta desgracia fue para mi padre muy doloroso; estuvo varios días sin salir a cazar, aunque a veces profería furiosos anatemas y juramentos de venganza contra los lobos.

»Durante ese tiempo de luto, no obstante, siguieron los vagabundeos nocturnos de mi madrastra con la misma regularidad que antes.

»Finalmente, mi padre descolgó el rifle para acudir al bosque; pero regresó al poco rato, muy enojado al parecer.

»—No lo vas a creer, Christina, pero los lobos (¡maldita sea la especie entera!) se las han arreglado para desenterrar el cuerpo de mi pobre hijo, y ahora no quedan de él más que los huesos.

»—¿De verdad? —replicó mi madrastra. Marcella me miró, y leí en sus ojos inteligentes todo lo que ella habría querido decir con palabras.

»—Todas las noches gruñe un lobo debajo de nuestra ventana, padre —dije yo.

»—¿Es posible? ¿Y por qué no me lo habías dicho, muchacho? La próxima vez que lo oigas despiértame.

»Vi que mi madrastra se daba la vuelta; sus ojos despedían fuego, y rechinaba los dientes.

»Mi padre salió otra vez, y cubrió con un montón más grande de piedras los pequeños restos de mi hermano que los lobos habían esparcido. Ése fue el primer acto de la tragedia.

»Luego llegó la primavera; desapareció la nieve, y se nos dio permiso para salir de casa. Pero yo no me separaba ni un momento de mi hermanita, a la que, desde la muerte de mi hermano, me sentía más fervientemente unido que nunca; a decir verdad, me daba miedo dejarla sola con mi madrastra, que parecía disfrutar maltratando a la criatura. Mi padre se dedicaba ahora al cultivo de su pequeña parcela y yo podía prestarle alguna ayuda.

»Marcella permanecía sentada cerca de nosotros mientras trabajábamos, dejando a mi madrastra sola en la cabaña. Debo decir que, a medida que avanzaba la primavera, mi madrastra iba disminuyendo sus vagabundeos nocturnos, y que no oíamos el gruñido del lobo debajo de la ventana desde que yo había hablado de él a mi padre.

»Un día, estando mi padre y yo en el campo, y Marcella con nosotros, salió mi madrastra de la casa y dijo que iba al bosque a coger unas yerbas para mi padre, y que fuese Marcella a vigilar la comida. Fue Marcella, y no tardó mi madrastra en desaparecer en el bosque, en dirección opuesta a la casa, quedando mi padre y yo, por así decir, entre ella y Marcella.

»Como una hora después, nos sobresaltaron unos gritos que provenían de la cabaña... evidentemente, de la pequeña Marcella. “Marcella se ha quemado, padre”, dije yo, soltando la azada. Mi padre arrojó la suya y echamos a correr los dos hacia casa. Antes de que llegáramos a la puerta, salió como una exhalación un gran lobo blanco que huyó a gran velocidad. Mi padre no llevaba arma alguna encima; entró en tromba en la casa, y encontró a la pobrecita Marcella agonizando. Tenía el cuerpo espantosamente mutilado, y la sangre que le manaba había formado un gran charco en el suelo. El primer impulso de mi padre había sido coger el rifle y salir tras el lobo; pero le contuvo esta escena espantosa: se arrodilló junto a su hijita moribunda, y prorrumpió en lágrimas. Marcella sólo pudo mirarnos con dulzura unos segundos; luego, la muerte le cerró los ojos.

»Aún estábamos mi padre y yo inclinados sobre el cuerpo de mi desventurada hermana, cuando entró mi madrastra. Manifestó un gran pesar ante esta visión espantosa, pero no pareció horrorizarle el espectáculo de la sangre, como les ocurre a la mayoría de las mujeres.

»—¡Pobre criatura! —dijo—. Ha debido de ser ese gran lobo blanco que acaba de pasar junto a mí, y que me ha dado un susto espantoso. Ha muerto, Krantz.

»—¡Lo sé! ¡Lo sé! —exclamó mi padre, con angustia.

»Pensé que mi padre no se iba a recobrar nunca de los efectos de esta segunda tragedia; lloró amargamente sobre el cuerpo de su dulce hijita, y durante varios días

no quiso confiarla a la sepultura, aunque mi madrastra le rogó muchas veces que lo hiciera. Accedió finalmente, cavó una fosa junto a la de mi pobre hermano, y tomó todas las precauciones para que los lobos no profanasen sus restos.

»Ahora, solo en la cama que antes había compartido con mi hermano y mi hermana, me sentía verdaderamente desgraciado. No podía por menos de pensar que mi madrastra tenía que ver con las dos muertes, aunque no lograba explicarme de qué modo. Pero ya no me daba miedo ella: tenía el corazón lleno de odio y deseos de venganza.

»La noche siguiente al entierro de mi hermana, estando en la cama despierto, vi a mi madrastra levantarse y salir de la casa. Esperé un rato, luego me vestí, entreabrí la puerta y me asomé. Había una luna brillante, y podía ver el lugar donde estaban enterrados mis hermanos. ¡Y cuál no sería mi horror cuando descubrí a mi madrastra quitando afanosamente las piedras de la sepultura de Marcella!

»Estaba en camisón, y la luna daba de lleno sobre ella. Cavaba con las manos y arrojaba las piedras para atrás con la ferocidad de una bestia salvaje. Transcurrió un rato antes de lograr serenarme y decidir qué hacer. Finalmente observé que llegaba al cuerpo y lo subía a un lado de la fosa. No pude soportarlo más: corrí a mi padre y lo desperté:

»—¡Padre, padre! —grité—, vístase y coja el rifle.

»—¡Qué! —gritó mi padre—. ¿Están los lobos ahí?

»Saltó de la cama, se puso la ropa a toda prisa y, con su precipitación, no pareció darse cuenta de la ausencia de su mujer. En cuanto estuvo preparado, abrí la puerta. Salió él, y yo le seguí.

»Imagina su horror cuando descubrió (desprevenido como estaba para una visión así), al avanzar hacia la sepultura, no a un lobo, sino a su mujer, en camisón y a cuatro patas, inclinada sobre el cuerpo de mi hermana, y arrancando grandes jirones de carne y devorándolos con la avidez de un lobo. Estaba demasiado ocupada para darse cuenta de que nos acercábamos. Mi padre dejó caer el rifle: se le había erizado el cabello, igual que a mí; aspiró con dificultad, y luego dejó de respirar unos instantes. Cogí el rifle y se lo puse en la mano. De repente pareció como si la rabia concentrada le devolviese redoblada su energía; apuntó su rifle, disparó y, con un grito tremendo, cayó la desdichada a la que había dado cobijo en su pecho.

»—¡Dios mío! —exclamó mi padre, desplomándose en el suelo sin sentido, no bien hubo descargado su arma.

»Estuve un rato junto a él, hasta que se recobró.

»—¿Dónde estoy? —dijo—. ¿Qué ha pasado? ¡Ah... sí, sí! Ahora recuerdo. ¡Que el Cielo me perdone!

»Se levantó y nos acercamos a la fosa: cuál no fue nuestro asombro y horror, otra vez, al descubrir que, en vez del cuerpo muerto de mi madrastra como esperábamos ver, yacía sobre los restos de mi pobre hermana una gran loba blanca.

»—La loba blanca —exclamó mi padre—; la loba blanca que me atrajo al

bosque... Ahora comprendo; he tenido trato con los espíritus de las Montañas Hartz.

»Durante un rato mi padre permaneció en silencio, abismado en sus pensamientos. Luego levantó el cuerpo de mi hermana, volvió a colocarlo en la sepultura, lo cubrió como antes y golpeó la cabeza del animal muerto con el tacón de su bota, desvariando como un loco. Volvió a la cabaña, cerró la puerta y se arrojó sobre la cama. Yo hice lo mismo, porque estaba embotado de estupor.

»A la mañana siguiente nos despertaron temprano unas sonoras llamadas en la puerta, y entró impetuoso Wilfred el cazador.

»—¡Mi hija... mi hija! ¿Dónde está mi hija? —gritaba furioso.

»—Donde deben estar los malvados y los demonios, espero —replicó mi padre, levantándose y mostrando igual cólera—. ¡Está donde debe estar: en el infierno! Y sal de esta casa, o lo vas a lamentar.

»—¡Ja... ja! —replicó el cazador—. ¿Acaso puedes hacer daño a un espíritu poderoso de las Montañas Hartz? ¡Pobre mortal, casado con una loba!

»—¡Fuera, demonio! ¡Os desprecio a ti y tu poder!

»—Pues lo sentirás; recuerda tu juramento, tu juramento solemne, de no levantar la mano contra ella.

»—Yo no he hecho ningún pacto con espíritus malvados.

»—Sí lo has hecho; y si faltas a tu juramento te enfrentarás a la venganza de los espíritus. Tus hijos perecerán por el buitre, el lobo...

»—¡Fuera, fuera, demonio!

»—Y sus huesos se blanquearán en algún lugar desierto. ¡Ja, ja!

»Mi padre, frenético de rabia, agarró el hacha y la levantó sobre la cabeza de Wilfred para descargarla.

»—Todo esto juro —prosiguió el cazador, burlón.

»Descendió el hacha, pero pasó a través de la figura del cazador, y mi padre perdió el equilibrio y cayó pesadamente al suelo.

»—¡Mortal! —dijo el cazador, pasando por encima del cuerpo de mi padre—, nosotros tenemos poder sobre los que han cometido asesinato. Eres culpable de un doble asesinato, y recibirás el castigo ligado al juramento de tu matrimonio. Dos de tus hijos han muerto; aún te queda el tercero... pero ya les seguirá, pues está registrado tu juramento. Vete... sería un acto de benevolencia matarte; ¡tu castigo es que vivas!

»Tras estas palabras, desapareció el espíritu. Mi padre se levantó del suelo, me abrazó tiernamente, y se arrodilló para rezar.

»A la mañana siguiente, abandonó la cabaña para siempre. Me llevó con él, dirigiendo sus pasos a Holanda, adonde llegamos sin percance. Tenía algo de dinero. Pero no llevaba muchos días en Amsterdam cuando le acometió una encefalitis y murió delirando como un loco. A mí me dejaron en el hospicio, y más tarde me embarcaron de marinero. Ahora ya conoces mi historia. La cuestión es si pagaré las consecuencias del juramento de mi padre. Personalmente tengo el convencimiento de

que, de una manera o de otra, lo haré.

II

Tras veintidós días de navegación avistaron el alto litoral del sur de Sumatra: como no había barcos a la vista, decidieron seguir su ruta a través de los Estrechos y dirigirse a Pulo Penang, adonde esperaban llegar —dado que la embarcación llevaba el viento de bolina— en siete u ocho días. Debido a su constante exposición al sol, Philip y Krantz estaban ahora tan morenos que, con sus largas barbas y sus ropas musulmanas, podían haber pasado fácilmente por nativos. Habían navegado todos los días bajo un sol abrasador y habían dormido expuestos al relente de la noche sin que su salud se resintiese. Sin embargo, desde que había contado a Philip la historia de su familia, Krantz se había vuelto callado y melancólico; le había desaparecido su desbordante animación habitual, y Philip le había preguntado muchas veces cuál era la causa. Mientras se adentraban en los Estrechos, Philip se puso a hablar de lo que debían hacer al llegar a Goa; y Krantz replicó gravemente:

—Desde hace unos días, Philip, tengo el presentimiento de que no voy a ver esa ciudad.

—¿Te sientes mal, Krantz? —replicó Philip.

—No; me encuentro bien, de cuerpo y de espíritu. Procuro desechar esas aprensiones, pero es inútil: hay una voz de advertencia que me dice constantemente que no estaré mucho tiempo contigo. Philip, ¿querrás complacerme en una cosa? Llevo unas monedas de oro alrededor de la cintura que pueden serte de utilidad; hazme un gran favor: cógelas y llévalas tú.

—Qué tontería, Krantz.

—No es ninguna tontería, Philip. ¿No has tenido nunca una premonición? ¿Por qué no voy a tener yo las mías? Sabes que hay poco miedo en la composición de mi persona, y que no me asusta la muerte; pero noto que esta premonición es más fuerte cada hora que pasa...

—Eso son figuraciones propias de un cerebro trastornado, Krantz; no hay motivo para creer que un joven lleno de energía y salud como tú no vea discurrir sus días plácidamente y viva hasta una edad provecta. Mañana te sentirás mejor.

—Tal vez —replicó Krantz—; de todos modos, accede a mi capricho, y coge el oro. Si me equivoco y llegamos sin novedad, me lo puedes devolver —comentó Krantz con una débil sonrisa—. Pero olvidas que se nos está acabando el agua y tenemos que buscar un manantial en tierra para proveernos de agua potable.

—En eso estaba pensando, precisamente, cuando has sacado ese tema desagradable. Será mejor que busquemos el agua antes de que anochezca y, en cuanto hayamos llenado los cántaros, nos haremos a la vela otra vez.

En el momento de esta conversación se hallaban en la parte este del Estrecho,

unas cuarenta millas al norte. El interior de la costa era rocoso y montañoso, aunque descendía suavemente hasta convertirse en un llano —donde se alternaban el bosque y la jungla— que se prolongaba hasta la playa. El paraje parecía deshabitado. Siguiendo cerca de la orilla descubrieron, tras dos horas de navegación, un riachuelo de agua dulce que bajaba de las montañas en forma de cascada, y describía su curso sinuoso a través de la jungla, hasta verter su tributo en las aguas del Estrecho.

Se dirigieron a la desembocadura del río: arriaron las velas, pusieron el *peroqua* proa a la corriente, hasta que avanzaron lo suficiente como para estar seguros de que el agua era totalmente dulce. Llenaron los cántaros en seguida, y estaban pensando en zarpar otra vez cuando, seducidos por la belleza del lugar y la frescura del agua dulce, y cansados de su largo confinamiento a bordo del *peroqua*, decidieron darse un baño: lujo que difícilmente pueden apreciar los que no han estado en semejante situación. Se quitaron sus ropas musulmanas, se zambulleron en el río y allí se estuvieron un rato. Krantz fue el primero en salir del agua: se quejó de frío y se dirigió a la orilla, donde habían dejado la ropa. Philip nadó también hacia la orilla con intención de seguirle.

—Y ahora, Philip —dijo Krantz—, ésta es una buena ocasión para darte el dinero. Abriré la faja, lo volcaré, y tú vas a meterlo en la tuya.

Philip estaba de pie en el agua, que le llegaba a la cintura.

—Bueno, Krantz —dijo—; sea, si ha de ser así. Pero me parece una ridiculez... En fin, te sales con la tuya.

Philip salió del agua y se sentó junto a Krantz, que ya estaba ocupado en sacar doblones de los pliegues de su faja. Por último, dijo:

—Creo, Philip, que ahora que tienes todas las monedas, me siento tranquilo.

—No imagino qué peligro puede haber para ti al que no esté yo igualmente expuesto —replicó Philip—. De todos modos...

Apenas pronunció estas palabras cuando sonó un tremendo rugido; sobrevino como una ráfaga de viento en el aire, un golpe que le tumbó de espaldas, un grito, un forcejeo... Se recobró Philip, y vio cómo un enorme tigre se llevaba la figura desnuda de Krantz, a la velocidad de una flecha, hacia la espesura. Se quedó mirándolo con ojos dilatados. Unos segundos después, el animal y Krantz habían desaparecido.

—¡Dios mío! ¡Ojalá me hubieses ahorrado esto! —exclamó Philip, arrojándose al suelo de bruces, abrumado por la impresión—. ¡Ah, Krantz, amigo mío..., hermano: muy ciertos eran tus presentimientos! ¡Dios misericordioso! Ten compasión... Pero hágase tu voluntad —y prorrumpió en un mar de lágrimas.

Durante más de una hora permaneció inmóvil, indiferente al peligro que le rodeaba. Finalmente, algo recobrado, se levantó, se vistió y volvió a sentarse... con la mirada fija en las ropas de Krantz, y el oro que aún yacía en la arena.

—Quería darme ese oro. Presentía su fin. ¡Sí! ¡Sí! Era su destino, y se ha cumplido. *Sus huesos se blanquearán en un lugar desierto...* y el cazador-espíritu y su hija lobuna han sido vengados.

Sutherland Menzies

HUGHES, EL HOMBRE-LOBO

(1838)

UN año después que el cuento pionero de Marryat, la revista neoyorquina *Lady's Magazine and Museum* publicó en su número de septiembre otra excelente muestra del género de licántropos, que a partir de entonces pareció afianzarse y recuperar el tiempo perdido, anunciando la avalancha de nuevos títulos que se produciría en las décadas siguientes, con la inclusión de alguna que otra novela como *Wagner, the Wehr- Wolf* (1846) de G. W. M. Reynolds.

La gran novedad de «Hughes, the Wer-Wolf», hasta ahora inédito entre nosotros, reside en que por vez primera presenta un hombre-lobo inglés, personaje bastante ajeno a la tradición anglosajona, ya que en las Islas Británicas los lobos se extinguieron mucho antes que en otros países europeos, siendo sustituidos en las metamorfosis por gatos y liebres, y posteriormente por zorros, como puede verse en la novela de David Garnett *Lady into Fox* (1922). Típicamente gótico tanto en su estructura como en sus ingredientes y desarrollo, el cuento constituye una hábil adaptación de una leyenda medieval inglesa, y su mayor mérito estriba en haber conseguido desplazar la figura del licántropo de su casi obligada ubicación centroeuropea (preferentemente la Selva Negra), tópico que todavía se mantendría bastantes años en otros títulos señeros, como el clásico relato de Catherine Crowe «A Story of a Wer-Wolf» (1848) o la novelita de la pareja alsaciana Erckmann-Chatrian *Hughes, le loup* (1860). Aunque no alcanza su alta calidad literaria ni se ve enriquecido por esa insólita mezcla de pormenorizadas descripciones de costumbres e ingeniosísimas referencias lingüísticas, el cuento parece un antecedente directo de la soberbia *nouvelle* de Merimée *Lokis*, en donde el protagonista, más acorde con la tradición nórdica en que se inscribe (la acción transcurre en Lituania), en lugar de un lobo es un oso.

Sobre su autor, Sutherland Menzies, poco se sabe, salvo que su firma aparece profusamente en la mayoría de revistas americanas de la época, especialmente como autor de relatos góticos o de terror. Montague Summers, que trató de seguirle la pista e indagó bastante en las publicaciones originales, opina que en realidad fue una mujer, una tal Elizabeth Stone, que al igual que otras escritoras góticas o victorianas se vio obligada a utilizar un seudónimo varonil para dar salida a sus cuentos

fantásticos.

HUGHES, EL HOMBRE-LOBO

I

EN los confines de ese vasto bosque que antiguamente ocupaba gran parte del condado de Kent, vestigio de lo que hasta hoy se conoce como el Weald^[19] de Kent, y donde extendía su casi impenetrable espesura a mitad de camino entre Ashford y Canterbury durante el largo reinado de nuestro segundo Enrique, una familia de ascendencia normanda llamada Hugues (o los *Loberos*, como les apodaron los habitantes sajones de la región) había construido furtivamente, al amparo de la antigua legislación de los bosques, una cabaña solitaria y miserable. Y en medio de estas fortalezas selváticas, siguiendo al parecer la ocupación de leñadores, los desdichados proscritos —pues tal cosa eran, evidentemente, por una u otra razón— llevaron una existencia apartada y precaria. Y ya fuera por la arraigada antipatía que aún subsistía hacia toda la nación usurpadora de la que eran originarios, o por una injusta actitud mantenida por sus supersticiosos vecinos anglosajones, el caso es que durante mucho tiempo fueron considerados como pertenecientes a la raza maldita de los hombres-lobo, y como tales, se les negó mezquinamente cualquier trabajo en los dominios de los *franklins* o propietarios de tierra, tan acreditada estaba la transmisión del original estigma de licantropía de padres a hijos a lo largo de generaciones. No es extraño, pues, que los Hugues, los *Loberos*, no contaran con un solo amigo entre las casas vecinas de siervos o libertos, teniendo como tenían tan poco envidiable reputación. Porque invariablemente se les atribuía incluso desgracias que sólo parecían deberse al azar. ¿Destruía el fuego una granja a medianoche; se derrumbaba un granero podrido, demasiado repleto por la abundante cosecha; abatía una tormenta los campos de trigo; destruía el añublo todo el cereal; o moría el ganado, diezmado por una epizootia; perecía un niño a causa de una enfermedad devastadora; o tenía una mujer un parto prematuro? Era a los *Loberos* Hugues a los que acusaban públicamente, miraban de reojo y señalaban entre despiadadas execraciones. En fin, se les atribuía casi tan *ferae natura* como a su legendario prototipo y eran tratados de acuerdo con eso.

Terribles eran, en verdad, las historias que de ellos se contaban alrededor del fuego, al anochecer, mientras se hilaba el lino o se desplumaba el ganso; y las que se

contaban en día claro, mientras llevaban las vacas a pastar, y cuyos detalles discutían los domingos, entre la misa y las vísperas, los grupos de comadres que se congregaban en el atrio de Ashford, con muy oportuna mezcla de anatemas y santiguamientos. La brujería, el robo, el homicidio y el sacrilegio constituían los rasgos sobresalientes de las sangrientas y misteriosas proezas de las que se tenía a los *Loberos* Hugues como supuestos protagonistas: y unas veces se las adjudicaban al padre, otras a la madre, y ni siquiera la hermana se libraba de su parte de difamación. De buen grado le habrían atribuido una predisposición atroz al niño de pecho; ¡tan grande, tan universal era el horror en que tenían a esta raza de Caín! El cementerio de Ashford y la cruz de piedra de donde divergían los varios caminos que iban a Londres, a Canterbury y a Ashford, situada a mitad del trayecto entre las dos últimas ciudades, eran, según reconocía la tradición, escenarios nocturnos de las impías fechorías de los *Loberos*, que los frecuentaban a la luz de la luna, se decía, para saciarse en los muertos recién enterrados, o chuparle la sangre a cualquier vivo lo bastante imprudente como para arriesgarse a pasar por allí. Era cierto que, en algún invierno especialmente crudo, habían salido los lobos de sus guaridas y, entrando en el cementerio por una brecha de la tapia, acuciados por el hambre, habían llegado a desenterrar algún muerto; era cierto, también, que la Cruz del Lobo, como la llamaban los gañanes, se había manchado de sangre en una ocasión, cuando se cayó un vagabundo borracho y se partió la cabeza de manera fortuita en el borde del basamento. Pero estos accidentes, y muchos otros, fueron atribuidos a la culpable intervención de los *Loberos*, bajo la forma demoníaca de hombres lobos.

Por lo demás, esta pobre gente no se molestaba en defenderse de acusaciones tan monstruosas; bien enterados de la calumnia de que eran víctimas, pero igualmente conscientes de su impotencia para desmentirla, soportaban en silencio su imposición, y huían de todo contacto con aquellos a cuyos ojos se sabían repulsivos. Evitando los caminos reales, y sin atreverse a cruzar el pueblo de Ashford de día, se dedicaban a trabajos que podían hacer en casa o en lugares poco frecuentados. No asomaban por el mercado de Canterbury, jamás se contaban entre los peregrinos a la famosa tumba de Becket, ni asistían a ningún deporte, diversión, siega de heno o recolección: el sacerdote les había prohibido toda comunión con la iglesia... y los taberneros entrar en sus locales.

La humilde cabaña que habitaban estaba hecha de adobe, con una techumbre de paja en la que los vientos habían abierto enormes desgarrones, y una puerta podrida que exhibía anchas rendijas a través de las cuales entraban las ráfagas con entera libertad. Como esta morada miserable estaba apartada del resto de las casas, si por casualidad alguno de los siervos vecinos pasaba extraviado por allí hacia el anochecer, sus crédulos temores le hacían evitarla en cuanto veía que los vapores del pantano mezclaban sus hebras espectrales con el crepúsculo, y que avanzaba esa hora dudosa que explica el sentido diabólico del antiguo proverbio: «Entre el perro y el lobo, entre el halcón y el águila ratonera», hora en que los fuegos fatuos empezaban a

surgir en torno a la morada de los *Loberos*, que cenaban patriarcalmente —cuando tenían qué cenar— y después se retiraban a dormir.

La miseria, la pobreza y las pútridas emanaciones del cáñamo mojado con el que confeccionaban su tosca y escasa indumentaria se combinaron, finalmente, para traer la enfermedad y la muerte al seno de esta familia desdichada que, en el último grado de su extremidad, no podía esperar compasión ni socorro. El padre fue el primero en sucumbir; y aún no se había enfriado su cadáver cuando exhaló la madre su último suspiro. Así pasó a rendir cuentas esta malhadada familia, sin el alivio y el consuelo del confesor y sin los medicamentos del físico. Hugues el *Lobero*, el hijo mayor, cavó la fosa, depositó en ella sus cuerpos vendados con tiras de cáñamo a modo de mortaja, y amontonó un caballón de tierra para señalar el lugar de su último reposo. Un patán que le vio casualmente cumplir este piadoso deber en la oscuridad del anochecer, se santiguó, y echó a correr todo lo deprisa que podían llevarle sus piernas, convencido de que había presenciado alguna ceremonia infernal. Cuando se conoció el verdadero motivo, las comadres del pueblo se felicitaron de esta doble muerte, que tuvieron por un tardío castigo del cielo, y hablaron de mandar repicar las campanas y decir misas en acción de gracias por tan venturoso suceso.

Era víspera del Día de Difuntos, y el viento aullaba por la ladera desolada y silbaba lastimero en las ramas peladas de los árboles, cuyas últimas hojas habían perdido hacía tiempo; no había sol: una niebla espesa y fría se extendía en el aire como el velo enlutado de la viuda cuyo día de amor ha huido prematuramente. Ni una estrella brillaba en el cielo callado y oscuro. En esa cabaña solitaria, por la que acababa de pasar la muerte, los huérfanos permanecían en vela al resplandor fluctuante que proyectaban los leños del hogar. Habían transcurrido varios días desde que sus labios besaran por última vez las manos frías de sus padres; lúgubres noches, desde la triste hora en que su adiós eterno les dejó desconsolados en el mundo.

¡Pobres almas solitarias! Los dos, además, en la flor de su juventud. ¡Cuán tristes, pero cuán serenos parecían en medio de su aflicción! Pero ¿qué terror súbito y misterioso es el que parece apoderarse de ellos? No es la primera vez, desde que se quedaron solos en el mundo, que se hallan a estas horas de la noche junto a su hogar desierto, en otro tiempo animado por los alegres cuentos de su madre. Muchísimas veces han llorado juntos su memoria, pero jamás habían sentido tan sobrecogedora su soledad. Y, pálidos como espectros, se miraron temblando, mientras el inquieto resplandor de las llamas jugaba en el semblante de los dos.

—¡Hermano! ¿has oído ese grito, repetido por el eco del bosque? Es como si el suelo retemblase bajo las pisadas de un fantasma gigantesco, cuyo aliento agitara la puerta de nuestra cabaña. Dicen que el aliento de los muertos es frío como el hielo. Una tiritona mortal se ha apoderado de mí.

—Hermana, a mí también me ha parecido oír como voces a lo lejos que murmuraban palabras extrañas. No tiembles así... ¿no ves que estoy a tu lado?

—¡Ay, hermano! Recemos a la Santísima Virgen para que no deje que los

difuntos visiten nuestra casa.

—Quizá está con ellos nuestra madre: viene inconfesa, sin mortaja, a visitar a sus hijos desamparados. ¡A su progenie bienamada! Porque estamos en la víspera del día en que los difuntos abandonan la tumba. Así que abramos la puerta, que pueda entrar nuestra madre y ocupar el sitio que solía junto a la piedra del hogar.

—¡Ay, hermano, qué oscuro está todo ahí fuera! ¡Qué húmedas y frías las ráfagas de aire que entran! ¿Oyes los gemidos de los muertos alrededor de nuestra cabaña? ¡Cierra la puerta, por el amor del cielo!

—Ten valor, hermana: he echado al fuego ese ramo bendecido que cogí en flor el Domingo de Ramos, que como sabes, ahuyentará a los malos espíritus, y podrá entrar sola nuestra madre.

—Pero ¿qué aspecto tendrá, hermano? Dicen que los muertos son horribles de ver, que se les ha desprendido el cabello, que se les han vaciado los ojos y que, al andar, sus huesos tabletean de manera espantosa. ¿Será así nuestra madre?

—No; vendrá con el rostro que tanto nos gustaba contemplar; con la sonrisa afectuosa con que nos recibía al volver de nuestro trabajo fatigoso; con la voz con que nos llamaba en nuestra tierna juventud cuando, al retrasarnos, nos sorprendía la noche lejos de casa.

La pobre muchacha se ocupó durante un rato en disponer unos platos de frugal comida en la tabla inestable que les servía de mesa; y esta ofrenda piadosa de amor filial, como ella la diputó, pareció ejecutada por el último y más grande esfuerzo: tanto se le había debilitado el cuerpo.

—Que entre, entonces, nuestra madre queridísima —exclamó, dejándose caer exhausta en su asiento—. Le he preparado su cena para que no se enfade conmigo, y todo está dispuesto como a ella le gustaba. Pero ¿qué te aflige, hermano? Porque veo que ahora tiembles como temblaba yo hace un momento.

—¿No ves, hermana, esas luces pálidas que se alzan a lo lejos, al otro lado del pantano? Son los difuntos, que vienen a sentarse ante la cena dispuesta para ellos. ¡Escucha los tañidos fúnebres de las campanas de Todos los Santos^[20] que trae el viento mezclados con sus voces cavernosas! ¡Escucha, escucha!

—Hermano, este horror se me hace insoportable. Siento, verdaderamente, que va a ser mi última noche en este mundo. ¿No vendrá una palabra de esperanza que me reconforte, mezclada con esos rumores espantosos? ¡Oh, madre, madre!

—¡Calla, hermana, calla! ¿No ves ahora las luces espectrales que anuncian a los muertos iluminando el horizonte? ¡Ahí llegan! ¡Ahí llegan!

—¡Descansen eternamente sus cenizas! —exclamaron los deconsolados hermanos, cayendo de rodillas e inclinando la cabeza en la extremidad de la congoja y el terror; y tras pronunciar estas palabras, se cerró la puerta con violencia, como empujada por una mano vigorosa. Hugues se levantó de un salto, porque el crujido de la viga que soportaba la techumbre parecía anunciar el derrumbamiento de la endeble morada; se apagó el fuego de repente, y un gemido quejumbroso se mezcló con los

silbidos del viento en las rendijas de la puerta. Al levantar a su hermana, Hugues descubrió que tampoco ella estaba ya entre los vivos.

II

Hugues, que se había convertido en cabeza de su familia, formada por dos hermanas más jóvenes que él, las vio bajar a la tumba en el corto espacio de dos semanas y, cuando hubo depositado a la última en la tierra de sus padres, pensó si no era preferible estar al lado de todos ellos y compartir su sueño imperturbable. No era con lágrimas y sollozos como se manifestaba una aflicción tan honda como la suya, sino con muda y hosca meditación sobre la tumba de su familia y su propia felicidad futura. Durante tres noches seguidas estuvo yendo, pálido y ojeroso, a arrodillarse y postrarse, alternativamente, en el suelo fúnebre. Y durante tres días no pasó alimento alguno por sus labios.

El invierno había interrumpido los trabajos en el bosque y Hugues había ido en vano a las fincas vecinas a pedir unos jornales en la trilla, el corte de leña o el arado. Nadie quiso emplearle por temor a atraer sobre sí la fatalidad ligada a cuantos llevaban el apodo de *Lobero*. En todas partes recibió brutales negativas; y no sólo acompañaron éstas de burlas y amenazas, sino que le soltaron los perros que le desgarraron las piernas. Incluso le negaron la limosna que se da a los mendigos de profesión; en suma, se encontró hundido en el abatimiento a causa de las heridas y las afrentas.

¿Iba a morir de inanición, entonces, o a dejarse empujar al suicidio por las torturas del hambre? Habría optado por esa salida, como último y único consuelo, de no haberle sostenido frente al mundo, en lucha con su destino tenebroso, un sentimiento de amor. Sí: este ser abyecto, forzado con desesperación —en contra de lo que le dictaba su lado bueno— a odiar a la especie humana en abstracto y a sentir un gozo salvaje en declararle la guerra, este *paria* que apenas confiaba ya en un cielo que parecía testigo insensible de sus sufrimientos, este hombre tan falto de esas relaciones sociales que nos compensan del trabajo y las penalidades de la vida, sin otro apoyo que el que le proporcionaba su propia conciencia, sin otro legado que la amarga existencia y muerte miserable de su familia desaparecida, consumido hasta los huesos por las privaciones y el sufrimiento, lleno de rabia y resentimiento, decidió sin embargo vivir: agarrarse a la vida. Porque, cosa extraña, ¡amaba! De no haber sido por ese rayo de luz con que el cielo iluminó su sendero de espinas, habría cambiado contento esta peregrinación solitaria y fatigosa por el sueño apacible de la tumba.

Hugues el *Lobero* habría podido ser el joven más apuesto de esa parte de Kent si las adversidades con las que había tenido que luchar de manera incesante, y las privaciones que había tenido que soportar, no le hubieran borrado el color de las

mejillas y hundido los ojos en sus órbitas: sus cejas estaban constantemente contraídas y su mirada era torva y feroz. Sin embargo, pese a esa mezcla de angustia y temeridad que nublaba su semblante, una joven que no creía en sus atrocidades, admiraba la hermosura salvaje de su cabeza, hecha con el molde más noble de la naturaleza, coronada de profuso y ondulado cabello, y erguida sobre unos hombros cuyas robustas y armoniosas proporciones se adivinaban a través de los andrajos que los cubrían. Su ademán era firme y majestuoso, sus movimientos no carecían de una especie de gracia rústica, y el tono naturalmente suave de su voz se conjugaba admirablemente con la pureza con que hablaba su lengua ancestral, el franco-normando. En resumen, se diferenciaba a tal punto de la gente de la condición que le imputaban que uno se sentía inclinado a creer que en esa maliciosa persecución de que le hacían objeto no debieron de estar ausentes, al principio, los celos o los prejuicios. Sólo las mujeres se atrevían a compadecerse de su estado de abandono, y trataban de verle bajo una luz más favorable.

Branda, la sobrina de Willieblud, el carnicero de Ashford, junto con otras muchachas del pueblo, había mirado a Hugues con ojos nada desfavorables al pasar casualmente a caballo, un día, por un bosquecillo cercano al pueblo en el que él entró persiguiendo un jabalí, animal que, por la naturaleza de la región, era difícil de cazar sin ayuda. Las malvadas falsedades que las viejas arpías murmuraban de continuo en sus oídos no menoscababan en absoluto la ventajosa opinión que había concebido de este maltratado y apuesto hombre-lobo. A veces llegaba incluso a desviarse bastante de su camino a fin de cruzarse con él e intercambiar un cordial saludo: porque Hugues, al darse cuenta de la atención de que ahora se había vuelto objeto, había cobrado ánimos a su vez para observar con más interés a la preciosa Branda; y el resultado fue que la encontró tan graciosa y rolliza como no habían visto otra sus tímidos ojos en sus hasta ahora limitados vagabundeos fuera del bosque. Su gratitud aumentó proporcionalmente; y en el momento en que le sobrevinieron, una tras otra, las pérdidas de sus hermanas, se encontraba realmente en vísperas de confesarle a Branda, en la primera ocasión que se presentase, el amor que sentía por ella.

Era pleno invierno —Navidades—: hacía rato que se había apagado el lejano toque de queda, y todos los vecinos de Ashford se habían recogido en la seguridad de sus casas. Hugues, solo, inmóvil, callado, con la frente entre las manos, la mirada sombríamente fija en los tizones medio consumidos que brillaban en la chimenea, no oía el viento cortante del norte, cuyas ráfagas sacudían la techumbre destartada y silbaban a través de las rajaduras de la puerta; no le inmutaban los gritos discordantes de las garzas peleando por una presa en el pantano, ni el lúgubre graznido de los cuervos posados en lo alto de su chimenea. Pensó en su familia fallecida, e imaginó que estaba cerca la hora de reunirse con ella: porque el intenso frío le helaba el tuétano de los huesos y un hambre feroz le roía y retorecía las entrañas. Sin embargo, a intervalos, el recuerdo de su amor incipiente por Branda apaciguaba su en otro momento insoportable angustia, y hacía que una débil sonrisa brillase en su rostro

macilento.

—¡Virgen Santísima! ¡Haz que acaben pronto mis sufrimientos! —murmuró desesperado—. ¡Ojalá fuera hombre-lobo, como ellos me llaman! Entonces podría desquitarme del daño que me han hecho. Es verdad que no sería capaz de alimentarme de su carne; ni de derramar sangre suya; pero podría aterrar y atormentar a los que han labrado la muerte de mis padres y mis hermanas... ¡a los que han perseguido a nuestra familia hasta el exterminio! ¿Por qué no tendré el poder de cambiar mi naturaleza en la de lobo, si mis antepasados la poseyeron de verdad, como dicen? Al menos podría encontrar carroña que devorar^[21], y no moriría de esta horrible manera. ¡Branda es el único ser en este mundo al que le importo; y ésa es la única convicción que me reconcilia con la vida!

Hugues dio rienda suelta a estas melancólicas reflexiones. Las avivadas ascuas emitieron ahora un resplandor débil y vacilante que luchó con desmayo con las sombras de alrededor, y Hugues sintió que se apoderaba de él el horror a la oscuridad; sacudido por un escalofrío un instante, turbado al siguiente por una aceleración del pulso de sus venas, se levantó a por más leña, y arrojó al fuego un montón de ramas, brezo y paja, que no tardó en levantar luminosas y crepitantes llamas. Se le había acabado la provisión de leña; y buscando con qué abastecer el fuego, al registrar debajo del horno rudimentario, descubrió, entre un sinfín de trastos de hacer pan guardados allí por su madre, mangos de herramienta, taburetes rotos y platos rajados, un cofre, toscamente forrado de piel curtida, que Hugues no había visto nunca. Y abalanzándose sobre él como si hubiese descubierto un tesoro, rompió la tapa, fuertemente asegurada con una cuerda.

El cofre, que evidentemente había permanecido mucho tiempo sin abrir, contenía un disfraz completo de hombre-lobo: una piel de oveja teñida, guantes en forma de garra, una cola, y una máscara con hocico alargado y provista de dos formidables filas de amarillos dientes de caballo.

Hugues retrocedió aterrado ante tal descubrimiento... Tan oportuno era que le parecía cosa de brujería. Luego, recobrándose de su sorpresa, sacó una a una las diversas partes de esta extraña indumentaria que sin duda había prestado algún servicio y que, debido al largo abandono, se hallaba algo estropeada. A continuación le pasaron por la cabeza las maravillosas historias que su abuelo le había contado mientras le mecía sobre sus rodillas, en su niñez: historias durante cuya narración su madre había llorado en silencio, y él había reído con gana. En su espíritu se entabló una especie de lucha de sentimientos y propósitos indefinibles. Prosiguió su mudo examen de esta herencia criminal y poco a poco su imaginación empezó a sentirse confusa ante vagos y extravagantes proyectos.

El hambre y la desesperación le acuciaban a la vez; no veía ya nada sino a través de un prisma sangriento: notaba sus mismos dientes deseosos de morder; sentía unas ansias indecibles de correr: se puso a aullar como si hubiese practicado toda su vida la licantropía, y empezó a vestirse con el disfraz y los atributos de su nueva vocación.

De haber sido esta grotesca metamorfosis verdadera consecuencia de un encantamiento, no se habría operado en él un cambio más asombroso, ayudado, además, por una fiebre que dio lugar a un enajenamiento temporal de su cerebro extraviado.

No bien se encontró convertido en hombre-lobo en virtud de este atuendo, abandonó la cabaña como una exhalación, cruzó el bosque, y salió al campo, blanco de escarcha y barrido por el frío viento del norte, aullando horriblemente y atravesando prados, barbechos y charcas como una sombra. Pero, a esa hora, y en esa época del año, no había ni un caminante rezagado que pudiera cruzarse con Hugues, a quien el rigor del viento y la excitación de la carrera le habían exaltado al más alto grado de extravagancia y audacia. Ahora aullaba cada vez más, a medida que le aumentaba el hambre.

De repente, le llamó la atención el ruido pesado de un carruaje que se acercaba; al principio con indecisión, luego con estúpida fijeza, se debatió entre dos opciones que le aconsejaban al mismo tiempo huir y avanzar. El carro, o lo que fuese, seguía rodando hacia él; la noche no era demasiado oscura, sino que le permitía distinguir el campanario de la iglesia de Ashford a poca distancia y, al lado, un montón de piedras sin tallar, destinadas a la obra de alguna reparación o ampliación del sagrado edificio, a cuya sombra corrió a esconderse, y esperar así la llegada de su presa.

Resultó ser el carro cubierto de Willieblud, el carnicero de Ashford, que solía ir a vender carne a Canterbury dos veces por semana, y viajaba de noche para poder estar entre los primeros a la hora de abrir el mercado. Hugues estaba perfectamente enterado de esto, y la partida del carnicero le hizo caer en la cuenta de que su sobrina se quedaba sola en la casa, ya que hacía tiempo que nuestro robusto carnicero se había quedado viudo. Hugues vaciló un instante entre introducirse en su casa, dado que se le presentaba tan favorable ocasión, o atacar al tío y apoderarse de sus viandas. Esta vez prevaleció el hambre sobre el amor, y al advertirle el silbido monótono con que el conductor solía acuciar a su melancólico jamelgo, emitió un aullido lastimero y, saliendo de repente, agarró al caballo por el bocado.

—Willieblud, carnicero —dijo disimulando la voz y hablándole en la *lingua franca* de la época—; tengo hambre; arrójame dos libras de carne y me salvarás la vida.

—¡San Wifredo me asista! —exclamó el carnicero aterrado—; ¿eres tú, Hugues el *Lobero*, de los pantanos del Weald, hombre-lobo de nacimiento?

—Así es: yo soy —replicó Hugues, que tenía habilidad para aprovecharse de la crédula superstición de Willieblud—; prefiero carne de la que vendes a comerme la tuya, por gordo que estés. Arrójame lo que te pido, y no olvides traer preparado un trozo igual cada vez que salgas para el mercado de Canterbury. Si no lo haces así, te arrancaré los miembros uno a uno.

A fin de mostrar sus atributos de hombre-lobo ante la mirada del estupefacto carnicero, Hugues se había encaramado a los radios de la rueda, y había puesto una

zarpa en el borde del carro, haciendo como si olfatease con el hocico. En cuanto vio esta zarpa monstruosa, Willieblud, que creía en los hombres-lobo con la misma sinceridad que en su santo patrón, profirió una ferviente invocación a este último, agarró la pieza más exquisita de carne, la tiró al suelo y, mientras Hugues saltaba abajo a cogerla, descargó un violento latigazo en el flanco de la bestia, y ésta salió al galope sin esperar a que le repitiesen la invitación.

Hugues se quedó tan satisfecho con una comida que le había costado menos procurársela que ninguna de cuantas recordaba, que se prometió al punto repetir el procedimiento, dado que su práctica le resultaba a la vez fácil y divertida. Porque aunque estaba colado por los encantos de la rubia Branda, no dejaba de encontrar un placer malicioso en aumentar el terror de su tío Willieblud. Y éste, durante mucho tiempo, no reveló a ser viviente alguno la historia de su terrible encuentro y extraño pacto, que variaba según las circunstancias, acatando sin rechistar su impuesto exigido cada vez que el hombre-lobo se presentaba ante él, sin escatimar el peso ni la calidad de la carne. Ya no esperaba siquiera a que se la pidiese: estaba dispuesto a lo que fuera con tal de evitar la visión de aquella figura demoníaca agarrada al costado de su carro, o propiciar tan inmediato contacto con aquella zarpa espantosa y deforme, extendida como si fuera a estrangularle; zarpa, además, que en otro tiempo había sido mano humana. Últimamente, el carnicero se había vuelto callado y meditabundo; acudía al mercado de mala gana, parecía entrarle miedo cuando se acercaba la hora de partir, y ya no se entretenía de noche, durante el regreso, silbando a su caballo o cantando trozos de cancioncillas, como solía hacer antes: ahora volvía siempre desasosegado y deprimido.

Branda, que no imaginaba cuál era la causa de esta nueva y permanente depresión que se había apoderado del espíritu de su tío, procedió, tras mil conjeturas, a importunarle y a suplicarle alternativamente, hasta que el desventurado carnicero, no pudiendo resistir más tanta insistencia, se descargó finalmente del peso que le agobiaba el corazón contándole su aventura con el hombre-lobo.

Branda escuchó la historia sin interrumpirle ni hacer ningún comentario; pero a su conclusión:

—Hughes es tan hombre-lobo como tú o como yo —exclamó, ofendida de que se abrigase tan injusta sospecha de alguien por quien desde hacía tiempo sentía algo más que interés—. O es un puro cuento, o una estratagema; me temo que has soñado esas brujerías, tío Willieblud; porque Hugues de Wealmarsh, o el *Lobero*, como le llaman los estúpidos, vale mucho más, creo, de lo que le supone su reputación.

—Muchacha, de nada sirve que me digas que no en este asunto —replicó Willieblud, insistiendo pertinazmente en la veracidad de su historia—; los Hugues, como sabe todo el mundo, han sido hombres-lobo de nacimiento; y dado que por misericordia del cielo están hoy todos muertos menos uno, Hugues hereda ahora la zarpa del lobo.

—Te digo, y afirmo públicamente, tío, que Hugues es una persona demasiado

amable y decente para servir a Satanás y convertirse en bestia salvaje, y que no lo creeré hasta que lo vean mis ojos.

—Maldita sea, tú misma lo vas a comprobar sin tardanza, si quieres acompañarme. La verdad es que fue él, además, quien me confesó su nombre, porque yo no reconocí su voz. Y no se me va de la cabeza esa zarpa artera que me pone en el varal mientras sujeta al caballo. Muchacha, ése tiene alianza con el enemigo de Dios.

Hasta cierto punto, Branda había aceptado la superstición en abstracto como su tío, salvo en lo que tocaba a esta persona, que ella consideraba difamada, y en la que, como por una perversidad femenina, tan extrañamente había puesto su afecto. Y pesó menos su curiosidad de mujer en su resolución de acompañar al carnicero en su siguiente viaje, que el deseo de exculpar a su amado, convencida de que la extraña historia de su encuentro con su tío, y el expolio infligido a éste, eran efecto de alguna ilusión; y su único temor, al subir al tosco carruaje cargado de viandas sanguinolentas, era descubrirle culpable.

Era justo medianoche cuando salieron de Ashford, hora preferida tanto por los hombres-lobo como por los espectros de todo género. Hugues estuvo puntual en el lugar designado; sus aullidos, cuando se acercaban, aunque bastante horribles, tenían sin embargo algo de humanos, y desconcertaron no poco las dudas de Branda. Willieblud, empero, temblaba incluso más que ella, y buscó la ración del lobo; éste, en cuanto el carro se detuvo junto al montón de piedras, se levantó sobre sus patas traseras y extendió una de sus zarpas para recibir su pitanza.

—Tío, voy a desmayarme de miedo —exclamó Branda, agarrándose al carnicero y echándose a los ojos el pañuelo de la cabeza—; afloja las riendas y dale al animal o estamos perdidos.

—No vienes solo, bocazas —exclamó Hugues, temiendo un trampa—; como intentes alguna jugada, sabrás lo que es bueno.

—No nos hagas daño, amigo Hugues; sabes bien que no peso nunca la libra de carne que te doy; procuraré mantener mi palabra. Es Branda, mi sobrina, que esta noche viene conmigo a Canterbury, a comprar mercaderías.

—¿Branda contigo? ¡Por todos los diablos: es ella, más rolliza y sonrosada que nunca! Ven, preciosa, baja un momento que pueda hablar contigo.

—Te suplico, buen Hugues, que no asustes cruelmente a mi pobre muchacha, que casi muerta está ya de miedo. Deja que sigamos nuestro camino, porque tenemos que ir lejos y mañana temprano es día de mercado.

—Sigue entonces tú solo, tío Willieblud; es con tu sobrina con quien quiero hablar, con toda cortesía y honor, y como no accedas a ello con presteza, y de buen grado, os voy a despedazar a los dos.

En vano se deshizo Willieblud en súplicas y lamentaciones con la esperanza de ablandar al sanguinario hombre-lobo, como creía que era, porque éste rechazó toda suerte de ofertas para evitar su petición, y replicó finalmente con unas amenazas tan horribles que les heló el corazón a tío y sobrina. En cuanto a Branda, aunque

especialmente interesada en la discusión, ni se movía ni abría la boca, tan grandes eran el terror y la sorpresa que la dominaban: tenía los ojos clavados en el lobo, el cual la miraba igualmente a través de su máscara, y no fue capaz de ofrecer resistencia cuando fue bajada a la fuerza del vehículo, y depositada por un poder invisible, según le pareció, junto al montón de piedras: se desmayó sin proferir un solo grito.

No menos pasmado se sintió el carnicero ante el giro que había tomado la aventura, y se desplomó, también, entre la carne como fulminado por un rayo: imaginó que el lobo le pasaba su cola tupida violentamente por los ojos; y al recobrar el uso de los sentidos, se encontró con que iba solo en el carro, el cual rodaba veloz, dando tumbos, hacia Canterbury. Al principio prestó atención, aunque en vano, por si el viento le traía gritos de su sobrina o aullidos del lobo. Pero no conseguía detener al caballo que, presa del pánico, corría como si estuviese embrujado o le aguijara los flancos la espuela de algún demonio.

Con todo, Willieblud llegó sano y salvo al final de su viaje, vendió su carne, y regresó a Ashford convencido de que tendría que mandar decir una misa *De profundis* por su sobrina, cuyo final no había cesado de llorar toda la noche. Pero cuán grande no fue su asombro al encontrarla en casa, algo pálida a causa del reciente susto y la falta de sueño, pero sin un rasguño. Y más asombrado aún se quedó al contarle ella que el lobo no le había hecho daño ninguno, contentándose con devolverla a casa, una vez recobrada de su desmayo, y portándose en todo respecto como un fiel pretendiente, más que como un sanguinario hombre-lobo. Willieblud no supo qué pensar de todo esto.

Esta galantería nocturna hacia su sobrina encendió aún más al fornido sajón contra el hombre-lobo, y aunque el miedo a las represalias le impedía atacar de manera clara y directa a Hugues, no por ello dejaba de rumiar la idea de llevar a cabo alguna segura y secreta venganza. Pero antes de poner en práctica este proyecto, se le ocurrió que era mejor contarle sus desventuras al viejo sacristán y enterrador de la parroquia de San Miguel, hombre respetable y de suprema sagacidad en esta suerte de cuestiones, dotado de erudición clerical y consultado como oráculo por todas las viejas arpías y muchachas desengañadas del término entero de Ashford y alrededores.

—No puedes matar a un hombre-lobo —fue la repetida respuesta del sabelotodo a las ansiosas preguntas del atormentado carnicero— porque tiene una piel a prueba de lanza y flecha, aunque es vulnerable al filo de un arma cortante de acero. Mi consejo es que le hagas una ligera herida en la carne o le cortes una zarpa, a fin de saber con seguridad si de verdad es Hugues o no. No correrás ningún peligro, salvo si le das un golpe del que no le mane sangre; porque tan pronto como le hagas un corte en la piel, huirá.

Resolviendo en secreto seguir el consejo del sacristán, Willieblud decidió averiguar esa misma noche con qué hombre-lobo se las había, y con tal propósito escondió su cuchilla, recién afilada para la ocasión, debajo de la carga del carro,

dispuesto a hacer uso de ella como medio de probar que Hugues y el osado expoliador de su carne eran una y la misma persona, y recobrar así su tranquilidad. El lobo se presentó como de costumbre y preguntó preocupado por Branda, cosa que animó al carnicero a seguir más firmemente su plan.

—Mira, lobo —dijo Willieblud, inclinándose como para elegir una pieza de carne —, esta noche voy a darte doble ración, con que alargas la zarpa, toma el peaje y no olvides mi sincera limosna.

—En verdad que me acordaré, compadre —replicó nuestro hombre-lobo—; pero ¿cuándo vamos a celebrar nuestra boda Branda y yo?

Hugues, creyendo que nada tenía que temer del carnicero, de cuyas carnes se apropiaba con tanta presteza, y de cuya bella sobrina esperaba nada menos que tomar legítima posesión, cosas ambas que le gustaban muchísimo —además de ver en su unión con ella el medio más seguro de entrar en el seno de esa sociedad de la que tan injustamente había sido exiliado, con tal de ganarse la intercesión de los santos padres de la iglesia para que se suprimiese su interdicto—, puso la zarpa sobre el borde del carro; pero en vez de darle su ración de carne de vaca o de cordero, Willieblud levantó la cuchilla, y de un solo golpe le segó la zarpa, que cayó tan limpiamente para su propósito como si la hubiese tenido sobre el tajo. El carnicero echó adentro el arma y azotó al caballo; el hombre-lobo profirió un rugido de angustia y desapareció entre las sombras espesas del bosque, donde, con ayuda del viento, no tardaron en perderse sus aullidos.

Al día siguiente, a su regreso, el carnicero, bromeando y riendo, depositó un trapo sanguinolento sobre la mesa, entre las viandas con las que su sobrina le estaba preparando el almuerzo; y al abrirlo, reveló a su horrorizada mirada una mano humana recién cortada, envuelta en piel de lobo. Branda, al comprender lo ocurrido, profirió un grito, derramó un mar de lágrimas y, envolviéndose en un mantón, echó a correr, mientras su tío se divertía dando vueltas y tirones a la mano con feroz complacencia, exclamando al tiempo que secaba la sangre que aún manaba de ella:

—El sacristán tenía razón; por fin ha recibido el hombre-lobo lo que se merecía; y ahora que sé su naturaleza, no me da ningún miedo su brujería.

Aunque era muy entrado el día, Hugues seguía en su camastro, retorciéndose de dolor, con las sábanas empapadas de sangre, así como el suelo de su morada; su semblante, de una palidez espantosa, reflejaba un sufrimiento tanto físico como moral; las lágrimas le corrían bajo los párpados enrojecidos y estaba atento a cualquier ruido del exterior, con una inquietud creciente, dolorosamente reflejada en su rostro contraído. Oyó unos pasos que se acercaban deprisa, se abrió la puerta de golpe y una mujer se arrojó junto a su lecho; y, con una mezcla de sollozos e imprecaciones, buscó tiernamente el brazo mutilado, toscamente envuelto con jirones de cáñamo que no ocultaban ya el muñón, del que aún salía un hilillo rojo. Ante este doloroso espectáculo, la mujer arreció sus acusaciones contra el sanguinario carnicero, mezclando compasivamente sus lamentos con los de la víctima.

Estas efusiones de amor y de dolor, sin embargo, se vieron súbitamente interrumpidas: alguien llamó a la puerta. Branda corrió a la ventana para ver quién era el visitante que osaba irrumpir en la guarida de un hombre-lobo, y al reconocerlo, alzó sus ojos y manos al cielo, en prueba de su extrema desesperación, al tiempo que arreciaban las llamadas.

—Es mi tío —balbuceó—. ¡Ay de mí! ¿Cómo escaparé sin que me vea? ¡Aquí, aquí me quedaré, a tu lado, Hugues; así moriremos juntos! —y se acurrucó en un oscuro rincón detrás del camastro—. Si Willieblud levanta su cuchilla para matarte, antes tendrá que atravesar el cuerpo de su sobrina.

Branda se escondió a toda prisa entre un montón de cáñamo, susurrando a Hugues que tuviese ánimo. Él, empero, no encontraba fuerzas suficientes para incorporarse siquiera, mientras sus ojos buscaban en vano algún arma con qué defenderse.

—¡Muy buen día tengas, *Lobero*! —exclamó Willieblud entrando, con una servilleta atada con un nudo, que depositó sobre el cofre que había junto al sufriente—. Vengo a ofrecerte trabajo: atarme y apilarme unas gavillas de leña, porque sé que no eres lerdo con la podadera y las ramas. ¿Aceptas?

—Estoy enfermo —replicó Hugues, reprimiendo la ira que, pese al dolor, centelleaba en su mirada furiosa—. No me encuentro en condiciones de trabajar.

—¿De veras estás enfermo, compadre? ¿O es simplemente un ataque de pereza? Vamos a ver, ¿qué te duele? ¿Dónde te sientes mal? Dame la mano, que te tome el pulso.

Hugues enrojeció y por un instante dudó si debía resistir a una provocación cuyo objeto comprendía sobradamente; pero para evitar que descubriese a Branda, sacó de debajo del embozo su mano izquierda toda manchada de sangre seca.

—Esa mano no, Hugues, la otra, la derecha. ¡Venga, vamos! ¿Acaso has perdido la mano y tengo que buscártela yo?

Hugues, cuyo intenso rubor de furia se tornó al punto en tinte mortal, no replicó a esta burla, ni reveló con el más ligero gesto o movimiento que se dispusiera a satisfacer una demanda tan cruel en su concepción como en su objeto apenas disimulado. Willieblud se echó a reír, y rechinó los dientes con salvaje regocijo, deleitándose maliciosamente en las torturas que infligía al sufriente. Parecía dispuesto a emplear la violencia antes que ver frustrada su expectativa de conseguir la prueba definitiva que pretendía. Empezó a desatar la servilleta, dando rienda suelta entretanto a sus burlas implacables; sobre el cubrecama se veía una única mano, que Hugues, casi desmayado de dolor, no pensaba en retirar.

—¿Para qué me ofreces esa mano? —prosiguió su implacable perseguidor, que se imaginaba a punto de llegar a la prueba de culpabilidad que con tanto ardor deseaba—. ¿Para que te la corte? Vamos, vamos, maese *Lobero*, obedece: quiero ver tu mano derecha.

—¡Mírala, entonces! —exclamó una voz contenida que no pertenecía a ningún ser sobrenatural, aunque así lo parecía; y, para su absoluta confusión y espanto,

Willieblud vio cómo una segunda mano, sana e indemne, se extendía hacia él como en muda acusación. Retrocedió, tartamudeó un grito suplicando misericordia, se arrodilló un instante y, levantándose luego, pálido de terror, huyó de la cabaña, convencido de que estaba poseída por un demonio inmundo. No se llevó consigo la mano cortada, que en adelante se convirtió en visión perpetuamente presente ante sus ojos; visión que no lograron conjurar ninguno de los poderosos exorcismos del sacristán, al que acudía invariablemente a pedir consejo y consuelo.

—¡Ah, esa mano! ¿A quién pertenece, entonces, esa condenada mano? —gemía sin parar—. ¿Será realmente del demonio o de algún hombre-lobo? Lo que sí es cierto es que Hugues es inocente. Porque ¿acaso no le he visto yo las dos? Pero ¿por qué tenía una manchada de sangre? En el fondo de todo esto hay hechicería.

A la mañana siguiente, lo primero que le sorprendió al llegar a su puesto del mercado fue ver la mano cortada, que él había dejado sobre el cofre de la cabaña del bosque el día anterior: estaba fuera de su funda de piel de lobo y yacía entre las viandas. Ya no se atrevió a tocar esta mano que ahora creía verdaderamente encantada; pero con la esperanza de librarse de ella para siempre, la arrojó a un pozo. Y no fue poca su desesperación cuando, al poco tiempo, la encontró de nuevo sobre el tajo. La enterró en su huerto, pero tampoco pudo verse libre de ella: volvió, lívida y repugnante, a infectar su tienda y a aumentar el remordimiento que avivaban incesantemente los reproches de su sobrina.

Finalmente, con la esperanza de escapar a toda persecución de esta mano fatal, se le ocurrió llevarla al cementerio de Canterbury y probar a ver si el exorcismo, y su enterramiento en suelo sagrado, impedían que volviera a la luz. Con que hizo esto también; pero he aquí que, a la mañana siguiente, la encontró clavada en su postigo. Abatido ante estos mudos aunque espantosos reproches que le arrebatában la paz, y ansioso por destruir todo rastro de una acción con la que el cielo parecía recriminarle, salió de Ashford una madrugada sin despedirse de su sobrina, y unos días más tarde le encontraron ahogado en el río Stour. Sacaron su cuerpo hinchado y descolorido, que descubrieron flotando entre la juncia, y sólo a trozos lograron arrancarle de sus dedos mortalmente agarrotados la mano fantasma que, en sus convulsiones suicidas, había conservado firmemente agarrada.

Un año después de este suceso, Hugues, aunque con una mano de menos, y consiguientemente hombre-lobo confirmado, se casó con Branda, heredera única de las propiedades y bienes del desventurado carnicero de Ashford.

Algernon Blackwood

EL CAMPAMENTO DEL PERRO

(1908)

A finales del siglo XIX, el mito del hombre-lobo estaba plenamente consolidado en la moderna ficción literaria, e incluso contaba ya con su pieza maestra —la novela *The Werewolf* (1890) de la inglesa Clemence Housman— antes de que el vampirismo lograra otro tanto con *Drácula*. A ello contribuyó sin duda la incorporación de escritores de más fuste, como es el caso de Algernon Blackwood (1869-1951), el reputado y prolífico autor británico cuya voluminosa obra (más de 150 cuentos) incluye esta pequeña joya titulada «The Camp of the Dog», que ahora se traduce por vez primera al castellano.

El episodio forma parte de su volumen *John Silence, Physician Extraordinary* (1908), donde Blackwood pretendía sistematizar sus conocimientos sobre esoterismo y sus propias experiencias paranormales, pero acabó escribiendo las aventuras de un investigador de lo oculto (mezcla a partes iguales de teósofo, ocultista y psicoanalista con el típico detective holmesiano) que es solicitado en diferentes partes del mundo para resolver ciertos problemas de índole sobrenatural, a la manera del profesor Hesselius de Sheridan Le Fanu, y prefigurando a otros ilustres «vigilantes del Más Allá» (en palabras de Fernando Savater) como el profesor Challenger de Conan Doyle, el cazafantasmas Carnacki de William H. Flodgson o el doctor Jules de Grandin de Seabury Quinn, entre otros muchos.

Aunque la intervención del doctor Silence confiere a la trama una estructura detectivesca convencional —llamado por un amigo, acude a una isla báltica, en apariencia desierta, donde un grupo de campistas se enfrenta con una presencia desconocida—, la maestría con que Blackwood va dibujando una inquietante atmósfera espectral, su habilidad para describir sensaciones y percepciones que evocan una visión sobrenatural de la realidad, y los originales ingredientes que introduce en un tema que ya empezaba a estar muy manido, convierten al relato en una importante aportación a la mitología del hombre-lobo. Por vez primera en una obra de ficción aparece explicitada la profunda preocupación de los estudiosos medievales por la naturaleza misma de la transformación y su verosimilitud. Sólo que Blackwood les da una respuesta moderna: Silence justifica el cambio introduciendo los conceptos de «estados de conciencia ampliada» y de doble o cuerpo astral

proyectado que puede hacerse visible a los demás, y asimismo explica convincentemente cómo se infligían las heridas que luego aparecerían en los pretendidos licántropos. Y para rizar el rizo, quizá rememorando alguna agradable experiencia personal, utiliza el hachís como elemento revelador mediante el cual el observador puede identificar al licántropo en su forma humana.

EL CAMPAMENTO DEL PERRO

AL norte de Estocolmo se arraciman a centenares islas de todas las formas y tamaños, y el pequeño vapor que recorre en verano sus intrincados laberintos, al llegar al final de su viaje en Waxholm, deja algo perplejo al viajero en cuanto a los puntos cardinales. Pero sólo a partir de Waxholm empiezan las verdaderas islas a volverse salvajes, por así decir, y a recortar su complicada costa en un centenar de millas de desierta belleza; y fue en el centro de esta encantadora confusión donde plantamos nuestras tiendas para pasar unas vacaciones de verano. A nuestro alrededor teníamos un auténtico enjambre de islas: desde un mero botón de roca con un abeto solitario encima, hasta la extensión montañosa de una milla cuadrada densamente poblada de bosque y ceñida por abruptos acantilados; y estaban tan juntas a veces que entre ellas había una tira de agua no más ancha que un sendero del campo, o bien tan alejadas que tenían en medio un espacio de millas como si fuese mar abierto.

Aunque algunas de las islas más grandes ostentaban granjas y puertos pesqueros, la mayoría estaban deshabitadas. Tapizadas de musgo y de brezo, sus costas mostraban una serie de barrancos y hendiduras y pequeñas ensenadas arenosas, con una espléndida vegetación de pinares que bajaba hasta el borde del agua y guiaban la mirada, por desconocidas cavidades de sombra y misterio, al mismo corazón de un bosque primitivo.

Las islas concretas en las que teníamos derecho a acampar, por haber pagado una módica cantidad a un comerciante de Estocolmo, formaban un grupo pintoresco mucho más allá de donde llegaba el vapor; una de ellas era un mero escollo con una franja etérea de abedules, y otras dos eran monstruos, con acantilados en los flancos, que emergían del mar con sus cabezas boscosas. De la cuarta —que fue la que escogimos porque tenía una pequeña ensenada, ideal para fondear, bañarnos, calar palangres y demás—, daré oportuna descripción a medida que prosiga esta historia;

pero por lo que se refiere al alquiler, podíamos haber plantado nuestras tiendas en cualquiera del centenar que se apiñaban a nuestro alrededor como un enjambre de abejas.

Fue en el resplandor de un atardecer de julio, con el aire transparente como el cristal, el mar de un azul cobalto, cuando dejamos el vapor en los confines de la civilización y, provistos de mapas, brújulas y provisiones para el pequeño grupo de chalados, zarpamos en el *skargard* que iba a ser nuestro hogar los dos próximos meses. Detrás remolcábamos el bote neumático y mi canoa canadiense, con las tiendas y los pertrechos cuidadosamente estibados; y cuando se interpuso la punta del acantilado, ocultándonos el vapor y el hotel, nos dimos cuenta por primera vez de lo lejos que habían quedado el horror de los trenes y los edificios, la fiebre de los hombres y las ciudades, el hastío de las calles y los espacios cerrados. La naturaleza se abría por todas partes en interminables extensiones azules, y la aguja y los mapas eran solicitados con tanta frecuencia que cada dos por tres nos sentíamos perdidos, y la marcha se hacía encantadoramente lenta. Por ejemplo, tardamos dos días enteros en encontrar la media luna que formaba la isla de nuestro destino, y las acampadas que hicimos en el trayecto eran tan fascinantes que luego nos marchábamos con desgana y pesar; porque cada isla parecía más atractiva que la anterior, y sobre todas ellas se extendía la magia de la paz, la lejanía del tumulto mundano y la libertad de los parajes deshabitados.

Y son tantos los lugares de belleza mundial que he explorado y he habitado, que en la memoria sólo me queda un recuerdo compuesto de sus partes, un auténtico mapa celeste, por así decir, en el que éste en concreto resalta con especial nitidez por las cosas extrañas que ocurrieron en él; y también, creo, porque cualquier situación en la que interviene John Silence tiene tendencia a grabarse en el pensamiento con profunda y duradera viveza.

Al principio, no obstante, el doctor Silence no formó parte del grupo. Un caso particular reclamaba su presencia en el interior de Hungría, y sólo pude concertar reunirme con él en Berlín más tarde —el 15 de agosto, para ser exactos—, y regresar de allí juntos a Londres con nuestra cosecha de trabajo para el invierno. De todos modos, él conocía más o menos bien a los demás miembros del grupo; y este tercer día, al cruzar la estrecha abertura hacia la ensenada y contemplar ante nosotros la loma redondeada de árboles con el sol dorado y rojo del crepúsculo, por alguna inexplicable razón, me vinieron a la memoria, clarísimamente, sus últimas palabras al separarnos en Londres, y recordé la extraña impresión de profecía que me produjeron:

—Disfrute de sus vacaciones y haga acopio de todas las fuerzas que pueda —había dicho mientras se ponía en marcha el tren, en la estación Victoria—; nos veremos el día 15 en Berlín... si no me manda llamar antes.

Y ahora, de repente, sus palabras me volvieron con tal claridad que casi me pareció oír su voz: «Si no me manda llamar antes». Y me volvieron, además, con un

significado que no sabía cómo interpretar, y que despertó en lo más hondo de mi ser un vago temor de que desde el principio habían sido una especie de profecía.

Ya en la ensenada nos dejó el viento, este atardecer de julio, como no podía ser menos, al encontrarnos al abrigo de un cinturón de árboles, y echamos mano a los remos, todos impresionados ante la belleza de esta primera visión de nuestra isla de destino, aunque hablando en voz baja sobre dónde era mejor desembarcar, qué profundidad tenía el agua, cuál era el sitio más seguro para fondear, para plantar las tiendas, el más protegido para encender fuego, y una docena de cuestiones importantes que surgen cuando hay que instalarse en una región deshabitada.

Y durante esta hora afanosa del crepúsculo en que nos dedicamos a descargar antes de que anoheciera, tuvieron a bien aflorar de nuevo con toda viveza las almas de mis compañeros, y hacer otra vez sus respectivas presentaciones.

En realidad, supongo, nuestro grupo no tenía nada de excepcional. En la vida normal, en casa, eran personas bastante corrientes; pero de pronto, al cruzar estas puertas de la naturaleza, les vi con más claridad que antes, con rasgos exentos del ambiente de los hombres y las ciudades. Un cambio radical de escenario proporciona a menudo una visión sorprendentemente nueva de personas que hasta ese momento creíamos conocer muy bien: nos ofrece una faceta inédita de sus personalidades. Me pareció ver a mi grupo casi como si fuesen otros: gente a la que no había visto hasta ahora, gente que se iba a quitar el disfraz que llevaba hasta ahora y a revelarse como realmente era. Y cada uno parecía decir: «Ahora me verás como soy. Me verás aquí, en esta vida primitiva de las soledades naturales, sin ropa. Todas mis máscaras y velos han quedado atrás, donde habitan los hombres. ¡Así que espera y verás qué sorpresa!».

El reverendo Timothy Maloney me ayudó a montar las tiendas, tarea que su larga práctica hacía que fuese sencilla; y viéndole clavar clavos y tensar vientos, sin chaqueta y con su cuello de franela abierto y sin lazo, era imposible evitar la conclusión de que estaba hecho para la vida de pionero, más que para la iglesia. Tenía cincuenta años, era un hombre sano, musculoso, de ojos azules, y realizaba su parte de trabajo, y más, sin rehuir. Daba gusto verle manejar el hacha cortando renuevos para palos de tienda, y su ojo para sacar la horizontal era infalible.

Obligado de joven a aportar unos haberes familiares lucrativos, había forzado su espíritu a aparentar ideas ortodoxas, haciendo los honores de una pequeña iglesia rural con una energía que le hacía pensar a uno en un carbonero manejando porcelana; y sólo en los últimos años había renunciado al beneficio eclesiástico, dedicándose a preparar jóvenes para los exámenes. Esto se le daba mejor. Además, le permitía entregarse temporalmente a su pasión por la «vida salvaje», y pasar bajo tienda los meses de verano, casi todos los años, en alguna parte del mundo adonde podía llevar consigo a sus jóvenes, y combinar la «clase» con el aire libre.

Normalmente le acompañaba su mujer, y no había duda de que ella disfrutaba en esos viajes, ya que sentía la misma afición por la naturaleza, aunque en menor grado,

dado que constituía el rasgo más destacado en él. La única diferencia era que mientras él consideraba esta vida la verdadera, a ella le parecía un paréntesis. Mientras él vivía la acampada con el alma y el corazón, ella lo hacía con la ropa y el cuerpo. De todos modos, era una espléndida compañera; y viéndola preparar la comida en el fuego que nosotros hicimos entre unas piedras, notabas que ponía todo su entusiasmo en la tarea del momento, y que disfrutaba incluso en los detalles.

En casa, la señora Maloney haciendo punto y creyendo que el mundo había sido creado en seis días era una; pero la señora Maloney con los brazos desnudos, asomando por encima del humo de una leña de bosque, bajo los pinos, era otra; y Peter Sangree, el alumno canadiense, con su tez pálida y su figura endeble, aunque no desgarrada, hacía junto a ella un muy desfavorable contraste mientras rascaba patatas y cortaba lonchas de tocino con blancos, delgados dedos que parecían más aptos para manejar la pluma que el cuchillo. Ella le mandaba como a un esclavo y él obedecía encantado; porque a pesar de su aspecto frágil, se sentía tan feliz en el campamento como cualquiera de nosotros.

Pero más que ningún otro miembro del grupo, era Joan Maloney, la hija, la que parecía parte auténtica y natural del paisaje, y pertenecer a él como pertenecían los árboles y el musgo y las rocas grises que se hundían en el agua. Porque estaba en su escenario original y apropiado: era un ser de las regiones desérticas, una gitana en su mundo.

Para cualquiera dotado de perspicacia, esto habría sido más o menos evidente; para mí, que llevaba tratándola los veintidós años de su vida y conocía los entresijos de su tipo primitivo y ajeno a la moda, resultaba hasta llamativo. Viéndola allí, era imposible imaginarla de nuevo en la civilización. No lograba recordar cómo era en la ciudad. Su recuerdo, en cierto modo, se me evaporaba. De repente, observándola revolotear de un lado para otro con la gracia de la vida del bosque, rauda y flexible, o soplar el fuego de rodillas o remover la sartén a través de un velo de humo, me parecía que no la había conocido de otra manera. Aquí estaba en su ambiente; en Londres se transformaba en una persona escondida por la ropa, en una muñeca artificial, entrapada y movida por un mecanismo de cuerda, con vida sólo una parte de su ser. Aquí estaba viva toda ella.

He olvidado por completo cómo iba vestida, igual que he olvidado cómo estaba vestido un árbol particular, o cómo eran las marcas de los cantos rodados que señalaban el campamento. Parecía tan agreste, indómita y salvaje como todo lo que formaba parte del escenario; no puedo decir más.

Decididamente, no era guapa. Era flaca, morena, y poseía una gran fuerza física en forma de resistencia. Tenía también algo de la energía y la vigorosa resolución del hombre; tempestuosa a veces, impulsiva hasta el apasionamiento, asustaba a su madre, y desconcertaba a su tolerante padre con sus arrebatos de rebeldía, al tiempo que despertaba su admiración. Una pagana incurable era, además, con un atisbo mágico de antigua belleza pagana en su rostro moreno y en sus ojos oscuros. Su

carácter era raro y difícil por demás, aunque de una generosidad y un ánimo que la hacían encantadora.

En la vida de ciudad, siempre me parecía que se sentía coartada, fastidiada, un diablo enjaulado; en sus ojos había una expresión acorralada, como si temiese que la atrapasen de un momento a otro. Pero en estas vastas soledades le desaparecía todo esto. Lejos de las restricciones que la atormentaban y hostigaban, se mostraba en plena forma; y viéndola andar por el campamento, me descubría a mí mismo, más de una vez, pensando en un animal salvaje, al que acabaran de devolver la libertad, ejercitando sus músculos.

Peter Sangree, naturalmente, sucumbió inmediatamente a sus encantos. Pero ella estaba tan fuera de su alcance, y tan capacitada para cuidar de sí misma que creo que sus padres dieron escasa importancia al asunto. Él mismo le rendía culto a respetuosa distancia, manteniendo un admirable control de su pasión en todos los aspectos salvo en uno: porque a su edad es difícil dominar los ojos, y la expresión anhelante, casi devoradora, que a menudo asomaba a ellos era probablemente desconocida incluso para él. Él, más que nadie, comprendía que se había enamorado de alguien inalcanzable, de alguien que le arrastraba hasta el límite mismo de la vida, y casi más allá de él. Sin duda era un gozo secreto y terrible para él esta apasionada adoración a distancia. Sólo que creo que sufría más de lo que nadie sospechaba, y que su falta de vitalidad se debía en gran medida al constante torrente de anhelo insatisfecho que fluía sin cesar de su alma y su cuerpo. Además, me daba la impresión, ahora que los veía juntos por primera vez, de que había algo indefinible —una cierta calidad inasible— que los señalaba como pertenecientes al mismo mundo, y que la muchacha, aunque no le hacía caso, era atraída secreta y quizá inconscientemente por algún atributo —muy profundamente inscrito en su propia naturaleza— hacia una cualidad igualmente profunda en él.

Así que éste era el grupo cuando nos instalamos en nuestro campamento para dos meses en la isla del mar Báltico. Otras figuras desfilaron de tarde en tarde por el escenario; y unas veces un lector, otras otro, venían a unirse a nosotros, y a pasar sus cuatro horas seguidas en la tienda del clérigo. Pero acudían por cortos períodos solamente y se iban sin dejar demasiada huella en mi memoria; y, desde luego, no tuvieron papel alguno en lo que sucedió más tarde.

El tiempo nos fue favorable esa tarde, de manera que hacia el anochecer estaban montadas las tiendas, descargados los botes, recogida y troceada una provisión de leña, y los faroles colgados en los árboles de alrededor, dispuestos para ser encendidos. Sangree había llenado también los colchones con ramitas de bálsamo para las camas de las mujeres, y había limpiado de broza pequeños senderos que iban de sus tiendas a la fogata del centro. Todo estaba preparado para en caso de mal tiempo. Fue una cena agradable y bien guisada, ante la que nos sentamos bajo las estrellas, y según el clérigo, la única comida digna que veíamos desde que habíamos salido de Londres, hacía una semana.

El silencio, después del fragor de los barcos, los trenes y los turistas, tenía algo que emocionaba; porque, acomodados alrededor del fuego, no oíamos otro ruido que el débil susurro de los pinos y el suave chasquido de las olas a lo largo de la playa y contra los costados del barco, en la ensenada. Por entre los árboles se veía la silueta espectral de sus velas blancas balanceándose perezosa en su plácido fondeadero, con las jarcias restallando blandamente contra el mástil. Más allá se hallaban los bultos azules de otras islas, borrosos en la oscuridad; y de todos los grandes espacios que nos rodeaban nos llegaba un murmullo del mar y el susurro suave de los grandes bosques. La fragancia de esta región silvestre —fragancia del viento y de la tierra, de los árboles y del agua: limpia, fuerte, vigorosa— era el auténtico olor de un mundo virgen y no degradado por el hombre, más penetrante y más sutilmente embriagador que ningún perfume del mundo. ¡Ah, y peligrosamente fuerte también, sin duda alguna, para algunas naturalezas!

—¡Ahhh! —suspiró el clérigo al terminar de cenar, con un indescriptible gesto de satisfacción y alivio—. Aquí hay libertad, y espacio para relajar el cuerpo y la mente. Aquí uno puede trabajar y descansar y jugar. Aquí uno está vivo y puede absorber algo de esas fuerzas de la tierra que jamás están al alcance en las ciudades. ¡Por mi vida que voy a establecer aquí un campamento permanente, y a venirme a él cuando me llegue la última hora!

El buen hombre no hacía sino exteriorizar su dicha de estar bajo una tienda de campaña. Todos los años decía lo mismo; y lo decía a menudo. Pero eso expresaba más o menos los sentimientos superficiales de todos nosotros. Y cuando, poco después, se volvió para decirle un cumplido a su mujer a propósito de las patatas fritas y descubrió que roncaba, con la espalda apoyada en un árbol, soltó un gruñido de contento ante esta visión, y le echó una tela impermeable sobre los pies —como si fuese lo más natural en ella quedarse dormida después de cenar—, y acto seguido volvió a su propio rincón, a fumarse una pipa con gran delectación.

Y yo, que me estaba fumando una también, luchaba tumbado contra el más delicioso sueño imaginable, mientras mis ojos iban del fuego a las estrellas que asomaban a través de las ramas, y de ellas al grupo que tenía a mi alrededor. No tardó el reverendo Timothy en dejar que se le apagase la pipa y sucumbir como su mujer, porque había trabajado con empeño y había comido bien. Sangree, que también fumaba, estaba apoyado en un árbol, con la mirada fija en la muchacha y un profundo anhelo en el rostro que era incapaz de ocultar, cosa que me apenaba de veras por él. En cuanto a Joan, con los ojos abiertos, alerta, pletórica de las nuevas fuerzas del lugar, evidentemente excitada por la magia de hallarse entre los elementos que su alma reconocía como su «elemento», permanecía rígida junto al fuego, mientras su pensamiento vagaba por los espacios, y la sangre se le agitaba en el corazón. No tenía conciencia de que la miraba el canadiense, ni de que sus padres dormían. Me parecía más un árbol, o algo que había brotado en la isla, que una muchacha viva de este siglo; y cuando le propuse desde el otro extremo, en voz baja, hacer una ronda de

inspección, se sobresaltó y me miró como si hubiera oído una voz en sueños.

Sangree se levantó de un salto y se unió a nosotros, y sin despertar a los otros, cruzamos la loma de la isla y bajamos a la orilla de atrás. El agua se extendía como un lago ante nosotros, teñida todavía por la puesta de sol. El aire era frío y perfumado, y arrastraba la fragancia de las islas boscosas que flotaba en el ambiente cada vez más oscuro. En la arena rompían con suavidad pequeñísimas olas. El mar estaba sembrado de estrellas, y todo titilaba y exhalaba esa belleza de la noche estival de las regiones del norte. Confieso que en seguida perdí conciencia de las presencias humanas que tenía a mi lado, y estoy seguro de que a Joan le pasó lo mismo también. Con Sangree, supongo, fue distinto; porque al poco rato le oímos suspirar, y me lo imagino absorbiendo toda la magia y la pasión del lugar con su corazón herido, acrecentando en él un dolor más penetrante que el que transmitía la visión de tan inmensa e inefable belleza.

El chapuzón de un pez, al saltar, rompió el encanto.

—Quisiera tener aquí la canoa, ahora —comentó Joan—; podríamos visitar las otras islas.

—Desde luego —dije—. Esperad aquí; yo iré por ella —y estaba dando media vuelta para regresar a tientas en medio de la oscuridad cuando Joan me detuvo con un tono de voz que indicaba que hablaba en serio.

—No; que la traiga Sangree. Nosotros esperaremos aquí y gritaremos para orientarle.

El canadiense desapareció en un abrir y cerrar de ojos, porque no tenía ella más que insinuar lo que deseaba para que él obedeciera corriendo.

—Manténgase alejado de la orilla para evitar las rocas —le grité cuando se iba—, y tuerza a la derecha, al salir de la ensenada. Es el recorrido más corto, según el mapa.

Mi voz cruzó las aguas quietas, despertando en las otras islas una serie de ecos que nos llegaron como si fueran personas llamando desde el espacio. Sólo era cuestión de treinta o cuarenta yardas, entre subir la loma y bajar a la ensenada donde estaban fondeadas las embarcaciones; pero había una milla larga de costa desde allí hasta donde esperábamos nosotros. Le oímos alejarse tropezando en las piedras; luego cesaron los ruidos de repente, al coronar la loma y bajar la cuesta, dejando atrás la fogata.

—No quería que me dejase sola con él —dijo la muchacha después, en voz baja—. Siempre temo que vaya a decir o hacer algo... —vaciló un momento, lanzando una rápida mirada, por encima del hombro, hacia la loma donde Sangree acababa de desaparecer—, algo que pueda provocar una situación desagradable.

Se interrumpió súbitamente.

—¿Darte miedo a *ti*? —exclamé con verdadera sorpresa—. Esa faceta de tu carácter es nueva. Yo creía que no existía un ser humano capaz de asustarte —luego, de repente, me di cuenta de que hablaba en serio, de que me miraba como pidiendo

ayuda; y al punto abandoné el tono de broma—. Creo que ha llegado muy lejos, Joan —añadí con gravedad—. Debes ser amable con él, sean cuales sean tus sentimientos. Creo que está tremendamente enamorado de ti.

—Lo sé, pero no puedo evitarlo —dijo muy bajo, no fuera que su voz se propagara en el silencio—; hay algo en él que... que me espeluzna y me pone carne de gallina.

—Pobre chico; no tiene la culpa de ser endeble y de ponerse a veces pálido como un muerto —me eché a reír suavemente, como un modo de defender al que consideraba un miembro inocente de mi sexo.

—¡Ah, no me refiero a eso! —contestó ella con rapidez—: es algo que noto en él, en su alma; algo que él mismo ignora, pero que puede aflorar si estamos mucho juntos. Siento que me atrae terriblemente. Remueve cuanto hay sin domesticar en mí: dentro, muy dentro... Aunque, al mismo tiempo, me asusta.

—Supongo que anda constantemente pensando en ti —dije—; pero es un chico formal y...

—Sí, sí —interrumpió ella con impaciencia—. Yo me fío absolutamente de él. Es amable y de intenciones purísimas. Pero hay algo que... —otra vez calló de repente para escuchar. Luego se acercó a mí, en medio de la oscuridad, y susurró—: Mire, señor Hubbard, a veces la intuición me advierte un poco demasiado intensamente para no hacer caso. Sí; no hace falta que me repita que es difícil distinguir entre imaginación e intuición. Todo eso lo sé. Pero también sé que hay algo en el alma de ese hombre que llama a algo que hay en el fondo de la mía. Y de momento, me asusta. Porque no alcanzo a ver qué es, y sé, sé, que un día acabará haciendo algo que... que va a sacudir mi vida hasta los cimientos —rió brevemente por lo extraño de su propia descripción.

Me volví para mirarla más de cerca, pero la oscuridad era demasiado densa para verle la cara. En su voz había una intensidad casi de pasión contenida que me había cogido totalmente de sorpresa.

—Tonterías, Joan —dije con cierta gravedad—; le conoces bien. Hace meses que está con tu padre.

—Pero eso era en Londres; aquí es diferente... Quiero decir que siento que aquí puede ser diferente. La vida en lugares como éste elimina las trabas de la vida artificial de la civilización. Sé lo que me digo, lo sé. En un lugar como éste, me siento liberada de toda atadura; aquí la rigidez de nuestra naturaleza empieza a derretirse y a fluir. ¡Seguro que comprende lo que quiero decir!

—Por supuesto que lo comprendo —repliqué, aunque no deseaba animarla a seguir por ese derrotero—; y es una magnífica experiencia, y pasajera. Pero esta noche estás agotada, Joan; como el resto de nosotros. Unos días en este aire hará que te sobrepongas a todos los temores de esa clase que dices.

Luego, tras un momento de silencio, añadí, al comprender que iba a enajenarme por completo su confianza si volvía a meter la pata y la trataba como a una niña:

—Creo que la verdadera explicación, quizá, es que sientes lástima de él por haberse enamorado de ti, y al mismo tiempo, la aversión que todo animal sano y vigoroso experimenta hacia los seres débiles y asustadizos. Si viniera resueltamente y te cogiera por el cuello y te gritara que te iba a obligar a que le amases..., seguro que entonces no ibas a sentir miedo de ninguna clase. Sabrías exactamente cómo tratarle. ¿No es algo así?

La muchacha no contestó, y, al cogerle la mano, noté que temblaba un poco y que estaba fría.

—No es su amor lo que me da miedo —dijo precipitadamente, porque en ese momento oímos hundirse una pala en el agua—; es algo que hay en su alma lo que me asusta como no me ha asustado nada en la vida..., aunque me fascina. En la ciudad apenas me daba cuenta. Pero en cuanto nos hemos alejado de la civilización, ha empezado a aflorar eso. Parece muy... muy *real*, aquí. Temo quedarme a solas con él. Me da la sensación de que algo va a reventar, a brotar con todas sus fuerzas..., que él va a hacer algo... o que voy a hacerlo yo... No sé exactamente lo que quiero decir... pero me dan ganas de despojarme de todo y gritar...

—¡Joan!

—No se alarme —rió brevemente—; no voy a hacer ninguna tontería; sólo quería explicarle cuáles son mis sentimientos, por si necesito su ayuda. Cuando me viene una fuerte intuición como ahora, nunca es infundada; aunque aún no sé qué significa exactamente.

—De todos modos, debes resistir este mes —dije en el tono más práctico que me fue posible adoptar, porque su actitud había hecho que mi sorpresa se convirtiese en una sutil alarma—. Sangree sólo va a estar un mes. Y en todo caso, dado que eres un ser singular, debes mostrarte generosa para con el resto de los seres singulares —terminé, sin convicción, con una risa forzada.

Joan me dio un repentino apretón de mano.

—Me alegro de habérselo contado —dijo rápidamente en voz baja, porque la canoa se deslizó ahora en silencio, como un espectro, hasta nuestros pies—. Y me alegro de que esté usted aquí, también —añadió, al tiempo que bajaba al agua, al encuentro de Sangree.

Pedí a éste que se cambiara a proa y me senté en el puesto de gobierno, poniendo a la muchacha entre los dos, de manera que podía ver sus siluetas recortadas contra las estrellas. Siempre he tenido gran respeto por las intuiciones de algunas personas —en especial de las mujeres y los niños, debo confesar—, porque la experiencia ha venido a menudo a confirmarlas; y ahora la extraña emoción que las palabras de la muchacha me habían causado seguía vivida en mi conciencia. Yo la explicaba en cierto modo por el hecho de que la muchacha, rendida de cansancio por los muchos días de viaje, había sufrido algún tipo de reacción ante el escenario imponente y desierto, y además, quizá, lo había sentido, según veía yo a los miembros del grupo bajo una luz nueva —el canadiense, era en parte un desconocido—, más

intensamente que el resto de nosotros. Pero, al mismo tiempo, me pareció que muy probablemente percibía alguna sutil relación entre la personalidad de él y la suya propia, alguna cualidad de la que hasta entonces no había tenido conciencia y que la rutina de la urbe había mantenido oculta a la vista. Lo único que me parecía difícil explicar era el miedo del que había hablado; pero yo esperaba que los efectos saludables de la vida de campamento y el ejercicio físico lo eliminasen, con el tiempo, de manera natural.

Dimos la vuelta a la isla en silencio. Todo era demasiado hermoso para decir nada. Los árboles se apiñaban en la orilla para oírnos pasar. Veíamos sus copas oscuras, inclinadas con espléndida dignidad para observarnos, olvidando un momento las estrellas atrapadas en la red de agujas de sus melenas. Contra el cielo de poniente, donde aún se demoraba el oro del sol, desfilaba el movimiento salvaje del horizonte, erizado de peñascos y bosque, oprimiendo el corazón como el motivo de una sinfonía, y transmitiendo al espíritu una estremecida sensación de belleza: todas estas islas de alrededor se alzaban sobre el agua como nubes bajas; y como ellas, parecían perderse calladamente en la oscuridad. Oíamos el goteo musical de la pala y el pequeño rumor de las olas en la playa; luego, de repente, descubrimos que estábamos otra vez en la bocana de la ensenada y que habíamos dado la vuelta a la isla.

El reverendo Timothy se había despertado y estaba cantando para sí; y el sonido de su voz, mientras cruzábamos las cincuenta yardas de agua cerrada, resultaba grato al oído, e innegablemente saludable. Veíamos el resplandor del fuego entre los árboles, en lo alto de la loma, y la sombra moviente de él echando más leña.

—¿Ya estáis aquí? —dijo en voz alta—. ¡Bien! ¿Habéis calado los palangres? ¡Magnífico! Pues tu madre, Joan, está todavía como un tronco.

Su risa animada se propagó por encima del agua; no le había preocupado lo más mínimo nuestra ausencia; los campistas veteranos no se alarman con facilidad.

—Bueno, recordad —prosiguió, después de escuchar junto al fuego nuestro pequeño relato del viaje, y de preguntar la señora Maloney por cuarta vez dónde estaba exactamente su tienda y si su puerta daba al este o al sur— que hay que turnarse para preparar el desayuno; uno de los hombres tiene que salir a pescar al amanecer. ¡Hubbard, tú y yo vamos a decidir a cara o cruz qué nos toca hacer mañana por la mañana!

Perdió.

—Elijo la pesca —dije, riéndome de su derrota; porque yo sabía que detestaba preparar las gachas—. Tú procura que no se te quemen como se te quemaban siempre, el año pasado, en el Volga —añadí a modo de recordatorio.

La quinta interrupción de la señora Maloney sobre la puerta de su tienda, y su subsiguiente comentario de que eran las nueve pasadas, nos inclinó a encender los faroles y apagar el fuego por seguridad.

Pero antes de irnos a dormir, el clérigo debía cumplir con un pequeño e inveterado rito personal que nadie tenía valor para negárselo. Lo hacía siempre. Era

un vestigio de sus hábitos de predicador. Nos miró brevemente uno a uno, con el rostro grave y serio, y alzó las manos hacia las estrellas, con los ojos cerrados y apretados bajo un ceño momentáneo. Luego ofreció una breve, casi inaudible oración, dando gracias al Cielo por nuestra llegada sin novedad, y rogando que tuviéramos buen tiempo, ninguna enfermedad ni accidente, abundante pesca y vientos favorables para navegar.

Y a continuación, inesperadamente —nadie supo exactamente por qué—, terminó con un repentino deseo de que nada del reino de las tinieblas viniera a turbar nuestra paz, y que ningún ser maligno se acercara a inquietarnos durante la noche.

Y mientras pronunciaba estas sorprendentes palabras, tan extrañamente ajenas a su manera habitual de terminar, alcé casualmente los ojos y paseé la mirada por el grupo reunido alrededor del fuego semiapagado. Y lo cierto es que me pareció que el rostro de Sangree experimentaba una súbita y visible alteración. Estaba mirando a Joan; y mientras miraba, el cambio cruzó por su rostro como una sombra y se disipó. Me sobresalté, a pesar de mí mismo, porque algo singularmente concentrado, poderoso, firme, había asomado a su expresión tan débil y dispersa por lo general. Pero todo fue rápido como una estrella fugaz, y al observarle por segunda vez, su rostro era normal y miraba por entre los árboles.

Joan, afortunadamente, no se había dado cuenta, ya que permaneció con la cabeza inclinada y los ojos fuertemente cerrados mientras rezaba su padre.

«Verdaderamente, esta muchacha tiene una imaginación viva —pensé, medio riendo, mientras encendía los faroles—, si sus pensamientos son capaces de conferir esta magia a los míos». No obstante, de alguna manera, cuando nos dábamos las buenas noches, aproveché para decirle a Joan unas palabras de ánimo, y la acompañé a su tienda para comprobar que podía encontrarla rápidamente a oscuras, en caso de que ocurriera algo. La muchacha lo comprendió con la presteza que la caracterizaba y me dio las gracias. Y lo último que oí cuando me dirigía a donde dormíamos los hombres fueron los gritos de la señora Maloney, diciendo que había escarabajos en su tienda, y la risa de Joan mientras acudía a ayudarla a echarlos.

Media hora más tarde, la isla estaba callada como una tumba, salvo las voces lúgubres del viento que llegaban susurrando del mar. Las tres tiendas de los hombres se alzaban como blancos centinelas a un lado de la loma; al otro, medio ocultas por unos cuantos abedules cuyas hojas hacía estremecer la brisa, las de las mujeres —manchas de un gris espectral— se hallaban más juntas para mutuo abrigo y protección. Entre unas y otras había como unas cincuenta yardas de terreno desigual, rocas grises, musgo y líquenes; y por encima de todo se extendían el manto de oscuridad y los grandes vientos susurrantes de los bosques de Escandinavia.

Lo último que oí, justo antes de que me arrastrara esa ola poderosa que nos sumerge dulcemente en las profundidades del olvido, fue la voz de John Silence cuando el tren se ponía en marcha en la estación Victoria; y por alguna sutil conexión surgida en el mismo umbral de la conciencia, mi mente evocó a la vez el recuerdo de

la medio confidencia que me había hecho la muchacha, y de su zozobra. Como por un sortilegio de sueños inminentes, en ese instante parecieron tener relación; pero antes de que pudiese analizar el cómo y el por qué, volvieron a desvanecerse, y traspuse la frontera del mundo vigil:

«Si no me manda llamar antes».

* * *

Creo que la señora Maloney no llegó a averiguar si su tienda estaba orientada al sur o al este; porque lo cierto es que dormía siempre con el faldón de la puerta bien atada; sólo sé que mi pequeña «uno sesenta por dos treinta, toda de seda» daba claramente al este porque a la mañana siguiente el sol, que penetraba como sólo es capaz de penetrar en las regiones salvajes, me despertó muy temprano, y que un instante después, tras una breve carrera por el musgo blando y un salto desde un saliente de granito, me hallaba nadando en el agua más centelleante que cabe imaginar.

Eran apenas las cuatro, y el sol llegaba hasta una larga perspectiva de islas azulencas que se extendían hacia el mar abierto y Finlandia. Más cerca, se alzaban las cúpulas frondosas de nuestro territorio, todavía coronadas o envueltas en jirones vaporosos de una bruma que se deshacía rápidamente, y que parecía tan reciente como si fuese la mañana del Sexto Día de la señora Maloney y acabara de salir, limpia y brillante, de las manos del gran Arquitecto.

El suelo estaba empapado de rocío en los claros, y del mar venía un aire fresco y salado que penetraba entre los árboles y hacía temblar las ramas en una atmósfera de plata reluciente. Las tiendas brillaban de blancura en los rodales donde les daba el sol. Abajo se extendía la ensenada, todavía soñando con la noche veraniega; afuera, en el mar abierto, los peces saltaban con brío, enviando hacia la orilla ondulaciones musicales, y en el aire se cernía suspendida la magia del amanecer: callado, incomunicable.

Encendí el fuego a fin de que, una hora después, el clérigo dispusiera de buenas brasas para preparar las gachas, y luego me fui a inspeccionar la isla; pero apenas había andado una docena de yardas, vi una figura de pie, un poco delante de mí, donde el sol entraba entre los árboles y formaba un charco de luz.

Era Joan. Hacía ya una hora que se había levantado, me dijo, y se había bañado antes de que desapareciese del cielo la última estrella. En seguida me di cuenta de que había penetrado en ella el nuevo espíritu de estas soledades, librándola de los temores de la noche; porque su rostro era como el rostro de una habitante feliz de las regiones salvajes, y sus ojos estaban inmaculados y brillantes. Tenía los pies descalzos, y llevaba prendidas en su pelo suelto y ondulante las gotas de rocío que había hecho caer de las ramas. Evidentemente, volvía a ser la misma.

—He recorrido toda la isla —anunció riendo—, y faltan dos cosas.

—Sueles atinar en tus juicios, Joan. Así que di, ¿cuáles son?

—No hay vida animal, y no hay... agua.

—Las dos van juntas —dije yo—. A los animales no les interesa una roca como ésta, a menos que haya en ella un manantial.

Y mientras me llevaba de un lugar a otro, excitada y feliz, saltando ágilmente de roca en roca, yo me alegraba de notar que habían sido acertadas mis primeras impresiones. No aludió para nada a nuestra conversación de la noche anterior. El nuevo espíritu había desalojado al anterior. No había sitio en su corazón para el temor y la ansiedad, y la naturaleza la había conquistado totalmente.

Averiguamos que la isla medía unos tres cuartos de milla de punta a punta y formaba un círculo, o una amplia herradura, con una abertura de unos veinte pies en la bocana de la ensenada. Estaba densamente cubierta de pinos, pero aquí y allá había grupos de plateados abedules, chaparros, colonias considerables de frambuesos y groselleros. Los extremos de la herradura estaban formados por peladas lajas de granito que se sumergían en el mar y constituían peligrosos escollos justo debajo de la superficie; pero el resto de la isla se elevaba en una loma de unos cuarenta pies de altura, y cada lado descendía pronunciadamente hasta el mar. En ninguna parte alcanzaba las cien yardas de anchura.

La orilla exterior estaba muy mellada de ensenadas, entrantes y playas arenosas, con cuevas y pequeños acantilados aquí y allá contra los que se estrellaba el mar y saltaba en rociones. Pero en la orilla interior de la ensenada era baja y regular, y estaba bien protegida por la muralla de árboles que recorría lo alto de la loma, de manera que ninguna tormenta podía causar otra cosa que una pasajera ondulación a lo largo de su orla arenosa. Aquello era un abrigo eterno.

En una de las otras islas, a unos cientos de yardas —porque el resto del grupo se despertó tarde esa mañana y cogimos la canoa—, descubrimos un manantial de agua dulce y sin el sabor salobre del Báltico. Y una vez resuelta la cuestión más importante del campamento, procedimos a abordar la segunda: la pesca. Y en media hora cogimos pescado suficiente y regresamos, porque no contábamos con medios para conservarlo; y limpiar más del que podemos almacenar o comer en un día no es tarea inteligente, que digamos, para unos campistas expertos.

Y mientras desembarcábamos, hacia las seis, oímos al clérigo cantando como de costumbre, y vimos a su mujer y a Sangree sacudiendo sus mantas al sol y vestidos de una manera que desterraba definitivamente todo vestigio de vida urbana y de civilización.

—Los duendes han encendido el fuego por mí —gritó Maloney, con aspecto de estar cómodo y a gusto con su antiguo traje de franela e interrumpiéndose a mitad de su canción—, así que me he puesto a hacer las gachas; esta vez no se me van a quemar.

Le informamos del descubrimiento de agua, y le enseñamos el pescado.

—¡Bien, bien y bien! —exclamó—. Vamos a tener el primer desayuno decente

desde hace un año. Sangree los limpiará en un abrir y cerrar de ojos, y el Segundo Contraamaestre...

—Los freirá en su punto —rió la voz de la señora Maloney, apareciendo en escena con sandalias y un jersey ajustado de color azul, y cogiendo la sartén. Su marido la llamaba siempre el Segundo Contraamaestre del campamento, porque uno de sus cometidos era llamar a todos a comer.

—En cuanto a ti, Joan —prosiguió el hombre feliz—, pareces el espíritu de la isla, con musgo en el pelo y viento en los ojos, y sol y estrellas en la cara —la miró con complacida admiración—. Tome, Sangree, coja esos doce, uno es una buena pieza; son los más grandes. Nos los vamos a zampar con mantequilla en menos que canta un gallo.

Observé al canadiense mientras se dirigía despacio al cubo de aclarar. Tenía los ojos prendidos en la belleza de la muchacha, y por su rostro cruzó una oleada de gozo apasionado, casi febril, expresiva del éxtasis de auténtica adoración más que de otra cosa. Quizá pensaba que aún tenía por delante tres semanas, con esta visión siempre ante sus ojos; quizá pensaba en sus sueños de esa noche. No sé. Pero noté la curiosa mezcla de anhelo y felicidad en sus ojos, y la fuerza de esta impresión despertó mi curiosidad. Algo en su rostro retuvo mi mirada un segundo; algo que tenía que ver con su intensidad. Que una persona tan tímida, tan mansa, ocultase una pasión tan viril exigía casi una explicación.

Pero la impresión fue momentánea; porque ese primer desayuno en el campamento no permitía dividir la atención, y me atrevo a jurar que las gachas, el té, el «pan» sueco y el pescado frito con bacon estuvieron ese día mucho mejor que ninguna comida de ningún lugar del mundo.

El primer día libre en un nuevo campamento es siempre un día frenéticamente ocupado, y no tardamos en adoptar la rutina, de la que depende en gran medida la verdadera comodidad de todos. Alrededor del fuego de guisar, muy mejorado con piedras traídas de la playa, construimos una empalizada alta con palos verticales espesamente entretejidos con ramas, pusimos una techumbre de musgo y liquen, con piedras encima, y en el interior, alrededor, dispusimos asientos bajos de ramas, a fin de poder estar junto al fuego incluso lloviendo, y comer en paz. Delineamos senderos, también, de tienda a tienda, hasta los lugares donde nos bañábamos y el desembarcadero, y establecimos una razonable división de la isla en una zona para los hombres y otra para las mujeres. Apilamos leña, quitamos los árboles y las piedras que estorbaban, colgamos las hamacas y afianzamos las tiendas. En una palabra, el campamento quedó instalado, y asignados y aceptados los distintos cometidos como si pensáramos vivir años en esta isla del Báltico, y fuera importante hasta el más pequeño detalle de la vida comunitaria.

Además, al quedar establecido el campamento, aumentó la sensación de comunidad, confirmando que éramos un todo definido y no meramente un número de personas que habíamos venido a vivir en tiendas de campaña, durante un tiempo, a

una isla desierta. Cada uno aceptó los distintos trabajos de buen grado. Sangree, como por selección natural, se encargaba de limpiar el pescado y trocear leña suficiente para las necesidades del día. Y lo hacía bien. La palangana nunca estaba sin pescado, limpio y escamado, preparado para freírsele quien tuviera hambre; de noche, el fuego nunca se apagaba por falta de leña, sin necesidad de ir a buscarla.

Y Timothy, antes reverendo, pescaba y talaba árboles. También asumió la responsabilidad de mantener en condiciones el velero, y lo hacía tan concienzudamente que jamás se echaba nada en falta en el pequeño cúter. Y cuando, por cualquier motivo, se requería su presencia, el primer sitio adonde había que buscarle era en el barco, donde se le encontraba normalmente ocupado en las velas, las jarcias o el timón, sin parar de cantar mientras trabajaba.

Ahora había quedado descuidada la «lectura»; porque casi todas las mañanas había un murmullo de voces procedente de la tienda blanca junto a las matas de frambuesa, lo que quería decir que Sangree, el profesor y cualquiera que estuviese en el grupo a esa hora, se hallaban enfrascados en la historia o en las lenguas clásicas.

Y la señora Maloney, al tiempo que por selección natural, también, se encargaba de la despensa y la cocina, los zurcidos y la supervisión de las comodidades elementales en general, se hizo extrañamente dueña del megáfono que servía para llamar a comer, y difundía su voz de un extremo al otro de la isla. Y en sus horas libres pintaba el paisaje de alrededor en un bloc de dibujo, con toda la honestidad y devoción de su alma.

Joan, entretanto, ser esquivo de las regiones salvajes, se convirtió en no sé exactamente qué. Hacía cantidades de cosas en el campamento, aunque parecía no tener obligaciones concretas. Estaba en todas partes y a todas las horas. Unas veces dormía en su tienda, otras bajo las estrellas en una manta. Se conocía cada pulgada de la isla y aparecía en los sitios donde menos se la esperaba... deambulando sin parar, o leyendo libros en rincones protegidos, encendiendo pequeñas hogueras los días nublados para «rendir culto a los dioses», como ella decía, descubriendo nuevas hoyas donde bañarse y bucear, y nadando día y noche en la ensenada cálida y tersa como un pez en un inmenso aljibe. Andaba con las piernas desnudas y descalza, el pelo suelto y la falda arremangada hasta la rodilla, y si alguna vez un ser humano se ha transformado en un alegre salvaje en espacio de una semana, ese ser ha sido, sin duda alguna, Joan Maloney. Se había asilvestrado.

Y tan poseída estaba, también, por el poderoso espíritu del lugar, que el pequeño temor humano al que tan extrañamente se había rendido a nuestra llegada parecía haber sido desterrado por completo. Como yo confiaba y esperaba, no hizo alusión alguna a nuestra conversación de la primera noche. Sangree no la molestaba con atenciones especiales y, en realidad, estaban muy poco tiempo juntos. El comportamiento de él era perfecto en ese sentido y yo, por mi parte, apenas volví a pensar en el asunto. Joan era constantemente presa de vivas fantasías de uno u otro género, así que ésta era una de tantas. Afortunadamente para la felicidad de todos, se

había desvanecido ante el espíritu de la vida activa y ocupada, y ante el gran contento que reinaba en la isla. Todos estaban intensamente vivos y la paz reinaba sobre todas las cosas.

* * *

Entretanto, empezaban a notarse los efectos de la vida de campamento. Una prueba clave del carácter produce siempre, tarde o temprano, resultados infalibles, dado que actúa en el alma de forma tan rápida y segura como el baño de hiposulfito sobre el negativo de una fotografía. Inmediatamente, se opera un reajuste de las fuerzas personales; se aletargan unas partes de la personalidad, al tiempo que despiertan otras; pero el primer cambio radical que ocasiona la vida primitiva es que se van desprendiendo los elementos artificiales del carácter, uno tras otro, como pieles secas. Van quedando atrás actitudes y poses que parecían auténticas en la vida urbana. El espíritu, como el cuerpo, se endurece rápidamente. Se vuelve simple, incomplejo. Y en un campamento tan primitivo y cercano a la naturaleza como el nuestro, estos efectos se hicieron rápidamente visibles.

Desde luego, personas que se hacen lenguas de la vida simple cuando la tienen a comfortable distancia, se descubren a sí mismas, en un campamento, buscando constantemente emociones artificiales de la civilización que echan de menos; y unas se aburren en seguida, otras se vuelven desaliñadas, otras revelan de la forma más inesperada el animal que llevan dentro, y otras, unas pocas escogidas se encuentran en seguida a sí mismas, y son felices.

Pues bien, en nuestro pequeño grupo podíamos presumir de pertenecer todos a la última categoría, por lo que se refería al efecto general. Sólo que hubo también otros cambios, de diverso tipo según la persona, todos interesantes de reseñar.

A la primera o segunda semana de estar instalados empezaron a notarse ya dichos cambios; y éste es el momento oportuno, creo, para hablar de ellos. Porque, dado que no tenía yo más obligación que la de disfrutar de unas bien ganadas vacaciones, echaba mantas y provisiones a bordo de mi canoa y salía a explorar entre las islas durante varios días. Y fue a mi regreso del primero de estos viajes cuando redescubrí, por así decir, al grupo: cuando estos cambios se me hicieron sorprendentemente vividos, y en un caso particular me produjeron una impresión bastante extraña.

Para decirlo en una palabra: mientras todos los demás se habían asilvestrado de manera natural, a Sangree le había ocurrido lo mismo, me pareció, pero en mucha mayor medida, y de una manera que sólo podría calificar de anormal. Me recordaba a un salvaje.

Para empezar, su aspecto físico había cambiado enormemente, y las mejillas morenas y llenas, el brillo saludable de los ojos, y el aire general de vigor y robustez que habían venido a sustituir su acostumbrada lasitud y timidez, le habían mejorado de tal manera que no parecía el mismo. La voz, también, se le había vuelto más

profunda, y su ademán revelaba por primera vez una mayor confianza en sí mismo. Ahora tenía algún derecho a ser considerado guapo, o al menos, a cierto aire de virilidad que no mermaba su valor a los ojos del sexo opuesto.

Todo esto, por supuesto, era bastante natural, y de lo más grato. Pero, aparte ya de este cambio físico, que sin duda habíamos experimentado los demás, había una nota sutil en su personalidad que me produjo un grado de sorpresa casi rayano en el sobresalto.

Y dos cosas —cuando bajó a recibirme y ayudarme a subir la canoa— me vinieron espontáneamente a la cabeza, como relacionadas de alguna forma que en ese instante no pude adivinar: en primer lugar, la opinión singular que Joan se había formado de él; y en segundo lugar, aquella expresión fugaz que yo había captado en su rostro cuando Maloney elevó su extraña plegaria, pidiendo al Cielo especial protección.

La delicadeza de modales y facciones —por no emplear un término más suave— que había sido siempre una característica sobresaliente de este hombre, había dado paso a algo mucho más vigoroso y decidido que, no obstante, escapaba por completo al análisis. No me era fácil ponerle nombre al cambio que tan singularmente me impresionó. Los otros —el canturreante Maloney, la atareada «Segundo Contramaestre», y Joan, fascinadora mestiza de ondina y salamandra— mostraban todos los efectos de una vida cercana a la naturaleza, pero el cambio era en todos ellos totalmente natural, y el que cabía esperar; mientras que en el caso de Peter Sangree, el canadiense, era algo excepcional e inesperado.

Es imposible explicar cómo se las arregló para transmitirme gradualmente la impresión de que una parte de su ser se había vuelto salvaje, aunque ésta era más o menos la impresión que me dio. No es que pareciese menos civilizado en realidad, o que su carácter hubiese experimentado una alteración definida; sino más bien que algo en él, hasta ahora dormido, había despertado a la vida. Cierta cualidad, hasta ahora aletargada —aletargada al menos para nosotros, que al fin y al cabo le conocíamos muy superficialmente—, había entrado en actividad y había emergido a la superficie de su ser.

Y aunque de momento parecía que esto era cuanto podía poner en claro, era natural que mi cerebro continuase el proceso intuitivo y reconociera que John Silence, merced a sus facultades excepcionales, y la muchacha, merced a su temperamento extraordinariamente receptivo, pudieran adivinar, cada uno por distinto camino, esta cualidad latente de su alma, y recelasen su posterior manifestación.

Al recordar ahora esa dolorosa aventura, parece igualmente natural que el mismo proceso, llevado a su conclusión lógica, despertara algún instinto profundo en mí, totalmente ajeno a mi voluntad, y lo pusiera aguda y persistentemente alerta desde aquel mismo momento. En adelante, no se me iba del pensamiento la personalidad de Sangree, y me pasaba el día analizando y buscando la explicación que tanto tardaba en llegar.

—Debo reconocer, Hubbard, que estás curtido como un aborigen, y que podrías pasar por uno de ellos —rió Maloney.

—Pues puedo devolverte el cumplido —repliqué, cuando estábamos todos sentados alrededor de una infusión de té, intercambiando noticias y comparando notas.

Más tarde, en la cena, me divirtió observar que el distinguido profesor, en otro tiempo clérigo, no tomaba la comida con la «pulcritud» con que lo hacía en casa: la devoraba; que la señora Maloney comía más y, por decirlo suavemente, con menos morosidad de lo que acostumbraba en el ambiente selecto de su comedor inglés; y que mientras Joan atacaba su plato de hojalata con auténtica avidez, Sangree, el canadiense, mordía y roía el suyo, riendo y hablando y alabando a la cocinera sin parar, de una manera que me hacía pensar, con secreto regocijo, en un animal hambriento en su primera comida. En cuanto a mí, a juzgar por sus comentarios, sin duda había cambiado y me había asilvestrado tanto como ellos.

El cambio se manifestó en esto y en un centenar de cosas más; cosas difíciles de detallar, pero que probaban, no el efecto embrutecedor de haber adoptado una vida primitiva, sino que se habían vuelto predominantes, por así decir, los métodos más directos y espontáneos. Porque todo el día nos estábamos bañando en los elementos —en el viento, en el agua, en el sol—, y del mismo modo que el cuerpo se hacía insensible al frío y se despojaba de la ropa innecesaria, la mente se hacía más sincera y se despojaba de los disfraces que exigen los convencionalismos de la civilización.

Y en cada uno, según su temperamento y carácter, se despertaron los instintos vitales innatos, no domados y, en cierto sentido..., salvajes.

* * *

Así que me encontraba con el grupo, sin abandonar la isla, aplazando de un día para otro mi segundo viaje de exploración y pensando que este instinto exagerado de vigilar a Sangree era la verdadera causa de mi aplazamiento.

Durante otros diez días, la vida de campamento prosiguió su curso placentero y regular, bendecida por un tiempo veraniego perfecto, una pesca abundante, vientos excelentes para navegar, y noches tranquilas y estrelladas. La plegaría egoísta de Maloney había sido acogida favorablemente. Nada venía a turbarla o a complicarla. Ni siquiera el merodear nocturno de animales que fastidiase el descanso a la señora Maloney; porque en anteriores campamentos había tenido a menudo su tormento particular cuando algún puercoespín arañaba la lona, o las ardillas dejaban caer de madrugada piñas de abeto, con un ruido que era como un trueno en miniatura, sobre el techo de su tienda. Pero en esta isla no había una sola ardilla ni ratón. Creo que los únicos seres vivos que yo había visto durante las dos primeras semanas fueron un par de sapos y una serpiente. Y me da la impresión de que los dos sapos no eran en realidad sino uno y el mismo sapo.

Y de repente, llegó el terror que cambió el aspecto entero del lugar: el terror devastador.

Llegó, al principio, solapadamente; pero desde el comienzo mismo hizo que me diese cuenta de la desagradable soledad de nuestra situación, de nuestro alejado aislamiento en este desierto de mar y roca, y cómo las islas de este Báltico sin mareas se desplegaban a nuestro alrededor como la vanguardia de un inmenso ejército atacante. Su llegada fue, como digo, solapada, imperceptible, en realidad, para la mayoría de nosotros: sin dramatismo ninguno. Pero así es como nos llega a menudo el espantoso clímax en la vida real, sin inquietar el corazón casi hasta el último minuto, para anonadarlo luego con una súbita oleada de horror. Porque la costumbre era escuchar pacientemente, durante el desayuno, los triviales incidentes de la noche que cada cual contábamos por turno: cómo dormía, si el viento había sacudido la tienda, si la araña del palo del techo había cambiado de domicilio, si habíamos oído un sapo, y cosas así; y esa mañana concretamente, Joan, en mitad de una pequeña pausa, hizo un anuncio verdaderamente nuevo.

—Esta noche he oído el aullido de un perro —dijo; luego se ruborizó hasta la raíz del pelo y se echó a reír. Porque la idea de que hubiese un perro en esta isla desierta que sólo tenía sitio para una culebra y dos sapos era claramente ridícula; y recuerdo que Maloney, que medio se había terminado sus gachas quemadas, superó la noticia declarando que él había oído una «tortuga báltica» en la ensenada, y la expresión de frenética alarma de su esposa, antes de que las risas la desengañaran.

Pero a la mañana siguiente, Joan repitió la historia, con un detalle nuevo y convincente.

—Me han despertado ruidos de gemidos y gruñidos —dijo—, y he oído claramente olfatear al pie de mi tienda y arañar de pezuñas.

—¡Oh, Timothy! ¿Será un puercoespín? —exclamó la señora Maloney con alarma, olvidando que Suecia no es Canadá.

Pero la voz de la muchacha había sonado en una clave completamente distinta, y al levantar los ojos, vi que su padre y Sangree la miraban con atención. Habían comprendido, también, que hablaba en serio, y les había sorprendido el tono formal de su voz.

—¡Tonterías, Joan! Siempre andas soñando cosas disparatadas —dijo su padre con cierta impaciencia.

—No hay un solo animal, del tamaño que sea, en toda la isla —añadió Sangree con expresión perpleja. No apartaba los ojos de ella.

—Pero nada impide que llegue alguno nadando —tercié yo vivamente; porque, de alguna manera, entre la conversación y las pausas se había introducido cierto desasosiego que no resultaba agradable—. Un ciervo, por ejemplo, podría llegar fácilmente por la noche y echar una ojeada...

—¡O un oso! —dijo con voz ahogada el Segundo Contramaestre con una expresión tan ominosa que todos la acogimos con una carcajada.

Pero Joan no rió. En vez de eso, se levantó de un salto y nos gritó que la siguiéramos.

—Miren ahí —dijo, señalando el suelo junto a su tienda, en el lado opuesto al que estaba la de su madre—; hay marcas junto a mi cabecera. Véanlas ustedes mismos.

Las vimos claramente. El musgo y el liquen —porque apenas había tierra— habían sido arañados por unas pezuñas. Debía de ser un animal del tamaño de un perro grande, a juzgar por las huellas. Nos quedamos todos en fila, mirándolas.

—Junto a mi cabecera —repitió la muchacha, mirándonos. Observé que tenía la cara muy pálida, y me pareció que le temblaba el labio un instante. Luego tragó súbitamente... y se echó a llorar.

Todo sucedió en el breve espacio de unos minutos, y con una rara sensación de inevitabilidad, además: como si esto hubiese sido cuidadosamente planeado desde tiempo atrás y nada pudiera detenerlo. Todo había sido ensayado de antemano, había sucedido antes efectivamente, como la extraña sensación que a veces tenemos: fue como el movimiento inicial de un drama presagioso y como si yo supiese qué iba a ocurrir exactamente a continuación. Se avecinaba algo de importancia trascendental.

Porque esta sensación siniestra de inminente desastre se hizo sentir desde el comienzo mismo; y a partir de ese instante se extendió por el campamento una atmósfera de tristeza y desaliento.

Llevé a un lado a Sangree para apartarle, mientras Maloney hacía entrar a la preocupada muchacha a la tienda, seguida de su madre, enérgica y nerviosa.

Y así, de esta manera nada dramática, fue como el terror al que me he referido antes intentó su primer asalto a nuestro campamento; y aunque parece trivial y sin importancia, cada pequeño detalle de este primer acto lo tengo grabado en la memoria con despiadada nitidez y precisión. Ocurrió tal como he dicho. Y fueron ésas exactamente las palabras utilizadas. Las veo escritas con toda claridad ante mí. Y veo, también, las caras de todos nosotros con la súbita y desagradable muestra de alarma, cuando antes había sido de tranquilidad. El terror había alargado un primer tentáculo hacia nosotros, por así decir, y había rozado el corazón de cada uno de nosotros con horrenda inmediatez. Y a partir de ese instante, se operó un cambio radical en el campamento.

Sangree, sobre todo, estaba visiblemente afectado. No soportaba ver preocupada a la muchacha y oírla llorar era en verdad casi más de lo que podía resistir. Le dolía profundamente el saber que no tenía derecho a protegerla, y yo veía que estaba deseoso de hacer algo por ayudarla, cosa que despertaba mi simpatía. Su expresión revelaba a las claras que era capaz de partir en mil pedazos cualquier bicho que se atreviese a causarle el más mínimo daño.

Encendimos nuestras pipas, nos dirigimos en silencio al sector de los hombres; y fue su singular exclamación, «¡Carambola!», lo que orientó mi atención hacia un nuevo descubrimiento.

—Ese animal ha estado arañando mi tienda, también —gritó, señalando unas

marcas parecidas junto a la puerta, y me agaché a examinarlas. Nos quedamos mirándonos varios minutos, perplejos, sin decir nada.

—Sólo que yo he dormido como un leño, supongo —añadió, incorporándose otra vez—, y no he oído nada.

Seguimos las huellas de pezuñas desde la entrada de su tienda, en línea recta hasta la tienda de la muchacha; pero en ninguna otra parte del campamento había signo alguno del extraño visitante. El ciervo, perro o lo que fuera que nos había honrado dos veces con su visita nocturna había limitado sus atenciones a estas dos tiendas. Y, en realidad, no había nada excepcional en estas visitas de un animal desconocido; porque aunque nuestra isla carecía de vida, estábamos en el centro de una región salvaje, y en las islas más grandes y tierra firme abundaba sin duda toda clase de cuadrúpedos, y no hacía falta nadar demasiado para llegar hasta nosotros. En cualquier otra región, no habría merecido siquiera un momento de interés... es decir, de la clase de interés que experimentamos. En nuestros campamentos canadienses, los osos andaban por la noche gruñendo constantemente entre las bolsas de provisiones, los puercoespines escarbando sin cesar, y las ardillitas listadas escabullándose por entre nuestra impedimenta.

—Mi hija está demasiado agotada, eso es lo que pasa —explicó Maloney poco más tarde, cuando se reunió con nosotros, y después de examinar a su vez las otras marcas de pezuñas—. Se ha estado moviendo demasiado últimamente, y la vida de campamento siempre representa una gran excitación para ella. Es natural. Si no hacemos caso, se tranquilizará —hizo una pausa para pedirme la bolsa de tabaco; y la torpeza con que llenó la pipa y esparció la preciosa yerba por el suelo contradecía visiblemente la serenidad de sus palabras pausadas—. Podrías ser buen chico y llevártela un poco a pescar, Hubbard. Apenas sube al cúter en todo el día. Puedes enseñarle algunas de las otras islas en tu canoa; ¿qué opinas?

Y hacia la hora de comer, la nube se había disuelto tan súbita y sospechosamente como había aparecido.

Pero en la canoa, cuando volvíamos de un recorrido en el que hasta ese momento habíamos silenciado a propósito el tema que acaparaba nuestros pensamientos, se puso a hablarme de repente de una manera que rozó otra vez la nota de siniestra alarma; nota que siguió sonando y sonando hasta que por fin llegó John Silence y la neutralizó con su presencia vibrante; sí, y hasta después de llegar él siguió sonando también, durante un tiempo.

—Me avergüenza pedírselo —dijo de repente, mientras regresábamos, con las mangas subidas y el pelo flotando al viento—, como me avergüenza haber llorado como una tonta, porque en realidad no sé cuál ha sido el motivo, pero señor Hubbard, quiero que me prometa no volver a hacer ninguna de sus largas expediciones... de momento —se había puesto tan serio que se había descuidado de la canoa, y el viento la empujó de costado y nos hizo girar peligrosamente—. Me he estado conteniendo para no pedírselo —añadió, poniendo la canoa otra vez a rumbo—, pero la verdad es

que no lo puedo evitar.

Era mucho pedir, y supongo que mi vacilación fue evidente, porque siguió hablando antes de que yo pudiese replicar, y su expresión suplicante y además vehemente me impresionaron en gran manera.

—Dos semanas nada más...

—Peter Sangree se marcha dentro de dos semanas —dijo, comprendiendo enseguida qué pretendía, pero preguntándome si sería mejor animarla o no.

—Si sé que va a estar usted en la isla hasta entonces —dijo, palideciendo y ruborizándose alternativamente y temblándole un poco la voz—, me sentiré mucho más dichosa.

La miré fijamente, esperando a que terminara.

—Y más segura —añadió, casi con un susurro—; sobre todo de noche, quiero decir.

—¿Más segura, Joan? —repetí, pensando que nunca le había visto los ojos tan suaves y tiernos. Asintió con la cabeza, manteniendo sin apartar la mirada de mi rostro.

Realmente era difícil negarse, fueran cuales fuesen mi opinión y mis pensamientos; y de alguna manera, comprendí que tenía sus buenas razones, aunque yo no podía expresarlas con palabras.

—Más contenta... y más segura —dijo gravemente. La canoa dio un peligroso bandazo al volverse Joan para ver qué contestaba yo. Quizá, después de todo, lo más discreto era acceder a su petición y quitarle importancia, calmándole la ansiedad sin fomentar demasiado su causa.

—Está bien, Joan; eres una rara criatura: prometido —y la instantánea expresión de alivio de su rostro, y la sonrisa que volvió a sus ojos como un rayo de sol, me hicieron comprender que, sin yo saberlo, ni el mundo, era un hombre capaz de considerables sacrificios—. Pero no hay de qué tener miedo —añadí rápidamente; y ella me miró a la cara con la sonrisa que suelen esbozar las mujeres cuando saben que hablamos por hablar, aunque no nos lo quieren decir.

—Sé que *usted* no tiene miedo —comentó con sosiego.

—Pues claro que no. ¿Por qué iba a tenerlo?

—Así que, si me quiere dar ese gusto por esta vez, no... no volveré a pedirle ninguna otra estupidez en toda mi vida —dijo con gratitud.

—Te doy mi palabra —fue todo lo que pude decir.

Joan enfiló la proa de la canoa hacia la ensenada, que estaba a un cuarto de milla, y remó deprisa; pero un minuto o dos después volvió a parar y me miró fijamente, mientras la pala goteaba en el través.

—¿De veras no oyó nada anoche? —preguntó.

—Yo no oigo nada de noche —contesté secamente—. Desde que me acuesto hasta que me levanto.

—¿Ese aullido lúgubre, por ejemplo —prosiguió, decidida a soltarlo—, al

principio a lo lejos, luego cada vez más cerca, que calló justo fuera del campamento?

—Por supuesto que no.

—Porque, a veces, casi creo que lo he soñado.

—Es lo más probable —fue mi poco comprensiva respuesta.

—¿Y mi padre, cree que tampoco lo ha oído?

—Tampoco. Me lo habría dicho.

Esto pareció tranquilizarla un poco.

—Sé que mi madre no lo ha oído —añadió, como hablando consigo misma—, porque no oye nada... nunca.

* * *

Dos noches después de esta conversación, me desperté de un sueño profundo y oí gritos. Eran unas voces realmente horribles, quebrando la paz y el silencio con su alboroto. En menos de diez segundos me hallaba medio vestido y fuera de la tienda. Los gritos habían cesado de repente, pero sabía en qué dirección habían sonado; eché a correr, todo lo deprisa que me permitía la oscuridad, hacia el sector de las mujeres, y cuando estuve cerca oí sollozos ahogados. Era la voz de Joan. Al llegar, vi a la señora Maloney, maravillosamente vestida, manipulando un farol. Otras voces se hicieron audibles en ese momento detrás de mí y llegó Timothy Maloney jadeando, apenas sin vestir, con otro farol que se le había apagado por el camino al golpear con un árbol. Empezaba a despuntar el día y soplaba un aire frío del mar. Por arriba pasaban densas nubes negras.

Resulta más fácil de imaginar que de describir, la escena de confusión. El aire se llenó de preguntas, con voz asustada, sobre un fondo de llanto reprimido. En resumen: la tienda de seda de Joan estaba desgarrada y la muchacha se encontraba al borde de la histeria. Algo tranquilizada por nuestra ruidosa presencia, no obstante —porque en el fondo era valerosa—, hizo acopio de fuerzas y trató de explicar lo que había sucedido: y sus palabras entrecortadas, dichas allí, en el límite entre la noche y la madrugada, sobre la loma de esta isla salvaje, sonaron emocionadas y angustiosamente convincentes.

—Algo me ha tocado y me he despertado —dijo simplemente, pero en un tono todavía contenido y entrecortado por el terror—; algo que empujaba la tienda; lo he notado a través de la tela. Era el mismo olfatear y arañar de antes; y he notado que la tienda cedía un poco, como cuando la sacude el viento. He oído respirar... una respiración fuerte, agitada... y luego, de pronto, un golpe violento ha desgarrado la tela junto a mi cara.

Había salido corriendo inmediatamente por la puerta abierta de la tienda, chillando a voz en cuello y convencida de que el animal estaba dentro. Pero declaró que no vio nada, ni oyó el más ligero ruido de ningún animal huyendo al amparo de la oscuridad. La breve relación de los hechos produjo un efecto paralizador en

nosotros, mientras escuchábamos. Aún puedo ver hoy el grupo desaliñado, con el viento agitando el pelo de las mujeres, a Maloney estirando el cuello para no perderse una palabra, y a su mujer, jadeando con la boca abierta, recostada en un pino.

—Vamos a la empalizada, a avivar el fuego —dije—; eso es lo primero —porque estábamos temblando de frío con nuestras ropas escasas; y en ese momento llegó Sangree envuelto en una manta y con el rifle; todavía estaba embotado de sueño.

—Otra vez el perro —explicó Maloney brevemente, anticipándose a sus preguntas—; ha estado en la tienda de Joan. ¡Dios, cómo la ha destrozado esta vez! Es hora de que hagamos algo —siguió mascullando confusamente para sí.

Sangree empuñó el rifle y se puso a mirar alrededor, por la oscuridad. Vi brillarle los ojos al resplandor de los faroles parpadeantes. Hizo un movimiento como para salir a perseguir... a matar. Luego, su mirada bajó hacia la muchacha encogida en el suelo, con la cara oculta en sus manos, y una expresión de furia salvaje asomó a su semblante y le transformó las facciones. En este momento habría sido capaz de enfrentarse a una docena de leones con un bastón; y nuevamente me gustó la fuerza de su cólera, su dominio de sí y su devoción sin esperanza.

Pero le impedí que se lanzara a una persecución inútil y a ciegas.

—Venga a ayudarme a encender el fuego, Sangree —dije, deseoso también de librar a Joan de su presencia; y unos minutos después las brasas, todavía encendidas de la noche, habían prendido la nueva leña y hubo una fogata que nos proporcionó un calor confortante, al tiempo que iluminaba los árboles de alrededor en un radio de veinte yardas.

—No he oído nada —susurró—. ¿Qué diablos piensan ustedes que es? ¡Sin duda sólo puede ser un perro!

—Tarde o temprano lo averiguaremos —dije, mientras los demás se acercaban al calor agradable—; la primera medida es hacer la hoguera lo más grande que podamos.

Joan estaba más tranquila ahora, y su madre se había puesto una ropa algo más abrigada y menos prodigiosa. Y mientras hablaban en voz baja, Maloney y yo nos fuimos con sigilo a examinar la tienda. Había poco que ver, aunque ese poco era inequívoco. Un animal había arañado el suelo junto al ábside de la tienda, y de una potente manotada —con una zarpa provista claramente de fuertes uñas— había abierto un desgarrón en la seda. El boquete era lo bastante grande como para pasar el puño y el brazo.

—No puede andar lejos —dijo Maloney con nerviosismo—. Organicemos su búsqueda sin perder un minuto: ahora mismo.

Volvimos apresuradamente al fuego, Maloney hablando furiosamente de su idea de emprender la cacería. «No hay nada como actuar inmediatamente para disipar la alarma», me susurró al oído; y seguidamente se volvió hacia el resto del grupo:

—Vamos a dar una batida de un extremo al otro de la isla, ahora mismo —dijo con excitación—. Eso es lo que vamos a hacer. No puede estar lejos ese animal. El

Segundo Contramaestre y Joan deben venir también, porque no pueden quedarse solas. Hubbard, tú ve por la orilla derecha; y usted, Sangree, por la izquierda. Yo iré por el centro con las mujeres. Así marcharemos bien desplegados por la loma y no se nos podrá escapar ningún bicho más grande que un conejo —está sumamente agitado, pensé. Cualquier cosa que afectara a Joan, por supuesto, le alteraba lo indecible—. Cojamos cada cual nuestro rifle y salgamos en seguida —exclamó. Encendió otro farol y dio uno a su mujer y otro a Joan; y mientras corría yo a buscar mi rifle, oí que canturreaba para sí de pura excitación.

Entretanto, había empezado a amanecer rápidamente. La claridad hacía palidecer los faroles parpadeantes. El viento empezaba a arreciar, también, y oíamos gemidos por encima de los árboles, y romper las olas con creciente clamor en la orilla. En la ensenada, el barco cabeceaba y daba pantocazos, y las chispas de la hoguera se elevaban en una especie de espiral, esparciéndose por todas partes.

Nos dirigimos a la punta de la isla, medimos cuidadosamente las distancias entre nosotros, y empezamos a avanzar. Nadie hablaba. Sangree y yo, con el rifle montado, íbamos atentos a la raya de la orilla, y todos a una distancia a la que era fácil contactar o hablarnos. Fue una batida lenta, torpe y con muchas falsas alarmas; pero al cabo de casi media hora habíamos completado el recorrido, y nos hallábamos en el otro extremo sin haber levantado siquiera una ardilla. Desde luego, no había en la isla otros seres vivientes que nosotros mismos.

—¡Ya sé qué es! —exclamó Maloney, mirando la extensión borrosa y gris del mar, y hablando con el aire del hombre que acaba de hacer un descubrimiento—; es un perro de alguna granja de las islas mayores —señaló hacia el mar, donde se espesaba el archipiélago—, que se ha escapado y se ha asilvestrado. Lo atraen nuestro fuego y nuestras voces, y probablemente estará medio salvaje y muerto de hambre; ¡pobre animal!

Nadie hizo ningún comentario, y empezó a cantar otra vez para sí.

El punto donde estábamos —en grupo apiñado, tiritando— miraba hacia los canales más amplios que conducían a mar abierto y a Finlandia. Al fin había irrumpido el alba gris, y podíamos ver precipitarse las olas con sus irritadas crestas blancas. Las islas de alrededor se dibujaban como masas negras a lo lejos; y al este, casi mientras hablaba Maloney, surgió el sol torrencial en un cielo tormentoso y espléndido de rojo y oro. Sobre este fondo salpicado y magnífico, unas nubes negras en forma de animales fantásticos y legendarios desfilaban veloces en una corriente que las desgarraba. Hoy mismo, no tengo más que cerrar los ojos para ver otra vez esa vivida y presurosa procesión en el aire. A nuestro alrededor, los pinos formaban manchurroneos negros contra el cielo. Era un amanecer irritado. Y en efecto, la lluvia había empezado ya a caer en forma de gruesas gotas.

Dimos media vuelta, como movidos por un instinto común, y sin decir palabra emprendimos el regreso lentamente a la empalizada; Maloney canturreando retazos de canciones, Sangree abriendo la marcha con el rifle, dispuesto a disparar al menor

indicio, y las mujeres caminando detrás conmigo, con los faroles apagados.

Sin embargo, ¡sólo era un perro!

Realmente, era de lo más singular, si uno se paraba a pensarlo fríamente. Los acontecimientos, dicen los ocultistas, tienen alma, o al menos esa vida aglomerada debida a las emociones y pensamientos de todos los relacionados con ellos; de tal manera que las ciudades, y hasta regiones enteras, tienen grandes figuras astrales que pueden hacerse visibles al ojo. Y desde luego, aquí, el alma de esta batida —de esta vana, torpe, infructuosa batida— se alzó entre nosotros y... se rió.

Todos oímos esa risa, y todos intentamos sofocar su sonido, o al menos ignorarlo. Nos pusimos a hablar a la vez, en voz alta, y con exagerada decisión, evidentemente, tratando de decir algo plausible contra evidencias muy superiores, esforzándonos en explicar de manera natural que un animal pudiera esconderse de nosotros con facilidad, o irse nadando antes de que nos diese tiempo a dar con su rastro. Porque todos hablábamos de ese «rastro» como si existiera realmente, yuviéramos más referencia que las meras marcas de pezuña de las tiendas de Joan y del canadiense. Desde luego, si no llega a ser por esas marcas, y por el desgarrón de la tienda, creo que habríamos hecho caso omiso de la existencia de ese animal intruso.

Y fue aquí, bajo este amanecer irritado, mientras estábamos en la empalizada protegiéndonos de la lluvia torrencial, cansados pero extrañamente excitados, fue aquí, en medio de esta confusión de voces y explicaciones donde, sigilosamente, se introdujo el espectro de algo horrible y se alzó entre nosotros. Hizo que todas las explicaciones pareciesen pueriles y poco creíbles: inmediatamente quedó al descubierto la falsa relación. Nuestros ojos intercambiaron rápidas, inquietas miradas dubitativas que expresaban consternación. Había una sensación de portento, de intensa aflicción, y de turbación. La alarma acechaba a un paso de nosotros. Nos estremecimos.

Luego, de repente, mientras nos mirábamos los unos a los otros, se produjo la larga, desagradable pausa en que este recién llegado se instaló en nuestros corazones.

Y sin una palabra más, ni intento alguno de explicación, Maloney se levantó a preparar las gachas para un temprano desayuno; Sangree se fue a limpiar pescado; yo a cortar leña y a atender el fuego; y Joan y su madre a cambiarse la ropa mojada y, lo más importante de todo, a preparar la tienda de su madre para compartirla las dos en lo sucesivo.

Cada cual acudió a sus obligaciones, pero con precipitación, con embarazo, en silencio. Y este recién llegado, esta forma de angustia y terror, acompañó, invisible, a cada uno de nosotros.

«Ojalá localice a ese perro», creo que era el deseo que todos llevábamos en el pensamiento.

* * *

Pero en el campamento, donde cada cual se da cuenta de lo importante que es la contribución individual para la comodidad y el bienestar de todos, el espíritu recobra rápidamente el tono y se serena.

Durante el día, un día de lluvia incesante y espesa, permanecemos más o menos en nuestras tiendas, y aunque había indicios de misteriosas consultas entre los tres miembros de la familia Maloney, creo que casi todos dormimos bastante y estuvimos a solas con nuestros pensamientos. Desde luego, yo sí lo hice, porque cuando llegó Maloney para decirme que su esposa nos invitaba a todos a un «té» especial en su tienda, tuvo que sacudirme, antes de darme cuenta de su presencia.

Y a la hora de cenar estábamos más o menos serenos otra vez, y casi alegres. Yo sólo noté que había una corriente soterrada de lo que podríamos llamar «nerviosismo», y que el mero chasquido de una rama, o el ¡plop! de un pez en la ensenada, bastaba para sobresaltarnos y hacernos mirar por encima del hombro. Las pausas eran raras en nuestras conversaciones, y no dejábamos que el fuego decayese un solo instante. El viento y la lluvia habían cesado, aunque las ramas goteantes prolongaban aún una excelente imitación de aguacero. Sobre todo, Maloney estaba vigilante y alerta, y nos contaba una historia tras otra en las que lo más destacado era el sano elemento humorístico. Se quedó un rato conmigo cuando Sangree se retiró a descansar; y mientras yo me preparaba un vaso de ponche sueco bien caliente, hizo algo que nunca le había visto hacer: se preparó uno para sí, y luego me pidió que le alumbrase hasta su tienda. No dijo nada en el trayecto, pero noté que se alegraba de que le acompañara.

Regresé solo a la empalizada, y estuve mucho rato avivando el fuego, sentado, fumando y pensando. No sé por qué pero, por un lado, no me venía el sueño, y por otro, estaba adquiriendo forma en mi cerebro una idea que requería el confort del tabaco y un animado fuego para desarrollarse. Me recosté en un ángulo del asiento de la empalizada, escuchando el susurro del viento y el gotear incesante de los árboles. La noche, por otra parte, era muy tranquila, y el mar estaba inmóvil como un lago. Recuerdo que era consciente, singularmente consciente, de esa hueste de islas desiertas que se arracimaban a nuestro alrededor en la oscuridad y de que éramos una manchita de humanidad en un prodigioso escenario natural.

Pero éste, creo, fue el único síntoma que me advirtió de la tensión de nervios, y desde luego no fue lo bastante alarmante para arrebatarme mi paz de espíritu. Una cosa, sin embargo, vino a turbármela; porque justo cuando me disponía a irme, y había dado unos puntapiés a las ascuas en un último esfuerzo por reavivarlas, me pareció ver, mirándome desde el otro extremo de la empalizada, un bulto vago y oscuro que podía ser —de hecho se parecía bastante— el cuerpo de un animal grande. Por un instante brillaron en medio de él dos ojos candentes. Pero un segundo después me di cuenta de que se trataba tan sólo de un montón de musgo de la pared de la empalizada, y que los ojos eran un par de chispas errabundas que se elevaron de las ascuas medio apagadas que yo acababa de patear. Me fue fácil imaginar también,

mientras regresaba en silencio a mi tienda, ver un animal deambulando entre los árboles. Naturalmente, me engañaban las sombras.

Y aunque era más de la una, la luz de Maloney seguía ardiendo, porque vi su tienda iluminada entre los pinos.

Fue, no obstante, en el corto espacio entre la conciencia y el sueño —ese período en que el cuerpo está embotado y las voces de la región sumergida dicen a veces la verdad— cuando la idea que había estado madurando todo el rato llegó al punto de una resolución efectiva, y me di cuenta súbitamente de que había decidido avisar al doctor Silence. Porque, asombrado de ver lo ciego que había estado hasta aquí, me vino de pronto la desagradable convicción de que un ser espantoso nos acechaba en esta isla, y que la vida de uno de nosotros, al menos, estaba amenazada por algo monstruoso e impuro, demasiado horrible de imaginar. Y recordando otra vez aquellas últimas palabras tuyas cuando el tren abandonaba el andén, comprendí que el doctor Silence estaría dispuesto a acudir en seguida.

«A menos que me mande llamar antes», había dicho.

* * *

De súbito, me sentí completamente despabilado. Me es imposible decir qué me despertó, pero no fue un proceso gradual, puesto que pasé en un instante del sueño profundo a la absoluta vigilia. Evidentemente, había dormido una hora o más, porque la noche se había despejado, el cielo estaba poblado de estrellas y una media luna pálida a punto de sumergirse en el mar proyectaba su luz espectral entre los árboles.

Salí a aspirar el aire, y me quedé de pie. Tuve la rara sensación de que algo se movía en el campamento, y al mirar hacia la tienda de Sangree, a unos veinte pies de la mía, observé que temblaba. Así, pues, se había despertado también, y estaba desasosegado, porque vi que se abombaban los lados de la tienda y que él se revolvía dentro.

Entonces se apartó el faldón de la puerta. Iba a salir, igual que yo, a aspirar el aire. No me sorprendía, porque su fragancia, después de la lluvia, era embriagadora. Y, como había hecho yo, salió gateando. Le vi asomar la cabeza por el ángulo de la tienda.

Y entonces descubrí que no era Sangree. Era un animal. Y en ese mismo instante comprendí algo más, también: que era *el* animal. Y su aparición, por algún motivo inexplicable, era indeciblemente maléfica.

Se me escapó un grito que fui incapaz de reprimir. El animal se volvió y se me quedó mirando con ojos siniestros. Allí mismo podía haberme derrumbado, dado que, de pronto, el cuerpo se me quedó vacío de fuerzas. Algo de él despertó en mí el terror vivo que atenaza y paraliza. Si la mente necesita una décima de segundo para dar forma a una impresión, debí de permanecer petrificado varios segundos, agarrado a las cuerdas de la tienda para sostenerme, pero sin dejar de mirar. Por la cabeza me

pasaron multitud de impresiones intensas, aunque ninguna desembocó en acción; porque entonces temí que la bestia saltase en cualquier momento en mi dirección y cayese sobre mí. Sin embargo, tras lo que me pareció un rato interminable, apartó lentamente los ojos de mi cara, profirió una especie de gemido, y acabó de salir al aire libre.

Entonces lo vi entero por primera vez, y noté dos cosas: que era del tamaño de un perro grande, aunque, al mismo tiempo, totalmente diferente de cuantos animales había visto. Y además, que la cualidad que al principio me había parecido maléfica en realidad se debía sólo a su singular y original rareza. Por estúpido que pueda parecer, me es imposible aducir ningún detalle; sólo puedo decir que me pareció... irreal.

Pero todo esto me cruzó por el cerebro como un relámpago, casi subconscientemente, y antes de que tuviera tiempo de comprobar mis impresiones, o siquiera analizarlas, hice un movimiento involuntario al coger con la mano la cuerda tensa, de forma que vibró como una cuerda de banjo; y en ese instante, el animal dio la vuelta a la esquina de la tienda de Sangree y se perdió en la oscuridad.

Entonces, como es natural, me volvieron en cierto modo los sentidos; y sólo entonces me di cuenta de una cosa: ¡que el animal había estado dentro!

Eché a correr, llegué a la entrada de la tienda en media docena de zancadas, y me asomé al interior. El canadiense, gracias a Dios, estaba acostado en su lecho de ramas. Tenía el brazo extendido encima de la manta, con el puño fuertemente apretado, y su cuerpo parecía haber adquirido una extraña rigidez que resultaba alarmante. En su rostro había una expresión de esfuerzo, de esfuerzo doloroso, casi; al menos, según me permitía ver la luz incierta; y su sueño parecía muy profundo. Pensé que parecía muy rígido, anormalmente rígido; y en cierto modo indefinible, también, más pequeño... como encogido.

Le llamé para despertarle, muchas veces, pero fue inútil. Entonces decidí sacudirlo. Y ya me había agachado para entrar a darle un buen tirón, cuando oí ruido de pasos sigilosos detrás de mí, y sentí una bocanada de aliento caliente en la nuca. Me volví bruscamente. La puerta de la tienda se había oscurecido, y entró algo silencioso y veloz. Un cuerpo áspero y peludo me empujó al pasar, y comprendí que había vuelto el animal. Pareció saltar entre Sangree y yo... saltar sobre Sangree, en realidad; porque su cuerpo oscuro le ocultó momentáneamente de mi vista, y en ese instante mi alma se sintió mareada y cobarde, inundada de un horror que me subió de las mismas entrañas y profundidades de la vida, y atenazó mi existencia por su fuente central.

El animal pareció fundirse de alguna manera en él, casi como si perteneciese a él, o fuese parte de él mismo; pero en el mismo instante —instante de extraordinaria confusión y terror de mi espíritu— pareció cruzar por encima de él, hacia atrás, y, de manera inexplicable, ¡desapareció! Y el canadiense se despertó y se incorporó con un sobresalto.

—¡Deprisa, atontado! —grité, presa de excitación—. La bestia ha estado aquí, en

su tienda, junto a su misma garganta, mientras usted dormía como un lirón. ¡Levántese y coja el rifle! En este mismo instante acaba de desaparecer por ahí, por detrás de su cabeza ¡Deprisa! ¡No sea que Joan...!

Y de alguna manera, el hecho de que estuviese él allí, totalmente despierto ahora, para corroborármelo, aportó a mi conciencia la convicción adicional de que no se trataba de ningún animal, sino de alguna confusa y espantosa forma de vida surgida de mi conciencia más profunda, que quizá la había adquirido de las muchas lecturas, pero que hasta ahora no había llegado al alcance efectivo de mi sensibilidad.

Se levantó al punto y salió. Estaba temblando y muy pálido. Inspeccionó el suelo apresuradamente, febrilmente; pero sólo encontró en el musgo huellas de pezuñas que iban de la puerta de su misma tienda a la de las mujeres. Y la visión de esas huellas alrededor de la tienda de la señora Maloney, donde Joan dormía ahora, le llenó de furia.

—¿Sabe qué clase de animal es, Hubbard? —me siseó en voz baja—. Un maldito lobo, eso es lo que es: un lobo extraviado en estas islas, famélico... y desesperado. ¡Que Dios nos asista, eso creo que es!

Dijo un montón de incoherencias, llevado de su excitación. Y decidió dormir durante el día y velar por las noches, hasta matarlo. Nuevamente me admiró su rabia; pero conseguí alejarle antes de que armara demasiado ruido y despertara a todo el campamento.

—Se me ocurre un plan mejor —dije, observando su cara con atención—. No creo que sea nada con lo que podamos enfrentarnos. Voy a llamar al único hombre que puede echarnos una mano. Iremos a Washolm esta misma mañana y le mandaremos un telegrama.

Sangree me miró con una curiosa expresión, al tiempo que se le desvanecía la furia del semblante, sustituida por una nueva expresión de alarma.

—John Silence —dije— sabrá...

—¿Cree que es algo... de esa naturaleza? —tartamudeó.

—Estoy convencido.

Hubo un momento de silencio.

—Peor, mucho peor que si fuese algo material —dijo, poniéndose visiblemente pálido. Desvió sus ojos de mi cara al cielo, y luego añadió con súbita resolución—: Vamos; se está levantando viento. Zarpemos ahora mismo. Desde allí puede telefonar a Estocolmo y poner un telegrama sin perder un minuto.

Le mandé a preparar el barco y aproveché ese momento para despertar a Maloney. Ahora tenía el sueño ligero, y se levantó de un salto en cuanto metí la cabeza en su tienda. Le dije brevemente lo que había visto, y mostró tan poca sorpresa que me sorprendí a mí mismo preguntándome por primera vez si no habría visto él algo más de lo que juzgaba prudente confiarnos al resto.

Estuvo de acuerdo con mi plan sin vacilar un segundo, y lo último que le dije fue que explicase a su mujer y a su hija que el gran médico del alma iba a venir a

hacernos una visita casual, sin interés profesional alguno.

Así que, tras cargar a bordo una sartén, provisiones y mantas, salimos Sangree y yo de la ensenada quince minutos después y, con buena brisa, pusimos proa a Washolm y a los límites de la civilización.

* * *

Aunque nada de John Silence me ha cogido jamás de sorpresa, propiamente hablando, desde luego no me esperaba encontrar aguardándome una carta suya desde Estocolmo. «He terminado mi asunto en Hungría —decía—, y estaré aquí diez días. No dude en llamarme si me necesita. Si me telefonea por la mañana desde Washolm, puedo coger el vapor de la tarde».

Mis diez años de trato con él estaban llenos de «coincidencias» de este género, y aunque nunca trató de explicarlas recurriendo a ningún sistema de comunicación mágica con mi mente, nunca he dudado que existía efectivamente algún método secreto de telepatía por el cual conocía mi situación y calculaba el grado de mi necesidad. Y siempre me pareció igualmente evidente que este poder era independiente del tiempo, en el sentido de que leía el futuro.

Sangree se sintió tan aliviado como yo, y menos de una hora después de la puesta de sol, esa misma tarde, le recibimos a la llegada del pequeño vapor costero, y le llevamos en el bote neumático al campamento que habíamos preparado en una isla vecina, con idea de emprender el regreso a la mañana siguiente.

—Bueno —dijo después de cenar, cuando estábamos fumando en torno al fuego—, cuéntenme su historia —nos miró a uno y otro, sonriendo.

—Cuéntesela usted, señor Hubbard —interrumpió Sangree bruscamente, y se marchó a fregar los platos, aunque no tan lejos que no pudiera oírnos. Y mientras chapoteaba con el agua caliente y rascaba los platos de hojalata con arena y musgo, mi voz, que el doctor Silence no interrumpió siquiera con una pregunta, expuso durante la siguiente media hora, de la mejor manera que fui capaz, la explicación de lo ocurrido.

Mi oyente estaba echado al otro lado del fuego, con la cara medio oculta por un sombrero de ala ancha; de vez en cuando lanzaba una mirada interrogante, cuando había algún punto que requería explicación; pero no dijo una sola palabra hasta que hube llegado al final, y su actitud durante todo el relato fue grave y atenta. Arriba, el rumor del viento en las ramas de los pinos llenaba los silencios; la oscuridad se posó sobre el mar, y surgieron estrellas a millares, y cuando terminé, había salido la luna, inundando de plata el paisaje. Sin embargo, por su cara y sus ojos, comprendí claramente que el doctor escuchaba algo que había esperado oír, aun cuando no había previsto realmente todos los detalles.

—Ha hecho bien en llamarme —dijo muy bajo, con una mirada significativa, cuando terminé—; muy bien —y su mirada abarcó a Sangree durante un segundo

fugaz—; porque lo que tenemos aquí es nada más y nada menos que un hombre-lobo... Caso bastante raro, me alegra decir, pero a menudo muy triste, y a veces terrible.

Salté como si me hubiesen pinchado, aunque a continuación me avergoncé sinceramente de mi falta de control; porque este breve comentario, que confirmaba mis peores sospechas, me convenció más de la gravedad de la aventura que un montón de preguntas y explicaciones. Pareció estrechar el círculo a nuestro alrededor, cerrar una puerta —dejándonos encerrados con el animal y el horror—, y echar la llave. Fuera lo que fuese, ahora había que encararlo y hacerle frente.

—¿Nadie ha sufrido daño hasta ahora? —preguntó en voz alta, aunque en un tono práctico que daba realidad a tan terribles posibilidades.

—¡Dios mío, no! —gritó el canadiense, arrojando el trapo de secar los cacharros y acudiendo al círculo de resplandor de la fogata—. Sin duda no hay peligro de que ese pobre animal famélico haga daño a nadie, ¿no cree?

Tenía el pelo alborotado sobre la frente, y había un destello en sus ojos que no se debía sólo al reflejo de las llamas. Al oír sus palabras me volví hacia él vivamente. Nos echamos a reír los tres. Fue una risa breve, seca, forzada.

—Confío en que no, desde luego —dijo el doctor Silence con tranquilidad—. Pero ¿qué le hace pensar que ese ser está famélico? —hizo la pregunta con los ojos fijos en la cara del otro. La rapidez con que la hizo me explicaba por qué me había sobresaltado, y esperé la respuesta con un estremecimiento de excitación.

Sangree vaciló un instante, como si la pregunta le hubiese cogido por sorpresa. Pero sostuvo la mirada del doctor sin alterarse, desde el otro lado del fuego, y con toda honestidad.

—Sinceramente —balbució, con un ligero encogimiento de hombros—, no sabría decirle. Creo que me ha salido la frase por sí sola. Desde el principio he tenido la impresión de que sufre y... tiene hambre; aunque no se me había ocurrido pensar por qué hasta que usted me lo ha preguntado.

—Entonces, sabe muy poco de él, ¿no? —dijo el otro, con una súbita dulzura en su voz.

—Sólo eso —replicó Sangree, mirándole con una expresión de perplejidad inequívocamente sincera—. De hecho, no sé nada en absoluto —añadió, a modo de explicación adicional.

—Me alegro —oí murmurar al doctor, pero tan bajo que a duras penas capté sus palabras, y desde luego no le llegaron a Sangree, lo que evidentemente era su intención.

—Y ahora —exclamó, poniéndose de pie y sacudiéndose con un gesto típico en él, como si se sacudiese el horror y el misterio—, dejemos el asunto para mañana, y disfrutemos de este viento, y del mar y las estrellas. Últimamente he estado viviendo en la atmósfera de mucha gente y siento que necesito lavarme y limpiarme. Voy a darme un baño y a acostarme después. ¿Quién me sigue? —y un par de minutos más

tarde nos lanzábamos los tres desde el barco al agua fresca y profunda, que reflejó mil lunas al propagarse las olas en innumerables ondulaciones desde el punto de nuestro chapuzón.

Dormimos al raso, envueltos en mantas. Sangree y yo ocupamos los sitios de fuera, y nos levantamos antes de amanecer para aprovechar la brisa de la madrugada. Gracias a que salimos temprano, a mediodía habíamos hecho ya la mitad del recorrido; luego el viento roló unos puntos a popa, y cogimos velocidad. Cruzando entre mil islas, atravesando estrechos canales donde perdíamos viento para salir a espacios abiertos donde teníamos que tomar un rizo, corríamos bajo un cielo cálido y sin nubes, volábamos por el corazón de este paisaje asombroso y solitario.

—Un lugar realmente salvaje —exclamó el doctor Silence desde su asiento de proa, donde sujetaba la escota del foque. Se había quitado el sombrero, el viento le alborotaba el pelo, y su cara flaca y morena le daba un toque oriental. Poco después, él y Sangree intercambiaron sus puestos, y se vino a charlar conmigo junto a la caña.

—Es una región maravillosa, todo este mundo de islas —dijo, haciendo un gesto con la mano hacia el escenario que pasaba veloz junto a nosotros—. Pero ¿no nota que le falta algo?

—Es... severo —contesté, tras meditar un momento—. Tiene una belleza llamativa y superficial, pero sin... —vacilé, buscando la palabra que necesitaba.

John Silence movió la cabeza con aprobación.

—Exacto —dijo—. Tiene el pintoresquismo de un escenario de teatro, de un escenario que no es real, que no está vivo. Es como un paisaje pintado por un artista hábil, aunque sin verdadera imaginación. Sin alma... ésa es la palabra que usted buscaba.

—Algo así —contesté, observando las ráfagas de viento en las velas—. No tanto muerto como sin alma. Eso es.

—Naturalmente —prosiguió, con una voz calculada, me pareció, para que no llegase a nuestro compañero, a proa—, vivir mucho tiempo en un lugar como éste... mucho tiempo, y solo, podría tener extraños efectos en algunos hombres.

De repente comprendí que hablaba con un propósito, y agucé el oído.

—Aquí no hay vida. Estas islas son mera roca muerta emergida del fondo del mar, no tierra viva; y no hay seres vivientes en ellas. Incluso el mar, este mar salobre, pero que no es ni salado ni dulce, sin mareas, está muerto. Todo esto es imagen de la vida sin verdadero corazón y sin alma vital. Al hombre que venga aquí con anhelos demasiado vehementes y se sumerja en la naturaleza, le pueden ocurrir cosas extrañas.

—Largue un poco —grité a Sangree, que venía hacia popa—. El viento rachea y vamos casi sin lastre.

Volvió a proa, y el doctor Silence prosiguió:

—Me refiero a que aquí, una larga permanencia conduciría al deterioro, a la degeneración. Este lugar no está atemperado por influencias humanas, por ningún

vestigio humanizador de la historia, bueno o malo. Este paisaje no ha despertado jamás a la vida; sigue dormido, inmerso en el sueño primitivo.

—¿Quiere decir que con el tiempo —pregunté— un hombre que viviera aquí podría volverse brutal?

—Las pasiones se desbocarían, el egoísmo llegaría a su grado máximo, los instintos se embrutecerían y se volverían salvajes probablemente.

—Pero...

—En otros lugares igualmente desiertos, en algunas regiones de Italia, por ejemplo, donde existen otras influencias moderadoras, eso no podría suceder. El carácter podría volverse violento, salvaje también, en cierto sentido; pero uno puede entenderse con la violencia humana, y enfrentarse a ella. Pero aquí, en una región severa como ésta, la cosa podría ser diferente —hablaba despacio, sopesando las palabras con cuidado.

Le lancé una mirada cargada de interrogantes, y di un grito de precaución a Sangree, para que siguiese a proa, fuera del alcance de nuestra conversación.

—Primero llegaría cierta insensibilidad al dolor e indiferencia respecto a los derechos de los otros. Luego, el alma se volvería salvaje; no debido a las pasiones humanas, ni a entusiasmos, sino a un embotamiento que sumiría al sujeto en una especie de salvajismo frío, primitivo, carente de emociones... volviéndolo, como el paisaje, desalmado.

—¿Y cree usted que un hombre dominado por deseos vehementes podría sufrir ese cambio?

—Sin que se diese cuenta, sí. Podría volverse salvaje, sus instintos y deseos se volverían animales. Y si... —bajó la voz, se volvió fugazmente hacia proa y luego continuó en su tono más grave— debido a una salud delicada u otra predisposición, su Doble (usted sabe a qué me refiero, naturalmente), su etéreo Cuerpo del Deseo, o cuerpo astral, como lo llaman algunos (esa parte donde residen las emociones, las pasiones y los deseos), si su Doble, digo, por alguna razón constitutiva, no estuviese suficientemente anclado a su organismo físico, podría producirse alguna proyección ocasional...

Sangree apareció en popa inesperadamente, con la cara encendida, aunque no sé si debido al viento, al sol, o a algo que habría oído. Sorprendido, solté la caña, y el cúter dio una gran cabezada, al coger viento de repente, y nos arrojó a los tres abajo. Sangree no dijo nada, pero mientras subía y hacía firme la escota del foque, mi compañero encontró un momento para añadir a su frase inacabada unas palabras, demasiado bajas para que las oyese nadie más:

—Aunque sin que él se enterase en absoluto.

Adrizamos la embarcación, y nos echamos a reír; luego Sangree sacó el mapa y explicó exactamente dónde estábamos. En el horizonte, más allá de una extensión de agua abierta, se veía un grupo azul de islas, con la nuestra en forma de media luna, y el resguardado fondeadero de la ensenada. Una hora más de viento como el que

teníamos nos llevaría allí cómodamente; y mientras el doctor Silence y Sangree trababan conversación, me puse yo a pensar en las extrañas ideas que me acababan de meter en la cabeza sobre el «Doble», y la forma que éste podía asumir cuando se disociara temporalmente del cuerpo físico.

Siguieron charlando los dos durante el resto del trayecto; John Silence era amable y comprensivo como una mujer. Yo no oía bien lo que hablaban, porque el viento aumentaba de vez en cuando de forma huracanada, y las velas y la caña acaparaban toda mi atención; pero podía ver que Sangree estaba a gusto y contento, y que hacía confidencias a su compañero; como casi todo el mundo, cuando John Silence quería que se las hiciesen.

Pero de pronto, cuando más atento iba yo al viento y a las velas, se me reveló todo el significado del comentario de Sangree sobre el animal. Porque su confesión de que sabía que sufría y tenía hambre no era, en definitiva, sino una revelación de su yo más profundo. Era una especie de confesión. Hablaba de algo que sabía positivamente, de algo que no podía discutirse ni ponerse en duda, de algo que tenía que ver consigo mismo. «Pobre animal famélico», lo había llamado, con palabras que le habían «salido por sí solas»; y no había habido el menor indicio de que deseara ocultar o justificar nada. Había hablado de manera instintiva, con el corazón... como de su propio yo.

Y media hora antes de ponerse el sol entrábamos veloces por la estrecha bocana de la ensenada, y vimos el humo de la cena que salía de entre los árboles, y las figuras de Joan y el Segundo Contramaestre, que corrían a la playa a recibirnos en el desembarcadero.

* * *

Todo cambió en cuanto John Silence puso el pie en aquella isla: fue como el efecto que produce la aparición de un gran médico, de un gran árbitro de la vida y la muerte, que llega para efectuar su consulta. Se centuplicó la sensación de gravedad. Hasta los objetos inanimados experimentaron un cambio sutil; porque el escenario de la aventura (este trozo de mar desierto con sus centenares de islas deshabitadas) se volvió, de alguna manera, sombrío. Un elemento misterioso y en cierto sentido desazonador, se introdujo espontáneamente en la severidad de roca gris y pinares oscuros y apagó el centelleo del sol y del mar.

Yo, al menos, noté claramente ese cambio; porque mi ser entero se tensó un grado más, por así decir, poniéndose más en sintonía y alerta. Las figuras del fondo del escenario avanzaron un poco hacia el proscenio... hacia la acción inevitable. En una palabra: la llegada de este hombre intensificó la situación entera.

Y al evocar, después de los años, el tiempo en que sucedió todo, me doy cuenta claramente de que este hombre tuvo desde el principio mismo una idea muy clara de lo que sucedía. Es imposible decir cuánto sabía de antemano merced a sus extaños

poderes adivinatorios, pero desde el momento en que llegó al lugar y tomó nota interiormente de lo que estaba ocurriendo entre nosotros, tuvo sin duda la verdadera solución del rompecabezas y no necesitó hacer preguntas. Y esta certeza era lo que le daba ese aire de poder y nos hacía mirarle instintivamente; porque no dio ni un paso indeciso, no hizo ni un solo movimiento en falso; y mientras el resto de nosotros vacilábamos, él fue derecho a la solución. Era, en verdad, un auténtico adivino de almas.

Ahora puedo leer en su conducta muchas cosas que entonces me tenían perplejo; porque aunque yo había intuido vagamente la solución, no tenía idea de cómo la iba a abordar. Y casi puedo reproducir literalmente las conversaciones; porque, según mi costumbre inveterada, anotaba puntualmente todo lo que decía.

Tributó el mejor trato posible y del mejor modo posible a la señora Maloney, mujer boba y atolondrada; a Joan, alarmada aunque valerosa; y al clérigo, afectado, bajo la superficie de sus emociones habituales, por el peligro de su hija. Aunque lo hizo con tanta soltura y sencillez que pareció algo natural, espontáneo. Porque dominó al Segundo Contramaestre, tomándole la medida de su ignorancia con infinita paciencia; sintonizó con Joan, estimulando al máximo su valor e interés por su propia seguridad; y tranquilizó y reconfortó al reverendo Timothy, a la vez que logró su implícita obediencia, se ganó su confianza, y lo llevó gradualmente a una comprensión de la salida que había que adoptar.

En cuanto a Sangree —aquí su sabiduría estuvo muy discretamente calculada—, no manifestaba prestarle ningún interés, aunque por dentro era objeto de su incesante y concentradísima atención. So pretexto de aparente indiferencia, su mente tenía al canadiense bajo constante observación.

Esa noche reinaba un sentimiento de inquietud en el campamento, y ninguno de nosotros se demoró junto al fuego después de cenar, como teníamos por costumbre. Sangree y yo nos dedicamos a remendar los desgarrones de la tienda para que la utilizase nuestro invitado, y a buscar piedras pesadas para sujetar las cuerdas, porque el doctor Silence insistió en que se la montásemos en el punto más alto de la loma, justo donde era más rocosa y no había tierra para los clavos. El sitio, además, estaba a mitad de camino entre las tiendas de los hombres y la de las mujeres y, naturalmente, dominaba la vista más amplia del campamento.

—Así, si aparece el perro —dijo simplemente—, podré cogerlo al pasar.

El viento se había ido con el sol, y un calor inusitado se aposentó sobre la isla, haciendo el sueño pesado, y por la mañana acudimos a desayunar más tarde de lo normal, frotándonos los ojos y bostezando. El viento fresco del norte había dado paso al aire cálido del sur, que a veces subía con neblina y humedad por el Báltico, trayendo consigo una sensación relajante que producía desmadejamiento y apatía.

Y quizá fue por esta razón por lo que al principio no noté nada anormal, y por lo que estuve menos alerta de lo habitual; porque, hasta después de desayunar, no me llamó la atención el silencio de nuestro pequeño grupo, ni me di cuenta de que Joan

aún no había aparecido. Y entonces, de golpe, me desapareció la última pesadez del sueño y vi que Maloney estaba pálido y nervioso, y que su mujer no podía sostener el plato sin que le temblase.

Una rápida mirada del doctor Silence me cortó las ganas de preguntar, y comprendí vagamente que estaban esperando a que se alejara Sangree. No puedo determinar por qué se me ocurrió esta idea, pero no tardé en comprobar lo acertado de mi intuición; porque en cuanto se fue a su tienda, Maloney miró hacia mí y empezó a hablar en voz baja.

—No te has enterado de nada, ¿verdad? —medio susurró.

—¿De qué? —pregunté, estremeciéndome ante la idea de que hubiera ocurrido algo espantoso.

—No te hemos despertado por temor a levantar a todo el campamento —prosiguió; supongo que con la palabra «campamento» se refería a Sangree—. Ha sido antes de amanecer, cuando me han despertado los gritos.

—¿El perro otra vez? —pregunté, con un extraño encogimiento del corazón.

—Fue derecho a la tienda —prosiguió, excitado, pero muy bajo—, y despertó a mi mujer al patear encima de ella. Entonces se dio cuenta de que Joan se debatía a su lado. Y, ¡Dios mío!, el animal le había herido el brazo: lo tenía todo arañado y manchado de sangre.

—¿Joan herida? —dije estupefacto.

—Sólo arañada... de momento —terció John Silence, hablando por primera vez—; es más el sobresalto y el susto que las heridas.

—¿No es providencial que tengamos un médico aquí? —dijo la señora Maloney, que parecía que no se iba a serenar nunca—. Creo que deberíamos haberlo matado.

—Ha sido un alivio que huyera —dijo Maloney, con su voz de púlpito estrangulada por la emoción—. Pero, naturalmente, no podemos arriesgarnos a otro... Tenemos que levantar el campamento y marcharnos inmediatamente...

—Pero el señor Sangree no debe saber lo que ha pasado. El pobre está tan colado por Joan que le afectaría terriblemente —añadió el Segundo Contramaestre con nerviosismo, mirando en torno suyo aterrada.

—Quizá sea prudente que el señor Sangree no sepa lo que ha pasado —dijo el doctor Silence con sosegada autoridad—; pero creo que, para seguridad de todos los interesados, es mejor que no abandonemos la isla de momento —habló con gran decisión, y Maloney alzó los ojos y siguió sus palabras atentamente.

—Si ustedes acceden a continuar aquí unos días más, no tengo duda de que podemos poner fin a las atenciones de su extraño visitante, y de paso, tendremos la oportunidad de observar un fenómeno de lo más singular e interesante...

—¿Cómo! —dijo con voz ahogada la señora Maloney—, ¿un fenómeno...? ¿Quiere decir, entonces, que sabe usted lo que es?

—Estoy seguro de saber lo que es —replicó muy bajo, porque oímos los pasos de Sangree que se acercaban—; aunque no estoy seguro aún de cuál es el mejor modo de

afrontarlo. Pero, en todo caso, no es prudente marcharse precipitadamente...

—¡Oh, Timothy, no creerá que es el diablo...! —exclamó el Segundo Contramaestre en un tono que incluso el canadiense tuvo que oír.

—En mi opinión —prosiguió John Silence, mirándonos al clérigo y a mí—, es un moderno caso de licantropía, con otras complicaciones que pueden... —dejó la frase sin terminar, porque la señora Maloney, temiendo oír algo peor, se levantó de un salto y huyó a su tienda; y en ese momento Sangree dobló la esquina de la empalizada y apareció a la vista.

—Hay huellas de pezuñas en la entrada de mi tienda —dijo con excitación—. El animal ha estado aquí otra vez, esta noche. Doctor Silence, venga a verlas. Son tan claras en el musgo como un rastro en la nieve.

Pero más avanzado el día, mientras Sangree salía con la canoa a pescar en los hondos cercanos a las islas más grandes y Joan permanecía en su tienda vendada y en reposo, el doctor Silence nos llamó al preceptor y a mí y nos propuso dar un paseo hasta las lajas de granito del otro extremo. La señora Maloney se quedó sentada en un tocón, cerca de su hija, y se dedicó con energía a pintar y a cuidarla alternativamente.

—La dejamos al cargo de todo —le dijo el doctor con una sonrisa que pretendía dar ánimos—; cuando nos necesite para el almuerzo, o lo que sea, nos puede hacer volver a tiempo con el megáfono.

Porque, aunque el mismo aire estaba cargado de emociones extrañas, todos hablaban con naturalidad y sosiego, como con un deseo claro de contrarrestar una excitación innecesaria.

—Vigilaré —dijo con valor el Segundo Contramaestre—; y entretanto, me consolaré con mi obra —estaba atareada con el boceto que había empezado el día después de nuestra llegada—. Porque hasta un árbol —añadió orgullosa, señalando hacia su pequeño caballete— es símbolo de lo divino, y este pensamiento me hace sentirme segura.

Miramos un momento los manchurriones, que eran más un síntoma de enfermedad que un símbolo de lo divino, y emprendimos la marcha por el sendero que bordeaba la ensenada.

En el otro extremo encendimos una pequeña hoguera y nos sentamos alrededor, al amparo de una roca grande. Maloney dejó de tararear de repente y se volvió hacia su compañero.

—¿Y cómo explica usted todo esto? —preguntó bruscamente.

—En primer lugar —contestó John Silence, acomodándose contra la roca—, es de origen humano, ese animal. Es licantropía, evidentemente.

Sus palabras tuvieron el efecto de una granada. Maloney las recibió como si le asestaran un golpe.

—Me deja usted desconcertado —dijo, incorporándose un poco y mirándole más de cerca.

—Puede ser —replicó el otro—; pero si me escucha un momento, quizá esté

menos desconcertado al final... o más. Depende de lo que sepa. Déjeme que siga, y le diga que ha subestimado, o calculado mal, el efecto de esta vida primitiva y salvaje en ustedes.

—¿En qué sentido? —preguntó el clérigo, erizándose ligeramente.

—Se trata de una medicina fuerte para cualquier habitante de la ciudad; y para algunos de ustedes, lo ha sido demasiado. Uno de ustedes se ha *asilvestrado* —pronunció estas últimas palabras con énfasis.

—Se ha vuelto salvaje —añadió, desviando la mirada del uno al otro.

Ninguno de los dos supimos qué contestar.

—Decir que ha despertado la bestia en un hombre no es siempre una metáfora —prosiguió, un momento después.

—¡Por supuesto que no!

—Pero, en el sentido que digo, puede tener un significado muy literal y terrible —prosiguió el doctor Silence—. Pueden aflorar instintos antiguos que nadie podía sospechar que existieran, y menos aún el propio sujeto...

—El atavismo no puede explicar la aparición de un animal vagabundo con dientes y pezuñas e instintos sanguinarios —interrumpió Maloney con impaciencia.

—El término lo elige usted —prosiguió el doctor con ecuanimidad—, no yo, y es un buen ejemplo de palabra que designa un resultado, al tiempo que oculta el proceso; pero la explicación de esta bestia que ronda por la isla y ataca a su hija tiene una significación más profunda que la de la mera tendencia atávica, o el reflejo de un origen animal, que es lo que supongo que usted piensa.

—Acaba de hablar de licantrópía —dijo Maloney con expresión perpleja y evidentemente deseoso de atenerse a la realidad—. Creo que he tropezado alguna vez con esa palabra; pero en realidad... en realidad... no tiene significado alguno hoy, ¿no es cierto? Esas supersticiones de tiempos medievales no pueden...

Se volvió hacia mí con su cara colorada y jovial; y la expresión de asombro y consternación que reflejaba me habría hecho soltar la carcajada en otras circunstancias. Sin embargo, nunca estuvo la risa más lejos de mi espíritu que en ese momento en que oí al doctor Silence revelarle al clérigo, cuidadosamente, la mismísima explicación que se había estado abriendo camino poco a poco en mi mente.

—El hecho de que el pensamiento medieval haya podido exagerar esa noción carece de importancia para nosotros ahora —dijo con sosiego—, cuando nos enfrentamos a un ejemplo moderno de lo que, supongo, ha sido siempre una profunda verdad. De momento, dejemos fuera del asunto el nombre de quién sea, y examinemos determinadas posibilidades.

Todos coincidimos en eso, en todo caso. No hacía falta hablar de Sangree, ni de nadie, hasta que supiéramos algo más.

—El hecho fundamental de este curioso caso —prosiguió— es que el «Doble» de un hombre...

—¿Se refiere al cuerpo astral? He oído hablar de eso, naturalmente —interrumpió Maloney con un resoplido de triunfo.

—Sin duda —dijo el otro, sonriendo—; sin duda ha oído hablar. Lo fundamental, iba diciendo, es que este Doble, o cuerpo fluido del hombre, tiene el poder de proyectarse y volverse visible a los demás en determinadas circunstancias. Cierta entrenamiento puede hacer esto factible; y ciertas drogas también. La enfermedad que estraga el cuerpo puede producir por un tiempo el efecto que la muerte produce de manera permanente, y liberar esa réplica del ser humano y hacerla visible a los ojos de los demás.

»Hoy día todo el mundo sabe eso más o menos, por supuesto; lo que no se sabe por lo general, y probablemente no cree nadie que no lo haya presenciado, es que, en determinadas circunstancias, ese cuerpo fluido puede adoptar formas distintas de la humana, y que esas formas puede determinarlas el pensamiento y el deseo dominante en el sujeto. Porque este Doble, o cuerpo astral como usted lo llama, es en realidad el lugar donde se asientan las pasiones, las emociones y los deseos de la economía psíquica. Es el Cuerpo de las Pasiones; y al proyectarse, puede adoptar a menudo una forma expresiva del deseo dominante que lo modela; porque está compuesto de esa materia tenue que se presta a ser modelada por el pensamiento y el deseo.

—Le sigo perfectamente —dijo Maloney, con una expresión como si prefiriese mucho más encontrarse cortando leña y canturreando.

—Y hay personas constituidas de tal manera —continuó el doctor, cada vez más serio— que su cuerpo fluido está débilmente asociado al cuerpo físico: personas de salud delicada por lo general, aunque a menudo con deseos y pasiones vehementes. Y en estas personas, es fácil que el Doble se disocie de su organismo durante un sueño profundo y, si es impulsado por algún deseo devorador, adopte forma animal y trate de satisfacer ese deseo.

Allí, a plena luz del día, vi a Maloney acercarse lentamente al fuego y echar leña. Estábamos pegados al calor, unos junto a otros, y escuchábamos la voz del doctor Silence que se mezclaba con los susurros y aleteos del viento a nuestro alrededor, y el romper de las olas pequeñas.

—Por ejemplo, para poner un caso concreto —continuó—: supongamos que un joven, con la constitución frágil a que me he referido, cobra un afecto irresistible hacia una joven, pero se da cuenta de que no es correspondido, y es lo bastante hombre como para reprimir su manifestación. En tal caso, si su Doble propende a proyectarse con facilidad, la misma represión de su amor durante el día vendría a añadirse a la intensidad de su deseo de liberarse durante el sueño profundo, del control de su voluntad, y su cuerpo fluido podría brotar bajo una forma monstruosa o animal, y hacerse efectivamente visible a los demás. Y si su devoción fuese de una fidelidad perruna, aunque ocultando debajo el fuego de una pasión feroz, podría muy bien asumir la forma de una criatura mitad perro y mitad lobo...

—¿De hombre-lobo, quiere decir? —exclamó Maloney, pálido hasta los labios

mientras escuchaba.

John Silence alzó una mano para contenerle.

—Un hombre-lobo —dijo— es una realidad física de profunda significación, aunque puede haber sido exagerada absurdamente por la imaginación del campesino supersticioso de los tiempos oscuros; porque un hombre-lobo no es otra cosa que los instintos salvajes, y posiblemente sanguinarios, de un hombre apasionado recorriendo el mundo en su cuerpo fluido, su cuerpo pasional, su cuerpo del deseo. Como en el presente caso, puede no saber...

—¿No es necesariamente intencionado, entonces? —preguntó vivamente Maloney, con alivio.

—... Rara vez es intencionado. Es el conjunto de los deseos, liberados del control de la voluntad durante el sueño, que encuentran salida. En todas las razas salvajes se ha admitido y temido este fenómeno llamado «hombre-lobo», pero es raro hoy día. Y se va volviendo más raro cada vez, porque el mundo está cada día más domesticado y civilizado; las emociones se han hecho más refinadas, los deseos más tibios, y pocos hombres poseen el suficiente salvajismo interior como para generar impulsos de esa intensidad y, desde luego, para proyectarlos en forma animal.

—¡Dios mío! —exclamó el clérigo, conteniendo el aliento, y cada vez más excitado—, entonces creo que debo contarle... una confidencia que se me ha hecho... Sangree tiene mezcla de sangre salvaje... de ascendencia india...

—Ciñámonos a nuestra suposición de un hombre como el que he descrito —le interrumpió el doctor con serenidad—, e imaginemos que posee mezcla de sangre salvaje; y más aún: que no tiene conciencia en absoluto de su espantosa anomalía física y psíquica; y que de repente se descubre a sí mismo inmerso en un modo de vida primitivo junto al objeto de sus deseos; que el resultado de la tensión del hombre no domesticado que lleva en su sangre...

—El piel roja, por ejemplo —dijo Maloney.

—El piel roja, exactamente —reconoció el doctor—; que el resultado, digo, de esa tensión salvaje que hay en él, despierta y salta a la vida apasionada. ¿Qué pasará?

Miró con firmeza a Timothy Maloney, y el clérigo le miró con firmeza a él.

—Una vida salvaje como la que llevan ustedes aquí en esta isla, por ejemplo, podría fácilmente despertar sus instintos animales, sus instintos ocultos, con resultados sumamente inquietantes.

—¿Quiere decir que su Cuerpo Sutil, como lo ha llamado usted, podría salir automáticamente, durante un sueño profundo, en busca del objeto de su deseo? —dijo yo, acudiendo en ayuda de Maloney, al que cada vez le era más difícil encontrar las palabras.

—Exacto; aunque el deseo del hombre seguirá estando totalmente exento de maldad... seguirá siendo puro y sano en todos los sentidos...

—¡Ah! —oí exclamar al clérigo.

—El deseo de unión del amante se volverá violento, se volverá salvaje,

abriéndose paso de manera primitiva, indómita, quiero decir —prosiguió el doctor, esforzándose en hacerse entender por un cerebro limitado por una mentalidad y unos conocimientos convencionales—; porque recuerde que el deseo de poseer puede volverse fácilmente insistente; y materializado en esta forma animal del Cuerpo Sutil que actúa como su vehículo, puede salir y despedazar cuanto le impide alcanzar el corazón mismo del objeto amado y apoderarse de él. *Au fond*, como he dicho, no es más que una aspiración a la unión: el deseo espléndido y limpio de absorber totalmente en sí...

Calló un instante y miró a Maloney a los ojos.

—Bañarse en la misma sangre del corazón del ser deseado —añadió con gran énfasis.

El fuego chisporroteó y crepitó, provocándome un sobresalto. En cambio Maloney encontró alivio en un auténtico estremecimiento, y le vi volver la cabeza y mirar a su alrededor, desde el mar a los árboles. El viento había decaído en ese momento y las palabras del doctor resonaron claras en el silencio.

—Entonces, ¿podría llegar a matar? —tartamudeó el clérigo un momento después con voz apagada, y una risita forzada a manera de protesta de que le sonara tan completamente mortecina...

—En último extremo, podría matar —repitió el doctor Silence. Luego, tras otra pausa, durante la cual estuvo decidiendo cuánto sería prudente explicar a su oyente, prosiguió—: Y si el Doble no consigue volver a su cuerpo físico, ese cuerpo físico puede despertar a un estado de imbecilidad, de idiocia... o quizá no volver a despertar.

Maloney se incorporó en su asiento y recobró la palabra.

—¿Quiere decir que si se le impidiera regresar a ese ser animal fluido, o lo que sea, el hombre podría no volver a despertar? —preguntó con voz insegura.

—Podría morir —replicó el otro con aplomo. En el aire, a nuestro alrededor, se estremeció el temblor de una enérgica sensación.

—¿No sería ésa, entonces, la mejor manera de curar al loco... al bruto...? —tronó el clérigo, medio levantándose.

—Desde luego, sería una manera fácil e impune de matar —fue la réplica severa, dicha con la tranquilidad del que hace un comentario sobre el tiempo.

Maloney se desinfló visiblemente, y yo junté la leña encima del fuego hasta que conseguí hacer llama.

—La mayor parte de la vida del hombre... de sus fuerzas vitales, le vienen de ese Doble —continuó el doctor Silence, tras reflexionar un momento—; y una porción considerable de la materia misma de su cuerpo físico. De manera que el cuerpo físico dejado atrás queda mermado, no sólo de fuerzas, sino también de materia. Lo veríamos disminuido, encogido, agotado, igual que el cuerpo de un médium materializado en una sesión. Además, cualquier señal o lesión infligida a este Doble se encontrará exactamente reproducida en el cuerpo físico arrugado, sumido en su

trance...

—¿Una lesión infligida al uno dice usted que se reproduciría también en el otro? —repitió Maloney; su excitación aumentaba otra vez.

—Sin duda —replicó el otro con serenidad—, porque sigue habiendo una conexión continua entre el cuerpo físico y el Doble: una conexión de materia; si bien se trata de una materia sumamente tenue, posiblemente de naturaleza etérea. La herida *viaja*, por así decir, del uno al otro; y si se rompiese esta conexión, sería la muerte.

—La muerte —repitió Maloney para sí—. ¡La muerte! —nos miró inquieto a la cara: evidentemente, se le empezaban a aclarar las ideas—. ¿Y esa solidez? —preguntó a continuación, tras una pausa general—; ¿ese desgarrar de tiendas y de carne, esos aullidos, y las marcas de pezuñas? ¿Quiere decir que el Doble...?

—¿Ha sacado suficiente materia del cuerpo mermado como para producir efectos físicos? ¡Por supuesto! —interrumpió el doctor—. Aunque explicar en este momento cuestiones como el paso de materia a materia sería tan complicado como explicar cómo el pensamiento de una madre puede romper realmente los huesos del hijo aún no nacido.

El doctor Silence señaló hacia el mar, y Maloney, que miraba con ojos extraviados a su alrededor, se volvió con un violento estremecimiento. Vi una canoa, con Sangree sentado a popa, apareciendo por el extremo más alejado. Iba sin sombrero y, por primera vez, su cara curtida me pareció —nos pareció a todos, creo — como si fuese de otro. Parecía un salvaje. A continuación se puso de pie en la canoa para lanzar con la caña, y su figura fue talmente la de un indio. Recordé la expresión que le había visto una vez o dos, especialmente con ocasión de aquella plegaria vespertina, y un escalofrío me recorrió la espina dorsal.

En ese mismo instante se volvió y nos vio, y su rostro esbozó una sonrisa, de manera que enseñó sus dientes blancos al sol. Parecía estar en su elemento, y tenía un aspecto sumamente atractivo. Gritó algo sobre la pesca, y poco después desapareció de la vista, entrando en la ensenada.

Durante un rato, ninguno de nosotros dijo nada.

—¿Tiene cura? —aventuró Maloney por fin.

—No reprimiendo esa fuerza salvaje —replicó el doctor Silence—, sino encauzándola mejor, y facilitándole otras salidas. Ésa es la solución a todos los problemas de la fuerza acumulada; porque esa fuerza es la materia prima de la utilidad, y habría que potenciarla y cuidarla, no separándola del cuerpo con la muerte, sino elevándola a canales superiores. La mejor cura, y la más rápida de todas —prosiguió, hablando muy suavemente y con una mano en el brazo del clérigo—, es orientarla hacia su objeto, con tal que ese objeto no sea invariablemente hostil, y dejarla que encuentre el descanso donde...

Calló de repente, y los ojos de los dos hombres se encontraron en una sencilla mirada de comprensión.

—¿En Joan? —exclamó Maloney, en voz baja.

—¡En Joan! —replicó John Silence.

* * *

Nos acostamos todos temprano. El día había sido extraordinariamente cálido y después de ponerse el sol descendió una extraña quietud sobre la isla. No se oía nada, aparte de un silbido débil, espectral, inseparable de los pinos incluso en los días más tranquilos: era un rumor bajo, penetrante, como si el viento tuviese cabellera y la arrastrase sobre el mundo.

Con el súbito enfriamiento del aire, comenzó a formarse una niebla marina. Apareció a jirones aislados sobre el agua; luego, estos jirones se fueron agrupando, y un muro blanco avanzó hacia nosotros. No se movía ni un soplo de aire; los abetos se alzaban como siluetas planas de metal, el mar se volvió de aceite. Todo el lugar estaba inmovilizado como por algún enorme peso en el aire, y las llamas de nuestra hoguera —la más grande que habíamos hecho— se elevaban rectas como el campanario de una iglesia.

Mientras seguía yo al resto de nuestro grupo camino de las tiendas, después de apagar las brasas por seguridad, la avanzadilla de la niebla empezó a deslizarse despacio entre los árboles como unos brazos largos buscando a tientas el camino. Mezclado con el humo, se notaba el olor a musgo y a tierra y a corteza de árbol, y a esa fragancia peculiar del Báltico, mitad alga, mitad salobre, como el olor de un estuario durante la bajamar.

Es difícil decir por qué me pareció que esta profunda quietud ocultaba una intensa actividad; quizá cada estado de ánimo lleva entrañada la idea de su opuesto. El caso es que tenía conciencia del contraste de una energía furiosa, porque era como andar en medio del silencio profundo previo a una tormenta, y pisaba con suavidad, no fuera que al quebrar una ramita o mover una piedra pusiese en tumultuoso movimiento el escenario entero. En realidad, esto no era sino consecuencia de la excesiva tensión de nervios.

Ya no cabía pensar en desvestirse para acostarse, sino en desvestirse para tomar el baño. Alguna parte de mi sensibilidad se hallaba alerta y expectante. Permanecí sentado en mi tienda, esperando... Y al cabo de una media hora más o menos, mi espera se vio justificada; porque de repente tembló la lona: alguien tropezó con las cuerdas que la sujetaban a tierra. Entró John Silence.

El efecto de su entrada sigilosa fue singular y profética: fue exactamente como si la energía que había detrás de toda esta quietud avanzara hasta el borde de la acción. Sin duda, esto se debía meramente a mi propia mente acelerada y carecía de otra justificación; porque la presencia de John Silence siempre sugería la inminente posibilidad de una acción vigorosa; y de hecho, entró sin más preámbulo que un asentimiento de cabeza y un gesto significativo.

Se sentó en un rincón del suelo impermeable, y estiré hacia él la manta para que se cubriese las piernas. Cerró el faldón de la puerta y se acomodó; pero apenas lo había hecho cuando la tela se estremeció por segunda vez, y apareció tropezando Maloney.

—¿Velando a oscuras? —dijo con timidez, asomando la cabeza y colgando su farol en el gancho del palo horizontal—. He salido a fumar un poco. Supongo que...

Miró a su alrededor, captó la mirada del doctor Silence y calló. Volvió a meterse la pipa en el bolsillo y empezó a canturrear en voz baja... ese canturreo de una melodía indescriptible que tan bien conocía yo y que había llegado a detestar.

El doctor Silence se inclinó hacia adelante, abrió el farol y apagó la llama de un soplo.

—Hable bajo —dijo— y no encienda cerillas. Escuche los ruidos y movimientos alrededor del campamento, y esté preparado para seguirme en cuanto yo diga.

Había bastante luz como para distinguir las caras, y vi cómo Maloney nos miraba vivamente.

—¿Duerme el campamento? —preguntó el doctor a continuación, en un susurro.

—Sangree, sí —replicó el clérigo, en voz baja también—. Las mujeres, no sé; creo que están despiertas.

—Tanto mejor —y a continuación añadió—: Ojalá fuese la niebla algo tenue y dejara pasar la luna; más adelante puede que nos haga falta.

—Está levantando, creo —susurró Maloney—. Está ya por las copas de los árboles.

No puedo precisar qué es lo que hubo en este vulgar intercambio de comentarios, que me produjo un estremecimiento. Probablemente tuvo algo que ver con ello la rapidez con que se sometió Maloney al humor del doctor; porque su rápida obediencia me impresionó bastante. Pero, aun sin esa ligera prueba, estaba claro que cada uno reconocía la gravedad del momento, se daba cuenta de que era imposible dormir y que había que permanecer de guardia toda la noche.

—Infórmeme —repitió John Silence otra vez— del menor ruido, y no haga nada precipitadamente.

Se corrió hacia la entrada de la tienda y levantó el faldón, atándolo al palo para poder ver el exterior. Maloney dejó de tararear y se puso a echar el aire a través de los dientes con una especie de débil siseo, obsequiándonos con un popurrí de himnos de iglesia y modernas canciones populares.

Entonces tembló la tienda como si la hubiese tocado alguien.

—Es el viento, que está empezando —susurró el clérigo y abrió el faldón todo lo que daba de sí. Entró un soplo de viento frío y húmedo que nos produjo un estremecimiento, y con él nos llegó el ruido del mar: era la primera ola que se abría paso suavemente por las playas.

—Ha rolado al norte —añadió; y a continuación oímos un susurro largo que se alzó de toda la isla, al exhalar los árboles un suspiro de respuesta—. La niebla se

moverá un poco, ahora. Ya distingo una abertura, sobre el mar.

—¡Chist! —dijo el doctor Silence, porque había elevado la voz; y volvimos a acomodarnos para otro largo rato de vigilancia y espera, interrumpido por algún que otro roce de la tienda con los hombros, al cambiar de postura, y el ruido creciente de las olas en la costa exterior de la isla. Y por encima de todo, sonaba el murmullo del viento como una gran arpa, al rozar los árboles, y el débil golpeteo de la tienda al caer gotas de las ramas con aguda resonancia.

Llevábamos sentados algo así como una hora, y a Maloney y a mí nos era cada vez más difícil mantenernos despiertos, cuando de repente se levantó el doctor Silence y se asomó. Un minuto después se había ido. Liberados de su presencia dominante, el clérigo acercó su cara a la mía.

—No me gusta esta espera de la caza —susurró—, pero Silence no quiere que guarde el sueño de los otros; dice que impediría que pase algo, si lo hago.

—Él sabe el qué —contesté lacónicamente.

—No cabe la menor duda —contestó en un susurro—: la historia esa del Doble, como él lo llama; o de la obsesión, como la Biblia lo califica. Pero se llame como se llame, es un mal asunto; así que he dejado el Winchester montado ahí fuera, y me he traído esto también —me puso una Biblia de bolsillo bajo la nariz. En una época de su vida había sido su compañera inseparable.

—Lo uno es inútil y lo otro peligroso —repliqué en voz baja, con unas ganas tremendas de echarme a reír, y dejándole que eligiera—. La seguridad está en seguir a nuestro jefe.

—No estoy pensando en mí mismo —me interrumpió bruscamente—; ¡pero si algo le sucede a Joan esta noche, dispararé primero, y rezaré después!

Maloney volvió a guardarse el libro en un bolsillo lateral y se asomó a la puerta.

»¡Qué demonios estará haciendo ahora, es lo que quisiera saber! —y añadió—: dando vueltas alrededor de la tienda de Sangree y haciendo aspavientos. Parece un espectro, desapareciendo en la niebla y volviendo a aparecer.

—Confía en él y espera —dije deprisa, porque el doctor venía ya de regreso—. Recuerda que es hombre de conocimientos y sabe lo que se hace. He estado con él en casos peores que éste.

Maloney se hizo a un lado cuando el doctor Silence oscureció la entrada y se agachó para pasar.

—Su sueño es muy profundo —susurró, sentándose junto a la puerta otra vez—. Está en estado cataléptico, y su Doble puede liberarse en cualquier momento. Pero he tomado medidas para mantenerlo encerrado en la tienda, y no podrá salir a menos que yo se lo permita. Estén atentos a cualquier movimiento —luego miró con severidad a Maloney—. Pero recuerde, señor Maloney: nada de violencias ni tiros; a no ser que quiera mancharse las manos con un homicidio. Cualquier cosa que se haga al Doble repercutirá en el cuerpo físico. Será mejor que quite los cartuchos ahora mismo.

Su voz sonó seria. Salió el clérigo, y le oí vaciar la recámara de su rifle. Al

regresar, se sentó más cerca de la puerta que antes; y desde ese momento, hasta que dejamos la tienda, no apartó los ojos de la figura del doctor Silence, recostada contra el cielo y la tienda.

Y entretanto, el aire soplaba constante del mar y abría callejones y claros en la bruma, empujándola como si fuese un ser vivo.

Debió de ser bastante pasada la medianoche cuando me llamó la atención una especie de retumbar; aunque al principio era tan apagado que no pude situarlo, e imaginé que eran estampidos de grandes cañones en la lejanía, que nos traía el viento cada vez más fuerte. Entonces Maloney, cogiéndome del brazo e inclinándose hacia delante, me señaló la verdadera relación, y al segundo siguiente me di cuenta de que sonaba a sólo unos pasos.

—La tienda de Sangree —exclamó en un susurro alto y sobresaltado.

Asomé la cabeza por una esquina. Al principio, el efecto de la niebla era tan desconcertante que cada jirón blanquecino que el viento arrastraba parecía una tienda moviente; y transcurrieron unos segundos hasta que localicé la mancha blanca que permanecía firme. A continuación descubrí que los estampidos que oíamos los producían las sacudidas de la tienda, y los restallidos de sus lados, que se abombaban cuanto permitía la tensión de sus cuerdas. Alguna clase de ser se debatía frenéticamente en su interior, golpeando la lona tensa de un modo que me hacía pensar en una gran mariposa nocturna chocando contra las paredes y el techo de una habitación. La tienda se curvaba y vibraba.

—¡Por Júpiter, está intentando salir! —murmuró el clérigo, poniéndose de pie y dirigiéndose a donde estaba el rifle descargado. Me levanté de un salto, también, sin saber con qué objeto; pero deseoso de estar preparado para cualquier cosa. Pero John Silence estaba delante de nosotros y su figura se movió y nos bloqueó la entrada de la tienda. Y su voz, cuando empezó a hablar un minuto después, adoptó una calidad que instantáneamente redujo nuestro ánimo a un estado de tranquila obediencia.

—Primero, vaya a la tienda de las mujeres —dijo en voz baja, mirando atentamente a Maloney—; si me hace falta su ayuda, ya le llamaré.

No necesitó el clérigo que se lo dijeran dos veces. Pasó junto a mí y salió en un instante. Evidentemente, actuaba bajo una intensa excitación. Le observé alejarse en silencio por el suelo resbaladizo, dando un rodeo para evitar la agitada tienda, y desaparecer luego entre las formas flotantes de la niebla.

El doctor Silence se volvió hacia mí.

—¿Ha oído las pisadas esas hará como media hora? —me preguntó de manera significativa.

—No he oído nada.

—Eran sumamente suaves... el paso casi inaudible de un ser salvaje. Pero ahora sígame de cerca —añadió—; porque no debemos perder tiempo, si tengo que librar a ese infeliz de su anomalía y hacer que descanse su Doble licántropo. Y, o mucho me equivoco —me miró a través de la oscuridad, susurrando las palabras con la mayor

nitidez—, o Joan y Sangree están hechos el uno para el otro. Y creo que ella lo sabe también... lo mismo que él.

Sentí un ligero vértigo al oírlo; pero al mismo tiempo, algo se aclaró en mi cerebro, y comprendí que Silence tenía razón. Sin embargo, todo era extraño, increíble, y muy alejado de la realidad cotidiana según la conoce el vulgo; y más de una vez se me representó la escena; las personas, las palabras, las tiendas y todo no eran sino alucinaciones creadas de algún modo por la intensa excitación de mi propia mente, y que la niebla se iba a disipar de pronto, y el mundo iba a volver de nuevo a la normalidad.

El aire frío del mar nos produjo escozor en las mejillas cuando salimos del ambiente cerrado de la tienda pequeña y concurrida. El siseo de los árboles, las olas rompiendo abajo en las rocas y las hebras y flecos de niebla flotando a nuestro alrededor parecían crear la ilusión momentánea de que la isla se había soltado y flotaba en el mar como una gigantesca almadía.

El doctor marchaba delante de mí, deprisa y en silencio; se dirigió derecho a la tienda del canadiense, cuyos lados aún se estremecían y abombaban mientras el ser de siniestra vida corría y se debatía irritado en su interior. Se paró a poca distancia de la puerta, y alzó la mano para detenerme. Estábamos, quizá, a media docena de pasos.

—Antes de que lo libere, va a ver por usted mismo —dijo— que la realidad del hombre-lobo es algo fuera de toda duda. La materia de que está formado es, desde luego, enormemente tenue; pero usted está dotado de cierta clarividencia, y aun cuando no es lo bastante denso para una visión normal, podrá distinguir algo.

Dijo algo más que no entendí. El hecho es que la atmósfera, que vibraba de manera especialmente fuerte en torno a su persona, me ofuscaba los sentidos. Por supuesto, era consecuencia de su intensa concentración mental y física, que impregnaba el campamento entero y a las personas que había en él, cosa que yo agradecía sinceramente, viendo estremecerse la tienda, y oyendo los golpes y restallidos de la tela. Porque también era protectora.

Detrás de la tienda de Sangree había un grupo de pinos; pero delante y a los lados, el terreno estaba relativamente despejado. Los faldones de la puerta estaban totalmente retirados y cualquier animal corriente habría salido sin la menor dificultad. El doctor Silence me indicó que me acercara a unos pasos, cuidando evidentemente de no traspasar cierto límite; luego se agachó, y me hizo seña de que hiciese lo mismo. Y mirando por encima del hombro, vi el interior iluminado débilmente por la luz espectral que reflejaba de la niebla, y una mancha borrosa sobre las ramas de bálsamo y las mantas que revelaba la presencia de Sangree; entretanto, sobre él, y alrededor de él, y encima y debajo de él, se agitaba una masa oscura de «algo» con cuatro patas, hocico puntiagudo y orejas afiladas claramente visibles sobre las paredes de la tienda, así como el destello ocasional de unos ojos llameantes y unos dientes blancos.

Contuve el aliento y me quedé totalmente quieto, interior y exteriormente, por

miedo a que el animal se diese cuenta de mi presencia; pero la ansiedad que sentía se debía a algo mucho más hondo que el mero peligro personal, o que el hecho de encontrarme ante algo tan increíblemente activo y real. Tenía plena conciencia de la espantosa calamidad psíquica que suponía. Y el saber que Sangree estaba encerrado en el estrecho espacio de su tienda con esa especie de proyección monstruosa de sí mismo, sumido en un sueño cataléptico, ignorante de que ese ser le estaba usurpando su propia vida y energías, añadía un angustioso sesgo de horror a la escena. En ningún otro caso de John Silence —y había habido muchos, a menudo terribles—, un padecimiento psíquico me ha transmitido tan convincente impresión de la patética inestabilidad de la personalidad humana, de su naturaleza fluida, y de las alarmantes posibilidades de sus transformaciones.

—Vamos —susurró cuando ya llevábamos varios minutos observando los esfuerzos frenéticos por escapar del círculo de pensamiento y voluntad que le retenía prisionero—; alejémonos un poco, antes de soltarlo.

Retrocedimos una docena de yardas. Me parecía como una escena de una obra teatral imposible, o de una pesadilla espantosa y opresiva, de la que despertaría a continuación para encontrarme con las mantas todas alborotadas sobre el pecho.

Mediante algún procedimiento mental evidentemente, pero que yo no entendí debido a mi ofuscamiento y excitación, el doctor llevó a cabo lo que decía; y un minuto después le oí decir enérgicamente, en voz baja: «¡Ya está! ¡Ahora observe!».

En ese mismo instante, una súbita ráfaga procedente del mar barrió la niebla, abriendo un corredor hacia el cielo; y la luna, macilenta y preternatural como el efecto de las candilejas en un escenario, proyectó un resplandor momentáneo sobre la puerta de la tienda de Sangree, y vi que había salido algo de la oscuridad interior y se recortaba claramente definido en el umbral. Y en ese mismo momento, la tienda dejó de estremecerse y se quedó inmóvil.

Allí, en la entrada, había un animal, con el cuello y el hocico proyectado hacia adelante, asomando la cabeza a la oscuridad de la noche, con todo el cuerpo en suspenso, en esa actitud de suprema tensión que precede al salto a la libertad, al salto veloz del ataque. Parecía como del tamaño de un ternero, más flaco que un mastín, aunque con más corpulencia que un lobo; y puedo jurar que vi el pelo de su lomo notablemente erizado. A continuación alzó lentamente el labio superior, y vi la blancura de sus dientes.

Seguramente, ningún ser humano ha mirado nada jamás con tanta fijeza como yo en aquellos pocos minutos. Y cuanto más intensamente miraba, más clara parecía la sorprendente y monstruosa aparición. Porque, en última instancia, era Sangree... y no lo era. La cabeza y la cara eran de animal, y no obstante, era la cara de Sangree: era la cara de un lobo o un perro salvaje, y a la vez era su cara. Los ojos eran más agudos, más estrechos, más encendidos; sin embargo, eran sus ojos... sus ojos, que se habían animalizado; y los dientes eran más largos, más blancos, más afilados. Pero eran sus dientes; sus dientes, que se habían vuelto crueles. La expresión era encendida,

terrible, exultante; sin embargo, era su expresión, llevada al límite del salvajismo: expresión que le había visto yo más de una vez, sólo que predominante ahora, totalmente libre de inhibiciones humanas, reflejo del ansia loca de un alma hambrienta y enojada. Era el alma de Sangree, del largamente reprimido y profundamente afectuoso Sangree, expresada en su simple e intenso deseo... un deseo totalmente puro y totalmente prodigioso.

Sin embargo, al mismo tiempo, me vino la sensación de que todo era ilusorio. De repente recordé los cambios extraordinarios que el rostro humano puede experimentar en la locura cíclica, cuando pasa de la melancolía a la euforia; y recordé el efecto del hachís, que confiere al semblante humano el aspecto del ave o el animal que más se asemeja a su carácter; y por un momento, atribuí esta mezcla de rostro de Sangree y de lobo a alguna clase de delirio similar de mis sentidos. ¡Estaba loco, alucinado, soñando! La excitación del día, esta luz vaga de las estrellas, y la niebla desconcertante se habían confabulado para engañarme. Algún embaucamiento de los sentidos me había sumido en esta falsedad. Todo era absurdo y fantástico, y pasaría.

Y entonces, atravesando este mar de confusión mental como tañidos de campana a través de la niebla, me llegó la voz de John Silence, y me devolvió la conciencia de que todo era real:

—¡Es Sangree... en su Doble!

Y cuando volví a mirar, más calmado, vi claramente que, en efecto, era la cara del canadiense, pero animalizada; si bien, mezclada con esa expresión brutal, había una mirada singularmente patética, como el alma que a veces vemos en los ojos anhelantes de un perro... la cara de un animal entreverada con vividas vetas de cara humana.

El doctor le llamó suavemente, en voz baja:

—¡Sangree! ¡Sangree, mi pobre criatura afligida! ¿No me conoces? ¿No te das cuenta de lo que estas haciendo con tu Cuerpo del Deseo?

Por primera vez desde su aparición, el animal se movió. Enderezó las orejas y desplazó el peso de su cuerpo a las patas traseras. Luego, alzando la cabeza y el hocico hacia el cielo, abrió las mandíbulas y dejó escapar un largo aullido lastimero.

Al oír elevarse al cielo ese aullido, se me cortó y estranguló la respiración en la garganta y sentí que el corazón me dejaba de latir. Porque, aunque el aullido era enteramente animal, al mismo tiempo era enteramente humano. Y más aún: era el grito que tantas veces había oído en los Estados del oeste de Norteamérica, donde los indios luchan todavía y cazan y se pelean... ¡Era el grito de un piel roja!

—¡La sangre india! —susurró John Silence, cuando me agarré a su brazo para apoyarme—; es el grito ancestral.

Y ese grito profundo, esa quebrantada voz humana, mezclada con el aullido salvaje de la bestia, me llegó derecho al corazón, donde llamó a la vida algo que ninguna música ni voz, apasionada o tierna, de hombre, de mujer o de niño, ha logrado despertar jamás siquiera un segundo, antes ni después. Su eco se propagó en

la niebla, entre los árboles, y se perdió en el mar ahora invisible. Y una parte de mi ser —algo que era mucho más que el mero acto de escuchar— salió con él; y durante varios minutos perdí la conciencia de mi entorno, y me sentí totalmente absorbido en el dolor de un semejante.

Otra vez me devolvió a la realidad la voz de John Silence.

—¡Escuche! —dijo el voz alta—. ¡Escuche!

Su tono me galvanizó. Prestamos atención juntos.

Del otro extremo de la isla, resonando por encima de los árboles y los matorrales, nos llegó un grito parecido de respuesta. Agudo, aunque asombrosamente musical, estremeciendo el corazón con una dulzura singular que desafiaba toda descripción, lo oímos elevarse y decrecer en el aire de la noche.

—Ha sido al otro lado de la ensenada —exclamó el doctor Silence; pero esta vez en un tono que no rendía tributo a la cautela—. ¡Es Joan! ¡Le está contestando!

Otra vez se elevó y se apagó el grito prodigioso. Y en ese mismo instante, el animal bajó la cabeza y, con el hocico a ras del suelo, emprendió un cómodo medio galope, adentrándose en la bruma y perdiéndose de vista como un ser gaseoso y fantasmal.

El doctor corrió precipitadamente a la entrada de la tienda de Sangree; pegado a sus talones, me asomé yo también, y distinguí momentáneamente, tendido sobre las ramas, pero medio cubierto por la manta, el cuerpo arrugado y pequeño... la jaula de la que había escapado casi toda la vida, y no poca de la propia sustancia corpórea, a otra forma de vida y energía, el cuerpo de la pasión y el deseo.

Valiéndose de otro de esos rapidísimos e incalculables procesos, inaprehensibles para mí en esta etapa de mi aprendizaje, el doctor Silence volvió a cerrar el círculo alrededor de la tienda y el cuerpo.

—Ahora no puede volver hasta que yo se lo permita —dijo. Y a continuación echó a correr con todas sus fuerzas hacia el bosque, conmigo inmediatamente detrás. Yo tenía ya cierta experiencia sobre la capacidad de mi compañero para correr por un bosque espeso, y ahora tuve ocasión de comprobar su capacidad, también, para ver a oscuras. Porque, en cuanto salimos del claro donde estaban las tiendas, los árboles parecieron absorber todo vestigio de luz, y comprendí esa especial sensibilidad que se dice que desarrollan los ciegos... el sentido de los obstáculos.

Y mientras corríamos, oímos dos veces el aullido lúgubre, cada vez más cerca del grito de respuesta, en la punta de la isla adonde nos dirigíamos nosotros.

Y entonces, de repente, se aclararon los árboles, y salimos, acalorados y sin aliento, al extremo rocoso donde las lajas de granito se adentraban peladas en el mar. Fue como salir a la luz del día. Y allí, nítidamente recortada contra el mar y el cielo, estaba la figura de un ser humano. Era Joan.

Inmediatamente noté en su aspecto algo inusitado y singular; pero sólo cuando nos acercamos lo suficiente descubrí cuál era la causa. Porque mientras sus labios esbozaban una sonrisa que le iluminaba el rostro con una felicidad que nunca le había

visto, sus ojos tenían una mirada persistente, perdida, como si fueran unos ojos inertes, de vidrio.

Hice ademán de avanzar, pero el doctor Silence me agarró inmediatamente, deteniéndome.

—No —exclamó—. ¡No la despierte!

—¿Qué quiere decir? —repliqué en voz alta, tratando de zafarme.

—Está dormida. Es sonambulismo. El *shock* podría causarle un daño irreparable.

Me volví y le miré a la cara con atención. Estaba absolutamente sereno. Empecé a comprender un poco más, al captar, supongo, algo de su poderoso pensamiento.

—¿Quiere decir que camina dormida?

Asintió.

—Ahora va al encuentro de él. Ha debido de estar atrayéndola desde el principio de manera irresistible.

—Pero ¿qué me dice de la tienda destrozada y la carne herida?

—Cuando no estaba lo bastante dormida para caer en el trance sonámbulo, él no la encontraba... Salía instintivamente con toda inocencia en busca de ella, con el resultado, naturalmente, de que ella despertaba y se asustaba terriblemente...

—Entonces, en el fondo de sus corazones ¿se amaban? —pregunté por fin.

John Silence esbozó su sonrisa increíble:

—Profundamente —contestó—; y con la sencillez con que pueden amarse unas almas primitivas. En cuanto se den cuenta de eso en estado vigil, cesarán estas excursiones nocturnas del Doble de él. Pero se curará, y descansará.

Apenas habían salido estas palabras de sus labios, oímos un susurro de ramas a nuestra izquierda; un instante después se abrió un espeso arbusto por donde estaba más oscuro, y surgió la figura veloz de un animal a todo galope. Apenas sonaron sus pisadas; pero en aquella quietud total oí su jadeo acelerado, y el ruido de las matas al rozarlas sus costados. Corrió derecho hacia Joan, y al aparecer él, la muchacha alzó la cabeza y se volvió a mirarle. Y en ese mismo instante, una canoa que había estado avanzando silenciosa, sin ser vista por la orilla interior de la ensenada, surgió de las sombras y se recortó sobre el agua con una silueta en el centro. Era Maloney.

Sólo más tarde me di cuenta de que no nos veía, dado que teníamos detrás el fondo oscuro de los árboles. La figura de Joan y el animal se distinguían con nitidez, pero no la del doctor Silence y la mía, que estábamos al otro lado. Maloney se puso de pie en la canoa, y extendió el brazo derecho. Vi brillarle algo en la mano.

—Apártate, Joan, o te daré a ti —gritó su voz, que vibró horriblemente a través de la profunda quietud; y en ese mismo instante se oyó el estampido de una pistola, con una explosión de llama y humo, y la figura del animal, con un salto tremendo en el aire, cayó en las sombras y desapareció como una forma de oscuridad y de niebla. Instantáneamente, también, Joan abrió los ojos, miró como ofuscada a su alrededor y, llevándose las manos al corazón, cayó con un grito agudo en mis brazos, dado que llegué a tiempo de cogerla.

Y en el otro lado de la ensenada sonó un grito de respuesta, débil, doliente, lastimero. Provenía de la tienda de Sangree.

—¡Estúpido! —gritó el doctor Silence—. ¡Le ha herido! —y antes de que pudiéramos dar un paso, ni comprender qué había pasado, Maloney se había vuelto a sentar en la canoa y había cruzado ya media ensenada.

Un insulto por el estilo me subió impetuoso a los labios, también —aunque no recuerdo las palabras exactas—, mientras maldecía al hombre por su desobediencia, y trataba de acomodar a la muchacha en el suelo. Pero el clérigo fue más práctico: la había cubierto con su chaqueta y le estaba rociando la cara.

—No es a Joan a la que he matado, de todos modos —le oí murmurar, cuando ella volvió a abrir los ojos y nos sonrió débilmente—. Juro que la bala ha dado en el blanco.

Joan le miró; aún estaba aturdida, desconcertada, y se imaginaba con el compañero de su trance. Todavía duraba en su cerebro y su espíritu la extraña lucidez del sonámbulo, aunque externamente parecía turbada y confusa.

—¿Adonde ha ido? Ha desaparecido de repente, gritando que estaba herido —preguntó, mirando a su padre como si no le reconociera—. Como le hayan hecho algo... me lo han hecho a mí también. Porque para mí es más que...

Sus palabras se volvieron borrosas mientras volvía lentamente a su estado normal, y calló del todo como si de pronto se diera cuenta de que la habían sorprendido contando secretos. Pero durante todo el trayecto de regreso, mientras la transportábamos con cuidado por entre los árboles, fue sonriendo y murmurando el nombre de Sangree, y preguntando si le habían hecho daño; hasta que finalmente comprendí que el alma salvaje del uno había llamado al alma salvaje del otro, y que en las profundidades secretas de sus seres, la llamada había sido oída y comprendida. John Silence tenía razón. En el fondo de su corazón, demasiado profundo al principio para reconocerlo, la muchacha le amaba, y le había amado desde el principio mismo. Una vez que su conciencia lúcida reconociera esa verdad, saltarían el uno al otro como dos llamas gemelas, y acabaría la anomalía de él: se cumpliría su intenso deseo, y quedaría curado.

El doctor Silence y yo permanecemos en la tienda de Sangree, velando el resto de la noche —de esa noche maravillosa y mágica que nos había mostrado tan singulares atisbos de un nuevo cielo y un nuevo infierno—; porque el canadiense se debatía en su lecho de ramas de bálsamo, con fiebre alta en la sangre; en ambas mejillas mostraba una extraña contusión oscura que le latía de dolor, aunque no tenía la piel dañada, ni se le veía rastro alguno de sangre.

—Maloney le ha dado, como ve —me susurró el doctor Silence cuando el clérigo se hubo retirado a su tienda después de acostar a Joan junto a su madre, la cual, a todo esto, no se había despertado ni una sola vez—. La bala le ha debido de atravesar la cara, porque tiene una mancha en las dos mejillas. Llevará esas marcas toda la vida... Se le reducirán, pero no le desaparecerán. Son las cicatrices más raras del

mundo, las transferidas por repercusión del Doble herido. Permanecerán visibles hasta poco antes de morir; entonces, al abandonarle el cuerpo sutil, le desaparecerán definitivamente.

Sus palabras se mezclaban en mi mente confusa con los suspiros del inquieto durmiente y los silbidos del viento alrededor de la tienda. Nada parecía embotar tanto mi capacidad de comprensión como estas dos manchas de misteriosa significación en el rostro que tenía ante mí.

Era extraño, también, con qué rapidez y facilidad reasumió el campamento el sueño y el descanso, como si de repente hubiese caído el telón sobre la escena y la hubiera ocultado. Y nada contribuía tanto a intensificar la sensación de que acababa de presenciar una especie de drama visionario, como el dramático cambio de actitud de la muchacha.

Aunque en realidad no había sido tan repentino y revolucionario como parecía. Por debajo —en esas regiones oscuras de la conciencia donde las emociones maduran en secreto sin que el sujeto se entere, y deben, por tanto, su súbita revelación a un clímax psicológico repentino—, no cabe duda de que el amor de Joan al canadiense había ido aumentando de manera constante e irresistible durante todo el tiempo. Ahora había aflorado a la superficie, y ella lo había reconocido: eso era todo.

Y siempre me ha parecido que la presencia de John Silence, tan poderosa, tan serenamente eficaz, hizo el efecto, si puede decirse así, de un internadero psíquico, acelerando de manera incalculable la unión de estos dos amantes «salvajes». En ese súbito despertar se había producido el clímax psicológico necesario para revelar la emoción apasionada acumulada debajo. La conciencia más profunda había dado el salto, trasladándose a la conciencia ordinaria de ella; y en ese *shock*, la colisión de las personalidades les había hecho estremecer hasta lo más hondo y había mostrado a Joan la verdad, más allá de toda posibilidad de duda.

—Ahora duerme tranquilo —dijo el doctor, interrumpiendo mis reflexiones—. Quédese un poco con él, mientras voy a la tienda de Maloney, a ayudarle a ordenar sus pensamientos —sonrió ante la idea de esta «ordenación»—. Nunca entenderá cómo una herida infligida al Doble puede transferirse al cuerpo físico; pero, en cambio, podré convencerle de que cuanto menos hable y «explique» mañana, más pronto volverán las fuerzas a recobrar su curso natural ahora, y volverá la paz y la tranquilidad.

Se fue calladamente; y al ausentarse su persona, Sangree, que dormía profundamente, se dio la vuelta y gimió de dolor, a causa de su cabeza rota.

Y fue en esa hora callada que precede al amanecer, cuando todas las islas estaban mudas, y el viento y el mar dormidos aún, y las estrellas eran visibles a través de las brumas cada vez menos consistentes, cuando apareció una figura sigilosa por la loma y se acercó a la puerta de la tienda en la que estaba yo adormilado junto al sufriente, antes de que me diese cuenta de su presencia. Se levantó cautelosamente, unas pulgadas, el faldón de la puerta, y apareció... Joan.

En ese mismo instante, se despertó Sangree y se incorporó en su lecho de ramas. La reconoció antes de que yo pudiese decir una palabra, y profirió un grito contenido. Fue una mezcla de dolor y alegría; y esta vez completamente humano. Y la muchacha no caminaba ya en sueños, sino que se daba perfecta cuenta de lo que hacía. Apenas pude impedir que saltase Sangree de sus mantas.

—¡Joan! ¡Joan! —gritó.

Y ella le contestó al instante:

—Estoy aquí... Ahora estaré contigo siempre —y entró en la tienda empujándome, y se arrojó sobre su pecho.

—Sabía que vendrías a mí, al final —le oí susurrar.

—Era demasiado para mí comprender, al principio —murmuró ella—. Y durante mucho tiempo, he tenido miedo...

—¡Pero ahora no! —exclamó él, elevando la voz—; ahora no tienes miedo de... de nada de cuanto hay en mí...

—No temo nada —exclamó ella—; ¡nada, nada!

La llevé afuera otra vez. Joan me miró fijamente a la cara, con los ojos brillantes y todo su ser transformado. En cierta manera intuitiva, que probablemente le duraba aún de su sonambulismo, sabía o adivinaba cuanto sabía yo.

—Mañana debes hablar con John Silence —dije con suavidad, conduciéndola a su propia tienda—. Él lo comprende todo.

La dejé en la puerta, y cuando volvía en silencio para ocupar otra vez mi puesto de centinela junto al canadiense, vi las primeras franjas de luz matinal en el borde del mar, detrás de las islas distantes.

Y como para subrayar la eterna proximidad que existe entre la comedia y la tragedia, dos pequeños detalles destacaron en la escena, y me impresionaron tan vividamente que todavía los recuerdo hoy. Porque de la tienda en la que acababa de dejar a Joan, temblorosa de su nueva felicidad, me llegaron claramente los ronquidos grotescos del Segundo Contramaestre, ajena a todas las cosas del cielo y del infierno; y de la tienda de Maloney —hacia donde miré, y vi el resplandor del farol—, me llegó, a través de los árboles, las monótonas subidas y bajadas de voz de un hombre que, sin duda alguna, estaba rezando a su Dios.

Peter Fleming

LA CAZA

(1931)

LA originalidad es también la principal característica de «The Kill», breve cuento ambientado en la sala de espera de una estación de ferrocarril en el oeste de Inglaterra, que presenta un tratamiento completamente diferente y decididamente innovador de la vieja leyenda del hombre-lobo (con una inédita y curiosa variante: cierta peculiaridad anatómica en una de sus manos, que permite identificarle), sólo unos años antes de que Guy Endore publicara su novela *The Werewolf of Paris* (1933), la versión más canónica del mito, con un patético licántropo finisecular cuyas atrocidades palidecen en comparación con la carnicería llevada a cabo en las calles parisinas durante la Comuna de 1870.

Su autor (Robert) Peter Fleming (1907-1971), hermano mayor del creador de James Bond y tío lejano del actor de cine Christopher Lee, era explorador y periodista (escribía regularmente para *The Spectator* bajo el seudónimo de Strix), y alcanzó cierta notoriedad con sus libros de viajes, entre los que cabe mencionar *Brazilian Adventure* (1933), *News from Tartary* (1936) y *Bayonets to Lhasa* (1938). Éste es al parecer su único relato fantástico, mas su perfecta ejecución demuestra la maestría, si bien ocasional, de su autor en tan difícil género. Como en el caso del largo relato de Blackwood, existe aquí un decidido planteamiento realista en medio del cual va aflorando poco a poco una extraña sensación de malestar irreductible, hasta desembocar en un final imprevisto e incluso ilógico, casi burlesco, como luego viene siendo moneda corriente en el más reciente cine de terror.

LA CAZA

EN la fría sala de espera de una pequeña estación de ferrocarril del oeste de Inglaterra había dos hombres. Llevaban sentados una hora, y probablemente iban a seguir allí bastante más. Fuera reinaba una espesa niebla. Su tren se retrasaba indefinidamente.

La sala de espera era un lugar inhóspito y vacío. Una simple bombilla iluminaba con lívida, desdeñosa eficacia. Sobre la repisa de la chimenea había un cartel: «Prohibido fumar». Si se le daba la vuelta, ponía «Prohibido fumar» al otro lado, también. En una de las paredes, casi en su centro —aunque no en el punto maniáticamente exacto—, estaban cuidadosamente clavadas las normas sobre un brote de fiebre porcina ocurrido en 1924. La estufa emitía un olor denso, caliente, fuerte ya, pero que iba en aumento. Un resplandor pálido y leproso sobre la ventana negra, sucia de lamparones, revelaba que, inmersa en la niebla, ardía una luz en el andén. En algún lugar goteaba agua con infinita desgana sobre una chapa ondulada.

Los dos hombres se hallaban el uno frente al otro junto a la estufa, en sendas sillas de inmutable rigidez. La relación entre ellos se remontaba tan sólo a esta velada. Y a juzgar por la conversación que sostenían, probablemente iban a seguir siendo mutuos desconocidos.

El más joven de los dos acusaba la falta de comunicación entre ambos más que la falta de comodidades del entorno. Su actitud hacia sus semejantes había sufrido recientemente una transición de lo subjetivo a lo objetivo. Como en muchos de su clase y edad, la rutina —no reconocida como tal— de una educación cara, con la alternativa trienal de esos placeres normales en la riqueza y el refinamiento, había atrofiado muchas de sus curiosidades. Durante los primeros veintitantos años de su vida había interpretado humanidad como equivalente de relación, más que de realidad, mirando a la gente que no ocupaba un lugar establecido en su propia

existencia como observa el gamo de un parque a los visitantes que pasan de excursión: con mansa, algo ofendida curiosidad... no de manera inquisitiva. Ahora, en encendida reacción a este provincianismo inconsciente, trataba a la humanidad como un museo, quedándose concienzudamente boquiabierto ante cada nuevo ejemplar, y buscando con celo indiscriminado la prueba no acumulativa de la complejidad del ser humano. En cada círculo máximo de individualidad se veía a sí mismo como una especie de tangente independiente. Aspiraba a ser un conocedor de los hombres.

Había, indudablemente, algo llamativo en el ejemplar que tenía delante. De una estatura por debajo de la media, el desconocido tenía sin embargo esa especie de alargada delgadez que concede unas ilusorias pulgadas de más. Llevaba un largo abrigo negro, muy andrajoso, y tenía los zapatos llenos de barro. Su cara carecía de color, aunque la impresión que producía no era de palidez: su piel era de un cetrino oscuro, tirando a gris; la nariz puntiaguda, con una barbilla afilada y estrecha, y de sus pómulos altos le bajaban unas arrugas profundas, verticales, que bosquejaban el fondo permanente de una sonrisa más ancha de lo que sus ojos hundidos, de color miel, parecían autorizar. Lo más sorprendente de su cara era la incongruencia de su marco: detrás de la cabeza, el desconocido llevaba un sombrero hongo de ala estrechísima. No había palabras sobre inclinación que hicieran justicia a su ángulo. Lo tenía encajado, por algo al menos tan sagrado como el hábito, en la parte posterior de su cráneo; y esta cara flaca e indagadora enfrentaba el mundo con fiereza desde un halo negro de indiferencia. El aspecto entero del hombre denotaba *diferencia*, más que altivez. La forma poco natural de llevar el sombrero tenía el valor de un comentario indirecto, como las cabriolas de un animal de circo. Era como si formara parte de una realidad más antigua, de la que el *homo sapiens* con sombrero hongo fuese edición expurgada. Estaba sentado con los hombros encogidos y las manos metidas en los bolsillos del abrigo. La idea de incomodidad que sugería su postura parecía deberse no tanto a que su silla fuese dura, como a que fuese silla.

El joven le había encontrado poco comunicativo. La más ágil simpatía, tras lanzar sucesivos ataques en distintos frentes, no había logrado abrir brecha. La lacónica exactitud de sus respuestas denotaba un rechazo más rotundo que la pura hosquedad. Salvo para contestar, no miraba al joven para nada. Y cuando lo hacía, sus ojos rebosaban de abstraído regocijo. A veces sonreía, aunque no por un motivo inmediato.

Al evocar su hora juntos, el joven veía un campo de batalla en el que se amontonaban frustradas banalidades como la impedimenta desechada de un ejército en fuga. Pero la resolución, la curiosidad y la necesidad de matar el rato, se resistían a reconocer la derrota.

«Si no quiere hablar —pensó el joven—, hablaré yo. Es infinitamente preferible el sonido de mi voz al de ninguna. Le contaré lo que me ha sucedido. La verdad es que es una peripecia extraordinaria. Se la contaré lo mejor que pueda; y mucho me

sorprenderá si el impacto que va a causar en su ánimo no le impulsa a algún tipo de auto-revelación. Es un individuo de lo más extraño, aunque sin llegar a la extravagancia, y me tiene muerto de curiosidad».

En voz alta dijo, adoptando un tono animado y simpático: «Creo que ha dicho usted que es cazador, ¿no?».

El otro alzó sus vivos ojos color miel. Un regocijo inaccesible destelló en ellos. Sin contestar, volvió a bajarlos para mirar las gotitas de luz que se proyectaban, a través de la rejilla de la estufa, sobre el bajo de su abrigo. A continuación habló. Tenía la voz ronca.

—He venido aquí a cazar —reconoció.

—En ese caso —dijo el joven—, habrá oído hablar de la jauría particular de lord Fleer. Sus perreras no están lejos de aquí.

—Las conozco —replicó el otro.

—Vengo de pasar unos días allí —prosiguió el joven—. Lord Fleer es tío mío.

El otro alzó los ojos, sonrió y asintió con la amable incoherencia del extranjero que no comprende lo que le dicen. El joven se tragó su irritación.

—¿Quiere —continuó, empleando un tono ligeramente más perentorio que hasta ahora—, quiere oír una historia nueva y singular sobre mi tío? No hace ni dos días que ha tenido lugar su desenlace. Es muy corta.

Desde la fortaleza de algún chiste oculto, aquellos ojos claros burlaron la necesidad de una respuesta concreta. Por último, dijo el desconocido: «Sí, me gustaría». La impersonalidad de su voz podía haber pasado por un alarde de sofisticación, por una renuencia a mostrar interés. Aunque sus ojos delataban que estaba interesado en otra cosa.

—Muy bien —dijo el joven.

Y acercando su silla a la estufa un poco más, comenzó:

—Como puede que sepa, mi tío, lord Fleer, lleva una vida retirada aunque de ningún modo inactiva. Durante los últimos doscientos o trescientos años, las corrientes de pensamiento contemporáneo han pasado por manos de hombres a los que se les han despertado constantemente los instintos gregarios, instintos que han satisfecho de manera casi invariable. De acuerdo con las normas del siglo XVIII, en que los ingleses cobraron conciencia de su soledad por primera vez, mi tío habría sido considerado insociable. A principios del XIX, los que no le conocen personalmente le habrían tenido por un romántico. Hoy su postura frente al bullicio y frenesí de la vida moderna es demasiado negativa para suscitar comentario alguno sobre su rareza. No obstante, aún ahora, si se viera implicado en algún suceso que pudiera calificarse de lamentable o vergonzoso, la prensa le expondría a la vergüenza pública con el apelativo de *Aristócrata Recluso*.

»Lo cierto del caso es que mi tío ha descubierto el elixir o, si prefiere, el narcótico de la autosuficiencia. Hombre de gustos extremadamente simples y exento de la maldición que supone una imaginación excesiva, no ve motivo alguno para trasponer

las fronteras del hábito que los años han santificado con la rigidez. Vive en su castillo (que puede describirse como desahogado, más que como confortable), gobierna sus propiedades con algún provecho, tira al blanco un poco, monta a caballo un mucho, y caza siempre que puede. No se ve con sus vecinos más que por azar, lo que les ha llevado a suponer, con sublime aunque inconsciente arrogancia, que debe de estar un poco loco. Si lo está, al menos puede proclamar que tiene acolchada su celda.

»Mi tío nunca ha llegado a casarse. Y yo, como hijo único de su hermano, he sido educado con miras a ser su heredero. Durante la guerra, empero, aconteció un hecho imprevisto.

»Durante esa crisis nacional, mi tío, que naturalmente era demasiado viejo para el servicio activo, mostró una falta de espíritu ciudadano que le granjeó gran impopularidad local. Dicho de otro modo: se negó a admitir la guerra, o si la admitió, no dio muestra alguna de hacerlo. Siguió llevando su vigorosa aunque (dada la situación) bastante impropia vida. Y aunque al final se vio obligado a contratar a sus criados entre hombres de edad avanzada y temple dudoso en los momentos cruciales de la caza, se las arregló para montarlos bien; y dos veces por semana, durante la temporada, conseguía cansar dos caballos en la persecución del zorro, la cual, como sin duda sabe, proporciona el mejor deporte que el dominio de Fleer es capaz de ofrecer.

»Cuando la burguesía local fue a protestarle, diciendo que era hora de que hiciese algo por su región, además de destruir la fauna con el método más indigno y caro que se haya ideado, mi tío se mostró sumamente receptivo. Ahora veía, dijo, que había estado demasiado apartado de una contienda de cuyo curso (dado que jamás leía un periódico) se enteraba indirectamente. Al día siguiente escribió a Londres pidiendo que le mandasen el *Times* y un refugiado belga. Era lo menos que podía hacer, dijo. Creo que tenía razón.

»El refugiado belga resultó ser del sexo femenino, y mudo. No se supo si mi tío había impuesto una de estas facetas, o las dos. El caso es que la belga se instaló en Fleer: era una joven corpulenta y sin atractivo, de veinticinco años, cara brillante y vello en el dorso de las manos. Su vida parecía inspirada en los grandes rumiantes; salvo, naturalmente, que transcurría casi toda dentro de casa. Comía mucho, dormía a discreción y se bañaba todos los domingos, perdonando esta sana costumbre sólo cuando el ama de llaves, que era quien se la imponía, estaba de vacaciones. Pasaba gran parte de su tiempo sentada en el sofá, en el rellano de fuera de su dormitorio, con el libro de Prescott *La Conquista de México*, abierto en su regazo. O leía increíblemente despacio, o no leía en absoluto. Porque, que yo sepa, anduvo once años con el primer volumen a cuestas. Su carácter, creo, era del tipo contemplativo.

»La curiosa y, desde mi punto de vista desafortunada, consecuencia de la actitud patriótica de mi tío fue el creciente afecto con que miraba a esta poco atrayente criatura. Si bien —o más probablemente debido a que— la veía sólo en las comidas, hora en que se le animaba el rostro más que en ningún otro momento del día, su

actitud hacia ella pasó de indiferente a cortés, y de cortés a paternal. Al finalizar la guerra, ni se mencionó la posibilidad de su regreso a Bélgica; y un día de 1919 me enteré, con perdonable mortificación, de que mi tío la había adoptado legalmente, y de que estaba modificando el testamento en su favor.

»Con el tiempo, no obstante, me resigné a ser desheredado por un ser que, en el intervalo entre comidas, apenas podría describirse como sensible. Seguí efectuando mi visita anual a Flee, y saliendo con mi tío a caballo, detrás de sus huesudos podencos galeses, por la montuosa región gris oscuro que —puesto que ya no me estaba garantizada su posesión— empezaba a encontrar de una inmensa aunque inalcanzable belleza.

»Hace tres días llegué aquí con idea de pasar una semana. Encontré a mi tío, que es hombre alto, de buena planta y con barba, disfrutando de su habitual salud de hierro. La belga, como siempre, me dio la impresión de ser invulnerable a las enfermedades, a las emociones y a cualquier cosa que no fuera un acto divino. Había ido aumentando de peso desde que empezó a vivir con mi tío, y ahora era una mujer de figura imponente, aunque no —todavía— torpe.

»Fue en la cena, la noche de mi llegada, cuando noté por primera vez cierto *malestar* detrás de la actitud brusca y lacónica de mi tío. Evidentemente, tenía algo en el pensamiento. Después de cenar me pidió que fuese a su despacho. Al hacerme la invitación, advertí en él el primer atisbo de confusión desde que le conocía.

»Las paredes del despacho estaban tapizadas de mapas y trofeos de zorro. La habitación se hallaba repleta de programas, catálogos, guantes viejos, fósiles, ratoneras, cartuchos y plumas utilizadas para limpiar la pipa: rancia diversidad de desechos que, en cierto modo, conseguían dar una impresión de coherencia y continuidad, como los detritos de la madriguera de un animal. Jamás en mi vida había entrado en su despacho.

»—Paul —dijo mi tío en cuanto cerré la puerta—, estoy muy preocupado.

»Adopté un aire de comprensivo interés.

»—Ayer —prosiguió mi tío— vino a verme uno de los colonos. Es un hombre honrado que cultiva un trozo de tierra al otro lado de la tapia norte del parque. Me dijo que había perdido dos ovejas de una forma que se podía explicar. Dijo que creía que las había matado algún animal salvaje.

»Mi tío hizo una pausa. La gravedad de su actitud era realmente presagiosa.

»—¿Los perros? —sugerí yo, con la timidez ligeramente protectora del que tiene probabilidad de su parte.

»Mi tío meneó la cabeza con circunspección.

»—Este hombre ha visto ovejas muertas por los perros. Dice que acaban siempre despedazándolas: les muerden las patas, las arrinconan, y las acosan hasta matarlas; no queda de ellas parte alguna sin dañar. Estas dos ovejas no habían muerto así. Bajé a verlas personalmente. No las habían mordido ni arrinconado. Habían muerto en descampado, no arrinconadas. El animal que lo ha hecho tiene más fuerza y más

astucia que un perro.

»—¿No puede haber sido alguna fiera escapada de algún circo ambulante? —dije.

»—No vienen a esta parte del país —replicó mi tío—; aquí no hay ferias.

»Nos quedamos callados un momento. Era difícil no mostrar más curiosidad que simpatía, mientras esperaba alguna otra revelación que justificase el derecho de mi tío a esta última emoción. Yo no lograba encontrar en esas dos ovejas muertas violencia suficiente que explicara su evidente zozobra.

»Habló otra vez, aunque con manifiesta desgana.

»—Esta mañana ha muerto otra —dijo en voz baja— en Home Farm. De la misma manera.

»A falta de mejor comentario, sugerí dar una batida por los matorrales de alrededor. Quizá había algún...

»—Hemos peinado el bosque —atajó mi tío bruscamente.

»—¿Y no han encontrado nada?

»—Nada... salvo unas huellas.

»—¿Qué clase de huellas?

»Los ojos de mi tío se volvieron súbitamente evasivos. Volvió la cabeza.

»—Eran huellas de hombre —dijo despacio. Un leño se desmoronó del fuego, en la chimenea.

»Volvió a reinar el silencio. La entrevista parecía producirle dolor, más que alivio. Pensé que no empeoraría la situación si manifestaba con franqueza mi curiosidad. Así que me armé de valor y le pregunté claramente qué motivos tenía para estar tan preocupado. Tres ovejas, que eran propiedad de sus arrendatarios, habían tenido una muerte que, aunque desde luego muy poco habitual, sin duda no iba a ser un misterio por mucho tiempo. Fuera quien fuese el que lo había hecho, acabaría inevitablemente siendo atrapado, muerto o expulsado en el transcurso de unos días. Lo más que podía temerse era la pérdida de una oveja o dos más.

»Al terminar, mi tío me dirigió una mirada inquieta, casi culpable. De repente comprendí que iba a hacer una revelación.

»—Siéntate —dijo—. Quiero contarte algo.

»Y esto es lo que me contó:

»—Hace un cuarto de siglo, mi tío había tenido que contratar a una nueva ama de llaves. Con esa mezcla de fatalismo e indolencia que es fundamento de la actitud del soltero ante los problemas de la servidumbre, aceptó a la primera solicitante. Era una mujer alta, ceñuda, y de ojos oblicuos, de unos treinta años, que venía de la frontera galesa. Mi tío no me dijo nada sobre su carácter, pero la describió como dotada de “poderes”. Cuando llevaba en Fleer unos meses, mi tío empezó a dedicarle atenciones, en vez de considerarla como algo natural. Y a ella no le desagradaron esas atenciones.

»Un día, fue y le dijo a mi tío que estaba embarazada de él. Mi tío lo tomó con bastante serenidad, hasta que vio que esperaba, o fingía esperar, que se casase con

ella. Entonces montó en cólera, la llamó puta y le dijo que debía abandonar la casa en cuanto naciera el niño. Y ella, en vez de derrumbarse, o de seguir discutiendo, se puso a salmodiar en galés, mirándole de soslayo con cierta burla. Esto le asustó. Le prohibió que volviera a acercarse a él, le ordenó que trasladase sus cosas a un ala no utilizada del castillo, y contrató a otra ama de llaves.

»Dio a luz un niño, y fueron a decirle a mi tío que la mujer se estaba muriendo; pedía continuamente verle, dijeron. Asustado a la vez que afligido, recorrió los pasillos, que no pisaba desde tiempo inmemorial, hasta su aposento. Cuando la mujer le vio aparecer, empezó a farfullar atropelladamente, sin apartar los ojos de él, como si repitiese una lección. Luego se detuvo, y pidió que le enseñasen al niño.

»Era un varón. La comadrona, observó mi tío, lo cogió de mala gana, casi con asco.

»—Ése es tu heredero —dijo la moribunda con voz destemplada y vacilante—. Le he dicho qué debe hacer. Será buen hijo para mí, y celoso con sus derechos de nacimiento —y se puso a contar una historia descabellada, aunque coherente, sobre una maldición, encarnada en el niño, que caería sobre aquél a quien nombrase mi tío heredero por encima del bastardo. Finalmente se apagó su voz y cayó hacia atrás, agotada, y con la mirada fija.

»Al dar mi tío media vuelta para marcharse, la comadrona le dijo en voz baja que echase una mirada a las manos del niño. Y abriéndole suavemente sus manitas, le mostró cómo, en las dos, el dedo anular era más largo que el corazón...

»Aquí le interrumpí. La historia tenía cierta fuerza misteriosa, quizá debido a su evidente efecto en el narrador: mi tío sentía miedo y repugnancia por lo que estaba contando.

»—¿Qué significa eso —pregunté— del anular más largo que el corazón?

»—Tardé mucho tiempo en descubrirlo —replicó mi tío—. Mis criados, al darse cuenta de que no lo sabía, no quisieron decírmelo. Pero al final lo averigüé por el doctor, que se enteró por una vieja del pueblo. Los que nacen con el anular más largo que el corazón se vuelven hombres-lobo. Al menos —hizo un ligero esfuerzo por mostrar divertida indulgencia— eso es lo que cree la gente de aquí.

»—¿Y eso... eso qué es? —yo también me di cuenta de que mi escepticismo estaba cediendo terreno a toda marcha. Me estaba volviendo extrañamente crédulo.

»—Un hombre-lobo —dijo mi tío, adentrándose sin la menor timidez en el terreno de lo inverosímil— es un ser humano que se transforma periódicamente, y en todos los respectos, en lobo. La transformación (o la supuesta transformación) acontece de noche. El hombre-lobo mata hombres y animales, dicen que para beberse su sangre. Tiene preferencia por los hombres. Durante toda la Edad Media, hasta el siglo xvii, hubo innumerables casos (especialmente en Francia) de hombres y mujeres que fueron juzgados legalmente por delitos que habían cometido como animales. Al igual que las brujas, rara vez eran absueltos; pero a diferencia de ellas, parece que raras veces fueron condenados injustamente —mi tío hizo una pausa—. He estado

leyendo viejos libros —explicó—. Al enterarme de lo que se creía del niño, escribí a un hombre de Londres que es entendido en estas cosas.

»—¿Qué fue del niño? —pregunté.

»—Se hizo cargo de él la mujer de uno de mis colonos —dijo mi tío—. Una mujer impasible del norte que, según creo, aprovechó la ocasión para mostrar lo poco que se le daban a ella las supersticiones locales. El chico vivió con este matrimonio hasta los diez años. Luego huyó. No he sabido de él hasta... —mi tío me miró casi como disculpándose—, hasta ayer.

»Nos quedamos un momento en silencio, mirando el fuego. Mi imaginación había traicionado a mi razón rindiéndose totalmente a esta historia. No encontré fuerzas para disipar sus temores con un alarde de sensatez. Yo también estaba algo asustado.

»—¿Cree que ha sido su hijo, el hombre-lobo, el que ha matado las ovejas? —dije finalmente.

»—Sí. Por jactancia o como advertencia. O quizá por despecho, una noche de caza infructuosa.

»—¿Infructuosa?

»Mi tío me miró con ojos turbados.

»—Su litigio no es con las ovejas —dijo inquieto.

»Por primera vez comprendí las consecuencias de la maldición de la galesa. La caza estaba en marcha. La presa era el heredero de Fleer. Me alegraba de haber sido desheredado.

»—He dicho a Germaine que no salga de noche —dijo mi tío, coincidiendo con el curso de mis pensamientos.

»Germaine era el nombre de la belga; se apellidaba Vom.

»Confieso que no pasé la noche muy tranquilo. La historia de mi tío no había causado esa “suspensión de la incredulidad” que dicen que es requisito fundamental para un buen drama; pero tengo una imaginación disparada. Ni el cansancio ni el sentido común pudieron desterrar por completo la visión de esa maldad metamorfoseada extendiendo los silencios negro y plata, con algún propósito, en el exterior de mi ventana. Me descubrí a mí mismo atento, temiendo oír ruido de pisadas sobre una costra helada de hojas de haya...

»No sé si fue en sueños como oí aullar una vez. Pero a la mañana siguiente, mientras me vestía, vi un hombre andando deprisa por el camino de la entrada. Me pareció un pastor. Llevaba un perro a sus talones, trotando con evidente falta de seguridad. En el desayuno, mi tío me dijo que habían matado otra oveja casi en las mismas narices de los guardas. Le temblaba un poco la voz. En su semblante se instaló la inquietud mientras observaba cómo Germaine se tomaba sus gachas como si se tratase de una apuesta.

»Después del desayuno decidimos emprender una campaña. No quiero aburrirle con los detalles de su desarrollo y fracaso. Estuvimos todo el día registrando el bosque trozo a trozo con treinta hombres, a caballo y a pie. Cerca del lugar de la

matanza, nuestros perros dieron con un rastro, y lo siguieron durante dos millas o más, hasta que lo perdieron en la vía del tren. Pero el suelo estaba demasiado duro para que hubiera huellas, y los hombres dijeron que sólo podía ser un zorro o una mofeta, a juzgar por la seguridad con que lo habían seguido los perros.

»Este ejercicio y ocupación sentó bien a nuestros nervios. Pero avanzada la tarde, mi tío empezó a mostrar desasosiego: el crepúsculo se estaba echando encima a toda prisa bajo un cielo cargado de nubes, y nos encontrábamos algo lejos de Fleer. Dio una última instrucción de encerrar el ganado por la noche, y encaminamos nuestros caballos hacia casa.

»Llegamos al castillo por la entrada de atrás, que era poco utilizada: un paseo húmedo, horrible, flanqueado por una fila de abetos y laureles. Bajo los cascos de nuestros caballos, las piedras sonaban remotas, amortiguadas por una alfombra de musgo. Cada bocanada de vapor de sus ollares se quedaba flotando con un aire de permanencia, como legada a una atmósfera inmóvil.

»Estábamos, quizá, a unas trescientas yardas de la alta verja que daba acceso al patio de las caballerizas, cuando los dos caballos se detuvieron en seco a la vez. Volvieron la cabeza hacia los árboles que teníamos a nuestra derecha, al otro lado de los cuales, sabía yo, se juntaba el paseo principal con el nuestro.

»Mi tío soltó un grito breve, inarticulado, en el que el presentimiento se horrorizó ante lo que preveía. En ese mismo instante, sonó un aullido al otro lado de los árboles. Había complacencia, y una especie de risa sollozante, en ese aullido siniestro. Se elevó y se apagó de manera voluptuosa; y volvió a subir y caer, inficionando la noche. Después se perdió, acompañado de un gañido gutural.

»Las fuerzas del silencio cayeron inútilmente detrás: su eco inmundito seguía resonando en nuestros oídos. Percibimos unos pies ligeros cruzando a zancadas el duro suelo del camino... dos pies.

»Mi tío saltó del caballo y echó a correr entre los árboles. Le seguí. Trepamos por un talud y salimos a terreno despejado. La única figura a la vista estaba inmóvil.

»Germaine Vom yacía doblada en el paseo, bulto sólido y negro contra los matices movientes del crepúsculo. Corrimos hacia ella...

»Para mí, Germaine había sido siempre un monograma inverosímil, más que una persona real. No pude por menos de pensar que moría como había vivido, en la estricta tradición pecuaria: tenía la garganta destrozada.

El joven se echó hacia atrás en su silla, algo mareado de hablar, y del calor de la estufa. Volvieron a rodearle las incómodas realidades de la sala de espera, olvidadas durante su relato. Suspiró, y dedicó una sonrisa de disculpa al desconocido.

—Es una historia improbable y absurda —dijo—. No espero que se la crea totalmente. En cuanto a mí, quizá, la realidad de sus consecuencias ha oscurecido su casi ridícula falta de verosimilitud. Porque, con la muerte de la belga, ahora soy yo el heredero de Fleer.

El desconocido sonrió: fue una lenta pero ya no abstracta sonrisa. Centellearon sus ojos color miel. Bajo el abrigo largo y negro, su cuerpo pareció estirarse con sensual expectación. Se puso silenciosamente de pie. El otro sintió que un miedo frío, afilado, le traspasaba los órganos vitales. Algo, desde el fondo de esos ojos brillantes, le amenazaba con sobrecogedora immediatez, como una espada apoyada en el corazón. Estaba sudando. No se atrevía a moverse.

La sonrisa del desconocido no fue ahora sino una mueca, una convulsión hambrienta de la cara. Sus ojos centellearon con duro y decidido deleite. Un hilo de saliva le colgaba del canto de la boca.

Muy despacio, alzó una mano y se quitó el sombrero hongo; de los dedos que agarraban el ala, el joven vio que el anular era más largo que el corazón.

Geoffrey Household

TABÚ

(c. 1939)

Los Cárpatos, habitual refugio de vampiros, se convierte también en tierra de licántropos en el poco conocido cuento de Geoffrey Household «Taboo», que forma parte de su volumen de relatos *The Salvation on Pisco Gahar & other Stories* (1939), y representa al parecer la única incursión de su autor en el campo de lo sobrenatural.

De verdadero nombre Edward West (1900-1988), este novelista inglés educado en Oxford no aparece siquiera mencionado en ningún diccionario de autores dedicados a la literatura fantástica o de terror. Sus populares novelas de aventuras en la tradición de John Ruchan —como *Rogue Male* (1939), *Watcher in the Shadows* (1960), *Dance of the Dwarfs* (1968) o *Rogue Justice* (1982), secuela de la primera—, apenas le han reservado un minúsculo espacio en algunas (muy pocas) enciclopedias sobre literatura en general. Pese a ello, el cuento que aquí presentamos supone un nuevo paso adelante en el tratamiento moderno de la licantropía, entre tantos nuevos relatos y novelas que apenas han aportado nada al género, salvo repetir sus más clásicos ingredientes convertidos casi en tics.

Su principal contribución, luego saqueada hasta la saciedad por el cine, fue la invención de un nuevo e infalible antídoto contra el hombre-lobo: la pieza de plata (en este caso un dólar), recurso tomado en préstamo al folklore escocés (donde es usual la daga de plata bendecida por un sacerdote), que el guionista de origen alemán Curt Siodmak trocó en contera de bastón y bala del mismo material para la película hollywoodense *El hombre-lobo* (1941). Con todo, el mayor hallazgo dramático del cuento, que confiere a toda la narración un tono siniestro y horrible lejos del patetismo y la complaciente cosmiseración que suelen ser norma en estos relatos, es su inesperada conclusión de que lo que más nos horroriza y a la vez nos atrae de la licantropía es la idea de «estar rompiendo un tabú», lo que justificaría el hambre voraz que asalta al hombre-lobo en sus momentos de crisis mucho más que la pretendida influencia de la luna, con que más modernamente se ha querido explicar este fenómeno una vez superados los argumentos primitivos, como el pacto satánico, la maldición de una bruja o el contagio casual al ser mordido por uno de ellos.

TABÚ

LE escuché esta historia a Lewis Banning el americano; pero como también conozco bastante a Shiravieff, y le he oído contar partes de ella después, creo sinceramente que puedo reconstruir sus propias palabras.

Shiravieff había pedido a Banning que se uniese al coronel Romero, y después de comer, siguiendo su costumbre, les hizo pasar a su consulta; a su despacho, debería decir, porque allí no hay instrumentos ni cosas de esmalte blanco que transmitan al paciente la desagradable idea de que van a manipularle el cuerpo, ni tiene Shiravieff, entre las oscuras siglas que está autorizado a poner detrás de su nombre, ninguna que suponga un título médico. Es una habitación larga, tranquila, de una armonía sólo rota por los trofeos deportivos. El hocico de un enorme lobo gris enseña los dientes sobre la repisa de la chimenea, y en la pared de enfrente hay preciosas cabezas de íbices y aurochs. Como es natural, Shiravieff las ha colgado ahí a propósito. Sus pacientes de los condados acuden esperando encontrarse con un curandero, pero adquieren confianza en seguida, cuando ven que ha matado animales salvajes de manera caballerosa.

Le van bien los trofeos. Con su barba puntiaguda y su ancha sonrisa, parece más un explorador que un psicólogo. Su calma inalterable no es la cualidad sacerdotal del doctor: es la desilusión del viajero y el exiliado, del hombre que ha estudiado lo mejor y lo peor de la naturaleza humana, y ha descubierto que no hay clara diferencia entre lo uno y lo otro.

Romero le cogió antipatía al despacho. Era muy sensible al ambiente, aunque lo habría negado con indignación.

—Un montón de mujeres ridículas —gruñó oscuramente—, desahogando emociones a raudales.

Naturalmente, habían desahogado cantidad de emociones desde la misma silla

que ahora ocupaba él; pero dado que Shiravieff había hecho nombre con casos provocados por la guerra, debía de haber montones de varones ridículos también. Romero, por supuesto, jamás hablaba de eso. Prefería pensar que la histeria era privativa del sexo opuesto. Y dado que era un latino enamorado de Inglaterra, adoraba y cultivaba nuestra flemma.

—Le aseguro que las emociones son totalmente inofensivas, una vez fuera de nuestro organismo —contestó Shiravieff, sonriendo—. Es cuando las tenemos dentro, cuando dan problemas.

—Çà! A mí me gusta la gente que sabe guardarse las emociones —dijo Romero—. Por eso me encanta vivir en Londres. Los ingleses no son fríos: es una estupidez decir que son fríos. Lo que pasa es que son educados. Nunca manifiestan aquello que los hiere. Me gusta eso.

Shiravieff tamborileó con su dedo índice sobre la mesa con ritmo rápido y nervioso.

—¿Y qué pasa cuando *deben* manifestar emoción? —preguntó con enfado—. ¡Hay que escandalizarlos... escandalizarlos para que lo hagan! Pero no pueden, y siguen heridos de por vida.

Nunca le habían visto impaciente. Nadie le había visto impaciente. Era una actitud inimaginable en él: como si tu médico de cabecera viniese a verte sin pantalones. Evidentemente, Romero había removido las heces.

—Yo los he escandalizado, y han revelado mucha emoción —comentó Banning.

—No me refiero a sus pequeños convencionalismos —dijo Shiravieff lenta, gravemente—. Escandalícelos con alguna acción horrible de la que no puedan desviar la mirada, con algo capaz de ofender el alma de cualquiera de nosotros. ¿Recuerda el cuento de Maupassant del hombre cuya hija fue enterrada viva, cómo volvió ella de la tumba, y cómo durante toda su vida conservó él el gesto impulsivo con que trató de apartarla? Bueno, si ese hombre hubiera chillado, o hubiera sufrido un ataque, o se hubiera pasado la noche llorando, tal vez no habría cogido ese tic.

—Podría haberle salvado el valor —sentenció el coronel con arrogancia.

—¡No! —exclamó Shiravieff—. Todos somos cobardes, y lo más saludable que podemos hacer es exteriorizar nuestro miedo cuando lo tenemos.

—A mí me da miedo la muerte —empezó Romero.

—No estoy hablando del miedo a morir. No es eso. Es nuestro horror a romper un tabú lo que produce el *shock*. Díganme, ¿alguno de ustedes recuerda el caso de Zweibergen, ocurrido en 1926?

—El nombre me resulta familiar —dijo Banning—. Pero no recuerdo con exactitud. ¿No era un pueblecito embrujado?

—Me alegra comprobar que tiene una mente sana —dijo Shiravieff con ironía—. Olvida las cosas de las que no quiere acordarse.

Les ofreció cigarros y encendió uno para sí. Como no fumaba casi nunca, el tabaco le calmó inmediatamente. Sus ojos grises centellearon como para asegurarles

que compartía la sorpresa de ambos ante su momentánea irritación. No se había dado cuenta Banning, según dijo, de que las asociaciones antitabáquicas tenían razón: el tabaco era una droga.

—Yo me encontraba en Zweibergen ese verano. Había decidido ir allí en busca de soledad. Únicamente puedo descansar cuando estoy solo —empezó Shiravieff de repente—. Hace diez años, los Cárpatos orientales eran una región remota, separada de los turistas por demasiadas fronteras. Habían desaparecido los magnates húngaros que solían cazar en sus bosques antes de la guerra, y sus dominios estaban dispersos. No esperaba tener compañía civilizada de ningún género.

»Me decepcionó descubrir que un matrimonio había alquilado el viejo pabellón de caza. Era una pareja interesante, pero no trabé ninguna relación con ellos, aparte de charlar un rato cuando nos cruzábamos por la calle del pueblo. Él era inglés y ella americana; una de esas mujeres encantadoras que son absoluta y típicamente americanas. Ningún otro país puede fundir suficientes razas como para producir mujeres así. Su sangre, diría yo, era eslava en su mayor parte. Ellos me tenían por un individuo huraño, aunque respetaban mi evidente deseo de aislamiento... hasta que tuvimos necesidad de oyentes en Zweibergen. Entonces los Vaughan me invitaron a cenar.

»No hablamos más que de lugares comunes durante la comida, que dicho sea de paso fue excelente. Hubo pierna de venado y fresas silvestres, recuerdo. Tomamos café en el césped, delante de la casa, y permanecemos un rato en silencio —el silencio de las montañas—, contemplando el valle. El bosque de pinos, que ascendía hilera tras hilera, era negrísimo en el crepúsculo. Había rocas blancas, aisladas, diseminadas en él. Parecía como si fueran a moverse de un momento a otro... como espectros de animales gigantescos triscando por encima de las copas de los árboles. Luego, aulló un perro en la montaña, más arriba de donde estábamos. Empezamos a hablar a la vez. Sobre el misterio, evidentemente.

»Hacía casi una semana, habían desaparecido dos hombres en el bosque. El primero era de una aldea que estaba a unas diez millas valle abajo; cuando regresaba al anochecer de una pequeña ascensión a las montañas. Quizá había desaparecido en un ventisquero o barranco, porque los senderos no eran demasiado seguros: no había clubs de montañeros en esa región que los mantuviesen en buen estado. Pero por lo visto era un accidente menos habitual el que le había acontecido. Estuvo lejos de los picos altos. Un pastor que acampaba en una de las montañas menores había intercambiado un saludo con él: le vio desaparecer entre los árboles, de camino hacia abajo. Ésa fue la última vez que le vieron o se tuvo noticia de él.

»El otro formaba parte del grupo de búsqueda que salió al día siguiente. Este hombre se había quedado en un punto, mientras el resto registraba el bosque en dirección a él. Era la última batida, y estaba oscuro. Cuando el frente del grupo llegó al puesto acordado, no estaba.

»Todo el mundo sospechó de los lobos. No se cazaba en esta reserva desde 1914

y había abundante vida animal de toda clase. Pero no habían actuado en manada y los grupos de búsqueda no encontraron rastro alguno de sangre. No había huellas que ayudasen, ni descubrieron signo alguno de lucha. Vaughan comentó que se estaba haciendo una montaña del caso; probablemente, los dos hombres se habían hartado de la rutina doméstica y habían aprovechado la ocasión para desaparecer. En estos momentos, esperaba, estarían camino de Argentina.

»Esta fría manera de despachar la tragedia era inhumana: sentado allí, alto, distante, y despreocupadamente fuerte. Su rostro parecía troquelado con ese molde agradable de la clase superior. Sólo su boca firme y las delgadas y sensibles aletas de su nariz, revelaban que tenía alguna personalidad. Kyra Vaughan le miró con desprecio.

»—¿Eso es lo que piensas de verdad? —preguntó.

»—¿Por qué no? —contestó él—. De haber muerto esos hombres, tendría que haberlos matado algún animal que anduviera merodeando y esperando la ocasión. Y no hay tal cosa.

»—¡Si te empeñas en creer que los hombres no han muerto, créelo! —dijo Kyra.

»La teoría de Vaughan de que los hombres habían desaparecido por propia voluntad era desde luego absurda; pero la súbita frialdad de su mujer hacia él me pareció innecesariamente desabrida. Lo comprendí al conocerle mejor. Vaughan — ¡su inglés reservado, Romero! — estaba disimulando sus propios pensamientos y temores, y eligió, de manera totalmente impensada, parecer estúpido en vez de mostrar inquietud. Ella se había dado cuenta de su insinceridad sin comprender la causa y eso la había irritado.

»Eran una pareja rara, los dos: inteligentes, cultos, y tan interesados en sí mismos y en el otro que necesitaban más de una vida para satisfacer su curiosidad. Ella era un ser nervioso, con unos ojos vivos de color castaño y un cuerpo delgado y ansioso que parecía brotar, como una flor, del suelo que tenía bajo los pies. ¡Y espontánea! No me refiero a que no pudiera actuar. Podía; pero cuando lo hacía, era con lentitud. Estaba indefensa frente a la alegría y el sufrimiento de los demás, y no intentaba ocultarlo.

»¡Dios mío, en un día vivía ella emociones que a su marido le duraban un año!

»No es que él fuese poco emotivo. Eran muy parecidos los dos, aunque jamás lo habría sospechado uno. Sin embargo, él era parco en las lágrimas y las risas, y había protegido su alma entera contra ambas cosas. A un observador fortuito le habría parecido el más tranquilo de los dos, aunque en el fondo era un extremista. Podía haber sido un poeta, un san Francisco o un revolucionario. Pero ¿lo era? ¡No! Era inglés. Sabía que corría peligro de que le dominaran las ideas emocionales, de entregar su vida a ellas. ¿Entonces? Entonces, contrarrestaba cada idea con otra, asegurándose así la paz del fiel de la balanza. Ella, en cambio, andaba saltando siempre de un platillo al otro. Y él la amaba por eso. Pero la actitud reservada de él le crispaba los nervios.

—O sea, que la mujer no hacía nada mal a los ojos de usted —dijo Romero con

cierto enojo. El desconocido inglés había despertado sus simpatías. Lo admiraba.

—Yo la adoraba —dijo Shiravieff con franqueza—. Todo el mundo la adoraba: hacía vivir a uno más intensamente. Pero no crea que subestimaba al marido: no podía por menos de ver cómo funcionaba su maquinaria; aunque me caía muy bien. Era un hombre en el que se podía confiar, y un buen compañero. Un hombre de acción. Lo que hacía, tenía poco que ver con las opiniones que expresaba.

»Pues bien, después de esa cena con los Vaughan no me quedaron ganas de pasar las vacaciones solo; así que hice lo que me pareció mejor, y me interesé activamente en todo lo que ocurría. Escuchaba todos los cotilleos, ya que estaba hospedado en el mentidero del pueblo: la posada. Por las tardes solía reunirme con el juez del distrito que, sentado en el patio ante una jarra de cerveza, echaba una ojeada a las notas tomadas de las deposiciones del día.

»Era un funcionario muy rígido; el tipo de hombre apropiado para un caso como éste. Una persona más imaginativa habría elucubrado teorías, habría encontrado pruebas adaptables a ellas, y no habría conseguido sino aumentar el misterio. Él no quería hablar del caso. No, no había peligro de que cometiera una indiscreción. Sencillamente, no tenía nada que decir, y era lo bastante lúcido para darse cuenta. Confesaba que no sabía más que los vecinos del pueblo, cuyas deposiciones llenaban su carpeta. Pero estaba dispuesto a hablar de cualquier otro tema —especialmente, de política—, y nuestras conversaciones me granjearon cierta reputación de sabiduría entre la gente del pueblo. Casi alcancé la categoría de funcionario público.

»Así que, cuando desapareció un tercer hombre —esta vez del propio Zweibergen—, vinieron el alcalde y el guardia a pedirme instrucciones. Era el tendero el que había desaparecido. Había subido al bosque con la esperanza de cazar un urogallo al anochecer. Por la mañana, la tienda permaneció cerrada. Sólo entonces se supo que no había regresado. Se había oído un único disparo hacia las diez y media de la noche, cuando se supone que el tendero estaría camino de regreso.

»Lo único que se me ocurrió, mientras llegaba el juez, fue organizar grupos de búsqueda. Dividimos el bosque en secciones, y recorrimos todos los senderos. Vaughan y yo, con uno de los campesinos, subimos a mi lugar predilecto para la caza del urogallo. Era allí, pensaba, adonde debió de ir el tendero. Luego examinamos todas las pisadas del camino que tuvo que tomar para volver al pueblo. Vaughan sabía leer un rastro. Era uno de esos ingleses sorprendentes a los que puedes estar tratando durante años sin enterarte de que hay hombres de color en África o en Birmania o en Borneo que le conocen mejor que tú, que han ojeado para él, y lo consideran más justo que sus propios dioses, aunque no más comprensible.

»Llevábamos recorridas unas cuatro millas cuando me sorprendió verlo detenerse súbitamente ante una maleza. Hasta ese momento, yo había sido lo bastante imbécil como para pensar que no hacía nada.

»—Alguien ha dejado el sendero aquí —dijo—. Le entró prisa. No sé por qué.

»A unos pasos del sendero había una roca blanca de unos treinta pies de altura.

Era empinada, pero sus salientes hacían posible escalarla. Al pie de esta roca, de una cavidad escasamente más grande que la madriguera de un zorro, salía un manantial caliente. Cuando Vaughan me indicó las señales, pude ver que los arbustos que crecían entre la roca y el sendero habían sido apartados con violencia. Pero le hice notar que no parecía lógico que nadie que huyese del sendero lo hiciera atravesando matorrales.

»—Cuando uno sabe que le persiguen, le gusta poder otear a su alrededor —contestó Vaughan—. Sería reconfortante encontrarse en lo alto de esa roca, con un rifle en las manos... si se llega a tiempo. Subamos.

»La cima era de roca viva, con matas trepadoras y hiedra que crecían en las grietas. A unas tres yardas del borde había un arbolito que había crecido en una oquedad rellena de tierra. Un lado de su tronco estaba astillado. Había recibido un disparo a corta distancia. El campesino que venía con nosotros se santiguó. Murmuró:

»—Dicen que siempre hay un árbol entre tú y él.

»Le pregunté quién era “él”. No contestó en seguida, sino que jugó con su bastón despreocupadamente, y como avergonzado, hasta que cogió la contera de hierro con la mano. Entonces murmuró:

»—El hombre-lobo.

»Vaughan se echó a reír y señaló las huellas del disparo a quince centímetros del suelo.

»—Será una cría de hombre-lobo, si tiene esa estatura —dijo—. No, al hombre se le disparó la escopeta al caer. Quizá le seguían demasiado de cerca, cuando trepaba. Ahí es donde debió de caer su cuerpo.

»Se arrodilló para inspeccionar el suelo.

»—¿Qué es esto? —me preguntó—. Si es sangre, tiene algo más.

»Sólo había una mancha pequeña en la roca viva. La examiné. Era, sin ninguna duda, masa encefálica. Me sorprendió que no hubiera más. Supongo que debió de salirle de una herida profunda en el cráneo. Quizá producida por una flecha, o por el pico de un ave, o tal vez por un diente.

»Vaughan bajó de la roca deslizándose, y hundió el bastón en el barro sulfuroso del lecho del manantial. Luego registró por los matorrales como un perro.

»—No han arrastrado ningún cuerpo en esa dirección —dijo.

»Examinamos la otra cara de la roca. Estaba cortada a pico, y parecía imposible de escalar por ningún hombre o animal. En el borde asomaba una maraña de vegetación. Yo estaba dispuesto a creer que los ojos de Vaughan podían decretar si había pasado alguien por allí.

»—¡Ni rastro! —dijo—. ¿Adonde diablos habrá ido a parar su cadáver?

»Estábamos los tres sentados en el borde de la roca, en silencio. El manantial burbujeaba y supuraba debajo, y los pinos susurraban encima de nosotros. No hacía falta que una partícula de sustancia humana, reconocible sólo por el ojo del psicólogo, nos dijera que estábamos en el escenario de un crimen. ¿Imaginación? Con

frecuencia, la imaginación no es sino un instinto olvidado. El hombre que subió a esa roca se preguntaría aterrado por qué se rendía a su imaginación.

»Al regresar al pueblo encontramos al juez, y le informamos de nuestro descubrimiento.

»—¡Muy interesante! Pero ¿qué nos dice eso? —preguntó.

»Le dije que al menos sabíamos que el hombre había muerto, o se estaba muriendo.

»—No hay una prueba fehaciente. Enséñeme su cadáver. Muéstreme un motivo para matarle.

»Vaughan insistió en que era obra de un animal. El juez no estaba de acuerdo. Si fuera un lobo, dijo, podría haber habido alguna dificultad en reunir los restos del cuerpo, pero no en encontrarlo. Y en cuanto a los osos, bueno, eran tan inofensivos que la sola idea era ridícula.

»Nadie creía que se tratara de una bestia material, porque habían registrado toda la zona. Y en el pueblo se contaban historias, viejas historias. Nunca me hubiera imaginado que esos campesinos admitiesen tantos horrores como hechos efectivos, de no haber oído sus habladurías en la posada del pueblo. Lo extraño es que no podía decir entonces, ni puedo decir ahora, que fueran pura fábula. Tenían que haber visto ustedes la expresión de los ojos de aquellos hombres cuando el viejo Weiss, el guardabosque, nos contó cómo su padre había disparado a quemarropa, en varias ocasiones, a un lobo gris que andaba por el bosque al anochecer. No consiguió matarlo hasta que cargó su escopeta con algo de plata. Entonces el lobo se desvaneció, al recibir el disparo; pero después encontraron a Heinrich el zapatero agonizando en su casa, herido con un dólar de plata en el vientre.

»Josef Weiss, su hijo, que trabajaba casi exclusivamente en la reserva y apenas se le veía en el pueblo, a menos que bajara a vender un cuarto o dos de venado, estaba indignado con su padre. Era un tipo corpulento, hosco, y algo leído. Nadie era tan intolerante con la superstición como este hombre semi-instruido. Vaughan, naturalmente, coincidía con él; pero superaba las historias de los aldeanos con tan horripilantes historias del folklore nativo y la literatura medieval que yo no podía por menos de pensar que había estudiado el tema. Los vecinos le tomaban en serio. Iban y venían en parejas. Ninguno salía de noche sin compañía. Sólo el pastor parecía indiferente. No era un incrédulo, sino un místico. Estaba acostumbrado a andar de noche bajo los árboles.

»—Uno tiene que formar parte de esas cosas, señor —me dijo—; entonces se les pierde el miedo. No quiero decir que tenga uno que convertirse en lobo, ¡la Virgen María nos proteja! Pero yo sé lo que quería.

»Esto era de lo más interesante.

»—Creo que yo también —contesté—. Pero ¿qué se siente?

»—Se siente como si el bosque se le metiera a uno debajo de la piel, y le dieran ganas de vivir a lo salvaje y andar a cuatro patas.

»—Tiene toda la razón —dijo Vaughan, con convicción.

»Ésa fue la gota que colmó el vaso para los campesinos. Se apartaron de Vaughan, y dos de ellos escupieron en el fuego para ahuyentar su mal de ojo: les parecía que estaba demasiado familiarizado con las artes negras.

»—¿Qué explicación le encuentra usted? —preguntó Vaughan, volviéndose hacia mí.

»Le dije que podía haber una docena de causas diferentes, lo mismo que el miedo a la oscuridad. Y el hambre física podía tener igualmente que ver.

»Creo que nuestra moderna psicología tiende a conceder demasiada importancia al sexo. Hemos olvidado que el hombre es, o ha sido, un veloz animal cazador provisto de todos los instintos necesarios.

»En cuanto mencioné el hambre, hubo un coro de asentimiento; aunque la verdad es que no querían saber nada de lo que el pastor, Vaughan y yo estábamos hablando. La mayoría de estos hombres conocía lo que era el hambre extrema. El posadero recordó una hambruna temporal durante la guerra. El pastor nos contó que una vez había pasado una semana pegado a la pared de una roca, hasta que le rescataron. Josef Weiss, deseoso de dejar lo preternatural, nos contó sus experiencias como prisionero de guerra en Rusia. Había sido olvidado, junto con sus compañeros, tras las paredes lisas de una fortaleza, al incorporarse sus guardianes a la revolución. Aquellos pobres diablos pasaron por una situación verdaderamente desesperada.

»Durante una semana entera, Vaughan y yo estuvimos saliendo día y noche con grupos de búsqueda. Entretanto, Kyra se esforzaba sin descanso en tranquilizar a las mujeres. No podían por menos de quererla... aunque medio recelaban que tenía que ver con el misterio. No les culpo. No podía esperarse que comprendiesen su apasionada espiritualidad. Para ellas, Kyra era un ser de otro planeta, fascinante y aterrador. Sin atribuirle ningún poder sobrenatural, no tengo duda de que Kyra era capaz de leer el pasado, presente y futuro de cualquiera de aquellos aldeanos más certeramente que los gitanos ambulantes.

»En nuestro primer día de descanso, pasé la tarde con los Vaughan. Él y yo estábamos descansados tras dormir doce horas, y convencidos de que daríamos con una nueva solución del misterio que fuera la correcta. Kyra se unió a la conversación. Repasamos las viejas teorías una y otra vez, aunque no avanzábamos.

»—No tendremos más remedio que creer lo que cuentan los del pueblo —dije finalmente.

»—¿Y por qué no? —preguntó Kyra Vaughan.

»Los dos protestamos. ¿Acaso lo creía ella?

»—No estoy segura —contestó—. ¿Qué importa? Pero sé que les ha llegado el mal, a estos hombres. El mal... —repitió.

»Nos sobresaltó. Ríase usted, Romero, pero no tiene idea de cómo nos afectaba esa atmósfera de extrañeza.

»Al evocar aquello ahora, me doy cuenta de cuánta razón tenía. ¡Dios mío,

mientras las mujeres captan el significado espiritual de algo, nosotros lo tomamos literalmente!

»Cuando se marchó ella, le pregunté a Vaughan si Kyra creía de veras en la existencia del hombre-lobo.

»—No exactamente —explicó—. Lo que quiere decir es que nuestra lógica no nos está llevando a ninguna parte; que debemos ponernos a buscar algo que, si no es hombre-lobo, tiene el espíritu de hombre-lobo. Y aunque viese uno, no estaría más preocupada de lo que está. Le impresiona poco la forma externa de las cosas.

»Vaughan valoraba a su mujer. No sabía qué diablos quería decir, pero sabía que siempre había un sentido en sus parábolas, aun cuando tardabas tiempo en descubrir la relación entre lo que ella decía y el modo en que tú habrías expresado lo mismo. Eso es, al fin y al cabo, lo que significa la palabra entendimiento.

»Le pregunté qué pensaba que había querido decir con eso del mal.

»—¿El mal? —contestó—. Las fuerzas malignas; algo que se comporta como no tiene derecho a comportarse. Quiere decir casi... posesión. Bueno, busquemos según nuestra propia manera de interpretar lo que ella quiere decir. Supongamos que es visible, y veamos a ese ser.

»Vaughan seguía pensando aún que era un animal: su cacería había sido fructífera, y ahora que el bosque estaba tranquilo volvería a empezar. Creía que no se le había alejado de manera definitiva.

»—No lo han puesto en fuga las primeras batidas —comentó—. Han ahuyentado toda la caza en varias millas a la redonda, pero ese animal se ha llevado a uno de ellos. Volverá, tan seguro como que vuelve el león devorador de hombres. Y sólo hay una forma de cogerlo: ¡con cebo!

»—¿Y quién va a hacer de cebo? —pregunté.

»—Usted y yo.

»Creo que me sobresalté. Vaughan se echó a reír. Dijo que me veía gordo, que sería un cebo de lo más tentador. Cada vez que él hacía un chiste de mal gusto, me daba cuenta de que hablaba en serio.

»—¿Y qué va a hacer? —pregunté—. ¿Atarme a un árbol y acechar con un rifle?

»—Es lo mandado, salvo que usted no necesita que le aten; y como la idea es mía, el rifle le toca a usted primero. ¿Es buen tirador?

»Lo soy, y él lo era también. Para probarlo, practicamos el tiro al blanco después de cenar, y comprobamos que podíamos confiar el uno en el otro hasta unas cincuenta yardas, en luna llena. A Kyra no le gustaba la caza. Le tenía horror a la muerte. La excusa de Vaughan no la hizo cambiar de parecer: le dijo que íbamos a cazar ciervos por la noche y que necesitábamos practicar.

»—¿Vais a matarlos mientras duermen? —le preguntó de malhumor.

»—Mientras están cenando, cariño.

»—Antes, si es posible —añadí yo.

»Me desagradaba ofenderla con bromas que para ella eran insustanciales, pero

elegí esta salida a propósito. No le podíamos decir la verdad, y ahora ella se sentiría demasiado orgullosa para hacer preguntas.

»A la tarde siguiente, Vaughan bajó a la posada, y allí trazamos un plan de campaña. La roca era el punto de partida de todas nuestras teorías, y decidimos situar en ella el puesto de observación. Desde lo alto se dominaba claramente el sendero, hasta unas cincuenta yardas a lado y lado. El que montase guardia debía ocupar su sitio, cubierto por la hiedra, antes de ponerse el sol; y poco antes de las diez, debía estar el cebo en el sendero, y a tiro. Tendría que pasear arriba y abajo cuidando siempre no perder de vista la roca, hasta la medianoche, en que daríamos por terminada la sesión. Calculamos que nuestra presa, si discurría, tomaría al cebo por miembro de un grupo de búsqueda en esa parte del bosque.

»La dificultad estaba en llegar allí. Teníamos que ir por separado, por si éramos vistos, y esperábamos que todo fuera bien. Finalmente, decidimos que el que ocupara el sendero, dado que podían seguirle, debía dirigirse allí directamente y lo más deprisa que pudiera. Había un resbaladero de troncos muy cerca, por el que se podían acortar diez minutos. El de la roca debía esperar un rato, y luego regresar por el sendero.

»—Bien, no le volveré a ver hasta mañana por la mañana —dijo Vaughan cuando se levantó para irse—. Usted me verá a mí pero yo a usted no. Dé un silbido bajo cuando yo llegue al sendero; así sabré que está allí.

»Comentó que había dejado al notario una carta para Kyra, en caso de accidente; y añadió con una risa forzada que pensaba que era una tontería.

»A mí me pareció que era todo menos una tontería, y se lo dije.

»Antes de ponerse el sol estaba yo en lo alto de la roca. Enrosqué las piernas y el cuerpo en la hiedra, dejando la cabeza y los hombros libres para girar con el rifle, un 300 de cañón largo. Tuve la certeza de que Vaughan estaba todo lo seguro que la ciencia humana y la mano firme podían garantizar.

»Salió la luna, y el sendero fue una cinta de plata delante de mí. Hay algo silencioso en la luna. No es la luz. Es la situación. Cuando se oía un ruido, era inesperado; como el súbito temblor del costado de un animal dormido. De vez en cuando chascaba una ramita. Ululó un búho. Un zorro cruzó furtivo el sendero, mirando hacia atrás por encima del hombro. Deseé que hubiera llegado Vaughan. Luego la hiedra crujió detrás de mí. No podía volverme. Se me había sensibilizado la espina dorsal, y la nuca me hormigueaba como si esperase un golpe. Era inútil que me dijera a mí mismo que detrás de mí sólo podía haber un pájaro; aunque, naturalmente, era un pájaro: un chotacabras salió de la hiedra con ruidoso aleteo, y el cuerpo se me cubrió súbitamente de un sudor frío. El susto me borró todos los temores vagos. Seguí estando incómodo, pero tranquilo.

»Al cabo de un rato, oí a Vaughan caminando por el sendero. Luego apareció a la vista: era una silueta clara, destacada a la luz de la luna. Di un silbido suave, y él movió la mano desde la muñeca para hacerme saber que me había oído. Se puso a

andar arriba y abajo, fumando. La brasita del cigarro señalaba su cabeza en las sombras. Adonde fuera, mi telémetro apuntaba una yarda o dos detrás de él. Cuando llegó la medianoche, hizo una seña con la cabeza en dirección a mi escondite, y se fue corriendo por el resbaladero de troncos. Poco después emprendí yo también el regreso.

»A la noche siguiente cambiamos los papeles. Me tocó deambular por el sendero. Descubrí que era preferible hacer de cebo. Habría deseado tener la ayuda de otro par de ojos en la roca; pero al cabo de una hora en mi puesto, ni me dignaba a volver la cabeza. Dejé que Vaughan cuidase de lo que aconteciera detrás de mí. Sólo una vez me sentí inquieto. Oí, según me pareció, el grito lejano de un pájaro en el bosque. Fue un canto extraño, casi un quejido. Sonó como la breve exclamación asustada de una mujer. Por entonces, los pájaros no eran santos de mi devoción. Tenía el recuerdo enloquecedor de cierta ave brasileña que le perfora a uno el occipital y se alimenta de sesos. Miré fijamente hacia los árboles, vislumbré un aleteo de algo blanco en un claro de la luna, abajo. Sólo fue una fracción de segundo, y llegué a la conclusión de que debió de ser un soplo de viento que rizó la yerba plateada. Al terminar el tiempo de vigilancia me dirigí al resbaladero de troncos y emprendí el regreso a la posada. Me dormí preguntándome si no nos habíamos dejado llevar por los nervios.

»A la mañana siguiente subí a ver a los Vaughan. Kyra estaba pálida y nerviosa. Le dije inmediatamente que debía descansar más.

»—No quiere —dijo Vaughan—. No soporta que los demás tengan preocupaciones.

»—La verdad es que no puedo borrarlas de la cabeza con la misma facilidad que tú —contestó provocadora.

»—¡Vaya por Dios! —exclamó Vaughan—. No quiero que empecemos a discutir.

»—No, porque sabes que no tienes razón. ¿Acaso has olvidado ya ese asunto horrible?

»Tomé las riendas de la conversación, y la suavicé encauzándola hacia temas más amables. Y al hacerlo, percibí cierta resistencia por parte de Kyra: evidentemente, quería seguir la pelea. Me pregunté por qué. Sin duda tenía los nervios en tensión; aunque estaba demasiado cansada para relajarlos con una pelea. Concluí que atacaba a su marido para hacerle confesar cómo pasaba las veladas.

»Era eso. Antes de marcharme, me llevó aparte con el pretexto de enseñarme el jardín, y centró la conversación en nuestras expediciones de caza. ¡Quiera Dios que no me encuentre jamás en el banquillo, si el fiscal es una mujer! Sin embargo, yo tenía derecho a preguntar a mi vez, y me las arreglé para escurrirme de su interrogatorio sin que se diera cuenta. Era doloroso. No podía permitir que supiera la verdad, pero me sabía mal dejarla en el suplicio de la incertidumbre. Vaciló un instante, antes de decirme adiós. Luego me cogió el brazo y exclamó:

»—¡Cuide de él!

»Sonreí, y le dije que tenía los nervios agotados, y que no hacíamos nada

peligroso. ¿Qué otra cosa podía decirle?

»Esa noche, la tercera de nuestra vigilancia, el bosque parecía vivo. El mundo que vive bajo las hojas caídas —ratones, topos y escarabajos— producía una agitación sorprendente. Chillaban las aves nocturnas. Un ciervo tosió en el interior del bosque. Soplaban una ligera brisa, y desde mi escondite en lo alto de la roca observaba a Vaughan tratando de captar qué olor traía. Se agachó, ocultándose en las sombras. Un oso cruzó el sendero hacia arriba, y empezó a cavar en busca de algún succulento bocado en las raíces de un árbol. Parecía lanoso e inofensivo como un perro grande. Evidentemente, ni él ni su especie eran la causa de nuestra vigilancia. Vi sonreír a Vaughan, y comprendí que estaba pensando lo mismo que yo.

»Poco después de las once, el oso alzó la cabeza, olfateó el aire, y desapareció entre las masas oscuras de los matorrales con la misma facilidad y rapidez que si hubieran apagado una luz proyectada sobre él. Los ruidos de la noche fueron cesando uno tras otro. Vaughan se palpó el revólver en el bolsillo. El silencio hablaba por sí mismo. El bosque había dejado a un lado sus asuntos y vigilaba como nosotros.

»Vaughan caminó, sendero arriba, hasta el límite de su recorrido. Miró a lo lejos un instante; y más allá del sendero, entre los árboles, mis ojos captaron el mismo parpadeo blanco. Vaughan dio media vuelta y regresó; y cuando él se hallaba junto a la roca, lo percibí otra vez: parecía algo voluminoso, de un blanco suave, y se movía deprisa. Vaughan pasó por delante de mí, en dirección a él, y enfoqué el telémetro en el sendero, delante de él. El bulto venía saltando por entre los árboles; salió a la luz de la luna, y fue hacia él. Me salvó sólo la especial dificultad del tiro. Era una fracción de segundo más lo que yo necesitaba para asegurarme de no herir a Vaughan. Y en esa fracción de segundo, gracias a Dios, ¡ella le llamó! Era Kyra. Un abrigo blanco de armiño, y su carrera aterrada, sendero arriba, hacían de ella una extraña figura.

»Se quedó abrazada a él mientras recobraba el aliento. La oí decir:

»—Me he asustado. Algo venía detrás de mí. Estoy segura.

»Vaughan no contestó, pero la estrechó contra sí y le acarició el cabello. El labio superior de Vaughan se retiró un poco de sus dientes. Por una vez, su ser cedió a una simple emoción: el deseo de matar lo que la había asustado.

»—¿Cómo sabías que estaba aquí? —le preguntó.

»—No lo sabía. Te estaba buscando. Anoche te busqué también.

»—¡Estás loca, mi valerosa chiquilla! —dijo.

»—Pero tú no debes... no debes estar solo. ¿Dónde está Shiravieff?

»—Ahí arriba —señaló la roca.

»—¿Y por qué no te escondes tú también?

»—Uno de los dos tiene que dejarse ver —contestó.

»Kyra comprendió inmediatamente el sentido de su respuesta.

»—¡Regresa conmigo! —exclamó ella—. ¡Prométeme dejar esto!

»—No corro ningún peligro, cariño —contestó él—. ¡Mira!

»Aún puedo oír ahora su voz tensa y recordar sus palabras exactas. La llevó al pie de la roca. La rodeó con su brazo izquierdo. Alzó el derecho, extendido, con un pañuelo cogido por dos puntas. No me miró, ni alteró su tono.

»—¡Shiravieff —dijo—, hágale un agujero!

»Era una tontería de lo más teatral, porque un pañuelo es una de las dianas más fáciles. En cualquier otro momento, habría estado tan seguro como él del resultado del tiro. Pero lo que él no sabía era que yo había estado a punto de disparar a otra diana blanca mucho más grande, y temblaba de tal manera que apenas podía sostener el rifle. Apreté el gatillo. El agujero del pañuelo apareció peligrosamente cerca de su mano. Él lo consideró más un farol por mi parte que un mal disparo.

»El truco de Vaughan dio resultado. Kyra estaba sorprendida. No se daba cuenta de lo fácil que era, como tampoco sabía lo difícil que es acertarle a un blanco móvil en un instante de excitación.

»—Pues deja que me quede contigo —suplicó.

»—Cariño, volvamos a casa. ¿Crees que voy a permitir que mi más querida posesión ande corriendo como una loca por el bosque?

»—¿Y la mía? —dijo ella, y le dio un beso.

»Se marcharon por el atajo. Vaughan la convenció para que caminase una yarda delante de él, y vi brillar la luna en el cañón de su revólver. No quería correr riesgos.

»En cuanto a mí, bajé por el sendero sin preocuparme; porque estaba seguro de que las voces y el disparo habían ahuyentado a todo bicho viviente. Y casi había llegado abajo, cuando me di cuenta de que me seguían. Ustedes dos han vivido en regiones extrañas: ¿necesitan que les explique esa sensación? ¿No? Bueno, pues eso: me di cuenta de que me seguían. Me detuve, y me volví hacia la cuesta arriba. Inmediatamente, algo me adelantó por los matorrales, como para cortarme la retirada. No soy supersticioso. Una vez que lo oí, ya no tuve miedo; porque lo tenía localizado. Y estaba seguro de poder correr sendero abajo más deprisa que cualquier animal entre los arbustos. Y como se le ocurriera salir a terreno despejado, recibiría cinco balas explosivas. Eché a correr. Por lo que pude oír, no me siguió.

»Por la mañana le conté a Vaughan lo que me había ocurrido.

»—Lo siento —dijo—. Tenía que traerla de regreso. Lo comprende, ¿verdad?

»—Por supuesto —contesté sorprendido—. ¿Qué otra cosa iba a hacer?

»—Bueno, no me hacía gracia dejarle solo. Habíamos revelado nuestra presencia de manera bastante clara. Es verdad que asustamos a toda clase de animal; pero lo único que sabemos de esa bestia es que no actúa como las demás. Corríamos el riesgo de atraerla, en vez de ahuyentarla. Esta noche la atraparemos —añadió con rabia.

»Le pregunté si Kyra prometería quedarse en casa.

»—Sí. Dice que estamos cumpliendo con nuestro deber, y que no quiere interferir. ¿Cree usted que es nuestro deber?

»—¡No! —dije.

»—Yo tampoco. Nunca me parece que sea un deber una cosa que disfruto

haciendo. ¡Y por Dios que estoy disfrutando con esto, ahora!

»Creo que esa noche puso toda su alma vigilando desde la roca. Vaughan quería vengarse. No había motivo para creer que hubiese asustado a Kyra otra cosa que la oscuridad y la soledad, pero él estaba decidido a enfrentarse a todas las circunstancias que habían osado afectarla. Quería ser el cebo en vez del vigilante, con la esperanza, creo, de poder ponerle la mano encima a su enemigo. Pero no se lo consentí. Al fin y al cabo, me tocaba a mí.

»¡El cebo! La palabra me resonaba sin cesar en el cerebro mientras daba vueltas arriba y abajo por el sendero. No se oía un ruido. Lo único que se movía era la luna, que cruzaba de un árbol a otro a medida que avanzaba la noche. Me representaba a Vaughan en la roca, con el punto de mira de su rifle desplazándose adelante y atrás en un cuarto de círculo, siguiendo mis movimientos. Imaginaba la trayectoria de su mira como un hilo de luz descendente, pasando por delante de mis ojos. Una de las veces oí toser a Vaughan. Supe que había notado mi nerviosismo, y me estaba tranquilizando. Me detuve junto a un grupo de arbustos, a unas veinte yardas, a observar una hoja plateada que movía un bichito al trepar por ella.

»Un aliento caliente en la nuca, un peso aplastante en mis hombros, una cosa dura contra la parte de atrás de mi cráneo, el estampido del rifle de Vaughan... fueron sensaciones instantáneas, aunque no tan breves como para ahorrarme un terror mortal. Algo se apartó de mí de un salto, y se zambulló en el manantial, al pie de la roca.

»—¿Se encuentra bien? —gritó Vaughan, descendiendo con estrépito por la hiedra.

»—¿Qué era?

»—Un hombre. Le he dado. ¡Vamos! Voy a perseguirlo.

»Vaughan estaba como loco. Jamás he visto tan encendido desprecio del peligro. Aspiró profundamente, y se lanzó al agujero como si fuese los tobillos de un jugador. Con la cabeza y los hombros fuera, chapoteó en el barro de la cavidad, descargando su Winchester ante sí. De no haber pasado rápidamente al otro lado sin respirar, le habrían asfixiado los vapores sulfurosos, o se habría ahogado. Si su enemigo le estaba esperando, era hombre muerto. Desapareció, y yo le seguí. No; no necesité de ningún valor especial. Me cubría el cuerpo de Vaughan. Pero fue un momento espantoso. No se nos había ocurrido que pudiera entrar y salir nadie de aquella fuente. Imaginen lo que es contener el aliento, e intentar cruzar el agua caliente contorsionándose, usando las caderas y los hombros como una serpiente, sin saber uno si va a encontrar obstruida la salida. Finalmente, pude izarme con las manos y respirar. Vaughan estaba ya fuera y de pie, iluminando delante de él con una linterna.

»—¡Ya lo tenemos! —dijo.

»Estábamos en una cueva baja al pie de la roca. Entraba aire por las grietas de arriba. El suelo era de arena seca, debido al agua caliente que entraba en la cueva cerca del agujero por donde salía. Había un hombre contraído en el fondo. Nos

acercamos. Tenía una especie de pistola larga en la mano. Era una pistola de resorte, para sacrificar reses. El contacto de su ancha boca en mi cráneo no es un recuerdo muy agradable. Tiene la boca dentada para que se agarre al pelo del animal en el momento de disparar el clavo.

»Le dimos la vuelta al cuerpo: era Josef Weiss. ¿Hombre-lobo? ¿Posesión? No sé. Yo lo llamaría neurosis atávica. Pero eso sólo es un nombre, no una explicación.

»Más allá del cuerpo había un agujero de unos seis pies de diámetro, redondo como si lo hubiesen hecho con una barrena. Los manantiales que habían abierto este paso se habían secado, pero las paredes de amarillo veteado eran lisas como el mármol, a causa del sedimento dejado por el agua. Evidentemente, Weiss había intentado llegar a esa abertura cuando Vaughan lo abatió. Subimos por ese alcantarillado natural. Durante media hora, la linterna de Vaughan no reveló otra cosa que las paredes sudadas de la madriguera. Luego nos detuvo una escala de mano toscamente confeccionada, colocada en mitad del pasadizo. Los barrotes estaban cubiertos de barro, y aquí y allá, su madera mostraba manchas oscuras. Subimos. Conducía a una oquedad excavada evidentemente con pico y cincel. El techo era de tablas, con una trampa en un extremo. La levantamos con los hombros, y nos encontramos entre las cuatro paredes de una cabaña. Un fuego de ascuas ardía en la chimenea, y cuando abrimos para que entrase el aire, un leño estalló en llamas. En la chimenea había una escopeta de pie. En una percha había varios cepos de hierro y una canana. Había una mesa en el centro de la habitación, y sobre ella un cuchillo largo. Eso fue todo lo que vimos en una primera ojeada. Después, descubrimos bastante más. Weiss había llevado al extremo su manía homicida. Imagino que las experiencias bestiales como prisionero de guerra habían hecho mella en el cerebro del pobre diablo. Luego, al excavar un sótano o reparar el suelo, había descubierto accidentalmente el canal seco debajo de la cabaña, y lo había seguido hasta su salida oculta. Eso convirtió sus secretos deseos en acción. Podía matar y llevarse a su víctima sin dejar rastro. Y así, se dejó llevar de sus impulsos.

»Al amanecer estábamos de nuevo en la cabaña, con el juez. Cuando salió, estaba violenta, terriblemente afectado. En mi vida he visto a un hombre con tales náuseas. Eso le despejó. No; no lo digo en broma. Le despejó mentalmente. No le hizo falta ninguna de esas tormentas psíquicas que necesitamos nosotros para expulsar de nuestro organismo una conmoción. ¿Les he dicho que era un hombre muy poco imaginativo? Dirigió la investigación subsiguiente de manera magistral. Aceptó como un hecho ineludible el horror del caso, pero no quiso escuchar historias que no podían probarse. No hubo una prueba clara del horror adicional en el que todos los del pueblo creían.

Lewis Banning profirió una exclamación.

—¡Ah, ahora cae! Sabía que lo recordaría. La prensa publicó ese rumor como un hecho. Pero repito: nunca se encontró la prueba fehaciente.

»Vaughan me rogó que no le dijera nada a su mujer. Debía convencerla para que

se marcharan en seguida, antes de que le llegase ningún rumor. Debía decirle que quizá su marido había sufrido lesiones internas, y tenían que reconocerle sin tardanza. En cuanto a él, creía lo que se decía, pero tenía conciencia de la importancia de su aplomo. Sospecho que estaba un poco orgulloso de sí mismo... orgulloso de no sentirse afectado. Pero le preocupaba el efecto que el *shock* podía producir en su mujer.

»Llegamos tarde. La cocinera se había contagiado de la fiebre reinante, y le había dado la desagradable noticia. Kyra fue corriendo a su marido, mortalmente pálida, desesperada, en busca de protección contra ese golpe. Él podía protegerse a sí mismo, y habría dado la vida por poder proteger a su mujer. Lo intentó, pero sólo pudo darle palabras y más palabras. Le explicó que, si se miraba el asunto con calma, no tenía importancia; que nadie podía haberlo sabido; que lo mejor que se podía hacer era olvidarlo; y así sucesivamente. Era absurdo. ¡Como si cualquiera que creyese lo que se decía pudiera mirar el asunto con serenidad!

»Sentimientos de ese género no servían de consuelo a su mujer. Esperaba que él mostrase su horror, no que se aislase como si hubiese cerrado una tapadera; no que la dejase espiritualmente sola. Le gritó que no tenía sentimientos, y echó a correr a su habitación. Quizá debí haberle dado un sedante; pero no lo hice. Yo sabía que cuanto antes lo expulsase, sería mejor para ella, y que tenía una mente suficientemente sana para resistirlo.

»Así se lo dije a Vaughan; pero él no lo comprendió. La emoción, pensaba, era peligrosa. No había que dejarla en libertad. Quería decirle otra vez que no se “preocupase”. No se daba cuenta de que él era el único en diez millas a la redonda que no estaba “preocupado”.

»Kyra bajó más tarde. Habló a Vaughan con frialdad, con desprecio, como si hubiese descubierto que le era infiel. Le dijo:

»—No puedo volver a ver a esa mujer. ¿Quieres decirle que se vaya?

»Se refería a la cocinera. Vaughan se opuso. Era obstinadamente lógico y razonable.

»—No es culpa suya —dijo—. Es una ignorante, no una anatomista. Vamos a llamarla, y verás como no eres justa.

»—¡Ah, no! —exclamó ella, y a continuación se calló—. ¡Llámalas! —dijo.

»Acudió la cocinera. Cómo iba ella a saberlo, sollozó: no había notado nada; estaba convencida de que lo que le había comprado a Josef Weiss era carne de venado. Ni por un momento se le ocurrió... ¡Bueno, bienaventurados los simples!

»—¡Dios mío! ¡Cállese! —estalló Kyra—. Pensad lo que os dé la gana todos. ¡Todos os mentís a vosotros mismos, y fingís, y no tenéis sentimientos!

»No pude resistir más. Le rogué que no se torturase a sí misma y no me torturase a mí. Pulsé la nota justa. Me cogió las manos y me pidió que la perdonase. A continuación llegaron las lágrimas. Estuvo llorando, creo, hasta la mañana siguiente. En el desayuno, nos dedicó a los dos una pálida sonrisa, y comprendí que estaba fuera

de peligro: se había librado definitivamente del *shock*. Ese mismo día emprendieron el viaje a Inglaterra.

»Hace dos años los encontré en Viena y cenaron conmigo. No mencioné Zweibergen. Todavía se amaban tiernamente, y todavía se peleaban. Daba gusto oírles hablar, y verlos buscar a tientas la comprensión del otro.

»Vaughan no probó la carne en la cena y dijo que se había vuelto vegetariano.

»—¿Por qué? —pregunté yo con toda intención.

»Contestó que últimamente había tenido una depresión nerviosa: no había sido capaz de comer nada, y había estado al borde de la muerte. Ahora se encontraba bien, dijo: no le quedaba el menor vestigio de la enfermedad, aparte de la aversión a la carne... Le había sobrevenido de repente, no podía entender por qué.

»Les aseguro que el hombre lo dijo absolutamente en serio. No podía entender por qué. El *shock* había permanecido larvado dentro de él durante diez años, y de repente, había reclamado su precio.

—¿Y usted? —preguntó Banning—. ¿Cómo se libró del *shock*? Tuvo que dominar sus emociones, en aquellos momentos.

—Es una pregunta acertada —dijo Shiravieff—. He estado viviendo bajo suspensión de condena. Ha habido días en que he pensado que debía visitar a uno de mis colegas y pedirle que me librara de esta repugnancia. Si hubiese podido echar de mi cerebro ese episodio, me habría aliviado bastante... Pero nunca me he decidido a contarlo.

—Acaba de hacerlo —dijo el coronel Romero solemnemente.

Claude Seignolle

EL GÂLOUP

(1959)

PARA cerrar la antología he aquí un cuento en apariencia muy tradicional en su estructura y en su lenguaje, casi folklórico, que no obstante da otra vuelta de tuerca al tema del hombre-lobo, presentándolo desde el punto de vista del propio mutante, con un final que, para no desvelar anticipadamente, calificaré de sorprendente y desmitificador. Sin duda no debe de ser casual que esté escrito en francés, totalmente al margen de la tradición anglosajona, por un francotirador inclasificable que a pesar de ello, y gracias a su sentido muy particular de la poesía, el misterio y la ironía, se ha ganado un merecido puesto en la escasa nómina actual de los cultivadores de lo que nuestros vecinos llaman *fantastique*.

Su autor, Claude Seignolle, nació en Périgueux, en la Dordoña francesa, el 25 de junio de 1917. Interesado desde muy niño por la prehistoria (a los 13 años era miembro de la Société Préhistorique Française), pronto se inclinó por la etnografía y se dedicó a recorrer su país con un cuaderno de notas en busca de antiguas leyendas locales, que recogió en su primer libro *Le folklore de Hurepoix* (1937), y sobre todo en su obra más ambiciosa, *Les évangiles du Diable selon la croyance populaire* (1963), que le consagraría como el más original y perspicaz demonólogo de posguerra. Más conocida que su labor erudita, altamente apreciada por los especialistas, es su vertiente de escritor, tan alabada por Lawrence Durrell, Blaise Cendrars o Jean Ray, en la que su temperamento curioso y altamente positivo ha sabido captar convincentemente mediante una prosa suelta, viva y natural la inquietante realidad de sus extraños aunque cotidianos descubrimientos antropológicos.

Además de sus archifamosas «nouvelles» *La malvenue* y *Marie la Louve*, basada esta última en un hecho real que le confesó una *meneur de loups* o lobera que todavía vivía en 1944, Seignolle escribió varios cuentos sobre licantrópía, entre los que destacaría «Comme une odeur de loup» y sobre todo «Le gâloup» (incluido más tarde en el volumen *Un corbeau de toutes couleurs*, 1962), cuyo título alude al nombre con que se conoce al hombre-lobo en la Gironde (donde también se le llama *galipaudé*), pues en Francia está tan extendida la creencia en estos seres que cada zona tiene su propia denominación. Ambientado, como la mayoría de sus relatos, en las landas

salvajes de la Sologne, en él surge en todo su esplendor ese misterioso y fascinante microcosmos, silencioso e inalterable al paso del tiempo, que sirve de clima admirable a su implacable descripción del mal en todas sus formas.

EL GÂLOUP

... POR fin, esta noche, en este bosque, siento revivir el humus. A través de sus poros, la raíces exhalan un exceso de savia nueva. Este olor negro que va ligado al frío: el uno me raspa el vientre por dentro, el otro me lo ara por fuera como una reja de múltiples uñas.

Pero ni la negrura ni el frío me sacian. Para avivar el odio y el dolor necesito ir a pastos mejores; porque la noche, mi terreno de vida, está también hambrienta de otros odios y otros dolores.

Y las estrellas que tachonan el cielo jalonan mis vagabundeos.

Los hombres me atribuyen necedad, torpeza... ¡Ah, los hombres! Se consideran dueños únicos de esta vulnerable bola de tierra, su nido obediente del espacio, cuando ya, desde su creación, se halla dominada por un eterno y poderoso soberano bifronte que la ha confiado a dos colonos inestables pero de fuerzas iguales, el uno negro: la noche, mi terreno de pasto; el otro blanco: el día, el de los hombres. Los dos se pelean, invadiendo poco a poco la parte del otro en un imperceptible pero constante juego de fuerzas, establecido de antemano, que no les deja en definitiva más que un tiempo limitado, por turno, de victoria...

Grrr... y yo, ¿acaso no soy también un señor, a mi manera? Señor del miedo de los hombres, vivo de noche y muero de día... Me llaman torpe, pero no se fían. Me amenazan, pero huyen de mí...

Esta noche, mis garras se hincan en un suelo de terciopelo azabache y lo desgarran profundamente, dándome la sensación de tomar posesión de una carne tierna.

Mi carrera surca la oscuridad igual que ella surca mi vientre vacío... siempre vacío... Mis hambres son el terror de los hombres. Son la quintaesencia de todos los apetitos de un mundo maléfico... el mío. Me es imposible contenerlas. Mi vientre

exige de continuo... sus ansias son largas como la duración de la noche inexorablemente renovada cada crepúsculo... Grrr... Todo lo que me apetece debe ser mío en seguida...

Por supuesto, si no corriese así, sin cesar, quizá conservaría las fuerzas arrebatadas a mis víctimas... Pero no me está permitido permanecer en un mismo sitio sin necesidad: los hombres destruirían entonces mis fuerzas para calmar su constante apetito de quietud.

Durante siete años, mis patas me llevarán de las landas a los apriscos; del bosque helado al establo tibio.

Durante siete años, vendrá la Tuerta, la Luna, a espiarme con su ojo pálido y único, adoptando formas diversas para hacerme creer, cada vez, que es otra curiosa... Y siempre me obligará a aullar contra su provocación impasible.

Durante siete años, agudos como el frío de los vientos incoloros: penetrantes como el agua de las nubes impalpables.

Durante siete años me dolerá el vientre.

Durante siete años, los hombres pedirán e implorarán un amo distinto del verdadero, como si su Dios de dulzura pudiese prevalecer frente el mío, constelado de escamas y agitando brasas.

Durante siete años, afilados como siete espadas de acero, estaré condenado a no saber quién soy en verdad: hombre o árbol, ave o guijarro.

Mis suspiros serán aullidos; mi bebida, sangre; mi alimento, montañas de animales tiernos y calientes... Y cuando ya no queden, me alimentaré de hombres...

Cuando salga de este bosque cuyas múltiples patas inmóviles, de raíces garrudas y córneas, poseen la tierra hasta el fondo... Cuando entre mi hambre embotada y esas gruesas paredes que el hombre ha levantado allá alrededor de sus esclavos de lana, no haya sino un cuadrado de tierra todavía en rastrojo, seré una forma larga, rápida, ágil... un relámpago sombrío, jadeando en la penumbra...

* * *

—¡Mirad!, sus huellas acaban aquí... Después no hay nada... —grita de pronto Tillet que, más ligero que los otros tres, ha llegado primero a la linde del rastrojo.

Después, está el bosque de la Cornuyeré... Después, a pesar del sol fresco de la mañana, está el misterio opaco que apilan en seguida los que una vez allí, por falta de valor, no son capaces de seguir. Después, empieza el presunto reino de esa fiera que anoche, tras conseguir entrar malignamente en el corral de Tillet, pese a tener bien echado el cerrojo, le ha degollado veinte corderos y devorado otros veinte.

—Un lobo atrevido —gruñe Girard, paseando de derecha a izquierda el cañón helado de su escopeta, sin atreverse a dar la espalda al bosque.

—¡Ah, maldito lobo... como te encuentre te hago picadillo! —ruge Tillet con una voz astillada que se clava en los tímpanos de los otros. Y es que, como hombre

activo, en vez de quejarse, se enfurece hasta ahogarse; a tal punto que la sangre se le sube a la cabeza y se la tiñe de una cólera púrpura.

Y empieza a disparar al azar, una y otra vez, hacia el hostil aunque tranquilo pinar por donde ha huido sin dejar rastro ese lobo ahíto de lo que era de él.

Y Girard y Thévaut se ponen a disparar también como si el animal acabara de plantarse de pronto ante ellos, como un blanco visible y paciente ofrecido a la ira de sus rayos.

—¡Maldito lobo! —aúlla Thévaut a su vez, gris como la guerra.

—Ya podría nuestro plomo tomarse la molestia de ir tras él —suelta sordamente Girard que, escaso de cartuchos, siente que le flaquea el valor y tiene prisa por volver.

—Sí... sí... —dice entonces sentencioso el viejo Loreux, de los Mafliers, que, hasta ahora sólo ha participado con los ojos y las piernas en esta cacería frustrada—, sí, pero yo no iría por los cuatro caminos... Pienso, pienso en ese *gâloud*...

—*Gâloud* o simple lobo —estalla Tillet, con la cara congestionada por un rencor cada vez más grande—, le voy a arrancar la piel; le voy a llenar la tripa de plomo... A gran crimen, gran castigo. Si hace falta, le pondré trampas; aunque no haga otra cosa el resto de mi vida... Vamos a ver quién tiene los colmillos más afilados...

—Sí... sí... —repite lentamente Loreux, de regreso a la granja cercana de Tillet—, creo que no me equivoco al pensar en el *gâloud*... Corriendo así por la noche, ese condenado no estará muy fresco para trabajar de día... Pero ¡vete a saber quién es! No lo sabe ni él.

Y se chupa los labios como para quitarse el sabor de estas palabras.

Girard corre a colocarse a su lado, aunque más delante que detrás.

—¿Crees que es él, entonces? —murmura con una voz neutra, de sílabas apagadas que llevan la entonación en las uniones.

—Me lo voy a cargar... me lo voy a cargar —gruñe furioso sin cesar Tillet, volviendo también sobre sus pasos.

* * *

Grrr... soy mucho más hábil que la mayoría de mi clan adoptivo... Por privilegio, sólo yo sé con cuánta facilidad pueden los hombres maquinar en su cabeza esas ideas arteras que son su auténtica fuerza, mientras que los demás lobos no saben siquiera que los hombres piensan. Para ellos no son sino animales de dos patas, tan cobardes de noche como fanfarrones de día...

¡El hombre! Un animal condenado, castigado por un amo blanco a vivir de día. El hombre, que si no hubiera logrado aliarse con el perro, si no tuviera a su servicio ese palo hueco con el que perfora a discreción la noche, la distancia y la carne no sería nada de nada, os lo garantizo, el lobo lo sería todo... hasta el dios de los hombres.

Aunque no se vería a un lobo sólidamente sujeto a una cruz, con cuatro clavos resistentes clavados en el hueco de sus patas, y venerado de forma plañidera; actitud

que simulan hipócritamente los hombres hacia el más honesto de ellos. Los lobos serían menos crueles; no crucificarían más que a los falsos lobos... a los perros.

En cambio, se verían rebaños de hombres desnudos, custodiados por lobos de verdad con ayuda de corderos inquietos y adustos, encantados de morderle los costados a ese ganado pálido e insulso.

Los hombres fuertes llevarían sobre sus espaldas caballos y asnos amenazadores capaces de azotarlos hasta matarlos.

Las mujeres serían ordeñadas por vacas brutales, impacientes por ofrecer a los lobos embriagadoras fuerzas blancas.

Los hijos de los lobos se divertirían con los hijos de los hombres, y los querrían como hermanos, hasta el momento en que en sus miradas de pequeños humanos se encendiese la inteligencia: ese peligro de muerte.

Los cerdos, que saben tan bien cómo se engorda, se encargarían de alimentar a los rebaños de hombres, echados en fétidas hombrerías, adonde irían de vez en cuando los lobos, según su humor y voracidad, a entregarse a los placeres embriagadores del degüello...

¡Ah!, hincar los colmillos en la garganta de unos hombres con el cuerpo engrasado en su punto por los cerdos servidores de los Lobos-Reyes...

... Pero soy el único lobo que puede imaginar todo esto. Los demás son demasiado estúpidos... Para ellos, nada de reinos de maravillas: sólo cuenta la vida lobuna. Sólo son lobos corrientes, y punto. Seguirán perpetuamente en su estado; y los rehúyo porque no quiero compartir mi comida: ¡Necesito tanta! Mucha más que todos ellos juntos. Que se mueran, si no les dejo nada. No tienen más que encontrar un señor que sea sagaz consejero...

Si ellos no lo tienen, yo tengo en cambio uno excelente que me va a proteger siete años.

Siete años solamente.

Siete años, ¡qué lástima!

Tendré hambre durante siete años.

Siete hambres, como siete son los rayos del Amo que caen bajo siete formas diferentes:

de hierro para romper,
de fuego para abrasar,
de azufre para envenenar,
de andrajos para asfixiar,
de pólvora para aturdir,
de piedra para destruir,
y de madera para hundirse.

Pasaré hambre siete años, antes de estar en paz con él... es mi condena. Pero me consuelo, porque mi hambre despiadada es igualmente el terror vertiginoso que ofrezco a los hombres.

... Esta noche, el viento sopla a ras de suelo. Tumba y alisa la hierba flexible, a la vez que aplasta y acaricia mi pelo hirsuto. Trae consigo y me ofrece fragancias de otros lugares: el denso perfume del aliento de tierras que él lame, en el que predomina el del humus, surgido de un olor agridulce que exhala la hojarasca en putrefacción.

Y siguiendo su curso, el viento canta como si cumpliera una tarea bien llevada. Mejor, así mecerá y adormecerá al hombre, disimulando mi carrera a saltos.

* * *

—La semana pasada —se lamenta Thévaut— le tocó a Tillet... esta noche, ha sido a mí... y a otros les tocará después.

Los hombres se miran; y más allá de la puerta hundida como por el golpe irresistible de un ariete, miran también la carnicería que ha dejado la fiera en el corral de Thévaut, que era, sin embargo, el más seguro de Sainte-Métraine.

Y, como una mancha de aceite, una inquietud solapada les invade lo más profundo de sus sentimientos.

—Es increíble —dicen unos.

—Es imposible —dicen otros.

Y sin embargo, es creíble y posible, puesto que lo tienen delante de los ojos.

—Han venido diez lobos —dicen unos.

—Han venido muchos más —dicen otros.

Pero, en medio de todos, el viejo Loreux afirma sentencioso:

—Sí, sí... es el *gâloud*... sí... creo que no me equivoco...

—Vamos —le replican, incrédulos—; sabes de sobra que en estos tiempos no existen ya *gâlouns*. Eso estaba bien para la gente de tiempos pasados...

Los que dicen esto lo hacen sin convicción, y preferirían oír al viejo Loreux confirmarles la presencia de diez lobos adultos, a que siga salmodiando la existencia de un *gâloud*, siquiera recién nacido.

—Sí... sí —repite Loreux, con una voz capaz de rajarte la espina dorsal de arriba abajo—; es el *gâloud*... os lo repito... Pero a ver quién se atreve a perseguir al hombre-lobo... a ver...

Y, convencido, se frota el cogote. Y, seguro, menea la cabeza. De manera que todos tienen la impresión de que les rasca por dentro con un puñado de cardos secos.

—Me da igual si es un *gâloud* o un lobo vulgar y corriente, o incluso un monstruo de tres cabezas —amenaza entonces Tillet el incrédulo, tan de repente que sobresalta a los que tiene a su lado—. Me lo voy a cargar, le voy a agujerear la barriga con el plomo de mi escopeta y con los dientes de mi horca más afilada... Me lo voy a cargar, aunque tenga que ir detrás de él cien años de mi vida...

Se habrían sonreído ante las palabras orgullosas de Tillet, de no haberse negado a ello sus labios tensos de temor.

—Y yo te voy a ayudar —exclama entonces Thévaut que, a falta de corderos vivos, se consuela con la idea de una gran venganza, y se contenta ya con ella.

—Seguiremos a Tiller —anima entonces Nicolás, de los Landroués; ¿acaso no es el más valiente de la comarca? ¿Acaso no es él quien ha echado a ese maldito brujo de...?

Se para en seco y no se atreve a decir más. Sus vecinos le han hecho callar a codazos. A Tillet no le gusta que se vuelva a hablar de ese asunto. Ya está hecho, ya está hecho... así que se acabó.

—Iremos a donde tú digas —ofrecen entonces los demás.

* * *

Mi estado de lobo voraz, con los costados modelados por el hambre perpetua, me hace temer a los otros animales de la noche, de los que podría ser el rey si quisiera; pero el respeto que me tributan sostiene mi orgullo suficientemente, y no encadena mi plena libertad.

Si vestido de piel vellosa soy el más temido de los lobos, seguro que vestido con ropa de hombre podría ser el más temido de los hombres. Al verme, dirían: «Mirad a nuestro jefe»; y temiéndome, me admirarían; porque soy rey por derecho.

Mi poder me ayuda a penetrar uno tras otro los misterios del mundo animal que rodean al hombre y le oprimen sin que encuentre una forma de apaciguamiento: esos hechos extraños que sospecha sin atreverse a explicárselos... Así que, ahora que acabo de darle su tributo a mi vientre (para lo que he reducido a la mitad ese rebaño, aterrorizado por mi súbita aparición, que no paraba de balar como críos en un patio de recreo), me he tumbado en tierra, pesado y ahído, con el hocico entre las patas...

Y... ¿pero qué veo, trepando hacia este claro arenoso, expuesto ahí como un joyero de raso gris? Una, dos, y más y más víboras inquietas.

Gruesas víboras cortas, rojas o negras, silbando agresivas; pequeños monstruos de angustia para el hombre... volutas de carne helada, espectáculo entretenido para mí...

Son las serpientes de los años anteriores, las adultas, las viejas... Vienen para su multiplicación de primavera.

A continuación, en espirales flexibles, se aglutinan y enroscan unas sobre otras, reencontrando juventud y ardores amorosos.

Cada vez llegan más, a brazadas infectas y compactas. Acuden presurosas a ese breve instante de amor colectivo, y sus silbidos se parecen al del aceite sembrado de chisporroteos en un fuego vivo.

Se unen tanto en carne como en cólera, como si el amor fuese un tormento. Un líquido gelatinoso mana de su orgía viscosa.

Y esta masa blanda palpita como un enorme corazón caído del infierno celeste.

Y mi aliento se paraliza, esperando la apoteosis que debería proyectar a mi alrededor miles de trozos de víboras satisfechas.

En ese momento tiembla el suelo, y mi entorno oscuro es desnudado duramente por una claridad cegadora.

Aquí, gigantesco, surge de la tierra un ser de facetas multicolores... Criatura de oro, plata y poder, mitad hombre, con sus altas piernas enfundadas en telas arlequinadas y sus brazos perdidos en un amplio jubón carmesí; mitad animal, con una cola de pelo hirsuto, pezuñas córneas y cara de cabra impía. Es las dos cosas a la vez. Lo sé porque es mi Amo.

Debe de haberme visto ya, holgazaneando, en vez de dedicarme a devorar a toda costa. Pero de momento, sin duda tiene mejor tarea que cumplir que venir a recriminarme.

Me parece más hermoso, más noble que nunca; aunque encuentro de pronto pretenciosa mi propia necesidad de Majestad. Hasta ahora sólo le había visto una vez: aquella noche, tan cercana aún, en que me otorgó mi estado actual...

Durante siete años, esperaré para librarme de mi condición.

Durante siete años, me tendrá fuera por las noches, con las fauces y el vientre sometidos a una constante necesidad de carne viva.

Durante siete años, será mi amo absoluto.

Durante siete años, los hombres temblarán sin atreverse jamás a enfrentarse conmigo, a menos que les domine la locura.

Durante siete años se estremecerán por las noches por todo lo que imaginan de mis fuerzas terroríficas...

Ahora avanza hacia la inmunda bola de reptiles en procesa de multiplicación. Tiene tanto miedo a las mordeduras de las víboras como a las palabras venenosas de los hombres. Aquí está, soberano absoluto del Mal.

En seguida comprendo que ha venido a regenerar uno de los clanes de sus secuaces... Sí; inclinado sobre este nudo de víboras, se dispone a predicarles... ¡Pero no...! Se limita a remedar las palabras... sus labios se animan y hablan de juveniles víboras mudas.

Cada movimiento de su boca no libera una palabra, sino una serpiente... Al principio me parece ver la punta de su lengua, pero es la cola de un reptil inquieto que sale vivamente de su garganta como de una madriguera... Tras un violento coletazo, se desprende de la glotis del Amo, cae a tierra, y corre a reunirse con las viejas, deseosas de renovación. Son las serpientes del año, las que enriquecen y reavivan la raza. Fluyen de buena fuente.

Finalmente, el Amo parece cansado. Al cesar de decir silenciosamente el mal, hace que cesen los silbidos charlatanes. El racimo de víboras se desata. Cada una huye vivamente, sumisa.

Algunas, al rozarme me obligan a observarlas con detalle. Entonces veo que tienen la cara humana, facciones familiares de hombres y mujeres que sin duda he conocido en otra vida olvidada, y que también me reconocen, puesto que algunas se inclinan al pasar.

Así acabo de descubrir la manera en que el Amo procede para conservar vigorosos los emblemas vivos de su poder invencible.

Se aleja, desaparece, llevándose consigo el pilar de oro que mantenía en alto la negrura del cielo.

Me ha vuelto mi voracidad. Aspirando lejanos, suaves olores animales, mi carrera se ve enseguida determinada por ellos.

* * *

—Esta noche me ha tocado a mí —gruñe furioso Mirmont—; pero la próxima vez le tocará a esa maldita fiera. Le vamos a acribillar el pellejo con el plomo de nuestros cartuchos. ¿Eh, Thévaut? ¿Verdad, Tillet?

—Ah, sí —pondera Thévaut—. Traeré conmigo a mis chicos y llevaremos todo lo que pueda fulminar, agujerear y romper...

—Pues yo —trueno rabioso Tillet—, iré delante con los míos... y también llevaremos con qué fulminar, agujerear y romper... palabra de Tillet.

Después cae el silencio, que espolvorea sentenciosamente el viejo Loreux.

—Sí... sí; pero no olvidéis que habréis de enfrentaros con el *gâloud*...

No tira de estas lentas palabras el tronco fogoso de la cólera. Al contrario, caen suavemente, sembradas por la prudencia. Y se posan, y germinan en el lugar donde caen.

Inquietos de repente, le miran.

Todos, hasta Thévaut y Mirmont, hasta Tillet, a los que les ha llegado a la fuerza la hora de calibrar las dimensiones de la empresa y la pequeñez de sus medios.

—Debe de haber alguna magia —insinúa uno—. Antes, en los tiempos de los hombres-lobo, se utilizaban algunas muy eficaces, puesto que desde hace cincuenta años por lo menos no se ha vuelto a ver ningún *gâloud*...

—Sí... —asegura cautamente Loreux—. Disparar con plomo... Pero con plomo de Dios...

—¿Dónde lo encontraremos? —murmuran algunos estúpidamente, como si ésa fuera una dificultad insuperable.

—Haciendo bendecir el vuestro —les tranquiliza Loreux, que frunce malignamente sus párpados arrugados.

—Si no es más que eso —exclama entonces Tillet—, vayamos ahora mismo a su santidad...

Mirmont y Thévaut se contentan con menear la cabeza. Los demás se juzgan con la mirada. Si es de verdad un *gâloud*, piensan, y hace falta ese procedimiento para destruirlo, los peligros son mucho más grandes de lo que creen esos tres, valientes únicamente porque a sus bienes les ha sido arrancada una carretada de ganado. Además, ¿para qué se quieren meter ellos, si ese maldito animal les ha perdonado hasta ahora, y quizá no vuelva más por Sainte-Métraine?

Y cada uno, seguro de su suerte infalible, está dispuesto a encontrar sinceras razones para volverse atrás.

—Con los nuestros seremos diez —lanza violentamente Tillet, como si echara un cesto de piedras sobre el platillo vacío de una balanza inclinada del lado que le perjudica.

Esto lleva a pensárselo menos a algunos reticentes.

Dicen: «Después de todo...».

Y este «después de todo», lanzado dignamente con la honda de un tono sólido, golpea en pleno vuelo al último indeciso.

—¡En ese caso...! —aceptan como si fuera un «qué le vamos a hacer».

—En ese caso —conviene Tillet—, significa triplicar nuestra fuerza... ¿Se ha visto a menudo que haya un único vencedor y treinta vencidos en un mismo campo de batalla?

—... Qué infierno podría resistirnos —concluye.

Mirmont, arropándose en la convicción dominadora de Tillet.

* * *

Con su bola de hielo, la luna, mi sol fingido, se dedica a enfriar el estanque que tengo que bordear para ir a mitigar un poco mi hambre, tan imperiosa esta noche, a pesar de mi reciente festín de corderos baladores. Desde luego, habría podido comerme al perro que han puesto a su servicio; pero no me apetecen esos hermanastros, bastardos de nuestra raza.

El pálido redondel de la luna que flota desamparado sobre el agua negra me detiene con fuerza, de repente, como invitándome a admirar su desnudez.

Me quedo inmóvil con la lengua colgando, se me erizan los pelos del lomo; no estoy inquieto en absoluto, sino sólo fascinado por este doble de la luna que el estanque no consigue disolver.

Y acto seguido, en contra de mi voluntad, me veo obligado a emitir penosos gemidos que me anudan las tripas y la garganta. Pero a pesar de esta angustia repentina que me llega de más allá de la noche, se me alivia el pecho, las patas de delante pierden fuerza y, con un movimiento del que no me habría creído capaz, las cruzo sobre el pecho mientras las de atrás parecen alargarse, se musculan y me levantan a la fuerza, a tal punto que me encuentro cómodo de pie, con las fauces al viento, desafiando a la luna-madre. En cuanto a mis garras, se reducen, desaparecen, y la parte inferior de mis patas se suaviza, se sensibiliza, se vuelve tan frágil que el suelo pedregoso, utilizando rabia y colmillos, me la muerde súbitamente, arrancándome un aullido que no es ya sino un grito estridente... un grito que sale de un ser que no soy yo... un grito vertiginoso de hombre...

Entonces, irradiando el toldo del cielo, observo que la luna se ha puesto una máscara sobre su rostro luminoso. Sus ojos se burlan, mientras su boca se abre en una

risa que, de repente, me llega tan ensordecedora que me obliga a ponerme las patas delanteras sobre las orejas.

Ah, qué suave es mi piel tibia, y qué largas y flexibles se han vuelto mis garras... qué pequeñas mis orejas...

Estoy más desnudo que nunca. Tengo frío, tiritito como un pordiosero. Ah, sufro. Se me ha olvidado mi hambre nocturna. Mi angustia tiene un sabor amargo que me produce en el vientre verdes quemaduras... Mi corazón bombea una sangre corrosiva que me calcina la médula y la carne. Ah... Sufro el látigo de puntas... Pero ¿quién, sorprendiéndome aquí, sin defensa, me golpea el lomo con ramas de zarza sin que yo quiera vengarme, sin que sienta ganas de degollarlo?

Tras conseguir volverme para enfrentarme a este enemigo, mis ojos no descubren otra cosa que la noche fermentada por la luz lechosa de esta luna de mis tormentos.

Pero... Pero... ¿dónde estoy? ¿Qué hago aquí, desnudo y sollozante en el borde de este estanque que ahora me parece familiar...? ¿No es el que está a tres leguas de...? Pero ¿quién soy yo, presa sin defensa, cuyos sentidos palpan esta pesadilla? ¿Qué hago aquí en plena noche?

Poco a poco se me nubla la vista. Ahora me son negados los frágiles y secretos olores de la naturaleza... No gruño ni puedo morder. No tengo ya colmillos.

Lloro, y la luna reidora me ensordece con sus carcajadas; luego, volviéndose de hierro, me pesa en el extremo de una pata como si, enorme bola de forzado sujeta a mi tobillo, quisiera impedirme huir.

Los perros que hace poco, al olfatear mi presencia, callaban inquietos y dispuestos a la zozobra, han salido de su angustia... Ahora se muestran agresivos, ladrones. Si los soltaran, sé que estaría perdido... ¡Tienen tanto rencor que aplacar!

Pero en el instante en que voy a dejarme caer al suelo y recobrar mi otro yo, una nube enorme se desliza, veloz y callada, sobre el negro del cielo ungido con el óleo de la nada. Su masa ligera borra la luna y limpia de estrellas el cuadro del Universo.

Los perros, cuya pasajera valentía flaquea, dejan súbitamente de morder el silencio sometido. Recobrado mi valor, los imagino regresando otra vez a su perrera y tiritando allí de miedo reavivado.

¡Me siento menos aterido! Caigo pesadamente sobre mis patas delanteras y, dejando de hacerle galanteos a la difunta luna, noto que mis garras vuelven a tomar posesión de la tierra, que ahora me acaricia. Aquí están de nuevo mis cuatro soportes. Río, y mi garganta aúlla cóleras malvadas que se vuelven dardos y arpones en la parte de calma de los hombres que ahora rompo con rabia.

Soltadas por la ya lejana cómplice, aparece ahora una horda de nuevas nubes que me salvan definitivamente de una debilidad incomprensible. Pero ha sido buena lección para el joven lobo que soy. En adelante sabré desconfiar de la más pequeña travesura de la luna.

Grrr... jamás había sentido una acometida así de hambre, tan intensa e insoportable... Hambre de todo lo que puede degollarse... Hombre o perro, no

importa; mi vida está por encima de las tuyas, y no puedo vivir más que arrebatando otras vidas.

Ahí, cerca, esa casa... Ahí, al alcance de mis colmillos más afilados que nunca, esas tiernas gargantas...

* * *

Apretujándose, el rebaño de hombres se encuentra, armado y mudo, en el patio de la granja de Tillet. El motivo es que anoche, en un nuevo asalto, la fiera se condenó definitivamente al despedazar el cuerpo de Antoine, el pastor de los Graudes, que sin duda quiso defender a toda costa su rebaño amenazado y que, con su muerte, parece haberse convertido en campana de bronce tocando un incesante tañido fúnebre de venganza.

Ahora todos los de Sainte-Métraine, e incluso algunos vecinos de los alrededores, están aquí, dispuestos a combatir valientemente al monstruo y el miedo.

¡Pronto habrá acabado el día! La noche cercana habrá terminado de desplegar su crespón oscuro. Entonces se deslizarán por su trama como pulgones vulnerables y menesterosos... Pobres pulgones de campesinos, armados sobre todo de obediencia y solidaridad humana.

Cuidadosamente engrasado está el mecanismo de las escopetas; abundantemente bendecidas las balas de plomo frío, que pesan sobre sus caderas; y, fustigado por la inquietud, cada corazón toca a rebato.

Aquí están Tillet y los suyos: sus tres hijos, el vaquero... Aquí Thévaut y aquí Mirmont, pertrechados más o menos igual... Cada uno duplicado por un alma dócil. Cuarenta hombres en total, reunidos y guardados únicamente por las órdenes de Tillet, este predicador de la cruzada contra el *gâloud*. Una fuerza de cuarenta fuerzas de diferente oropel, pero todas doradas.

Tillet no necesita pedir silencio: lo tiene ahí, puro, enteramente a su servicio: no tiene más que poner encima sus palabras... se harán cristalinas... se oirán limpias.

—Creo que estamos preparados —dice, paseando una mirada de dominio, como si este rebaño asombrosamente dócil fuese de su propiedad.

—¿Estáis todos? —añade, como si los ausentes pudieran contestar que no.

Por supuesto: están todos. Ninguno se habría atrevido a retrasarse por temor a quedarse solo, incluso en casa, sin los demás alrededor.

Pero nadie se da cuenta de que falta un arma poderosa: el viejo Loreux, tan útil con sus sabios y atinados consejos.

Detrás de la ventana de la sala van y vienen rostros de mujeres, como máscaras tristes agitadas por manos de niños un día de carnaval. A las mujeres les gustaría ver, pero temen asistir a este espectáculo de hombres preparados a arriesgar la vida en una maléfica y prohibida caza del *gâloud*.

¡Vaya! Ahora se pone a bostezar Tillet, mirando cómo asoman los primeros

atisbos de la noche; tanto que haría bostezar a un muerto. Algunos le imitan, y se sienten mejor después. Luego Tillet habla en voz baja a sus hijos, los cuales, a fuerza de mover la cabeza, parecen embutir en ella lo que el padre les explica con amplios gestos hacia el norte, después hacia el este, de forma que en esos movimientos sencillos pueden seguir todos de antemano la futura y penosa marcha que les aguarda.

—Adelante —dice entonces Tillet.

Y levanta la escopeta para mostrar la fuerza que tiene al extremo de su brazo.

Poco después, camino del mundo nocturno, no hay otra cosa que pisadas sobre suelo blando que ahuyentan ratones, lagartos y sapos, pequeños habitantes de las noches campesinas.

En la sala de la granja, de espaldas a la chimenea, las mujeres, mudas, preparadas para todas las zozobras, imaginan ya que le crecen colmillos al silencio.

* * *

Otra vez comienza mi noche...

¡Vaya! ¿Qué es ese roce apagado de ramas? ¿Qué ganado atrevido merodea por mis espacios? ¿Quiénes son los inconscientes que vienen a meterse en mis fauces...?

Pero... ¡huele a hombre! ¿Eh, será posible...? ¡Esos cobardes han confundido la noche con el día! Grrr... pues sí: ese olor soso, adherido al dorso del cierzo, es de ellos... Así que ahora vienen a alimentarme a domicilio... ¡Ah, los hombres!, no hay quien los entienda...

Debe de haber hombres por todo mi alrededor... ¿Les habrá guiado mi olor?, ¿mis huellas, o quizás su antiguo instinto de animal...? Por supuesto, no soy invisible, pueden verme a pesar de la oscuridad: también pueden oírme correr, trepar o aullar; pero ¿qué pueden contra mi vida?

¡Ah, los hombres! Mira que venir aquí a obligarme a probar otra vez una carne que no me gusta... ¿Pensarán que son demasiados en la tierra? ¿Habrán decidido sacrificarse para dejar su sitio a los demás...?

Y venga disparar... Tienen tanto miedo, tan pocas palabras que decir con su miedo, que no saben más que hacer gruñir a sus palos de fuego... Disparan por disparar, y como la suerte está siempre de mi parte, se van a matar entre sí, ayudándose de este modo en mi tarea. ¡Ah, los hombres, tan previsores en todo...!

Bueno, puesto que han venido a la fiesta, no hay que decepcionarlos... Precisamente olfateo a un par de ellos ahí, justo detrás de mí. Si me descubren, esperando al pie de este castaño, les va a entrar un temblor mortal.

Bien, puesto que quieren pelea, vamos a dejarlos satisfechos...

Apoyándome en mis patas traseras, asegurándome sobre mis garras, deslizándome a ras de suelo, calculo la distancia... y suelto el resorte de mis músculos.

Grrr... salto en el aire: voy hacia ellos de manera tan fulgurante que no van a

poder hacer otra cosa que morir en el acto de puro miedo.

... No, esta vez no voy a sorprenderlos porque, a juzgar por el fogonazo de sus palos, comprendo que estaban en guardia... Pero al caer otra vez sobre mis patas, aullando, observo que han huido ya, los cobardes... Grrr...

... Había otros cerca, que me acosan a su vez, con resplandores silbantes...

Ag... ag... me entran en el cuerpo como si fuesen colmillos de metal al rojo blanco. Se deslizan en mí sin dificultad y me laceran por dentro... La sangre se me pega de pronto en la lengua... Mis fuerzas menguan... ¿Cómo pueden infligirme un sufrimiento con tanta rapidez, cuando no los veo? ¿Tendrán los hombres mejor amo que yo...?

Se aprovecharán de mi debilidad... así que necesito huir... recobrarme para vencerlos, en el momento oportuno...

Reprimiendo mi dolor, consigo salir del bosque donde ahora aúllan ellos lo que creen que es su victoria... Pero yo conozco una madriguera donde podré reanimar mis fuerzas.

¡Ah, qué ardiente suplicio se ceba en mí!

* * *

Al norte de Sainte-Métraine, hacia Pierrefiche, en esa parte arbolada y pantanosa que va de la Rozelle a Brunau, los disparos crepitan a manera de llamaradas de cólera de los que persiguen al *gâloud*.

En casa de Tillet, apretujadas unas contra otras, las mujeres —madre, hijas, criadas— parecen condenadas al fuego que han logrado vencer con su sumisión las llamas de una hoguera que no es ya más que cenizas mortecinas. Pero sólo viven por el oído, confortándose en las fuerzas furiosas mandadas por Tillet, las más activas de las cuales son sin duda las de él. Y es que Tillet, cuando se pone a hacer algo, lo hace siempre mejor que nadie.

Y, a medida que se propaga la tempestad de pólvora, sienten ellas un gran alivio. El granjero sabrá mostrarse sin debilidad con el miedo de los demás, y logrará un trabajo bien ejecutado. Ya puede andarse con cuidado el *gâloud*, por lo que le toca. Por fin, aliviadas en su espera, las mujeres suspiran entre frágiles sonrisas.

Pero ¿qué pasa de repente, sin que nada lo sugiera? Sienten que un miedo lívido las roza y luego las envuelve implacable: esa clase de miedo movedizo que vuelve blanca la sangre y la deja sin fuerza.

Sufren esa opresión agobiante que los rincones callados de los muebles saben tejer en forma de inquietudes invasoras, capaces de vestir de ansiedad los más claros pensamientos. Con el corazón chocando en sordos contrarritmos, se ahogan poco a poco, y sus cabezas comienzan a batir a punto de nieve montones de feroces comadreos de color carbón al rojo.

Eso es lo que sienten de pronto las mujeres, sin saber siquiera de dónde pueden

venir estas sensaciones torturantes, peligrosas como llamas silenciosas bajo un barril de pólvora impaciente.

Pero esta opresión no está destinada sino a preparar otra más concreta aún; porque, procedente de la alcoba de Tillet, arañando la pared con el ardor de un parásito, una débil queja consigue traspasarla, reventarla, para ir a apagarse en sus oídos, ya indefensos, abiertos a toda la gama del terror solapado.

No han visto pasar un alma. La puerta sigue cerrada. ¿Quién se ha atrevido, entonces, a forzar la ventana de la alcoba del amo para ir a gemir allí?

No puede ser Tillet, ocupado en mover allá los ánimos contra el *gâloud*, y no en levantar aquí el miedo contra las mujeres.

Poco después, esta queja deja de ser única. Hay otras, enredadas en correhuelas de alientos silbantes cortados por hipos secos... Un largo hilo de quejas trenzadas en forma de dolor; a tal punto, que la angustia pisotea a las mujeres, racimo de terror maduro en su punto.

Y cada vez que los más agudos de esos inexplicables gemidos atraviesan la pared, ésta parece resquebrajarse, y salpicarles el yeso seco en plenos ojos, en plena garganta, de forma que no se atreven a mirarla directamente, y se muerden los labios hasta notar sabor de sangre.

Ahogadas por este miedo que rezuma de la alcoba de Tillet, inmovilizadas por las ligaduras sonoras de los gemidos sin rostro, las mujeres espían con creciente terror la mecha agonizante de la lámpara de petróleo colgada de la viga maestra y única alma fuerte de la habitación. Pero ninguna tiene la valentía de ir a alargarle una buena porción de vida.

Los gemidos y la oscuridad terminan por abrir un gran boquete a sus pies, y sienten que resbalan imperceptiblemente, y luego se precipitan bruscamente en él... Ahí están todas, amontonadas en el fondo, tontamente caídas en una trampa sin forma donde la negrura cae espesa a paladas sobre ellas, enterrándolas vivas.

Desde hace mucho rato, los hombres, a lo lejos, han dejado el silencio al silencio. Ya no suenan esos puñados reconfortantes de ruidos calientes. Y las mujeres agonizan consciente, concienzudamente, de tanta negrura fría, de tantos gemidos inexplicables.

Ya oyen aullar a los sirvientes del Más Allá. Llegan... previniéndolas a grandes gritos que se preparen a dejar la tierra. Llegan corriendo. Sus jadeos suenan breves. Empujan la puerta de la granja; seguramente será el primero de ellos el que se apodere de estas presas medio vivas, medio muertas, y las lleve a la fuerza a algún paraíso oscuro y aterrador.

Uno de los que entran en la sala tiene voz de hombre. Grita en la oscuridad:

—¡Eh, mujeres...! ¿Dónde estáis...? Venid en seguida...

¡Ah! Esa voz clara y autoritaria sólo puede ser la del hijo mayor de la casa...! ¡Pero esas otras voces, que las llaman con impaciencia, sin odio, no pueden ser más que las de los cazadores del *gâloud*, que han vuelto!

A continuación, la mujer de Tillet se siente tan vivamente liberada de su espanto

que acude presurosa, tropezando en el banco, a devolverle la vida a la mecha justo a punto de apagarse. Y a la vista de esos auténticos granujas jadeantes, casi felices, que quieren hablar a la vez, se lleva impulsivamente la mano a la boca para contener uno de esos estúpidos gritos de hembra, formado por una alegría demasiado viva y un tufo a miedo agrio.

Por fin, comprende que han alcanzado al *gâloup*... que ha dado un salto terrible... pero que ha conseguido huir... pero que mañana no tendrán más que ir en busca de sus despojos...

¡Ah, qué bien, sentirse resucitada así! ¿Tendrán los hombres más poder del que se les concede?

* * *

Al hacerse un breve silencio, tras las palabras, oyen todos los quejidos que vienen de la alcoba de Tillet.

Las mujeres vuelven a apretujarse junto al hogar. La granjera agarra por el brazo a su hijo mayor; éste, rechazándola, va a la puerta y la empuja. Tiene el cerrojo echado por dentro. Así que fuerza la tabla de un violento empujón con el hombro.

En la alcoba, la oscuridad oculta los gemidos a la vez que los enfría.

Traen la lámpara y... ahí está el cuerpo de Tillet, desnudo y pringado de sangre.

Está echado en la cama: sus uñas desgarran su propia carne destrozada, reventada, estallada por todas partes.

Está desollado vivo, Tillet. Se diría que un gigante lo ha envuelto con un rollo de alambre de espino. Su piel no es más que tiras. En su garganta, detrás de la lengua torcida y comprimida en la boca, raspan sus estertores.

El hijo mayor palidece e impide la entrada a su madre. Hecho esto, se acerca a inclinarse sobre el horrible campo de carnicería que es el cuerpo de Tillet.

Luego, horrorizado, le parece ver, a través de un vaho de pavor, que las piernas y los brazos de su padre se están despojando lentamente de mechones dispersos de pelos negros y terrosos.

Notas

[1] Daniel 4, 29-30. <<

[2] *Odisea*, x, 133-574. <<

[3] *Los Nueve Libros de la Historia*, IV, 105. <<

[4] *Historia natural*, libro VIII. <<

[5] Pausanias, *Descripción de Grecia*, VIII, II, 3. <<

[6] *Las metamorfosis*, libro I, 394-395, trad. en verso de Pedro Sánchez de Viana, Planeta, Barcelona 1990, pág. 13. <<

[7] *Églogas*, VIII, 95-97, trad. de Bartolomé Segura Ramos, Alianza, Madrid 1981, págs. 55-56. <<

[8] «Historia del soldado duende», capítulos LXI y LXII. <<

[9] En España se dio un insólito caso de transformación en oso, según relata Sebastián Cirac Estopañán en *Los procesos de hechicería en la Inquisición de Castilla la Nueva*, CSIC, Madrid 1942, ampliando la referencia que ya hiciera Jean de Wier en 1563 en su *Histoires, disputes et discours des illusions et impostures des diables, des magiciens infames, sorcières et empoissoneurs*. <<

[10] Libro I, capítulo XVIII, Austral, Madrid 1952, pág. 73. <<

[11] Véase Luden Maisson, *Los niños selváticos*, seguido de Jean de Itard, *Memoria e informe sobre Victor de l'Aveyron*, trad. y notas de Rafael Sánchez Ferlosio, Alianza, Madrid 1973. <<

[12] *The Life and Death of Peter Stumpe*, impreso por Edward Venge, Londres 1590 (traducido del holandés según la copia impresa en Collin, 1590). <<

[13] *Ibid.* <<

[14] Citado en Roland Villeneuve, *Loups-garous et vampires*, J'ai Lu, Paris 1970, pág. 42. <<

[15] Según el conde de Foix en su *Livre de la chasse*, la palabra *garou* quiere decir «gardez-vous» («guardaos»), *Ibid.*, pág. 6. <<

[16] José Miguel de Barandiarán, *Diccionario de mitología vasca*, Txertoa, San Sebastián 1984, pág. 39. <<

[17] Existe una excelente traducción de Luis Alberto de Cuenca: «El hombre-lobo», en *Los lais de María de Francia*, Siruela, Madrid 1987. <<

[18] *Op. cit.*, pág. 46. <<

[19] Esa región era, en el período en que tiene lugar nuestro relato, un bosque inmenso y solitario, habitado sólo por ciervos y jabalíes; y aunque hoy cuenta con muchas ciudades y pueblos llenos de gente, los bosques que aún subsisten dan idea de su antigua extensión. <<

[20] En esta víspera, oficialmente, la iglesia católica celebraba solemnes oficios por el descanso de los difuntos. <<

[21] Un alimento entre los primitivos sajones de Inglaterra era la carne de caballo. <<